



Yo estoy con Francisco

NOSOTROS TAMBIÉN
PODEMOS APOYARLO
¿VERDAD?



Yo estoy con Francisco



Promotor del libro: Religión Digital

Edición: ARAS Agencia Comunicación · Marketing · Publicidad

Madrid. Marzo de 2024

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| Religión Digital Yo estoy con Francisco: en defensa del Papa | 8 |
| Decenas de miles de voces del santo Pueblo de Dios “Gracias, papa Francisco” | 10 |
| Consuelo Vélez De ataques y defensas en contra y a favor de Francisco | 18 |
| Jesús Espeja En comunión con el papa Francisco | 21 |
| Leonardo Boff Levanto mi voz en defensa del papa Francisco | 25 |
| María José Arana Quiero apoyar y expresar, con toda claridad, mi adhesión al papa Francisco | 32 |
| José Arregi Apoyo personal, no institucional, al papa Francisco | 35 |
| Jesús López Sotillos A Francisco hay que agradecerle que haya puesto término a la pasión persecutoria de sus antecesores | 39 |
| Vicente Esplugues La propuesta de conversión pastoral de Francisco es un ejercicio de fidelidad a la tradición | 42 |
| José María Rodríguez Olaizola, sj Estoy con Francisco porque creo que es un buscador honesto de la verdad | 43 |
| Benjamín Forcano El papa Francisco, cómplice del resucitado nazareno | 44 |

| | |
|---|----|
| Miguel Ángel Mesa Bouzas Benedicid, no maldigáis | 46 |
| Pedro Miguel Lamet Quince razones para quererte, Francisco | 49 |
| José I. González Faus Hermano Francisco, gracias, gracias, mil gracias | 53 |
| Isabel Gómez Acebo Estás haciendo un cambio radical en la Iglesia, le pido a Dios que te proporcione algunos años más de vida | 55 |
| Enric Arenós Cortés, 'Quique' En imágenes | 58 |
| José Manuel Bernal El papa Francisco apuesta por la limpieza del Evangelio | 60 |
| José Francisco Aranguren, sj Caridad pastoral en el magisterio de Francisco y la declaración 'Fiducia supplicans' | 63 |
| Leandro Gaitán 'Fiducia supplicans': los que comen con las manos limpias | 65 |
| Josep Miquel Baussets Benedicid a los que os persiguen, no maldigáis | 71 |
| Victorino Pérez Prieto Frente al cinismo de eclesiásticos y laicos ultraconservadores, yo también estoy con Francisco | 75 |
| Alejandro Fernández Barrajón ¡Con el papa Francisco siempre! | 78 |
| Jairo Alberto Franco Uribe El berenjenal en que nos va a dejar el papa Francisco | 80 |
| Xiskya Valladares Dicen que eres hereje, igual que hicieron con Jesús. Haces los mismos gestos que Jesús | 82 |
| Juan María Laboa La jerarquía falta gravemente a su deber, al no defender decididamente el Evangelio y al Papa | 83 |

| | |
|---|-----|
| Ana María Schlüter Abrirle al ser humano los ojos para que pueda comprender cuánto se le ama es lo más importante | 85 |
| Juan V. Fernández de la Gala El rumor de los miedos | 86 |
| Cristianos Socialistas Un soplo de aire fresco para ventilar viejas actitudes | 89 |
| José Melero Pérez El Papa merece todo nuestro apoyo por su valentía y coraje en reformar una Iglesia asentada en la tradición | 90 |
| Jorge R. Lugones, sj Francisco, cireneo de la humanidad | 92 |
| Hna. M. Azucena, ocd Me uno a esta campaña en favor de Papa Francisco con alma, mente, palabra, oración y corazón | 94 |
| M ^a Luisa Berzosa, fi ¡Gracias, hermano Francisco, por indicar el camino a seguir! | 96 |
| Juan Masía Apoyemos las cuatro conversiones de Francisco | 98 |
| Jesús Martínez Gordo La tarea que tenemos por delante los críticos (o no) de Francisco | 100 |
| Ángel Aznárez Me gusta la sencillez de Francisco y su predicación evangélica | 104 |
| Familia Vedruna en Europa ¡No podemos dejar de optar por la esperanza y el profetismo que Francisco nos trae! | 109 |
| Comité Óscar Romero de Murcia Apoyamos su apoyo por los más pobres y por la humanidad sufriente | 111 |
| Ricardo López Pérez Ánimo, Santo Padre, le necesitamos para poder volver a una Iglesia de la que nos vimos apartados | 113 |
| José Luis Ferrando Un Papa para una Iglesia viva y plural, a pesar de algunos | 115 |

| | |
|---|-----|
| Fernando Redondo Cuando leo críticas al Papa, me pregunto qué Evangelio es el que leen y meditan esas personas | 117 |
| Luciano A. Troncoso Querido hermano Francisco: en este siglo convulso, más que nunca, estoy con usted | 118 |
| Agustín Rodríguez Con el nuevo estilo que Francisco incorpora, en la Iglesia cabemos todos | 120 |
| Manuel Regal Ledo y Revista Encrucillada Meditación en tiempos de bendiciones | 125 |
| Iñigo Lasagabaster A los sectores ultramontanos de esta nuestra Iglesia se les ve el plumero | 130 |
| José Ignacio Camiruaga Mieza, cmf ¿Misericordia sin verdad? / ¿Verdad sin misericordia? | 136 |
| Rufo González Francisco, restaura mi Iglesia | 142 |
| Nicolás Castellanos Como todos los profetas, tú, Francisco padeces las huellas martiriales por anunciar la Iglesia | 145 |
| Luis Cabrera Herrera, ofm Los que desprestigian al Papa se comprometieron a obedecer y a trabajar en comunión con él | 146 |
| Comités Óscar Romero de Europa Te animamos a seguir caminando, estamos contigo | 147 |
| Internos de la cárcel de Navacarnero (Madrid) Gracias por la nueva cara de Iglesia que nos está mostrando | 149 |
| Javier Sánchez Gracias, papa Francisco: por su vida, por sus abrazos, por la nueva Iglesia a la que nos convoca | 152 |
| Juan María Aguirre Oraa Nada de papolatrías, un papa reformista | 154 |
| Víctor Ricardo Moreno Holguín Gracias a Francisco, hay un oasis de espiritualidad para el siglo XXI en la Escuela .S.A.L.M.O.S. | 158 |

| | |
|---|-----|
| Eusebio Arturo Blanco “Ver cómo le devolvía la dimensión profética a la Iglesia al comienzo del siglo XXI”: este es el porqué de mi apoyo a Francisco | 160 |
| Alberto Roselli Francisco es solamente el profeta | 162 |
| Pedro Ortiz Esa actitud torcida... esa fe privatizada | 165 |
| André Luiz Primereo con el papa Francisco los procesos para el futuro pastoral de la Iglesia | 167 |
| Juan Manuel Ribeiro Francisco y el escándalo de la misericordia | 170 |
| Casimiro Bodelón Sánchez Señores obispos españoles, menos humos y más humus | 172 |
| Ana Bou Hermano Francisco, rezo por usted y por esta Iglesia que aún no ha aprendido a ser madre | 174 |
| José M ^a Rojo G. El papa Francisco, piedra de escándalo | 176 |
| Avelino Seco Muñoz En defensa del papa Francisco, un profeta que incomoda | 179 |
| Rufino García Antón Muchas gracias por todo, hermano y papa acogedor | 181 |
| José Luis Pinilla Martín, sj Francisco, un ayer que es futuro, olor fresco del Evangelio | 184 |
| Carlos Gil Fernández Apoyo al papa Francisco, sus reformas y el modelo de Iglesia que trae consigo | 192 |
| Daniel Sánchez Barbero ¡Yo también estoy con Francisco! | 194 |
| Julio Millán Medina Querido Francisco, no te muevas un milímetro de tus decisiones, que suenan a Evangelio y huelen a oveja | 196 |

| | |
|--|------------|
| Jesús Lozano Pino | |
| El “Papa Paco”, un papa posmoderno | 198 |
| Ramón Hernández Martín | |
| Un tanto anárquico y ácrata y, sin embargo... me quito el sombrero ante mi papaPaco | 206 |
| Baltasar Bueno | |
| Bergoglio, el papa que viajaba en Metro | 208 |

1 RELIGIÓN DIGITAL

‘YO ESTOY CON FRANCISCO: EN DEFENSA DEL PAPA’

El Papa Francisco lleva 10 años y pico intentando poner a la Iglesia católica en modo Evangelio de Jesús y de sus ‘vicarios’, los pobres. Con gestos, acciones y palabras vive y predica la misericordia de una Iglesia en salida, que respete a la sociedad actual y que, como le pidió el Concilio Vaticano II, detecte y conecte con los ‘signos de los tiempos’.

La consecuencia de su forma de ser y de actuar es que el mundo entero reconoce su labor y le proclama como la máxima autoridad moral del planeta. A la Iglesia, siempre reacia a los cambios, le cuesta más asumir sus reformas, pero la inmensa mayoría las acepta y las trata de implementar en un proceso sinodal inédito en la historia de la institución, que culminará este año 2024.

Pero una pequeña minoría eclesial, integrada fundamentalmente por los rigoristas de todo tipo y condición, se la tiene jurada. Haga lo que haga. Diga lo que diga. Y desde los mismos inicios de su pontificado.

Una minoría bien engrasada económicamente por los sectores ultras, especialmente de Estados Unidos, y alimentada por unos cuantos cardenales y obispos, así como algunos sacerdotes y fieles.

Todos ellos, aunque pocos, son muy ruidosos y se retroalimentan desde diversos medios de comunicación y varios portales digitales, concediendo carnés de ortodoxia a sus afines ideologizados y arrojando los de la heterodoxia a la cara de todos los que no piensan como ellos, simplemente porque siguen al Papa y apuestan por una Iglesia ‘semper reformanda’.

Y cualquier pretexto es bueno para atacar a Francisco. Últimamente, la campaña antipapal se recrudeció, porque el Papa quiso cambiar la dinámica seguida durante siglos por el dicasterio para la Doctrina de la Fe (DDF), con el fin de que intente condenar menos y adecuar la doctrina a la pastoral eclesial.

Primero pusieron el grito en el cielo por el nombramiento mismo del nuevo prefecto, el cardenal argentino, Víctor Manuel Fernández, teólogo reputado, amigo del Papa, desde los tiempos de la Conferencia de Aparecida y que, en estos meses al frente del dicasterio, ha aclarado más cuestiones doctrinales que el anterior prefecto, cardenal Ladaria, en muchos años.

En segundo lugar, los ataques al Papa se han vuelto mucho más virulentos, si cabe, tras la publicación por la DDF de la declaración *Fiducia supplicans*, en la que se pide a obispos y curas que no prohíban las bendiciones (no sacramentales ni rituales) a los homosexuales o los que vivan en situaciones irregulares. Una mera cuestión de misericordia, que no afecta en nada a la doctrina y menos al dogma, pero que los rigoristas están convirtiendo en un auténtico *casus belli* y casi en un principio de cisma.

Con el objetivo encubierto (y, a veces, absolutamente explícito) de echar al cardenal Fernández y, de esta forma, dejar al Papa más solo todavía en medio de la Curia romana y de las asechanzas de sus enemigos.

Ante esta situación de polarización eclesial provocada por unos cuantos, usando todos los medios (lícito e ilícitos) a su alcance, sólo pretendemos que se oiga otra voz eclesial. Porque son muchos los obispos, curas, religiosos, religiosas y fieles laicos, que nos están pidiendo que lancemos una nueva campaña de apoyo al Papa. Y como ya hicimos otras veces, desde Religión Digital continuamos apostando por el apoyo cerrado a Francisco, sus reformas y el modelo de Iglesia que trae consigo: una Iglesia abierta, cercana y transformadora.

Todos los que quieran sumarse a esta campaña pública ‘Yo estoy con Francisco. En defensa del Papa’, pueden hacerlo de la siguiente manera:

Con apoyos breves o largos, siempre firmados, al siguiente correo: RDconelpapa@religiondigital.com

DECENAS DE MILES DE VOCES DEL SANTO PUEBLO DE DIOS

“GRACIAS, PAPA FRANCISCO”

“Gracias papa Francisco, eres la bendición que nos manda Dios en estos difíciles tiempos”. El arzobispo de Lima, Carlos Castillo, fue uno de los primeros rostros conocidos en sumarse, a través del correo, a la campaña en defensa del Papa lanzada por Religión Digital.

Una campaña que, solo a través del mail, ha recibido en seis semanas decenas de miles de escritos (nuestros lectores no se limitan a firmar, sino que ofrecen reflexiones, en algunos casos muy elaboradas), procedentes de fieles de casi un centenar de países. Obispos, religiosos@s, especialmente fieles laicos, pero también grupos eclesiales, matrimonios, familias, jóvenes, ateos, no creyentes, católicos y de todas las confesiones cristianas de los cinco continentes, parroquias enteras o grupos de oración se han lanzado a apoyar, en masa, el pontificado de Bergoglio, azotado por los agujones de tradicionalistas y sedevacantistas.

Un movimiento que, si le sumamos las respuestas recibidas a través de nuestro boletín y correos enviados a la redacción, suman hasta la fecha más de 20.000. A ello incorporamos los artículos que estamos recibiendo por parte de colaboradores, teólogos, escritores y blogueros de RD, y que –dado el volumen recibido– iremos publicando poco a poco. Las reacciones a través de nuestras redes sociales –FB, X, Telegram, Instagram, Whatsapp...– suman más de cien mil apoyos, lo que convierte a la campaña en defensa del Papa en uno de los fenómenos más relevantes en el ámbito eclesial de los últimos tiempos. Con un goteo constante de apoyos, que no cesan, y que haremos llegar, de aquí a la fecha del aniversario de su elección papal –13 de marzo– al Papa Francisco.

Desde España, pero también desde Italia, Portugal, Uruguay, Perú, Argentina, Cuba, Ucrania, Chile, Brasil, Estados Unidos, Canadá, México, Marruecos, Indonesia, Francia, Costa Rica, Colombia, Venezuela, Guatemala... de particulares, religiosos, sacerdotes, y también de grupos, desde congregaciones como las Hijas de María Auxiliadora, desde Cuzco (Perú) a la parroquia de María Auxiliadora de A Coruña, pasando por cofradías como la

del Descendimiento de la Cruz de Alzira, la asociación de Antiguos alumnos salesianos de Barakaldo, la Comunidad de Oración, Discernimiento y Sinodalidad en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas o el capítulo de Barcelona de la Fundación Vaticana Centesimus Annus pro Pontifice, son infinitas las muestras de adhesión al Pontífice.

Resulta imposible dar cuenta de todo y agradecer a todos los que han decidido dar un paso al frente para apoyar al Papa ante la escalada de ataques, que se han recrudecido tras la publicación de *Fiducia supplicans*. Hacemos un breve resumen con algunas de las respuestas recibidas, que ofrecen una espectacular mirada de lo que, hoy, es nuestra Iglesia. Porque entre los apoyos recibidos de todo el mundo están todas las sensibilidades eclesiales, desde la derecha a la izquierda. De todos los grupos de edad y económicos: jóvenes, ancianos, parados, empresarios... a través de los escritos, pero también de viñetas, firmas, vídeos... Con rostros conocidos, como el del citado Castillo, o Pablo d'Ors, Josep María Carbonell, Diego Neira o Vicky Molins, amén de artículos de reputados teólogos como Costadoat, Gómez Acebo, Consuelo Vélez, Leonardo Boff, Pikaza... La lista es (casi) infinita.

Algunos comentarios

“Yo estoy con el Papa Francisco, por la Iglesia de la misericordia, la Iglesia sinodal, la Iglesia inclusiva. Frente a los temerosos, los rigoristas y los corazones de piedra. Frente a los fariseos de hoy, el Evangelio nos marca el camino de Francisco”, señala Consuelo desde Córdoba (Argentina).

Cayetano, desde Compostela, quiere “manifestar mi apoyo total y absoluto al obispo de Roma, Papa Francisco, por todo el trabajo que está haciendo en favor de Jesús de Nazaret y del Reino de Dios”. “Su testimonio, su ejemplo, sus enseñanzas, colocando a Jesús y el Evangelio en el centro de nuestras vidas. Su opción preferencial, que es la de Jesús, por los pobres, migrantes, descartados”, añade.

Mari Carmen, en nombre de “mi familia”, asegura que “estamos con el papa Francisco y lo apoyamos en los cambios que está realizando . El cambio es necesario para mejorar. Te queremos”.

“Yo estoy con el Papa. Es fiel al Evangelio y como tal actúa... Apoyo a Francisco por que sé que esta aplicando el evangelio de Jesús. Con su misericordia y amor hace que todos nos sintamos como en casa y hace que los que estamos en la iglesia seamos más hermanos. Jesús es para los pobres tanto en espíritu como en económico. Y que ya lo dejen en paz los grupos de poder de la iglesia”, reflexiona Liseth.

Bruno, por su parte, destaca cómo “su paternidad espiritual acompañó en mi conversión para vivir de manera radical, ahora Cristo toca cada aspecto de mi vida. Él me introdujo a la Doctrina Social de la Iglesia, me hizo enamorarme de la Tradición, los Padres De la Iglesia y todos los Papas anteriores. Sé por mi vida que donde está Pedro estará la Iglesia, y donde está la Iglesia está Dios”.

“Sobre todo ,apoyo al Papa Francisco y al cardenal Víctor Manuel Fernandez. Acojo, asumo y aplaudo el documento Fiducia supplicans. Quieren una Iglesia de Jesús y yo también”, remata Begoña, religiosa carmelita.

Desde México, Ana se confiesa “cada vez más satisfecha con los hechos y dichos del Papa Francisco. Es en serio EVANGÉLICO y es lo primordial en nuestra Iglesia”. “Gracias por abrimos el camino a expresar nuestras convicciones”.

Ana y José, matrimonio de laicos comprometidos: “Ladran, luego cabalgamos. El enfado de los recalcitrantes de la Iglesia indica que se va en la buena dirección. Larga vida al Papa Francisco para que siga avanzando en la apertura de esta Iglesia que aún huele demasiado a rancio”.

Liliana, por su lado, considera que “necesitamos apoyarlo, porque revela la verdadera esencia del Evangelio”. “Hasta ahora la Iglesia, que debiera ser pluricultural, ha sido europea, blanca, más acomodada, y los demás nos constituimos en periferia, poco autorizada y poco relevante para opinar y transformar. Pero con Francisco, desde la misma elección del nombre papal, ha venido a instalarse la incomodidad que provoca hablar y tratar temas prohibidos,excluidos de la mirada amorosa,de un Jesús encarnado. Y la ‘doctrina’ pesa, pareciera que más que el mismo Evangelio. ¡¡¡Dios proteja,y le dé fuerza y vida a Francisco!!!”.

“Siempre he defendido el Evangelio de Jesús. Como hace y nos recuerda Francisco. Hay que dejar de lado muchas tradiciones, costumbres y ritos que se sobreponen al Evangelio. El último día nos examinarán de amor y eso es el Evangelio de Jesús”, señala Ramón Colom.

“A partir de escuchar sobre el Sínodo de la Sinodalidad, como bautizada me sentí interpelada a participar y a apoyar esta etapa de la iglesia. Creo que su interés genuino, es llevar a cabo una forma de ser iglesia más acorde con el Evangelio. Por lo cual, apoyo al Papa Francisco, destaco su esfuerzo y premura, por construir una iglesia con menos estructuras y más cristianismo”, apunta María Noel Firpo.

“Hay que ser extraordinariamente valiente y sabio para ir a limpiar el barro que nos rodea. Todo mi apoyo Santo Padre”, recalca María Teresa.

Para Charo, “es triste ver qué una parte de la Iglesia ‘institucional’ opte por descalificar a un papa que busca la conversión de la iglesia al Evangelio. La cercanía a los que más sufren, como hizo Jesús. A ver y a vivir la vida como la vivió Jesús, y no aferrados a unas tradiciones que son ‘tradiciones humanas’, inmisericordes y alentadoras de diferencias y poder”.

“Yo me solidarizo con el Papa. Para muchos cristianos que estamos callados nos ha abierto una esperanza hacia una Iglesia que sigue el mensaje de Jesús”, dice María Cristina.

Vicente, religioso, afirma que “en estos momentos que vivimos con tantos cambios, Francisco se nos presenta como la Roca en la que sostenernos. La violencia de nuestra sociedad nos avoca a polarizarnos en torno a puntos opuestos, pero Francisco nos acerca al Jesús del Evangelio que no condena, sino que se acerca a la realidad necesitada, la toca, la cura, la acompaña... Gracias Francisco por tu fidelidad al Evangelio, por tu fidelidad a Jesús de Nazaret”.

“Ante el asedio reaccionario, cuasi fundamentalista, de que son objeto tanto el Papa Francisco como sus colaboradores cercanos, asedio en el cual no faltan dosis de larvados imperialismos culturales y, desde luego, religiosos, agravados por este último carácter, justo por situarse en el máximo nivel de radicalidad de lo humano, me uno en el Espíritu del Señor a la campaña de apoyo al Obispo de Roma promovida por Religión Digital, toda vez que comulgo plenamente con sus motivos y fundamentos”, afirma, desde Salta, un grupo de laicos.

“El papa Francisco está realizando todos los esfuerzos posibles para hacer de la Iglesia, lo que Jesús quiere, una Iglesia en salida, una para todos, una que sea amor como Él. Además de esto, para mí es el humanista más grande de este siglo. Mi apoyo incondicional al papa Francisco”, culmina Roger.

José María Pin incide en que “estar con Francisco es estar con el Evangelio, por eso estoy con Francisco. Los que están en contra son los vividores de la religión, están a lo suyo, manipuladores del evangelio, adoradores del poder”.

Diego Neria, el transexual español recibido por el Papa, remata: “Francisco es lo MEJOR que me ha pasado en la vida. SIEMPRE en su camino”.

“Tenemos un hermano que contra viento y marea va abriendo caminos por donde poder respirar y esto es alentador. Yo voto por él”, sostiene Joseba.

Un impulso pilotado por matrimonios como Pilar y Andrés, para quienes “Francisco es un brote de esperanza, no solo para la Iglesia sino para todo el mundo”.

“Meu total apoio ao papa Francisco no seu esforço de querer uma Igreja em Saída, samaritana e libertadora”, escribe Lino Allegri, sacerdote de Fortaleza, en Brasil.

Steve Mendoza, joven latinoamericano, da las gracias al Papa porque "tus gestos inspiran mi juventud; me meten en línea con el evangelio... Como tú, sueño y trabajo (desde 'lo poquito que hay en mí') por una Iglesia más evangélica, más libre, más fiel a la Buena Noticia de su Señor. Estoy contigo y rezo por ti; tú eres Pedro, pues Jesús, con su Palabra que se hace contemporánea, te llama hoy a confirmar a tus hermanos en la fe”.

“Apoyo al Papa Francisco, valoro su trabajo, y su fortaleza para resistir a los que le atacan”, añade Carmen Jesús.

Félix Pérez, quien se confiesa ateo, califica al Papa como “buena persona. Pocas personas están intentando hacer más que mi querido Papa Francisco por mostrarnos ese camino. Muchísimas gracias, con todo mi respeto y cariño. Cuídese mucho, el mundo, este mundo cada vez más desquiciado, le necesita. Un abrazo de un comunista de corazón, no de carnet”.

Andrés, de Chile, quiere “manifestar mi apoyo incondicional, y admiración plena a papa Francisco, por ser el papa que a mi juicio más ha encarnado la visión y misión humilde de Jesús por una iglesia pobre para los pobres. El radicar la opulencia del Vaticano no es fácil, y ha contado con detractores. Una lástima eso, pero, son las persecuciones de quienes siguen ejemplarmente a Jesús como Francisco. A no bajar los brazos, a remar mar adentro, con nuestro papa Francisco”.

José Ramón apoya a Francisco “por una razón muy sencilla. Y es lo que oigo a muchas personas del Pueblo de Dios. Por fin, tenemos un Papa, que habla a todos desde el Amor de Dios, que se concreta en el amor a todos, en el servicio a la fraternidad humana, desde el Evangelio. Esa es su autoridad, basada como la de Jesús, no en el

Poder humano, sino en el Amor que se hace carne y se concreta. Una autoridad, como la de Jesús, que no se impone y por eso es discutida”. “En un mundo desgarrado por las guerras y la desigualdad, tu voz no sólo nos guía desde las entrañas del Evangelio a los cristianos sino que ilumina a toda la humanidad”.

“Mi absoluto y total apoyo al Papa Francisco, escogido por Dios para iniciar una primavera y renovación en la Iglesia de su amado Hijo, Jesucristo. De verdad está proclamando su Evangelio y predicando el Reino de Dios, enfatizando su amor misericordioso y compasivo, su compasión y ternura. Fraternalmente en ese amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, abunda Axel Hernández, desde Costa Rica.

La hermana Sor María Consuelo, desde Bogotá, expresa su apoyo a Francisco “con toda el alma y todo el corazón”.

“En un mundo desgarrado por las guerras y la desigualdad, tu voz no sólo nos guía desde las entrañas del Evangelio a los cristianos sino que ilumina a toda la humanidad”, apunta Alfonso.

“Todo mi apoyo al papa Francisco y mi oración para que siga siendo profeta en nuestros tiempos, el Espíritu que le impulsa le acompaña y fortalece”, añade Verónica.

Por destapar abusos y no pactar con ellos

Ana Armisen, por su parte, da las gracias a Francisco “por tu mensaje de vida desde el evangelio de la misericordia, la acogida y el perdón; por tus documentos que son expresión de la Palabra de Dios proyectada en la vida de nuestro mundo, que iluminan las realidades que nos afectan en este momento de la historia; por tu invitación a caminar juntos; por destapar abusos y no pactar con ellos, atendiendo a las víctimas; por atender a los niños y denunciar el descarte de los ancianos; por dar paso a la mujer en puestos de responsabilidad que quieren ser el inicio de un tiempo nuevo”.

“Estoy con el Papa Francisco. Me parece un profeta actual”, afirma Luis, mientras que Ángel lamenta que “el ala conservadora de la Iglesia y otras muchas personas, católicas y no católicas, no dejan de poner la zancadilla a lo que dice y hace el Papa Francisco”, un pontífice “que llega a tocar el corazón, hasta de los no creyentes, por su ejemplo de humildad, de sencillez y de cercanía a todos sin distinción”.

“Apoyando al Papa Francisco, sin duda todo un Vaticangate orquestado por los ultraconservadores, purpurados de ultraderecha muy identificables: el club de la Dubia”. Cada vez son más los firmantes de la campaña de apoyo al Papa Francisco, como Carlos Rojano, que salen en defensa del Pontífice ante los ataques de los rigoristas.

Desde que iniciamos la campaña, tanto a través del correo electrónico como en nuestras redes sociales, los apoyos a Bergoglio se han ido multiplicando, y universalizando. Tenemos mensajes en una docena de idiomas (inglés, castellano, francés, ruso, alemán, portugués, italiano...), procedentes de los cinco continentes y de todos los estratos, sociales y eclesiales. También, entre miembros de otras confesiones, y ateos, que consideran que Francisco “es una luz para un mundo en crisis”, como afirma Robert desde Finlandia.

“Nuestro Papa es un ser de Paz, está rompiendo moldes en favor de construir una iglesia más plural, más abierta, más justa y más en la línea que marca el camino de Jesús. Alza su voz contra la guerra y las injusticias”, replica Isabel en uno de las decenas de mensajes llegados al correo rdconelpapa@religiondigital.com

“No es justo que reciba trabas, ataques y críticas. Está entregando su vida al servicio de lo que debe ser el caminar de la Iglesia; con la edad que tiene es admirable que no se canse y ceda a pesar de las presiones. Oremos por sus intenciones”. Eso hacemos, siquiera mínimamente, en este resumen, que apenas recogen un porcentaje ínfimo de la totalidad.

“No es justo que reciba trabas, ataques y críticas. Está entregando su vida al servicio de lo que debe ser el caminar de la Iglesia; con la edad que tiene es admirable que no se canse y ceda a pesar de las presiones. Oremos por sus intenciones”.

Seguimos adelante con la campaña, que haremos llegar a Francisco después de que se cumpla el aniversario de su nombramiento, agradeciendo que “el Espíritu nos ha regalado el pastor que la historia necesita en estos momentos para impulsar el Reino de Dios”, como nos escribe Ruffi.

“No permitamos que los poderes económicos aliados con los que sienten que pierden poder en una iglesia clericalista, nos priven de su liderazgo ni provoquen en la Iglesia la deriva autoritaria, expoliadora y negacionista que se impone en tantos países, como en la patria natal del papa”, reitera, desde su país.

“Sé que no está siendo fácil. Lo peor, las críticas y maniobras desde dentro para desacreditarle. Pero que sepa que somos muchos los cristianos y católicos que también desde dentro le apoyamos y queremos. Y compartimos su

visión de una Iglesia que rompe ataduras, que reconoce los errores y quiere desterrarlos como institución a pesar del dolor que pueda causar hacerlo público”, escribe Andrea.

Verónica Flachier, pastora luterana ecuatoriana, sostiene que “nadie, en la historia papal reciente, como Francisco, mi hermano en la Fe, el Papa de los católicos y el compañero, peregrino fiel que nos acompaña, nos une, nos representa a tantos cristianos que vemos en él aquella representación de lo que Jesús nos legó: amor, misericordia, no juzgamiento, inclusión, pasión por la justicia... y más amor”.

“Ya era hora de que la hermana iglesia católica tuviera un líder que se atreva a romper estructuras de odio, de indiferencia y exclusión”, recalca, asumiendo que “Francisco está abriendo caminos y su huella será recordada siempre. Pero hace falta que esas huellas derrumben estructuras anquilosadas y motiven cambios de profundos cimientos para que el pasado no vuelva y los y las cristianas y aún los no creyentes que nos miran, sepan que las iglesias, de cualquier denominación, somos todavía un espacio seguro y un referente de amor, gracia, misericordia y acogimiento incondicional”.

No solo personas, también instituciones. Así, las monjas carmelitas descalzas teresianas de Tarragona, apoyan al Papa “con nuestra oración, nuestro soporte, nuestra admiración y reconocimiento. Para él nuestra oración y nuestro cariño”.

Cristóbal, de las comunidades Adsis de Canarias, explica que “su pontificado ha sido y está siendo una gracia de Dios para nuestra Iglesia, para los jóvenes y los pobres. Sentimos su ministerio con la fuerza del Espíritu y nos anima a salir a las calles, a escuchar a las víctimas y a dar testimonio de nuestro señor Jesucristo”.

“En la Iglesia Católica –casi siempre– se puede disentir, discutir, dialogar sobre todos los temas, pero una cosa muy distinta es atacar la legitimidad del Papa y declararse en abierta o encubierta desobediencia. Estas posturas se propagan por las redes sociales y sitios webs, ayudado por medios de comunicación que dicen ser ‘católicos’”, denuncia Edgard, dominico de Asunción (Paraguay).

“Estas posturas anti-Papa Francisco que inundan internet y llegan en manos –teléfonos móviles, tablet– de cientos y miles de fieles generan mucha confusión y escándalo, especialmente en nuestros hermanos más humildes y sencillos”, indica.

3 CONSUELO VÉLEZ

DE ATAQUES Y DEFENSAS EN CONTRA Y A FAVOR DE FRANCISCO

Ante los ataques contra el Papa Francisco y contra el prefecto del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, Víctor Fernández, se ha propuesto escribir algunos artículos de apoyo. No sé si mi artículo es propiamente de apoyo porque me parece que no hace falta defender lo obvio. Es obvio que este pontificado está mirando para el lado correcto de la historia. Precisamente por eso levanta tantas críticas, tanto malestar, tanta controversia.

Algunos piensan que lo cristiano es no suscitar ningún enfrentamiento creyendo que siempre se debería mantener la unidad de pensamiento, de criterio, de valores. Pero si miramos a Jesús, causa y razón de ser de la experiencia cristiana, encontramos que fue una persona que interpeló, cuestionó, incomodó a sus contemporáneos. A tal punto fue la incidencia de su palabra y acción que se ganó la enemistad, la persecución y la cruz. Muchos podrían decir que podría haber sido más prudente y debería haber cuidado su lenguaje y sus actos para que nadie se sintiera ofendido o se sintiera atacado. Pero Jesús no hizo mucho caso. Entonces ¿fue una persona terca y le faltó más tacto, más prudencia, más diplomacia? ¿Hubiera conseguido mejores resultados? Personalmente creo que tal vez hubiera evitado la muerte, pero los valores del Reino no habrían sido anunciados y, mucho menos, puestos en práctica.

Este es el gran dilema con el que nos encontramos todos los días. Bajo la supuesta “unidad” se invoca que todo se diga de manera suave. Se repite que lo primero es cuidar que nadie se sienta mal o se incomode. Y a todos aquellos que se atreven a decir las cosas por su nombre, los van dejando de lado en su comunidad, congregación, parroquia o incluso en los ámbitos laborales. Los consideran incómodos y los van marginando. Comienzan a vivir la misma suerte de Jesús.

Pero no podemos olvidar en qué consiste la predicación de la buena noticia del Reinado de Dios. Es un mensaje de misericordia y de inclusión, pero también es una palabra profética que denuncia todo aquello que impide la

vivencia del amor. Las parábolas no son bellos cuentos casi inofensivos, sino un género literario que involucra al oyente y, de alguna manera, lo deja al desnudo frente a la actitud que ha asumido, contraria a los valores del reino.

Y qué decir de los milagros, que no son curaciones de enfermos –lo cual hubiera sido algo para alabar y respetar–, sino actos de inclusión porque los enfermos eran excluidos en razón de su enfermedad; actos de contradicción con los que los contemporáneos creían ser el designio de Dios –la enfermedad como castigo por su pecado o el de sus padres–. Es decir, el hacer y el decir de Jesús fue el de un profeta –por eso una de las primeras interpretaciones de su muerte fue la de la suerte de todo profeta– que confronta, interpela, denuncia y actúa en coherencia con todas esas palabras pronunciadas.

Ahora bien, hemos domesticado tanto el cristianismo, lo hemos vaciado tanto de su contenido liberador que muchos ministros y laicos/as se han vuelto custodios de formas litúrgicas, de rubricas, de costumbres y tradiciones que, teniendo un lugar en la vida cristiana, en ningún momento, son esenciales ni constitutivas de ella, sino mediaciones históricas que han de actualizarse en cada tiempo presente. Y, lo que es peor se han obsesionado con todo lo que tiene que ver con la moral sexual como si Jesús hubiera hecho de ello el contenido del Reino. No parecen entender la centralidad de los pobres, la misericordia inconmensurable de Dios y la salvación ofrecida a todos sin límites, ni reservas.

Con respecto a este pontificado desde el principio se habló de “primavera eclesial” porque vivíamos en el “invierno” de una involución del concilio vaticano II y del surgimiento de tantos llamados “nuevos movimientos eclesiales” que, en realidad son movimientos anti-Vaticano II, anti-eclesiología del pueblo de Dios, anti-centralidad del Jesús histórico y, así, muchas otras realidades que siguen promoviéndose desde una mirada muy distinta al aggiornamento eclesial propuesto por Vaticano II. No es de extrañar, por tanto, que Francisco represente un cambio y aquellos que consideraban que ya se había conseguido frenar el impulso del concilio, no logran aceptar que vuelva a proponerse con tanto empeño.

Y no son pocos los contradictores de los valores que promueve este pontificado. Están más cerca de nosotros de lo que pensamos. Justamente ayer, una amiga fue a la celebración eucarística a una parroquia de Chía, un municipio cercano a Bogotá, y el espectáculo de involución era de asombrarse: un clérigo joven que le negó la comunión porque no se arrodilló y la recibió en la boca, como todos los fieles de aquella parroquia lo hicieron. O sea, un clérigo que se siente dueño no solo para no repartir bendiciones a las personas que las pidan sino capaz

de negar la comunión a un laicado consciente de su fe, pero libre de formas que no son más que señales de involución y retroceso.

En conclusión, no es cuestión de defender a Francisco o a Víctor Fernández por los rechazos que esa porción de Iglesia les está haciendo. No es cuestión de decirles que los apoyamos. Es cuestión de ser coherentes con todo esto que ellos van siendo capaces de plantear y actuar en consecuencia. Es cuestión de retornar al evangelio, a la profecía, a la coherencia, a la autenticidad. Aquí no está en juego modos o maneras de actuar.

Lo que está en juego es la Buena Noticia del Reino. Lo que está en juego es la imagen del Dios que anunciamos y de la iglesia sinodal que estamos llamados a vivir. Las palabras de Jesús (no tomadas al pie de la letra sino situadas en la interpelación que suscita el anuncio del Reino de Dios) siguen vigentes: “No crean que he venido a traer paz a la tierra. No vine a traer paz, sino espada porque he venido a poner en conflicto al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, a la nuera contra la suegra, los enemigos de cada cual serán los de la propia familia” (Mt 10, 34-36). Sí, el evangelio interpela, denuncia, incomoda, desinstala y hoy como ayer, surgen los promotores del anti reino y ¡con que fuerza actúan!

Nuestro mejor apoyo, entonces, es mantener la fidelidad a los valores del Reino, sabiendo que la cruz llega de muchas maneras, pero la resurrección tiene la última palabra. Y la primavera eclesial de este pontificado (a la que no le faltan algunos inviernos que quisiéramos que se superaran –la cuestión de las mujeres y otros asuntos–) ¡la seguimos apoyando!

EN COMUNIÓN CON EL PAPA FRANCISCO

La reflexión teológica se mueve en el interior de la fe. Creer solo se puede creer en Dios. Pero la fe cristiana en su realización es eclesial, y el misterio la Iglesia dentro de la historia cambiante ha sido un capítulo importante de mi reflexión.

Formado en la teología escolástica, el Vaticano II abrió horizonte nuevo a mi búsqueda. En la visión renovadora del Concilio, el papa Francisco ha significado y está significando un respiro y un paso adelante para la necesaria reforma de la Iglesia. Lo he manifestado en distintas publicaciones. Ahora quiero apuntar algunas razones de mi profunda sintonía.

Seguí muy de cerca y con entusiasmo la orientación del Episcopado Latinoamericano en las Conferencias de Medellín y Puebla. Durante varios años impartí cursos en el Centro de Estudios (ITEPAL) del CELAM en Bogotá, sobre el Vaticano II y su versión en la Iglesia de A.L. Eran referencia obligada obispos a quienes tuve la suerte de conocer: Leónidas Proaño, Samuel Ruiz, Helder Cámara, Pulo Evaristo Arms, Tomas Balduino, Oscar Romero, Julio Cabrera. Aunque por esos años ya estaba de obispo en Argentina Mario Bergoglio, todavía no era para mí una referencia. Su elección como sucesor de Pedro supuso una novedad; por fin teníamos un papa venido de los países empobrecidos. Pero ¿cuál sería su orientación animada por el Espíritu?

Sus primeros gestos y palabras despertaron mi esperanza. Y la Exhortación *La alegría del Evangelio* (2013) fue como un rayo de luz decisivo para la orientación de la Iglesia en la línea renovadora del Concilio. Sigo releendo y meditando ese documento en continuidad con el discurso de Juan XXIII al inaugurar el Concilio.

Aquella intervención inesperada del papa Juan desconcertó a muchos obsesionados en seguir como siempre, pero no les dio tiempo para reaccionar. El papa Francisco en su primera Exhortación concreta lo que apuntaba ya el papa Juan. Pero encuentra difícil recepción porque en el segundo periodo postconciliar se primó la preocupación

por mantener la autoridad y la ortodoxia, quedando postergado el necesario cambio que pidió el Espíritu en el Concilio.

Mientras no conste lo contrario, todas las frases entre comillas que saldrán en el texto, son de dicha Exhortación. Así apunto de modo breve lo que creo es el nervio de la misma.

1. Se propone con singular nitidez la entraña de la fe o experiencia cristiana: “La alegría del Evangelio llena el corazón de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por El son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento”.

El encuentro con Jesús significa vivir su misma experiencia: Dios, es Abba, presencia de amor que se está dando: “Certeza personal de ser infinitamente amado más allá de todo; el amor de Dios no se ha acabado no se ha agotado su ternura”. En todos y en todo se está dando como amor; en esa presencia existimos y actuamos. Ahí está el fundamento de la fraternidad universal incluyendo las realidades creadas, que ya es horizonte y preocupación del papa Francisco en su primera Exhortación.

La humanidad se realiza abriéndose libremente a esa presencia de amor. Así “somos rescatados de nuestra existencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero”.

El encuentro con Dios se convierte en amistad. Una experiencia que vivió plenamente Jesucristo, e inspira la relación fraterna sin discriminaciones pues todos somos habitados por esa Presencia de amor: “en el hermano está la permanente prolongación de la Encarnación para cada uno de nosotros”.

2. Esta experiencia o fe cristiana inspira y motiva la misión evangelizadora de la Iglesia: Ya lo dijo el Concilio: “No impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna. Sólo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para jugar, para servir y no para ser servido”.

El papa Francisco se refiere a la misión evangelizadora como exigencia de la fe o experiencia cristiana: “La vida se alcanza y madura a medida que se le entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión. La Iglesia vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y

su fuerza difusiva”. Desde la fe o experiencia cristiana, no sólo en los humanos sin también todas las realidades creadas se prolonga el dinamismo de la encarnación.

“Si la Iglesia entera asume ese dinamismo misionero debe llegar a todos sin excepciones. Pero a ¿a quienes debe privilegiar? Cuando uno lee el Evangelio se encuentra con una orientación contundente: no tanto a los amigos y vecinos ricos, sino a los pobres y enfermos, a estos que suelen ser despreciados y olvidados, a aquellos que no tienen con qué recompensarte”.

3. El apasionamiento por la fraternidad sin fronteras o reinado de Dios, pone a la Iglesia en estado permanente de conversión misionera. Una Iglesia “capaz de transformarlo todo para que las costumbres, los estilos, los horarios, el leguaje y tos la estructura eclesial se conviertan en cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la auto-preservación”.

Antes del Concilio, en la introducción a su memorable libro *Falsas y verdaderas reformas de la Iglesia*, el dominico Y. Congar constataba: “A medida en que en mis estudios he ido avanzado en el conocimiento de esta realidad que es la Iglesia, se hizo claro en mí que solo se había estudiado en ella, la estructura, no la vida”. El Vaticano II dio prioridad a la comunión de vida. Y con esa prioridad, el papa Francisco insiste: “Las estructuras sirven cuando hay vida que las anima, las sostiene y las juzga; sin vida nueva y auténtico espíritu evangélico, sin fidelidad a la Iglesia y a la propia vocación, cualquier estructura se corrompe en poco tiempo”.

Si vivimos esta fe o experiencia cristiana ¿cómo no aceptar la propuesta de reforma, sugerida ya en el Concilio y ahora concretada en la Exhortación *La alegría del Evangelio*”? Hay que seguir meditando, asimilando y poniendo en práctica la propuesta.

4. Mi admiración, sintonía profunda y gratitud al papa Francisco brota no solo la experiencia o fe cristiana que respira en sus gestos y palabras. También al ver la caridad y el coraje con que está ejerciendo su ministerio para servir a la comunión en la Iglesia que realiza el Espíritu siguiendo el lento ritmo de nuestra condición humana. Procesando desde esa experiencia cristiana, con tacto nada fácil, con paciencia, sufrimiento y esperanza, tensiones que implica la necesaria reforma:

- entre quienes quieren un cambio inmediato, y quienes se resisten al cambio;
- entre los llamados progresistas y conservadores, olvidando que la Iglesia tiene dos ojos que miran al mismo tiempo, hacia la tradición y hacia lo nuevo que va emergiendo en tiempo;

- entre los que buscan el poder para salvaguardar la unidad en la Iglesia y su relevancia social; y los que rechazan la autoridad interpretada como autoritarismo;
- entre los que emprenden diálogo con el mundo porque creen que fuera del mundo no hay salvación, y los que siguen viendo en el mundo un peligro para su identidad cristiana;
- entre quienes tratan de ocultar los pecados en la Iglesia porque es santa, y los que no ven en ella más que corrupción y pecado.

Desde aquí mi comunión y fidelidad en la Santa Madre Iglesia donde hoy celebro con gratitud al papa Francisco.

LEVANTO MI VOZ EN DEFENSA DEL PAPA FRANCISCO

Desde el principio de su pontificado hace ya más de 10 años, el Papa Francisco viene recibiendo furiosos ataques de cristianos tradicionalistas y supremacistas blancos casi todos del Norte del mundo, de Estados Unidos y de Europa. Hubo un tiempo en que, en una articulación política con ricos laicos norteamericanos, hasta hicieron un complot, involucrando millones de dólares, para deponerlo, como si la Iglesia fuese una empresa y el Papa su CEO. Todo en vano. Él sigue su camino en el espíritu de las bienaventuranzas evangélicas de los perseguidos.

Las razones de esta persecución son varias: razones geopolíticas, disputa de poder, su modo de ser como Papa pastor, otra visión de Iglesia y el cuidado de la Casa Común.

Levanto mi voz en defensa del Papa Francisco desde la periferia del mundo, del Gran Sur. Comparemos los números: en Europa vive solo el 21,5% de los católicos, el 82% viven fuera de ella, el 48% en América. Somos, por lo tanto, amplia mayoría. Hasta mediados del siglo pasado la Iglesia Católica era del primer mundo. Ahora la Iglesia del tercero y cuarto mundo, que un día, tuvo origen en el primer mundo es numéricamente la que garantiza la existencia de la Iglesia Católica en el mundo.

Aquí surge una cuestión geopolítica. Los conservadores estadounidenses, los europeos, con excepción de notables organizaciones católicas de cooperación solidaria (Misericordia, Adveniat, Brot für die Welt, entre otras), alimentan un soberano desdén por el Sur, especialmente por América Latina.

La Iglesia-gran-institución fue aliada de la colonización, cómplice del genocidio indígena (en menos de 60 años, 61 millones de indígenas fueron muertos o murieron por las enfermedades de los blancos) y participante en la esclavitud (solamente en Brasil 5 millones de personas esclavizadas). Aquí fue implantada una Iglesia colonial, espejo de la Iglesia europea.

Pero a lo largo de más de 500 años, no obstante la persistencia de la Iglesia espejo, ha habido una eclesiogénesis, la génesis de otro modo de ser iglesia, una iglesia-fuente: se encarnó en la cultura local indígena-negra-mestiza y de inmigrantes de pueblos venidos de 60 países diferentes.

De esta amalgama, se gestó su estilo de adorar a Dios y de celebrar, de organizar su pastoral social al lado de los oprimidos que luchan por su liberación. Proyectó una teología adecuada a su práctica liberadora y popular. Tiene sus profetas, confesores, teólogos y teólogas, santos y santas, y muchos mártires, entre ellos el arzobispo de San Salvador, Óscar Arnulfo Romero.

Este tipo de Iglesia tiene su expresión más clara en las comunidades eclesiales de base, donde se vive la dimensión de comunión de iguales, todos hermanos y hermanas, con sus coordinadores laicos, hombres y mujeres, con sacerdotes insertados en medio del pueblo y obispos, nunca de espaldas al pueblo como autoridades eclesiásticas, sino como pastores a su lado, con “olor a ovejas”, con la misión de ser los *“defensores et advocati pauperum”*, como se decía en la Iglesia primitiva.

Papas y autoridades doctrinarias del Vaticano, particularmente bajo los Papas Juan Pablo II y Benedicto XVI intentaron cercenar y hasta condenar tal modo de ser-Iglesia, no pocas veces con el argumento de que no son Iglesia por el hecho de no ver en ellas el carácter jerárquico y el estilo romano o solamente tener elementos eclesiais, como afirmaba el entonces Card. Joseph Ratzinger, en el documento *Dominus Iesus* (2000) que tanto afectó negativamente al ecumenismo.

Esa amenaza perduró durante muchos años hasta que, por fin, irrumpió la figura del Papa Francisco. Él vino del caldo de esta nueva cultura eclesial, bien expresada por la opción preferencial, no excluyente, por los pobres y por las distintas vertientes de la teología de la liberación que la acompaña especialmente la de Argentina: “opción por el pueblo y por la cultura silenciada”. Él dio legitimidad a este modo de vivir la fe cristiana, especialmente en situaciones de gran opresión.

Pero lo que más está escandalizando a los cristianos tradicionalistas es su estilo de ejercer el ministerio de unidad de la Iglesia. Ya no se presenta como el pontífice clásico, vestido con los símbolos paganos, tomados de los emperadores romanos, especialmente la famosa “mozzeta”, aquella capta banca llena de símbolos del poder absoluto del emperador y del papa. Francisco se libró rápidamente de ella y vistió una “mozzeta” blanca sencilla, como la del gran profeta de Brasil, dom Helder Câmara, y su cruz de hierro sin ninguna joya.

Se negó a vivir en un palacio pontificio, lo cual habría hecho a san Francisco levantarse de la tumba para llevarlo adonde él escogió: en una simple casa de huéspedes, Santa Marta. Allí entra en la fila para servirse y come junto con todos. Con humor podemos decir que así es más difícil envenenarlo. No calza Prada, sino sus zapatones viejos y gastados.

En el anuario pontificio en el que se usa una página entera con los títulos honoríficos de los Papas, él simplemente renunció a todos y escribió solamente *Franciscus, pontifex*. En uno de sus primeros pronunciamientos dijo claramente que no iba a presidir la Iglesia con el derecho canónico, sino con el amor y la ternura. Un sin número de veces ha repetido que quería una Iglesia pobre y de pobres.

Todo el gran problema de la Iglesia-gran-institución reside, desde los emperadores Constantino y Teodosio, y desde la entrada de ricos e intelectuales en la Iglesia, en la asunción del poder político, transformado en poder sagrado (sacra potestas). Ese proceso llegó a su culminación con el Papa Gregorio VII (1075) con su bula *Dictatus Papae*, que bien traducida es la “Dictadura del Papa”.

Como dijo el gran eclesiólogo Jean-Yves Congar, con este Papa se consolidó el cambio más decisivo de la Iglesia que tantos problemas creó y del cual ya nunca se ha liberado: el ejercicio centralizado, autoritario y hasta despótico del poder. En las 27 proposiciones de la bula, el Papa es considerado el señor absoluto de la Iglesia, el señor único y supremo del mundo, volviéndose la autoridad suprema en el campo espiritual y temporal. Esto nunca ha sido desdicho.

Basta leer el Canon 331 en el cual se dice que “el Pastor de la Iglesia universal tiene el poder ordinario, supremo, pleno, inmediato y universal”. Cosa inaudita: si tachamos el término Pastor de la Iglesia universal y ponemos Dios, funciona perfectamente.

¿Quién de los humanos sino Dios, puede atribuirse tal concentración de poder? No deja de ser significativo que en la historia de los Papas haya habido un *crescendo* en el faraonismo del poder: de sucesor de Pedro, los Papas pasaron a considerarse representantes de Pedro a representantes de Cristo. Y como si no bastase, representantes de Dios, siendo incluso llamados *deus minor in terra*.

Aquí se realiza la *hybris* griega y aquello que Thomas Hobbes constata en su *Leviatán*: “Señalo, como tendencia

general de todos los hombres, un perpetuo e inquieto deseo de poder y más poder, que sólo cesa con la muerte. La razón de esto radica en el hecho de que no se puede garantizar el poder si no es buscando todavía más poder”.

La Iglesia-gran-institución realizó plenamente lo que Hobbes ha descrito. Esta ha sido, pues, la trayectoria de la Iglesia Católica en relación con el poder, que persiste hasta el día de hoy, fuente de polémicas con las demás Iglesias cristianas y de extrema dificultad para asumir los valores humanísticos de la modernidad. Dista años luz de la visión de Jesús que quería un poder-servicio (hierodulia) y no un poder-jerárquico (hierarquía).

De todo eso se aleja el Papa Francisco, lo que causa indignación a los conservadores y reaccionarios, claramente expresado en el libro de 45 autores de octubre de 2021: *De la paz de Benedicto a la guerra de Francisco (From Benedict's Peace to Francis's War)* organizado por Peter A. Kwasniewski. Nosotros le daríamos la vuelta así: De la paz de los pedófilos de Benedicto (encubiertos por él) a la guerra a los pedófilos de Francisco (condenados por él). Es sabido que un tribunal de Múnich, eclesial y estatal, encontró indicios para incriminar al Papa Benedicto XVI, mientras era Cardenal, por su lenidad con curas pedófilos. Murió antes que los jueces civiles de Munich lo iban a interrogar en Castelgandolfo.

Existe un problema de geopolítica eclesiástica: los tradicionalistas rechazan a un Papa que viene “del fin del mundo”, que trae al centro de poder del Vaticano otro estilo, más próximo a la gruta de Belén que a los palacios de los emperadores. Si Jesús se apareciese al Papa en su paseo por los jardines del Vaticano, seguramente le diría: “Pedro (al sucesor, el Papa) sobre estas piedras palaciegas jamás construiría mi Iglesia”. Esta contradicción es vivida por el Papa Francisco, pues renunció al estilo palaciego e imperial.

Hay, en efecto, un choque de geopolítica religiosa, entre el Centro, que perdió la hegemonía en número y en irradiación pero que conserva los hábitos de ejercicio autoritario del poder, y la Periferia, numéricamente mayoritaria de católicos, con iglesias nuevas, con nuevos estilos de vivencia de la fe y en permanente diálogo con el mundo, especialmente con los condenados de la Tierra, que tiene siempre una palabra que decir sobre las llagas que sangran en el cuerpo del Crucificado, presente en los empobrecidos y oprimidos y que debe ser bajado de la cruz.

Tal vez lo que más molesta a los cristianos anclados en el pasado es la visión de Iglesia vivida por el Papa. No una Iglesia-castillo, cerrada en sí misma, en sus valores y doctrinas, sino una Iglesia “hospital de campaña” siempre “en salida rumbo a las periferias existenciales”. Ella acoge a todos sin preguntar su credo o su situación moral. Basta que sean seres humanos en busca de vida y sufridores de las adversidades de este mundo globalizado, injusto, cruel y sin piedad.

Condena de forma directa el sistema que da centralidad al dinero a costa de vidas humanas y a costa de la naturaleza. Ha realizado varios encuentros mundiales con movimientos populares. En el último, el cuarto, dijo explícitamente: “Este sistema (capitalista), con su lógica implacable, escapa al dominio humano; es preciso trabajar por más justicia y cancelar este sistema de muerte”. En la *Fratelli tutti* (2025) lo condena de forma contundente.

Se orienta por aquello que es una de las grandes aportaciones de la teología latinoamericana: la centralidad del Jesús histórico, pobre, lleno de ternura con los que sufren, siempre al lado de los despreciados y marginalizados. El Papa respeta los dogmas y las doctrinas, pero no es por ellas por donde llega al corazón de la gente, sino por la cercanía, por la ternura y por el amor.

Para él, Jesús vino a enseñar a vivir: la confianza total en Dios-Abbá, a vivir el amor incondicional, la solidaridad, la compasión con los caídos en los caminos, el cuidado con lo Creado, bienes que constituyen el contenido del mensaje central de Jesús: el Reino de Dios.

Predica incansablemente la misericordia ilimitada por la cual Dios salva a sus hijos e hijas, pues Él no puede perder a ninguno de ellos, frutos de su amor, “pues es el apasionado amante de la vida” (Sab 11,26). Por eso afirma que “por más que alguien esté herido por el mal, nunca está condenado sobre esta tierra a quedar para siempre separado de Dios”. En la *Misericordiae Vultus*, explícitamente dijo el Papa: “La misericordia será siempre más grande que cualquier pecado y nadie puede poner límites al amor de Dios que perdona”(n.2). En otras palabras: la condenación es solo para este tiempo.

Convoca a todos los pastores a ejercer la pastoral de la ternura y del amor incondicional, formulada resumidamente por un líder popular de una comunidad de base: “El alma no tiene frontera, ninguna vida es extranjera”. Como pocos en el mundo, se ha comprometido con los emigrantes venidos de África y de Oriente Medio y ahora de Ucrania. En estos tiempos tenebrosos de un verdadero genocidio en la Faja de Gaza, clama por

la paz, para la moderación y por el cese de la guerra. Lamenta que los modernos hayamos perdido la capacidad de llorar, de sentir el dolor del otro y, como buen samaritano, de socorrerlo en su abandono.

Su obra más importante muestra la preocupación por el futuro de la vida de la Madre Tierra. La *Laudato Si* expresa su verdadero sentido en el subtítulo: “Sobre el cuidado de la Casa Común” dirigida a toda la humanidad. Elabora no una ecología verde, sino una ecología integral que abarca el ambiente, la sociedad, la política, la cultura, lo cotidiano y el mundo del espíritu.

Asume las contribuciones más seguras de las ciencias de la Tierra y de la vida, especialmente de la física cuántica y de la nueva cosmología el hecho de que “todo está relacionado con todo y nos une con afecto al hermano Sol, a la hermana Luna, al hermano río y a la Madre Tierra” como dice poéticamente en la *Laudato Si* (n.92;86). La categoría cuidado y corresponsabilidad colectiva adquieren completa centralidad hasta el punto de decir en la *Fratelli tutti* que “estamos en el mismo barco: o todos nos salvamos o nadie se salva” (n.34).

Nosotros latinoamericanos le estamos profundamente agradecidos por haber convocado el Sínodo de la Amazonía para defender ese inmenso bioma de interés para toda la Tierra y cómo la Iglesia se encarna en aquella vasta región que cubre nueve países y que tiene el derecho a un rostro indígena. Grandes nombres de la ecología mundial afirmaron: con esta contribución el Papa Francisco se pone a la cabeza de la discusión ecológica contemporánea.

Casi desesperado, pero aun así lleno de esperanza, propone un camino de salvación: la fraternidad universal y el amor social como los ejes estructuradores de una biosociedad en función de la cual están la política, la economía y todos los esfuerzos humanos.

Se trata de pasar del paradigma del dominus (el ser humano fuera y por en cima de la naturaleza como su señor y dueño) al paradigma del frater, todos hermanos y hermanas, con los seres todos de la naturaleza e entre nosotros, los humanos. No tenemos mucho tiempo ni sabiduría suficientemente acumulada para esta travesía del dominus al frater y para este sueño del Papa: la alternativa real para evitar un camino sin retorno.

El Papa caminando solo por la plaza de San Pedro bajo una lluvia fina, en tiempos de la pandemia, quedará como una imagen indeleble y un símbolo de su misión de Pastor que se preocupa y reza por el destino de la humanidad.

Tal vez una de las frases finales de la *Laudato Si* revela todo su optimismo y esperanza contra toda esperanza: “Caminemos cantando. Que nuestras luchas y nuestra preocupación por este planeta no nos quiten la alegría de la esperanza” (n.244).

Tienen que ser enemigos de su propia humanidad quienes condenan inmisericordemente las actitudes tan humanitarias del Papa Francisco, en nombre de un cristianismo estéril, convertido en un fósil del pasado, en un recipiente de aguas muertas. Los ataques feroces que le hacen pueden ser todo menos cristianos y evangélicos.

MARÍA JOSÉ ARANA

QUIERO APOYAR Y EXPRESAR, CON TODA CLARIDAD, MI ADHESIÓN AL PAPA FRANCISCO

Estimado y muy apreciado Santo Padre, Papa Francisco:

Desde mi condición de Religiosa del Sagrado Corazón y teóloga –doctora y profesora de Teología jubilada– de la Iglesia Católica sigo con todo interés y admiración los acontecimientos eclesiales y especialmente sus enseñanzas, magisterio, relaciones intraeclesiales, etc.

Vivimos momentos de especial dificultad agudizada por la influencia e intervenciones de sectores muy minoritarios, de tendencias “ultras”, muchas veces agresivos, atizados por algunos obispos y cardenales dispuestos a atacar, de múltiples formas, las acciones, enseñanzas y magisterio del Papa, especialmente aquellas acciones que suponen reforma y avance en una mayor actualización del Evangelio y del Vaticano II. Esta situación es muy deplorable y condenable.

Así pues, en estos momentos difíciles quiero, unida a la inmensa mayoría de la cristiandad –sí somos una grandísima mayoría–, apoyar y expresar, con toda claridad, mi adhesión al Papa Francisco y agradecer de todo corazón los pasos, actuaciones y declaraciones que está realizando desde la Cúpula de la Iglesia, en favor de los más desposeídos, apuntalando, más claramente una Iglesia de los pobres y para los pobres.

Estimo y aplaudo el documento *Fiducia supplicans*, un paso importante dado en favor de visibilizar más claramente una Iglesia Misericordiosa, más abierta al reconocimiento de las diferentes manifestaciones de la naturaleza humana en los LGTBI, concediendo esa bendición que para algunos es polémica, pero que, para una gran mayoría es un paso valiente y justo para acercar a toda la Humanidad la Gracia y la Compasión de Dios; paso en el que creemos que la Iglesia avanzará y no quedará anclada.

De forma muy especial admiro, agradezco y secundo toda la profundización, mentalización y esfuerzo para

ayudarnos a proteger la Tierra, la salvaguarda de la Creación entera. La Encíclica *Laudato si* y su segunda parte, *Laudate Deum*, además de poseer una gran calidad científica, espiritual y teológica, es de una belleza extraordinaria y un gran apoyo e instrumento de trabajo y de acción. Su aportación *C'est la confiance* sobre la espiritualidad y mística de Santa Teresita es sencilla y preciosa, un buen alimento espiritual. Recordamos el Sínodo de la Sinodalidad en el que estamos inmersos/as... En fin, habría tantas cosas que enumerar, estos son algunos ejemplos de ese innumerable cúmulo de acciones y actuaciones, de animación espiritual y otras que el gobierno de la Iglesia conlleva. ¡Hay tanto que reconocer y agradecer...!

Sí, yo apoyo plenamente al Papa. Apoyarlo es un acto de reconocimiento, de justicia, sí, pero también de amor intenso a la Iglesia y, deseo vivamente que desaparezcan esas actitudes de algunos –en verdad son muy pocos, pero de influencia notable– cardenales, obispos y fieles que se oponen y malinterpretan la magnífica obra que, desde la Cátedra de Pedro, usted realiza en la Iglesia.

Sin embargo, y esto no resta nada a lo anterior, quisiera recordar a Su Santidad, con el mayor respeto posible, una cuestión muy importante en la que, a mi modo de ver y en el de muchas mujeres católicas, ni la Iglesia, ni las enseñanzas desde la Cátedra de Pedro, ni otras declaraciones es llevada “todavía”, ni con el cuidado, ni con la justicia que la cosa requiere, me refiero a la situación de las mujeres.

La Iglesia lleva muchos siglos guiada exclusivamente por varones y eso “imprime carácter”... Todos los temas y cuestiones pasan antes que el nuestro que, a nuestro modo de ver, deja mucho que desear en su tratamiento. Se están dando algunos tímidos pasos de avance para las mujeres, pero muy poca cosa; no se llega a mínimos ni en las cuestiones referentes al gobierno, y ni especialmente en lo que toca a los Ministerios y, en particular, a los Ministerios Ordenados.

Aquí queremos hacer un llamamiento muy especial a Su Santidad. Nos parece que, todo esto, ni está objetivamente bien investigado dentro de los estamentos vaticanos, ni en la teología tenida como “más oficial”, ni parece que se escuche la teología ni los pasos dados por las mujeres Teólogas... Hay muchas mujeres que sufren, sufrimos, por estas cuestiones y deseamos un cambio intra-eclesial. Hay un “éxodo” silencioso de mujeres que abandonan la Iglesia por estas cuestiones, y esto implica dolor y una gran responsabilidad. Sin embargo, es como si ustedes no vieran las “líneas rojas” que se dibujan a nuestro alrededor, que “dañan” a toda la Iglesia y hieren a las mujeres.

Aprovecho este momento para, con toda la deferencia y respeto de que soy capaz, recordar a Su Santidad cuestiones referentes a este punto que es de enorme importancia para el crecimiento, la vitalidad y el futuro de la Santa Iglesia, así como un acto de justicia irrenunciable, no sólo con las mujeres, sino con la cristiandad.

Le aseguro todo mi aprecio, admiración y por supuesto, mi enorme agradecimiento. Mi más sincero, respetuoso y afectuoso saludo. Usted está continuamente presente en mi oración, yo me acojo a la suya. Que el Señor nos siga bendiciendo desde su Representante.

APOYO PERSONAL, NO INSTITUCIONAL, AL PAPA FRANCISCO

Accedí a expresar mi apoyo al papa Francisco, pero no sin reticencias. “Será un apoyo personal, no institucional”, previne. Me explico: mis reticencias no tienen que ver con su persona como tal, sino con la figura institucional – el papado absoluto– que sigue representando, con el modelo clerical y masculino de Iglesia medieval que sigue manteniendo, y con el magisterio teológico premoderno que sigue ejerciendo.

Reconozco que le ha tocado gestionar una época bien compleja y difícil. Al inconcreto e inacabado sueño primaveral del Vaticano II sucedieron, sin solución de continuidad, los titubeos y contradicciones de Pablo VI desde el propio Concilio hasta su muerte en 1978, y luego –tras solo un mes de pontificado de Juan Pablo I, del que no sabemos realmente si murió o fue muerto– siguió el largo pontificado restauracionista de Juan Pablo II (1978-2005), prolongado por Benedicto XVI, quien, para librarse de las cloacas y los lobbies del Vaticano, no encontró mejor camino que huir dimitiendo (2013), y legando al siguiente un panorama sombrío y enmarañado.

El cónclave cardenalicio, buscando equilibrios imposibles, eligió a un jesuita llegado de la pampa argentina. Se hizo llamar Francisco y salió al balcón pidiéndonos la bendición. Era ya muy tarde para una reforma profunda y duradera. Pero, para intentarlo de verdad, nada más recibir la bendición, sin tomarse ni siquiera el tiempo para sentarse en la cátedra de Pedro, pescador de Galilea sin diplomacias ni dobleces, hubiera tenido que proclamar *urbi et orbi*: “Se acabó lo viejo. Que empiece de una vez lo nuevo”. Han pasado 11 años.

Mientras tanto, el mundo vive, vivimos, una época de metamorfosis civilizacional planetaria como nunca ha conocido nuestra especie desde que surgió hace 300.000 años. Todo lo que creíamos seguro hasta ayer mismo se ve profundamente sacudido en todos los campos. Las religiones tradicionales, cristianismo incluido, con sus creencias, rituales y códigos, se derrumban. Se extienden la incertidumbre y el miedo, y su síntoma: los fundamentalismos de todo tipo.

Todo ello ha puesto a dura prueba la sabiduría jesuítica y la paz franciscana del papa Francisco. Y al paso de los años brota y cunde la sensación de que lo radicalmente nuevo, tan necesario en esta Iglesia varada en las arenas del pasado, aún no ha empezado de verdad, ni se ven señales.

Reconozco, sí, un nuevo tono, un lenguaje fresco, lleno de aliento, sobre todo en los documentos pontificios como la Encíclica *Laudato si* y la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*. En estos documentos y en un sinfín de intervenciones, Francisco está difundiendo un mensaje social, económico y político claro, valiente, subversivo, en favor de todos los desahuciados de la Tierra, hasta convertirse en la voz tal vez más libre y liberadora, y la más molesta para los poderes financieros empeñados en matar la vida de los humanos y de la comunidad viviente de la Tierra. Es sin duda lo sustancial de la Buena Noticia que el profeta Jesús anunció y practicó, más allá del templo, del credo y del código canónico. ¿Y qué más le puedo pedir al papa Francisco con sus 86 años y la salud maltrecha?

No, no puedo pedir más a este hombre lleno de buena voluntad y de carisma a raudales. A este hombre humano, con su temperamento y su ternura, con sus errores y contradicciones, con su honda fe y su viejo catecismo, con su utopía evangélica y su teología conservadora, a este hombre de carne y hueso le expreso de corazón mi admiración, mi estima, mi apoyo personal.

Pero este hombre de carne y hueso como yo es el papa de la Iglesia católica, investido de plena potestad “divina”, y es el que enseña la verdad, dicta las leyes y gobierna con poderes absolutos, elige obispos y nombra cardenales, cardenales que elegirán a su sucesor y obispos que ordenarán sacerdotes a solo varones, y se propone instituir un diaconado femenino, desprovisto de grado sacramental y, por lo tanto, subalterno del clero.

Este hombre representa y preside, con poder absoluto y exclusivo, una Iglesia que se llama de Jesús pero que está en flagrante contradicción con lo que este papa enseña para el mundo entero. Una Iglesia que pretende poseer el monopolio de la verdad y del bien, que sigue aferrada a una cosmovisión y a una antropología de milenios remotos, que sigue enseñando doctrinas irracionales con un lenguaje ininteligible, que en nombre de Dios y de Jesús sigue subordinando a la mujer y humillando a las personas LGTBIQ+, condenando como “objetivamente pecaminosas” las expresiones de su amor sagrado...

El último ejemplo es la aprobación de la bendición de parejas homosexuales, pero no como la bendición de las

parejas heterosexuales, sino una bendición sin celebración litúrgica, casi a escondidas y de prisa; 10 segundos bastan, ha dicho el Cardenal Víctor Manuel Fernández, Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe; el papa Francisco acaba de aclarar, por si hiciera falta: “Las bendiciones a parejas homosexuales van dirigidas ‘a las personas’ y no cambia la doctrina”. Pues, hermano Francisco, mientras no cambie la doctrina por salvar la institución, seguirán sufriendo las personas, y la misma institución se arruinará.

Esta Iglesia institucional ya no respira. Ni inspira aliento vital. Y si no inspira, no sirve de nada. Y si no sirve de nada, aunque suene duro hay que decirlo: nada esencial se perderá con que siga derrumbándose. Y solo podrá inspirar si aprende a hablar de la vida y de todo lo real –de la creación del universo, del amor, del género, de la sexualidad, de la libertad, del “pecado” y del “perdón”, de la vida después de la muerte, de Jesús, de “Dios” al fin y al cabo– de una manera comprensible, inspiradora, consoladora, transformadora para los hombres y mujeres de hoy. Y solo podrá respirar e inspirar si se reinventa a fondo de acuerdo al espíritu que movió a Jesús y a todos los profetas y profetisas de todos los tiempos, dentro o fuera de cualquier religión. Solo podrá consolar y transformar si reinventa a fondo todo su lenguaje teológico y todo su edificio ministerial del que el propio papado sigue siendo cimiento y cima.

Solo un vuelco del modelo de Iglesia clerical y de paradigma teológico integral podrá, si ya no es demasiado tarde, devolver espíritu y vida a esta Iglesia, aunque vaya a reducirse a una pequeña comunidad dispersa, pero itinerante y libre. Esa me parece una tarea institucional irrenunciable y urgente de un papa en nuestro tiempo. Y ni de lejos será suficiente con reformar todo el aparato vaticano, ni con extirpar su endémica corrupción económica, ni con combatir la pederastia omnipresente. ¡Qué menos que todo eso! Pero no bastará. No es tiempo de apaños y componendas.

Escucho y leo sin cesar que Francisco hace lo que puede, no solo porque sus fuerzas son limitadas, sino sobre todo para evitar un cisma de la Iglesia católica. No sé si logro entenderlo. Solo me brotan preguntas: ¿qué logró Pablo VI con sus reparos y equilibrios, sino ser un obstáculo decisivo para la realización de los mejores sueños conciliares y un impulso determinante para consagrar casi de manera irreversible la ruptura entre la Iglesia y la cultura moderna? ¿Qué ha logrado Francisco en estos 11 años? Y, por poner un ejemplo, entre humillar a parejas homosexuales (cristianas o no, poco importa) y “escandalizar” a cardenales y clérigos homófobos, ¿con qué se queda? Entre Jesús y el Derecho Canónico, ¿a la hora de la verdad por cuál se decide?

Y en cualquier caso, al ritmo al que vamos y por la ambigua dirección en la que “avanzamos”, de prudencia en prudencia y de sínodo en sínodo, ¿no va la Iglesia católica –y las Iglesias cristianas en general– camino de su total implosión, o camino de su reducción a gueto cultural y social premoderno, primero en Europa y luego en el resto? ¿Tanto empeño por evitar un cisma institucional –¿o será una excusa?– no está impulsando de hecho un cisma general de la inmensa mayoría social que, indiferente o decepcionada, deserta silenciosamente de una institución que ya no les aporta inspiración ni respiro?

A FRANCISCO HAY QUE AGRADECERLE QUE HAYA PUESTO TÉRMINO A LA PASIÓN PERSECUTORIA DE SUS ANTECESORES

Cuando Juan Pablo II, “Santo subito”, comenzó a gobernar con puño de hierro la Iglesia Católica muchos de sus miembros, hombres y mujeres, laicos y clérigos, alentados todavía por el espíritu de Juan XXIII, Santo no tan “subito”, y del Concilio Vaticano II, andaban metidos de lleno en el empeño de actualizar la dogmática y, a partir de ahí, renovar, también, la moral, la liturgia y la eclesiología. De todo lo cual debería hacerse eco el Código de Derecho Canónico, profundamente reestructurado.

Las primeras palabras de Karol Józef Wojtyła el 18 de octubre de 1978 desde el balcón de la Basílica de San Pedro, recién elegido Papa, ya dieron a entender, aunque entonces no se captara, que tenía el propósito de poner término a todo eso. El mundo entero le oyó decir que se presentaba para reemprender de nuevo, “*incominciare di nuovo*”, la andadura por el camino de la historia y de la Iglesia.

Poco a poco, con la inestimable ayuda intelectual de Joseph Ratzinger, luego Benedicto XVI, de modo implacable, llevó a cabo su propósito. Sistemáticamente fueron siendo condenados o apartados de sus cátedras muchos de los biblistas, teólogos, moralistas, liturgistas o eclesiólogos que habían acogido y trataban de desarrollar el espíritu conciliar. Y se procedió a desbaratar en todo el orbe católico las experiencias pastorales que trataban de poner en práctica los cambios señalados.

Al Papa Francisco hay que agradecerle muy sinceramente que haya puesto término a esa pasión persecutoria. Aunque, tras haber estado activa casi treinta y cinco años, el mal ya estaba hecho, de forma que hoy en día casi no quedan personas con memoria de aquel vendaval renovador. Peor aún, la gran mayoría de los católicos actuales no es capaz ni de imaginar la magnitud y profundidad de los cambios que, por motivos bien fundados, se estaban intentando introducir entonces en el pensar y en el actuar de la Iglesia Católica.

De todo aquello el Papa Francisco, desde los inicios mismos de su pontificado, ha retomado la bandera de la

Gaudium et Spes, haciendo suya la proclamación de que siente como propias las alegrías y las penas de la humanidad. Y manifestando que goza con sus gozos y que, muy especialmente, trata de aliviar sus sufrimientos, desde la convicción de que esa es la tarea principal de los católicos en el mundo.

Tal actitud es muy pero que muy de agradecer. Desde la más alta instancia de la Iglesia Católica se han vuelto a escuchar palabras similares a las que el Evangelio de Mateo pone en labios de Jesús: “Venid a mí los que estéis cansados y agobiados y yo os aliviaré, porque mi yugo es suave y mi carga ligera”. Y, como entonces, a unos nos alegra enormemente oírseles decir una y otra vez.

Pero a otros, incluidos altos miembros de la jerarquía eclesiástica, enseguida les sonaron a revolución. Y pronto, llenos ira y espanto, comenzaron a difundir la idea de que el papa está cayendo en herejía, pues hace suyas y promueve las tesis comunistas.

Pero más y con mayor fuerza están bramando desde el 18 de diciembre, cuando, con el visto bueno del papa, el Dicasterio para la doctrina de la fe, presidido por el cardenal Víctor Manuel Fernández, ha hecho pública su declaración *Fiducia supplicans*. Les indigna que en ella se permita a los clérigos bendecir a las parejas que lo soliciten, aunque se encuentren en una situación moral y canónica que la doctrina y la normativa de la Iglesia católica consideran como irregular y pecaminosa, por ser contraria a la voluntad inamovible de Dios.

Además, y para colmo, el Papa Francisco emprendió desde muy temprano la tarea de erradicar de la Iglesia católica los delitos económicos y los de índole sexual, cometidos con frecuencia por personas que proclaman y defienden apasionadamente y hasta fanáticamente todo lo contrario. Esta determinación también es muy de agradecer. Aunque de nuevo hay quienes en el seno de la propia Iglesia Católica lo ven mal. Les molesta que, en lugar de taparlo, para no deteriorar su imagen y su credibilidad, el papa lo saque a la luz pública y lo airee.

Como en los tiempos de Jesús ocurría respecto a él con los escribas y fariseos, los más furibundos defensores de la dogmática y de la moral y de la liturgia y de la eclesiología tradicionales se rasgan las vestiduras, escandalizados. Y el papa se ve obligado a soportar, como Jesús de Nazaret, sus demoledores ataques por decir a los pobres y marginados, como los ángeles dicen a los pastores en el Evangelio de la infancia de Lucas, que no tengan miedo. Que hoy, como entonces en la ciudad de Belén, tampoco Dios está llegando para castigarlos, sino que busca su bien, porque es bueno. Y que pueden, desde esa fe, vivir tranquilos, libres y gozosos, siendo buenos unos con

otros como él creemos que lo es con el universo entero y con las criaturas que lo pueblan. Este mensaje también es muy de agradecer y lo agradecemos sinceramente.

Pero el Papa Francisco cree que esos cambios de actitud respecto a Juan Pablo II y a Benedicto XVI los puede introducir en el vivir de la Iglesia católica sin tocar su doctrina tradicional. Piensa que puede modificar aspectos importantes de la moral, la liturgia y la eclesiología, sin tocar los fundamentos teológicos sobre los que se asientan. Y eso es imposible.

Si Dios puede hablar a los seres humanos y de hecho ha hablado para decir lo que dice la dogmática católica que ha dicho y para prescribir lo que de ella se deriva, los conservadores no van a admitir que se enseñe a creer y a vivir de otro modo, porque, según ellos, la Palabra de Dios es cierta, inerrante e inamovible.

Eso mismo decían creer respecto a “la Sagrada Torá” los escribas y fariseos, algunos de los cuales acabaron promoviendo la ejecución de Jesús, Y contra ellos él alzaba su voz para, según el Evangelio de Mateo, decir a la gente: “Oísteis que se dijo los antiguos... pero yo os digo”. Introduciendo en su discurso con esa fórmula una doctrina distinta a la que se leía en los venerados rollos de la Ley, que se guardaban en un lugar privilegiado de las sinagogas, por considerarlos contenedores de la verdad revelada directamente por Yahveh a Moisés.

El Papa Francisco, esa es mi opinión, ante los conservadores que le llaman hereje, comunista y hasta masón, en vez de andar con paños calientes, como el de autorizar la bendición a las parejas homosexuales y a las heterosexuales no casadas por la Iglesia, debería decir con fuerza en ese y en otros muchos temas: “Oísteis que se dijo a los antiguos... pero yo os digo... Y, de ese modo, retomar y extender el camino profundamente renovador iniciado por el Concilio Vaticano II.

Había razones para hacerlo antes del 18 de octubre de 1978. Algunos aún las recordamos. Y no solo ha seguido habiéndolas sino que hoy han aumentado en número y tienen mayor contundencia. Algunos las conocemos y podemos explicarlas. Esto habría de ser asumido dentro de la Iglesia católica, porque, además, después de hacerlo, no se perdería lo esencial de nuestra fe, sino que resplandecería con luz nueva.

LA PROPUESTA DE CONVERSIÓN PASTORAL DE FRANCISCO ES UN EJERCICIO DE FIDELIDAD A LA TRADICIÓN

Me sumo a la iniciativa de Religión Digital de dar un apoyo explícito al papa Francisco. Intuyo que a él, personalmente, no le debe hacer mucha falta porque, desde su profunda relación con Cristo, está viviendo toda esta campaña de descrédito y de confrontación y calumnias contra su magisterio como una vivencia de la octava bienaventuranza. (cf. Mt 5,11-12): “Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros”.

Pero sí que siento una necesidad de reconocer cómo su propuesta de conversión pastoral es un ejercicio de fidelidad a la tradición. No es ser fiel a la doctrina, el estancamiento ni la repetición literal de unas normas escritas. San Pablo decía: “La letra mata, pero es el Espíritu el que da vida”.(2Cor 3,6).

Veo en Francisco la vulnerabilidad de un hombre mayor que no pone su confianza en las estructuras, en las inercias, en el “siempre se ha hecho así”, sino que es capaz de ponerse diariamente frente a Cristo y con humildad preguntarle: “¿Qué puedo hacer, decir, qué gestos y palabras pueden traducir mejor tu amor por los hombres y mujeres de nuestro mundo?”.

Es la Kénosis de la pastoral, el abajamiento, el despojarse de siglos de influencia y poder, y comenzar una andadura cercana a donde está lo humano. A Cristo no le entendieron, sí Él, siendo el Maestro y Señor, no le dejaban que lavase los pies, no es de extrañar que Francisco sufra en su propia carne resistencias y descalificaciones.

Sólo invito a meditar la respuesta de Jesús a Pedro: “No tienes parte conmigo”, “no os conozco”, allí, alejados del corazón misericordioso de Dios, será el llanto y el rechinar de dientes. Algunos de esos rechineos los oímos ya a diario. Pero la misericordia se ríe del juicio.

10
JOSÉ MARÍA OLAIZOLA, SJ

ESTOY CON FRANCISCO PORQUE CREO QUE ES UN BUSCADOR HONESTO DE LA VERDAD

Me cuesta entender que no aceptemos una Iglesia plural, una Iglesia donde el espíritu sopla cuando y donde quiere. Y donde la diversidad no es problema ni amenaza, sino parte de la enorme riqueza de esta humanidad, toda ella llamada a caminar tras las huellas de Cristo. Me parece una riqueza la diversidad de carismas, de sensibilidades y de acentos. Y por eso me cuesta cada vez más entender los ataques a Francisco.

Claro que también los pontífices anteriores recibieron críticas, pero, seamos honestos, no tenían nada que ver con las fobias, desprecios y ataques furibundos que se lanzan contra este Papa. Se mire por donde se mire, no termino de comprender cómo la opción pastoral de Francisco es tan mal acogida

No deja de ser verdad que la misma suerte del Señor la corre quien le sigue, y ya el maestro anunció persecuciones a quien abraza su evangelio. Pero ¿de verdad seguimos tan anclados en la lógica de la ley que somos incapaces de entender la misericordia? ¿De verdad la diferencia ha de convertirse en enemistad personal? ¿De verdad la trascendencia está tan reñida con el reino, que crece aquí y ahora, entre nosotros, en la historia?

Yo estoy con Francisco porque me recuerda, en sus palabras, en sus gestos y en su actitud, lo mucho que aún me falta para vivir el evangelio. Y, aunque me duele ser consciente de ello, no lo vivo como reproche, sino como llamada. Porque se ha empeñado en hacer de la Iglesia tierra de todos, y no puedo más que sentir que la ha vuelto un poco más hogar para muchos que la sentían ajena.

Estoy con Francisco porque creo que es un buscador honesto de la verdad, consciente de la enorme responsabilidad que tiene, y capaz de cuestionar inercias para hacernos buscar la libertad para la que nos liberó Cristo. Gracias, Francisco.

EL PAPA FRANCISCO, CÓMPLICE DEL RESUCITADO NAZARENO

“Hoy comenzamos camino obispo y pueblo para evangelizar”. El papa Francisco fue nombrado Papa el 13 de marzo de 2013. Jorge Mario Bergoglio, que tenía 77 años, llevaba una vida singular: vivía no en el palacio episcopal de su diócesis, sino en un modesto apartamento; él se cocinaba la comida; había renunciado a su limusina y al chófer particular y utilizaba el transporte público.

Y hasta pudimos ver cómo renunciaba a los zapatos rojos, a la muceta roja (se acabó el carnaval, dijo), a la cruz de oro, a vivir en el Palacio Apostólico vaticano y eligió la residencia de Santa Marta.

Y desde el balcón de la gran plaza del Vaticano dijo: “Agradezco vuestra acogida. Vamos a comenzar, obispo y pueblo, este camino de la Iglesia de Roma, un camino de fraternidad, de amor, de confianza entre nosotros.

Para el papa Francisco, lo primero era la soberanía del pueblo de Dios, pues todos somos iguales. Sólo así, la Iglesia podía ser “Iglesia de los pobres”. Sin embargo, no faltaron quienes con enconado escepticismo mantenían que este Papa no haría nada nuevo.

En el año 380, Teodosio declara la religión cristiana como religión oficial del Estado, obligatoria para todos. Desde entonces, se produce una especie de “faraonización” del ministerio. Lo que era servicio se convierte en poder: indumentaria, insignias, títulos, etc.

Con Gregorio VII llega, hacia comienzos del siglo XI, el mayor giro respecto a la comprensión y organización de la Iglesia. Su estatuto constituyente se caracteriza por la desigualdad, sobre la base de dos géneros de cristianos: los clérigos y los laicos. La desigualdad se despliega de arriba a abajo, en una visión piramidal con un vértice, que es el Papa y de él deriva el poder de los obispos y, más abajo, está el bajo clero. Por abajo de todo, está el estamento laical: vasallos, siervos de la gleba, gente menuda. Esta estructura eclesíástica sería de derecho divino y, por tanto, inmutable.

En contraste con este tipo de Iglesia, el nuevo modelo del Vaticano II tiene su punto de gravitación en la comunidad, no en la jerarquía. Desaparece la Iglesia como “sociedad de desiguales”. Jesús, por su sacerdocio, “se hace en todo semejante a sus hermanos”, pues Él, para ser sacerdote, no se retira al ámbito de lo sagrado, de los ritos, sino que accede a través del sufrimiento, precisamente por haber llevado el amor hasta el extremo.

Bajo la guía del papa Francisco, estamos retomando el espíritu y las pautas del concilio Vaticano II, que elimina toda relación de desigualdad entre personas. El secreto del estilo del papa Francisco hay que buscarlo donde nadie imagina: en el poder. Porque nadie pensaba que el Papa Francisco iba a escapar al severo control de la burocracia vaticana. Pero Bergoglio venía observando y sabía mucho de ese drama. El hábito del poder no se quita sino con la muerte. Y ahora le tocaba a él lidiarlo.

Bergoglio llegó solo y seguía prácticamente solo. Nadie sabía a ciencia cierta quiénes formaban su equipo. Y, además, se extrañaban de cómo, sin aparentarlo, se enteraba de todo. Francisco es llano, habla con todos, despierta empatía, todos van a contarle sus cosas, todos lo quieren. Para cambiar la Iglesia, le guían dos cosas: su estilo evangelizador y el principio de misericordia.

- Anunciar el Evangelio: La misión de todos en la Iglesia es haberse prendado de Jesús de Nazaret. Pero hoy el principal desafío es que Jesús no es conocido. Y si no es conocido, mal puede ser amado y seguido con gestos de servicio y acompañamiento a los más necesitados.

- El principio de misericordia: Los narradores bíblicos nos cuentan cómo Dios escucha, ve los sufrimientos de su pueblo y decide bajar para liberarlo. Esta acción es la que revela a Dios tal como es y exige cómo debe ser una historia de justicia y con misericordia con los demás. ¡Dichosos los misericordiosos! Es lo más hondo del ser humano y lo que más lo asemeja a Jesús. Los malos políticos lo son porque carecen de misericordia, al igual que el sacerdote y el levita –y una lista que cada uno puede completa– dan rodeos y no defienden al herido. Los explotadores no toleran a quienes luchan contra ellos para que dejen de mentir y no sigan produciendo víctimas.

A nadie meten en la cárcel por hacer obras de misericordia, ni lo hubieran hecho con Jesús si no hubiera ido más allá. Pero lo seguirán haciendo con cuantos pongan al descubierto la mentira: subvierten los valores últimos sobre los que se apoya el sistema.

12
MIGUEL ÁNGEL MESA BOUZAS

BENDECID, NO MALDIGÁIS

Allá por el año 2008 escribí un artículo que causó algún revuelo y que titulé *La familia de Jesús*. En él hablaba de Jesús y el grupo de discípulos y discípulas que le seguían, pero actualizado desde las realidades que vivimos hoy en día. Aparecían en este grupo los inmigrantes, la situación “irregular” de un padre separado con un niño a su cargo, dos hombres que decidieron unir sus vidas y Jesús, junto al resto de sus seguidores, les acompañaron “ayer mismo, cuando se prometieron fidelidad y amor en una ceremonia que tuvimos en la comunidad”.

Había también una pareja de mujeres con una niña a su cargo. Dice Jesús: “Yo nunca he visto miradas tan tiernas, gestos más cariñosos, besos tan dulces como los que se dan. No hay entre ellas mayor ni menor, comparten todas las tareas y la educación de su hija. Son un verdadero matrimonio bendecido por mi buen Padre y Madre Dios. Tienen un amor mucho más puro que el de la mayoría de los matrimonios tradicionales que he visto en mis largos años de andanzas por pueblos y ciudades”.

Y termina diciendo Jesús a quienes se oponen a estas prácticas, haciendo referencia a la ortodoxia, a la ley natural, a la palabra de Dios interpretada de forma autorizada por ellos, varones todos, e invocando la tradición: “Y así podría contaros muchos casos más que hay entre nosotros. No hay un solo tipo de familia, ya lo veis. Y las parejas que desean casarse en la comunidad son llamadas con toda naturalidad matrimonio, porque lo son. Y Dios los bendice cada día reflejando el sol en sus vidas... Ellos y ellas son mi verdadera familia: mi madre, mi padre, mi hermano y mi hermana. Y si mi Padre les ha unido en su amor, vosotros no sois nadie para intentar suplantar a Dios”.

Como habréis supuesto, esta introducción hace referencia a la Declaración *La confianza suplicante*, firmada por el Prefecto del Dicasterio para la Doctrina de la Fe y ratificada por el Papa Francisco el pasado 18 de diciembre. En esta declaración se aclaran las formas en que se deben realizar las bendiciones solicitadas por personas en situaciones “irregulares” y parejas del mismo sexo.

Después de leerlo pienso que es un paso adelante, valiente e importante, que invita a dar la bendición de Dios sin exigir nada a cambio, sin pedir un cambio de actitud. Simplemente porque Dios les ama y les acoge como son. Se ha esperado demasiado tiempo para que podamos ver con nuestros propios ojos este cambio histórico hacia parejas del mismo sexo y personas separadas y vueltas a casar.

Pero este paso adelante ha sido criticado fuertemente, como viene siendo habitual, por algunos de los sectores más tradicionalistas, involucionistas e inmovilistas de la jerarquía eclesiástica, en distintos países, entre ellos el nuestro, en el que un grupo de sacerdotes ha iniciado una recogida de firmas para que se derogara la declaración y distintos obispos se han mostrado en contra de que se efectúe cualquier bendición de este tipo en sus diócesis.

En primer lugar lo que deseo es mostrar mi plena cercanía, apoyo y sintonía con los cambios iniciados o llevados a cabo por Francisco a lo largo de estos diez años de papado, para que la Iglesia se adecúe a los tiempos actuales y sea más fiel al Evangelio de Jesús, siendo más comunitaria, sinodal, participativa, con una mayor inclusión de la mujer en distintos servicios eclesiales, pobre, junto y para los pobres, encarnada en nuestro mundo de forma misericordiosa y con una dedicación plena y comprometida hacia la población más empobrecida, marginada, excluida, emigrante... Y, en concreto, en el tema que me ocupa sobre la bendición a parejas del mismo sexo y personas en situaciones irregulares.

Pero no quiero finalizar sin mostrar un pero, una salvedad. Este texto, como he dicho anteriormente, me parece un paso adelante, valiente e importante. Pero mínimo. Toda la declaración parece encauzada a no provocar urticaria y que el rito de la bendición, sea breve, alejado de cualquier similitud al del ritual del matrimonio, para que no dé lugar a confusiones.

Me remito a los fragmentos de mi artículo que he reflejado al principio, para dejar constancia de mi forma de pensar. Creo que el amor no hace acepción de personas, sean de un sexo o de otro. El amor proviene de Dios, es Dios mismo, según el Evangelio de Juan. Y cuando dos personas se aman es Dios mismo quien las bendice. Es el sacramento del amor lo que las une.

Y las personas en situación “irregular”, es lo más regular y normal en nuestro mundo. Cuando dos personas con un proyecto de vida en común, de cariño mutuo, después de esforzarse por solucionar las dificultades de la vida matrimonial, ven que es imposible mantener esa unión, lo “normal” es separarse de la forma más humana y

amistosa posible. Para seguir su vida y, si lo desean y tienen suerte, encontrar otra persona con la que poder hacerlo. El amor de Dios es eterno, pero en la vulnerabilidad del ser humano, lo más habitual es que haya momentos en los que se abandonen unos caminos, por distintas circunstancias, para encontrar otros nuevos que aporten más felicidad y plenitud.

Estoy plenamente convencido que si Jesús viviera en nuestros días, daría su plena bendición, celebraría el encuentro, el matrimonio, la vuelta a la vida dichosa junto a otra persona, sin hacer preguntas, sin prejuicios, sin teóricas leyes naturales que castigan y alejan. Lo suyo es la buena noticia. Es mucho más felicitante, humana y divina la bendición. El bien decir. El bien hacer. El bien querer. El bien acoger. Y alejemos de nuestras vidas, arrojando a la basura, el rechazo, la maldición, el anatema y la condena.

PEDRO MIGUEL LAMET

QUINCE RAZONES PARA QUERERTE, FRANCISCO

Ahora que, no se sabe cómo, tus enemigos hipócritas y fariseos del momento, parecen brotar de entre las piedras; y, algunos, desde tu Iglesia, quieren mancillar tu pontificado desde sus trincheras ultracatólicas.

Ahora que unos cuantos ponen la letra por encima del espíritu y, sin mirar la viga en el ojo propio, pretenden aniquilar a los frágiles, distintos o pecadores, en vez de mirarlos con misericordia.

Ahora que algunos que se llaman cristianos rechazan al Jesús que comía con publicanos y prostitutas y solo piensan en juzgar y destruir.

Ahora que, para proteger a los poderosos, el imperio del mercado y la sociedad del bienestar, rechazan a los que, más allá de las ideologías y partidos, luchan por solidaridad y la justicia.

Ahora que abundan los que consienten e incluso alaban la situación de un mundo partido en dos, entre los que pueden comer o nadar en la abundancia y los que pasan hambre, los que venden armas y los que son aniquilados, los ricos y los pobres, los creyentes e increyentes o ateos,

Déjame decirte, papa Francisco, por qué te queremos.

Te queremos, porque...

1. Eres un ser humano. Parece obvio, pero no lo es tanto. Has dejado lejos el papa intocable. No ya el de la tiara, la silla gestatoria y el “nos”, benditamente rechazado por tus predecesores. Sino el enclaustrado en el terzo piano, a veces inaccesible, que hablaba sin escuchar, caminaba sin pisar la calle, predicaba con tal seguridad que parecía hacerlo casi siempre ex cathedra y se parecía más al pontífice que al padre.

2. Predicas para la gente. Has cambiado el lenguaje de tus cartas y sermones con terminología asequible para los hombres y mujeres de nuestro tiempo, de modo que “se te entiende demasiado”. “Es argentino –dicen–, habla y habla”. ¿No nos quejábamos del papa esfinge, intelectual, que no se le comprendía? Gracias, porque a ti no solo se te entiende todo, sino que incluso creas lenguaje, neologismos, un género literario propio par hacer despertar a la gente del sueño digital.

3. Tus mejores amigos son los pobres. A ellos has dedicados tus párrafos y acciones más osados, más cariñosos, más valientes, a riesgo de ser calificado de “marxista”, “populista”, “peronista” y otras sandeces más. Por jugártela por los explotados, los inmigrantes, los marginados, los vagabundos, los últimos de esta sociedad injusta, teniendo como tu código de comportamiento, el mejor y más arriesgado de todos, las bienaventuranzas de Jesús. Y también por las mujeres, dando algunos pasos para hacerlas subir algunos puestos en la Iglesia.

4. Por cuidar del planeta, a través de tus encíclicas y documentos pastorales, cuando la evidencia del cambio climático es ya más que evidente y los trust y oligopolios del mundo actual siguen apostando por el exclusivo beneficio material, la acumulación de los “graneros” de unos pocos, mientras se deteriora el planeta. Porque nuestro mundo también es un sacramento.

5. Por enseñarnos a reír y sonreír, mostrándonos un camino de eutrapelia, de alegría de vivir; porque desde la fe sabemos que esta vida tiene sentido frente a todos los miedos y angustias de los frecuentes profetas de calamidades.

6. Por condenar la violencia y las guerras, sin argucias geopolíticas o diplomáticas, fustigando toda forma injusta de utilización y gasto de armas, vengan de donde vengan y aunque por esta denuncia, algunos arremetan contra ti.

7. Por esforzarte en limpiar de lacras tu Iglesia, sean provenientes de la economía o la moral sexual, como has puesto de manifiesto en la forma drástica sin rodeos para erradicar la pederastia o los escándalos de las finanzas vaticanas.

8. Por enfrentarte a la Curia Vaticana y al poder clerical, y luchar para extirpar su corrupción, denunciándola en público, sin miedo a sus lobbies de poder e influencias, sin excluir el orgulloso despotismo clerical, siendo estas medidas las que posiblemente han levantado las mayores rebeldías cardenalias y críticas internas.

9. Por la sinodalidad y descentralización de la Iglesia, la mejor manera de afrontar el centralismo y hacer participar a la periferia, un empujado y difícil camino emprendido, en el que aún hay mucho que andar, puesto que sin un primer paso no se hace viaje.

10. Por la tolerancia con la investigación teológica, la pluralidad de pensamiento, cátedra, prensa y expresión en la Iglesia, después de unos largos años de “mordaza” e involución. Incluso cuando las críticas van contra ti mismo.

11. Por la apertura a los otros, los miembros de otras religiones, judíos, islámicos, hermanos separados, agnósticos y ateos, sin complejos de superioridad, consciente de que nadie tiene una verdad absoluta y de todos podemos aprender. Especialmente por tu cercanía a los jóvenes, aceptándolos como son, ofreciéndoles, nunca imponiéndoles. La caridad por encima de la ortodoxia.

12. Por tu bendición a los gais, porque, sin dirimir teológicamente sobre la sacramentalidad de sus uniones, les dices que Dios los quiere, que tú los quieres, que no los juzgas (“y no seréis juzgados), y que nadie tiene derecho a anularlos en vida por ser como son o se sienten. Porque la misión de la Iglesia es la del Buen Pastor y el Buen Samaritano, no la de apalea o excluir ovejas a cayado limpio. Algo parecido hay que decir sobre la comunión de los divorciados.

13. Por no identificarte con la infalibilidad. Ya que, sin negar esa prerrogativa papal, no la has ejercido, que yo sepa, hasta ahora, explícitamente, y, sobre todo, no la practicas diariamente con la ambigüedad de considerar que todo lo que dices es infalible. Es más, has aceptado en varias declaraciones algo insólito en un papa, que a veces te equivocas.

14. Por ser jesuita, no jesuítico. Por no renunciar al carisma de Ignacio, los Ejercicios Espirituales y la gran herencia de la Compañía, que demuestras a través de tu excelente formación, espiritualidad y práctica del discernimiento. Pero sin el “jesuitismo” excluyente, ni sibilino, ni aristócrata de la leyenda, siendo Papa de todos, abierto a todos los carismas, con predilección por la sencillez y el amor a las criaturas del santo de tu nombre, el de Asís. Con una sola “intransigencia”, contra el sectarismo y el inmovilismo en la Iglesia.

15. Pero sobre todo por tu sabor a Evangelio. A la pregunta de si eres un papa progresista o conservador, siempre opto por una respuesta: Ni lo uno, ni lo otro. Eres un papa evangélico. ¿Es esto progreso o no? Cada cual responda. ¿Está cambiando a la Iglesia con grandes reformas?

Intenta, como puede y le dejan, acercarla más a Jesús. Eso es lo más arriesgado que se puede hacer, tanto como para provocar al mismo tiempo iras y amor o seguimiento, tanto como ser...

SIGNO DE CONTRADICCIÓN

HERMANO FRANCISCO, GRACIAS, GRACIAS, MIL GRACIAS

Hermano Francisco: Te he escrito otras cartas que no habrás leído, usando el tono epistolar como género literario. Esta vez quizá es más posible que la leas, pues me dicen que va a formar parte de un dossier en apoyo y en defensa tuya.

A mí me bastaría con decirte “Gracias” mil veces. Pero como esta carta aparecerá en un mundo y una iglesia tan complejos como los de hoy, me atrevo a añadir una breve reflexión. Puedo intitularla apelando a tu pasado, tu presente y el futuro. Con lenguaje más espiritual, hablando de fe, caridad y esperanza. Vamos allá.

1. De tu pasado solo quiero invocar una frase que cita tu biógrafo A. Ivereigh, una vez regresado a Buenos Aires tras tu “destierro” en Córdoba. Parece que un cura fue a hablar contigo aquejado de algún problema serio. Y el final de la conversación fue este: “amigo: yo ya pasé mi noche oscura. Creo que le toca a usted pasar la suya”. Tu noche oscura: tú la conocerás, pero sospecho que aquella noche fue la que te preparó para estos días luminosos. Y quisiera que todos nosotros, los progresistas baratos, lleguemos a comprender que el día no se forja más que desde la noche, y que ésta puede llegar a resultar “amable más que la alborada”.

También me gustaría recordar algo de tu pasado episcopal: porque en la Iglesia papas no hay más que uno, pero obispos hay muchos más: fuiste un arzobispo que no vivía en ningún “palacio episcopal”, que abría él la puerta de su casa cuando llamaban, se hacía la comida y viajaba en metro. Aquí sí que podrían imitarte muchos sucesores de los apóstoles... Y la Iglesia parecería más cristiana.

2. De tu presente se ha llegado a decir que eres más apreciado por los de fuera de la Iglesia que por los de dentro. Esto puede ser verdad a niveles individuales. Pero no lo comparto a nivel social: porque nadie te aborrece más y te está haciendo más sucia guerra que ese sistema capitalista, que tú has calificado como sistema que mata. Que haya logrado sumar y manejar a algunos eclesiásticos (cardenales incluso) tampoco es tan raro. Ya el imperio

romano logró, para crucificar a Jesús, la ayuda de dignatarios judíos (Anás, Caifás y otros) para condenar en nombre del judaísmo, al judío más grande y más judío de toda la historia de Israel. Nada extraño, pues, si a ti, que has querido volver al evangelio, se te ataca en nombre del evangelio...

Pero yo quisiera fijarme más, otra vez, en todo ese progresismo individualista, que lo quiere “todo y ahora”, que te critica dolido por no hacer “ya mismo”, cosas por las que no se atrevieron a criticar cuando tus predecesores no las hacían. Y que mira sólo su interés particular, sin considerar las circunstancias históricas y la totalidad de la Iglesia. Creo que esto te habrá dolido mucho más que lo anterior. Pero en fin: ya conoces nuestra pasta humana. Creo que no te ha faltado la caridad para con ellos. Y me pregunto si, ante muchas críticas de estos y de los de antes, no habrás rezado alguna vez aquello de “Padre, perdónales porque no saben lo que se dicen”.

3. Por lo que hace el futuro inmediato, ya te pedí otra vez tres cambios que me parecen muy posibles y fáciles: que en el Credo no se diga *“qui ex Patre filioque procedit”*, sino *“qui ex Pare, per Filium procedit”* (y que me parece de gran importancia ecuménica). Que prohibieras que se te llame Santidad o Santo Padre. Y la canonización de algunos modelos no-católicos como D. Bonhoeffer o Gandhi. Eso creo que está en tus manos y me atrevo a repetirlo. Pero, como propio de esta carta quisiera señalar otros dos puntos que quizá ya no podrás hacer tú, pero puedes dejar enfocados.

El primero es la revisión de todo el sistema de nombramiento de obispos, recuperando la práctica de la primera Iglesia y dando la voz a las iglesias locales. Esto podría ser hoy complicado porque (como dice algún sociólogo) nuestra democracia falseada ha corrompido las elecciones, vinculándolas no al “programa” sino al “espectáculo” y sustituyendo los “partidarios” (que pueden ser críticos) por “fans” (que son ciegos y acrílicos). Quizás habrá que nombrar una comisión que estudie la forma de hacerlo bien; pero creo necesario devolver a las iglesias locales toda la iniciativa posible en la elección de sus pastores. Y el segundo punto es que el obispo de Roma deje de ser “jefe de estado” y se limite a ser un ciudadano más del Vaticano. Sé que así se perderían algunas ventajas prácticas, pero se evitarían muchos condicionamientos que lastran tu actividad pastoral. Evocando la carta de san Bernardo a Eugenio III, volverías así a aparecer como “sucesor de Pedro y no de Constantino”. Y aludiendo al querido hermano Pere Casaldàliga que habló de “Juan Pablo, Pedro apenas”, tú (o tu sucesor) pasaríais a ser “Francisco Pedro en ciernes”.

Perdona este pequeño latazo, hermano Francisco y volvamos al principio: “Gracias, gracias, mil gracias”. Y que el señor nos bendiga a todos.

15
ISABEL GÓMEZ ACEBO

**ESTÁS HACIENDO UN CAMBIO RADICAL EN LA IGLESIA,
LE PIDO A DIOS QUE TE PROPORCIONE
ALGUNOS AÑOS MÁS DE VIDA**

Me permito este acercamiento epistolar desde la consideración de que somos hermanos, aunque estemos bastante alejados en nuestra situación eclesial. Tengo que reconocer que, en mis quinielas sobre los cardenales papables, no entraba tu nombre. Tanto es así que me sorprendió mucho la elección, aunque me alegré que el futuro papa hablara español y perteneciera a mi cultura.

Me gustó tu aparición en el balcón del Vaticano. Ya sé que el hábito no hace al monje, pero también puede dar pistas sobre la persona que lo lleva. La sotana blanca sin aditamentos lujosos, que fue el primer acto de tu pontificado, me pareció marcaba una línea que iba a ser característica de tu conducta. Tus palabras cercanas, exentas de pompa y pidiendo la bendición de los fieles que te escuchaban, seguían esta línea de cercanía. Una política que también concordaba con la elección de nombre, Francisco, cuando comprendí que tu modelo era el poverello de Asís.

Toda tu actuación iba ser coherente con tus ideas. No te alojaste en los apartamentos pontificios sino en el pequeño hotel que alberga el Vaticano. Quisiste estar cerca de la gente; conocer lo que se habla en las calles; preguntar lo que se esperaba de tu persona; hablar con muchos como manera de no dejar en unos pocos las noticias que te llegan. Una forma de abrir el abanico del contacto personal como forma de estar más al tanto de los problemas mundiales ya que por el Vaticano pasan obispos del mundo entero. Comer juntos abre las bocas e invita a las confesiones.

Tus encíclicas demuestran por dónde van tus inquietudes. Desde tu Argentina natal, amplías el mundo y sientes preocupación por todas las tierras que pisan nuestros pies. Eres consciente que la actividad humana está dañando el hábitat de muchas especies, incluso de muchos seres humanos y clamas porque cada uno ponga su grano de arena para devolver la belleza originaria al planeta tierra.

Ves a todas las personas, con independencia de su raza, origen, sexo o religión hermanadas bajo la figura de un mismo padre Dios. Te preocupa el individualismo de nuestra sociedad que ignora al pobre o desprecia al diferente fomentando el odio y la agresividad. No te quedas a nivel de la mera denuncia, sino que propones caminos para la paz como son el diálogo, el trabajo conjunto y la aceptación del diferente.

Ves a todas las personas, con independencia de su raza, origen, sexo o religión hermanadas bajo la figura de un mismo padre Dios. Te preocupa el individualismo de nuestra sociedad que ignora al pobre o desprecia al diferente fomentando el odio y la agresividad. No te quedas a nivel de la mera denuncia, sino que propones caminos para la paz como son el diálogo, el trabajo conjunto y la aceptación del diferente.

Acoges uno de los grandes problemas de nuestro tiempo que es la emigración e instas a las naciones ricas a abrir sus puertas a los desfavorecidos que llegan a nuestras fronteras. Y no te quedas ahí. En la medida que comprendes lo dura que es la emigración propones promover el desarrollo de las comunidades pobres para que sus habitantes no tengan que buscar el pan en otro sitio fuera de sus familias y redes sociales.

No te preocupan tanto las ideas como las realidades en las que viven insertos muchos hombres. Te inquieta, como buen pastor, cada una de tus ovejas y conoces a los lobos que las acechan: la falta trabajo, la pobreza endémica, la trata de personas, el odio religioso o racial, la guerra, el egoísmo...

Y como líder de la Iglesia católica también sufres desvelos por la forma en que se ha tratado la pedofilia eclesiástica que ha lastrado la imagen de la institución. Has tratado de poner freno a los abusos en las diócesis e incluso en el propio Vaticano donde has cortado los beneficios a muchos clérigos y has promovido la relación entre jerarquía y laicos apoyando un proceso que se ha sintetizado en un vocablo, sinodalidad.

Cualquier tiempo pasado fue mejor pensaron algunos líderes de nuestra iglesia y para revertir el proceso en que estabas inmerso se pusieron en tu contra. Organizaron campañas de desprestigio, los que antaño decían que a los papas no se les podía contradecir. Algunos llegaron incluso a declararte hereje lo que me imagino te dolió y por eso me sumo a ese dolor a sabiendas que el peso sobre los hombros de muchos fieles, se te hará más llevadero.

Últimamente has abierto una nueva página echando por tierra la política eclesiástica tradicional que consideraba el sexo como algo primordial en nuestra religión. Has sopesado la bondad de los nacimientos numerosos para las

mujeres considerando debían estar en relación con sus posibilidades. Pero has dado un paso más allá, que ha irritado a muchos conservadores –a todos aquellos que colocan la medida de la moralidad en las personas con las que se van a la cama– has autorizado a bendecir a las parejas homosexuales. Es una realidad de nuestro tiempo que ayuda a muchas personas a vivir en compañía, en amor mutuo y ternura

Me asombro por tu capacidad de sacrificio cuando viajas, ya que a nuestra edad nos atrae más el viejo sillón de nuestro cuarto que los aviones, aeropuertos y diferentes horarios. Creo que estás haciendo un cambio radical en la Iglesia y por eso le pido a Dios que te proporcione algunos años más de vida, de existencia lúcida, que te permita ir haciendo los cambios paulatinos que nuestra Iglesia necesita. Una cosa me permito recordarte y es la situación de inferioridad de las mujeres en la Iglesia, en la que faltan Marías Magdalenas.

ENRIC ARENÓS CORTÉS, QUIQUE





EL PAPA FRANCISCO APUESTA POR LA LIMPIEZA DEL EVANGELIO

Durante estos años he venido haciéndome eco de los escritos y avances del papa Francisco. No hay duda de que las iniciativas del papa han representado una bocanada de aire fresco para la vida de la Iglesia. Muchos no lo reconocen y añoran otros tiempos de intransigencia y de rigidez doctrinal. El papa ha roto esos esquemas y ha implantado unas formas de convivencia más humanas y más respetuosas. Dicho esto voy a intentar ofrecer un breve resumen de lo comentado durante estos años.

1. Partimos de los gestos de benevolencia de Benedicto XVI dando cauce a los deseos de los nostálgicos de la vieja liturgia tridentina, seguidores en su mayoría de Monseñor Lefebvre. El papa alemán expresó su actitud condescendiente en documentos sucesivos, sobre todo en el Motu Proprio *Summorum Pontificum* (2007). Ante esa actitud complaciente Francisco se descolgó valientemente con el contundente documento *Traditionis custodes* (2021) en el que defiende con firmeza la reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II. En este documento se desautoriza el uso del viejo misal romano editado en 1962 por Juan XXIII; se deja claro que en la liturgia romana hay una sola expresión de la “lex orandi”, la propuesta e impulsada por el Vaticano II, recogida en los libros litúrgicos oficiales. Al mismo tiempo quedan desactivados los grupos nostálgicos tradicionalistas, desmontando el anclaje jurídico institucional que les daba cobertura. En ese sentido, la Comisión Pontificia Ecclesia Dei, paraguas protector para los nostálgicos de la vieja liturgia, pierde fuelle y pasa a depender de la Congregación del Culto. El papa Francisco salva la reforma litúrgica del Vaticano II de las veleidades de los nostálgicos y de la flaqueza indulgente del venerado Benedicto XVI.

2. Pero la aportación de Francisco no termina ahí. Junto a las decisiones tomadas en *Summorum Pontificum*, de carácter más bien disciplinar, hay que destacar la importante reflexión doctrinal elaborada por el Papa en la Carta Apostólica *Desiderio desideravi* (2022), en la que el pontífice apela a los “*altiora principia*” que dan apoyo doctrinal al proceso restaurador de la liturgia llevado a cabo por el Concilio. En ese sentido, el documento pone de relieve la centralidad del misterio pascual en la reflexión teológica actual, situándolo en el marco de la Historia de la

Salvación. En ese escrito el papa estimula a una insistente y profunda educación litúrgica, abriéndonos una percepción más aguda del mundo de los símbolos en el que se desarrolla la acción litúrgica. Lamenta el papa la creciente incapacidad del hombre moderno para adentrarse en el universo de los símbolos, su insensibilidad para dejarse embargar por el embrujo de los mismos, su dificultad especialmente para comprender y dejarse impactar por los símbolos litúrgicos.

3. Junto a estas preocupaciones litúrgicas, el papa Francisco se manifiesta altamente sensible a las inquietudes ecológicas y cósmicas de la experiencia cristiana. Tanto en su encíclica *Laudato si* (2015) como en *Laudate Deum* (2023) el Papa condena el atropello devastador de los bienes de la naturaleza por intereses colectivos egoístas y aboga con firmeza por el cuidado de la casa común. El papa es consciente de la dimensión sagrada de la naturaleza y de la creación asumidas por Cristo en el misterio de la encarnación; al asumir la condición humana el Logos divino ha impregnado con su presencia, no solo su naturaleza humana personal, sino la totalidad de las cosas creadas. Esta convicción es persistente en los escritos y en los discursos del papa Francisco.

4. En este breve recuento de las sugerencias abiertas por el papa argentino habría que mencionar también el interesante diagnóstico introducido por el papa en el capítulo primero de su encíclica *Fratelli tutti* (2020). En ese amplio capítulo el papa Francisco hace un interesante recorrido sobre las lacras que están oscureciendo y manchando el horizonte de la vida humana. Se hace eco el escrito del creciente deterioro que están sufriendo la vida y la convivencia en el mundo actual; el maltrato de la tierra, las ignominiosas bolsas de pobreza en las que se ven envueltas las clases sociales más necesitadas, la impune vulneración de los derechos humanos y la dignidad humana, la injusta distribución de los bienes y la esclavitud, el hambre, la emigración y la xenofobia, la discriminación de la mujer, el populismo y la demagogia, la exclusión social, las guerras inhumanas y la violencia, la vergonzosa venta de armas, el neoliberalismo y el capitalismo descontrolados y enfurecidos. El papa se decanta en contra de las «visiones liberales» (FT 167) y advierte de la «fragilidad de estos sistemas» (FT 142). «No todo se resuelve con la libertad de mercado», dice el papa Francisco, y sostiene que, «además de rehabilitar una sana política que no esté sometida al dictado de las finanzas, tenemos que volver a llevar la dignidad humana al centro, y que sobre ese pilar se construyan las estructuras sociales alternativas que necesitamos» (FT 168). De esas palabras vale la pena insistir en la urgente necesidad de que las opciones políticas se liberen de las opresivas exigencias del mercado y se recupere el primado de la dignidad humana. En esa línea dice expresamente la encíclica: «La especulación financiera con la ganancia fácil como fin fundamental sigue causando estragos. Por otra parte, sin formas internas de solidaridad y de confianza recíproca, el mercado no puede cumplir plenamente

su propia función económica» (FT 168). El pensamiento del papa, crudamente expuesto en la encíclica, está provocando importantes reacciones a favor y en contra. Quienes tienen a gala una defensa enfervorizada del pensamiento tradicional católico han sufrido un amargo desengaño; en cambio, gentes afines a corrientes ideológicas progresistas y de izquierda han aplaudido con entusiasmo las ideas expuestas por Francisco en la encíclica.

5. Voy a poner fin a este breve recorrido citando unas encendidas palabras del papa en contra del “clericalismo”, uno de los mayores males que viene aquejando a la Iglesia desde hace siglos. El papa intervino en la XVIII Congregación General de la Asamblea Sinodal de 2023. En su intervención se expresó con estas palabras: “La Iglesia como pueblo de Dios es ese pueblo sencillo y humilde que camina en la presencia del Señor, que es infalible, y que transmite la fe en dialecto femenino, y que tiene que liberarse del clericalismo que es un látigo, es un azote, es una forma de mundanidad que ensucia y daña el rostro de la Esposa del Señor; esclaviza al santo pueblo fiel de Dios”.

El papa Francisco nos ha abierto horizontes nuevos en la vida de la Iglesia; está rompiendo moldes y arquetipos envejecidos, ofreciéndonos una imagen renovada de la vida eclesial, sensible a las exigencias de los nuevos tiempos. Pero no todos en la Iglesia están dispuestos a entender y encajar esta nueva visión impulsada por el Papa, aceptando el abandono de los viejos comportamientos atávicos de la Iglesia convencional. De ahí el lamentable enfrentamiento que algunos grupos radicales están desarrollando en contra de la imagen del papa. Desde aquí nosotros tomamos partido a favor del enfoque liberador impulsado por el papa Francisco.

Termino completando esta reflexión con una sucinta anotación bibliográfica complementaria:

- J.M. Bernal, *El Papa Francisco afianza la reforma litúrgica del Vaticano II*, “Phase”, 391, 2021, 381-395;
- J.M. Bernal, *El indulto de Benedicto XVI a los nostálgicos de la liturgia tridentina*, “Teología Espiritual”, 57/170, 2013, 165-202;
- J.M. Bernal, *El Papa Francisco apela a los “altiora principia”*. Elogio de la Carta Apostólica “*Desiderio desideravi*”, “Phase”, 365, 2022, 337-353;
- J.M. Bernal, *Del ritualismo libranos, Señor. Una liturgia confirmada en la vida*, CPL, Madrid 2022;
- J.M. Bernal, *El clericalismo, una berencia nefasta para la Iglesia*, “Vida Nueva”, 30/6-6/7, 2018, 23-30.

JOSÉ FRANCISCO ARANGUREN, SJ

CARIDAD PASTORAL EN EL MAGISTERIO DE FRANCISCO Y LA DECLARACIÓN ‘FIDUCIA SUPPLICANS’

Primero hay que reconocer que es un problema real de la pastoral de la Iglesia actualmente. Segundo, que el Papa Francisco no quiere dejarlo pasar sin que la iglesia se mueva más bien, haciendo de hospital de campaña, de iglesia en salida que va, REALMENTE, a las “periferias existenciales” de las personas y del mundo, y a las fronteras de la fe.

El tema de qué hacer y cómo tratar a las parejas irregulares que cada vez es más común en nuestras sociedades en las que la gente es católica pero sufre esa tensión y ese conflicto al considerarse cristianos de segunda. Es un problema pastoral, entre otros, claro está.

Desde la exhortación postsinodal *Amoris Laetitia* de 2016, el magisterio del Papa Francisco ha venido abriendo paso a una pastoral que acompañe desde su realidad concreta y desde el discernimiento del pastor a las parejas divorciadas y vueltas a casar y a las parejas del mismo sexo que se sienten parte de la iglesia. Que a ratos sienten rechazo de la iglesia, que se sienten excluidos porque es una tendencia que ellos no escogieron como tampoco escogieron haber fracasado en sus primeras nupcias.

Así que el Papa desde la caridad pastoral propia del oficio del pastor, del obispo y en particular el obispo de Roma, como le gusta ser llamado, OFRECE la bendición como “buena acción”, como el arte de bendecir, “de decir bien” del Dios que nos llama a todos desde nuestra vocación bautismal y nos da su Espíritu para vencer al mal en nuestras vidas. ¿Le vamos a reclamar al Papa porque está abriendo puertas para la caridad pastoral de nuestros hermanos? ¿En serio? Porque a ratos a eso suenan los reclamos y reacciones suscitadas.

Ahora bien, el Papa Francisco no ofrece estas acciones en el vacío. Lo hace en un contexto concreto y específico por lo que *FIDUCIA SUPPLICANS* simplemente abre la puerta, no OBLIGA a nadie, e indica con claridad – para quien quiera entender– el SENTIDO y el MODO de hacerlo. El que no quiere oír que no oiga y el que no lo

quiera hacer no está obligado, no deja de ser católico por no hacerlo pero, ha de seguir discerniendo cómo tratar pastoralmente a las parejas irregulares que se le acerquen y teniendo un insumo posible como ese y en consonancia con la ortodoxia de la iglesia tendrá que discernir si lo aplica o no.

Hoy o mañana, ahora o dentro de 5 años. La pelota está en la cancha de quienes ya están haciendo pastoral en estas fronteras de la fe y de la doctrina. Y, para el resto, nos invita a discernir cuándo hacerlo y a quienes y discernir también ante el resto de la comunidad cristiana el porqué se hace para explicárselo y saber abordar desde la misma caridad pastoral con el resto del pueblo de Dios.

Por ahí van las cosas, seguimos pensando, seguimos discerniendo...

‘FIDUCIA SUPPLICANS’: LOS QUE COMEN CON LAS MANOS LIMPIAS

Recuerdo que hace algunos años, cuando redactaba mi tesis doctoral, estudié el surgimiento de la llamada “generación Beat”, un movimiento contracultural formado por jóvenes que se revolían, entre otras cosas, contra el moralismo hipócrita de la sociedad estadounidense de aquellos años (50’ y 60’). Una sociedad en la que una joven podía ser señalada y criticada si utilizaba una falda un poco más corta de lo “permitido” o en la que se retiraba el saludo a una pareja de novios que decidía convivir antes del matrimonio.

Una sociedad que, no obstante, aplaudía como foca la frenética carrera armamentista, las carnicerías humanas de Corea y Vietnam o que perdía la compostura si una persona de color no cedía el asiento a una persona blanca en el autobús (porque muchos estaban a favor de la segregación racial). Eso sí, una sociedad que, al mismo tiempo, jamás faltaba a los servicios religiosos los días domingos.

Con similar perplejidad “beat” contemplo la forma escandalosa con que han reaccionado algunos sectores de la Iglesia por la declaración *Fiducia Supplicans* (desde ahora, FS). Para muchos laicos, sacerdotes, obispos y cardenales, dicha declaración es una suerte de puerta abierta al mismísimo Averno (las redes sociales son un testimonio lapidario de tales reacciones).

Ante semejante conmoción, no puedo evitar recordar cuando, en el año 1945, el padre George Zabelka bendijo a la tripulación del Enola Gay y del Bockstar para que tengan éxito en su misión: arrojar sendas bombas atómicas sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. No eran una pareja, eran un grupo. Según parece, se puede bendecir a un grupo que se une para utilizar armas de destrucción masiva contra población civil.

Y también se pueden bendecir armas, aunque recientemente el Papa Francisco recomendara dejar de hacerlo (¡otra vez el progre y buenista de Bergoglio metiendo sus narices donde nadie le llama!). No tengo noticias de que ese acontecimiento haya generado peticiones tan airadas al entonces Papa Pío XII para que se prohibieran ese tipo

de bendiciones. No tan airadas como las que generó FS. Según declara el mismo padre George Zabelka: “Que yo sepa, ningún cardenal ni obispo estadounidense se opuso a estos bombardeos masivos. El silencio en estos asuntos resulta ser aprobación”.

¿Dónde estaban los conservadores en aquel momento para oponerse a semejante monstruosidad? ¿O no es una monstruosidad bendecir a la tripulación de un bombardero nuclear para que tenga éxito en su misión (más aún en un contexto de guerra no-nuclear)? Pues eso aconteció antes del rupturista, discontinuista y cuasi-cismático Concilio Vaticano II (perdón por la ironía). Sospecho entonces que, para los que todavía guardan cierta nostalgia de aquellos tiempos pretéritos, la bendición del padre Zabelka estuvo de maravillas, no así –faltaría más– las bendiciones que permite FS.

También recuerdo que, en el año 1999, el Papa San Juan Pablo II besó solemnemente el Corán delante del imán chiíta de la mezquita de Khadum. Pregunto entonces: si permitir la bendición de parejas irregulares o del mismo sexo es una forma de aprobación, el beso solemne del Corán por parte del Santo Padre, ¿no fue también una especie de aprobación?

Quizás algún lector pensará que estoy incurriendo en falsa analogía, o para decirlo de otra manera, que estoy mezclando “churras con merinas”. Pues no me parece una comparación desacertada. Vamos unos años más adelante. En 2006 el Papa Benedicto XVI bendijo a los exponentes de las comunidades musulmanas de Italia y a los embajadores de los países de mayoría islámica acreditados ante la Santa Sede. Sus palabras fueron éstas: “¡Que el Dios de la paz os llene con la abundancia de sus bendiciones, al igual que a las comunidades que vosotros representáis!”.

¿Fue una bendición litúrgica o de corte pastoral-informal (según el distingo de FS)? Entiendo que fue una bendición pastoral. Los musulmanes que, por su misma condición, no reconocen a Jesucristo como segunda persona de la Trinidad (habiendo tenido, en muchos casos, la posibilidad de conocer el cristianismo), ¿viven o no en pecado? ¿Se puede bendecir una comunidad que no manifiesta ninguna intención de arrepentimiento por negar la divinidad de Jesucristo, ni mucho menos, de conversión al cristianismo? Pues parece que sí se puede, al menos sí de manera informal.

A pesar de eso me pregunto: ¿dónde estaban los conservadores para rechazar en masa la bendición de musulmanes? ¿Dónde estaban las Conferencias Episcopales de África para oponerse al Papa Benedicto XVI por bendecir a miembros de una religión que, aún hoy, persigue, secuestra, tortura y asesina masivamente a los cristianos en distintas regiones de aquel continente (y fuera también)? ¿Por qué nadie alzó la voz para advertir que un católico no puede besar un libro que legitima toda forma de violencia contra los “infielos” (es decir, contra los mismos católicos)? Qué es más “pecaminoso”, ¿rechazar la divinidad de Jesucristo y combatir a quienes la afirman, o ser homosexual, reconocer la divinidad de Jesucristo y pedir una bendición informal para que el mismo Señor Jesucristo le otorgue su ayuda?

Hago aquí un breve paréntesis para aclarar que no es mi intención emitir juicios de valor sobre el actuar de los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI, sino poner en evidencia una contradicción o, por qué no decirlo con todas las letras, una hipocresía. De lo hecho por estos papas, podría decirse que un gesto de caridad no conlleva la aceptación del error.

Ejemplos en sintonía con los recién mencionados hay para hacer dulce. Recordaré uno más. Las bendiciones de narcotraficantes, mafiosos y delincuentes de toda índole. En 1991, el padre Rafael García Herreros bendijo al narco-criminal Pablo Escobar Gaviria y a su séquito de sicarios. Fue otra bendición en grupo, no en pareja. Todos asesinos que fueron bendecidos a pesar de no dar señales de arrepentimiento por el mal cometido y de perseverar en su conducta nefanda. Sí, hablo de Pablo Escobar Gaviria, el mismo que apenas dos años antes, había ordenado hacer estallar un avión de Avianca en pleno vuelo para asesinar a un candidato presidencial. No hubo sobrevivientes de aquel atentado (110 fallecidos).

Otra vez pregunto: ¿estaba el padre García Herreros aprobando solapadamente el actuar de esos criminales con su bendición? Los laicos y sacerdotes que ahora juntan firmas en Change.org para hacer lobbismo mediático contra el Papa Francisco y presionarle para que anule FS (como si la Iglesia fuera una democracia y no una institución jerárquica), ¿dónde estaban en aquel momento? ¿Dónde estaban todos los que hoy actúan como auténticas estrellas del lobby “anti-Bergoglio” en las redes sociales para gritar a voz en cuello que esa bendición grupal era inaceptable? Insisto, podría seguir con la casuística *ad infinitum*. No quiero meterme, por ejemplo, en el oscuro terreno de la política. Bendiciones y comuniones concedidas a dictadores, líderes y miembros de grupos terroristas, etc., en la mayoría de los casos sin que esta gente muestre signos de arrepentimiento ni abandone sus actividades delictivo-criminales.

No puedo evitar experimentar perplejidad “beat” al observar cómo aquellos que callaron ante las situaciones recién descritas, hiperventilan al pensar que una pareja en situación irregular o del mismo sexo pueda acercarse al despacho parroquial para pedir una bendición e invocar la asistencia de la Gracia. Se parecen a los ortodoxos rusos quienes, por boca del Obispo Hilarión Alfeyev, han afirmado que, a causa de FS, ya no será posible “esperar una futura unidad entre católicos y ortodoxos”.

Sí, ha leído correctamente, lo afirmaron los ortodoxos rusos, que han bendecido submarinos nucleares con misiles balísticos intercontinentales y plataformas de lanzamiento de misiles nucleares desde tierra que podrían convertir una ciudad con millones de habitantes en un páramo infernal sin posibilidades de supervivencia siquiera para las cucarachas. Sin ir más lejos, el patriarca ortodoxo ruso Kirill dijo, el pasado mes de octubre, que las bombas y las ojivas atómicas rusas están bajo la protección de San Serafino de Sarov. ¡Menos mal! Muy tranquilos estarán ahora sus potenciales víctimas sabiendo que, eventualmente, serán borrados de la faz de la Tierra por misiles que se encuentran bajo la protección del santo ruso. Si estas absurdidades no fueran hechos reales, pensaría que son bromas típicas de un 28 de diciembre.

Continúo con mi perplejidad “beat”. Una perplejidad que asume dimensiones mastodónticas cuando pienso en los pecados cometidos “de la cintura para arriba”. Cuando pienso, por ejemplo, si puede un sacerdote bendecir a un comunista, a un fascista o a un capitalista recalcitrante. Sí, también leyó bien, a un capitalista de esos que comulga de rodillas, pero luego te quiere convencer de que está muy bien que una multinacional instale una fábrica en un pueblo perdido de Honduras, para contratar gente a la que hace trabajar 12 hs. por día (de lunes a lunes) produciendo polos que la empresa vende a 60 € en Madrid, Berlín o Londres, mientras les paga (a esos “empleados”) 1 € al mes. Vuelvo sobre lo mismo: parece que es correcto bendecir a gente que defiende y promueve ideas/políticas que justifican, de diferentes maneras, el abuso desmedido de poder sobre otros (frecuentemente en condiciones de vulnerabilidad extrema). ¿Será que me estoy fijando en menudencias? ¿Será que, a fin de cuentas, lo único importante es que sean heterosexuales?

Mi perplejidad “beat” alcanza cotas insospechadas cuando observo que, el gran escándalo de FS, parece deberse a que se mete en un tema de índole sexual. Recuerdo, en este sentido, las reacciones que provocó en su tiempo la publicación de la encíclica *Humanae Vitae* del Papa Pablo VI. *Humanae Vitae* y *Fiducia Supplicans* son, probablemente, los dos documentos del post-concilio que mayor cantidad de reacciones negativas han provocado. En el primer caso, por parte del sector “progresista” y en el segundo caso, del sector “conservador”.

Difícilmente se puedan encontrar documentos o situaciones en la historia reciente de la Iglesia que hayan generado tanto “pataleo” como cuando los Papas se pronunciaron sobre temas vinculados a la sexualidad. Parece que los católicos nos empeñamos porfiadamente en dar la razón a quienes afirman que, para la Iglesia, el tema sexual es materia de escándalo. Abro aquí otro paréntesis para decir que de ningún modo estoy minimizando la importancia antropológico-teológica de la sexualidad, solo pretendo expresar la sorpresa que me produce este particular fenómeno. Los papas han escrito documentos sobre diversidad de temas muy sensibles y complejos. Sin embargo, nunca han logrado suscitar reacciones tan destempladas como cuando han hablado sobre temas relacionados con la sexualidad.

Esto sigue, mi estado de desconcierto y estupefacción casi supera al de los jóvenes “beat” cuando pienso en las contradicciones de la propia vida, esas que quizás no se ven ni son evidentes para los que nos rodean (y de las que nadie está exento, yo el primero). Me refiero, por ejemplo, al varón o mujer heterosexual, eventualmente casado/a por iglesia y con hijos (modelos arquetípicos del laico “bendecible”), que quizás mira pornografía en momentos de soledad, engaña directa o indirectamente a su cónyuge, le maltrata psicológica o físicamente, ignora a sus hijos porque prioriza el éxito profesional y el dinero, difama a los demás, es avaro, soberbio, mentiroso, envidioso, etc.

Todos pecados que confiesa ante el sacerdote cada quince días, pero en los que sistemáticamente vuelve a caer, frecuentemente sabiendo que los repetirá y sin hacer demasiado esfuerzo (o ninguno) para evitarlos, y sin que eso le afecte o provoque una particular crisis de conciencia.

Esa persona, incluso asiste a misa, comulga y recibe la bendición todos los domingos y fiestas de guardar. Situaciones como la recién descrita constituyen el pan nuestro de cada día en la vida de la Iglesia, y todos lo aceptamos porque tiene que ver con la impronta paradójica y dramática de la existencia humana. Tiene que ver, en definitiva, con el hecho fácilmente verificable de que todos somos pecadores, de que nuestra naturaleza está herida por el pecado.

El problema es cuando, quienes así viven, se creen legitimados para actuar como guardias en un panóptico desde donde miran, juzgan y deciden a quién se sube o se baja el pulgar. Y desde ese panóptico, se han lanzado a las redes sociales para escupir sus venenos contra FS y el Papa Francisco. Cuando alguien se horroriza fácilmente con los pecados ajenos nunca está demás responderle con un *“tu quoque”* (tú también) o dicho de manera coloquial, ¿y por casa cómo andamos?

Hagamos una revisión exhaustiva de nuestras propias vidas y luego veamos qué autoridad tenemos para “tirar la primera piedra” (Jn 8,7). En efecto, ¿es éticamente plausible vivir señalando a quienes “no comen con las manos limpias”, como relata el conocido pasaje evangélico (Mc 7, 1-8 y 14-23), sin atender al estado del propio corazón (quizás convertido en un auténtico lodazal)?

Ante esta lamentable situación de inflexibilidad y vehemente rechazo hacia FS, y ya en el paroxismo de la perplejidad “beat”, me viene a la mente una frase de San Josemaría Escrivá sobre la que creo, modestamente, que convendría reflexionar: “Ten entrañas de piedad, y no olvides que [ese pecador] aún puede ser un Agustín, mientras tú no pasas de mediocre” (Camino, nº 675). Hago un pequeño añadido a esta frase para terminar: tal vez, recibida en el momento adecuado, el tipo de bendición “al paso” que permite FS, podría suponer un antes y un después en la aparición de ese nuevo “Agustín”.

BENDECID A LOS QUE OS PERSIGUEN, NO MALDIGÁIS

Este es el consejo que San Pablo daba a los cristianos de Roma que sufrían persecución: “Benedicid a los que os persiguen, bendecid, no maldigáis” (Rm 12:14). Es el mismo consejo que encontramos en la Primera Carta a los Corintios: “Cuando nos insultan, bendecimos” (1 C 4:12). Y también la Primera Carta de San Pedro, nos exhorta a no dejarnos llevar por la ley del Talión: “No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto, sino al contrario, responded con una bendición” (1 Pe 3:9).

Teniendo en cuenta que nuestro Dios es Dios de bendición, el Dicasterio para la Doctrina de la Fe de la Santa Sede, ha dado a conocer (ante el enfado del sector más conservador de la jerarquía), la Declaración *Fiducia supplicans*, que expone el sentido pastoral de las bendiciones y abre la puerta a bendecir a parejas del mismo sexo y también a las que viven en lo que algunos llaman situación “irregular”. Los que no viven en una situación “irregular”, deben ser los que viven una situación “regular”.

Y es que el texto del Dicasterio para la Doctrina de la Fe quiere expresar el abrazo misericordioso de Dios y la maternidad de la Iglesia, que como nos dijo Juan XXIII, es madre y maestra. Como ha dicho el cardenal Prefecto de este Dicasterio, Víctor Manuel Fernández, “Dios nos ama incondicionalmente, sea cual sea nuestra situación y los pecados cometidos”. ¿Será posible que los que atacan esta Declaración no recuerden la parábola del Padre que acogió a su hijo o la de la oveja perdida? Por eso “la Iglesia acoge a todos los que se acercan a Dios con corazón humilde, acompañándolos con aquellos auxilios espirituales que permiten a todos, comprender y realizar plenamente la voluntad de Dios en su existencia”.

Esta Declaración (recibida con recelo y ataques por el sector más conservador del episcopado), permite redescubrir la riqueza pastoral de las bendiciones. Y es que aquellos que buscan una bendición, buscan que la ternura de Dios cure sus heridas.

Hace cuatro años, el obispo Francesc Conesa, en aquel tiempo pastor de la Iglesia de Menorca, escribía en la Hoja Diocesana: “Jesús nos dio el mandamiento de bendecir a todos y de hacerlo siempre”. Como decía el actual obispo de Solsona, “Bendecir no quiere decir solo hablar bien de los demás (la palabra latina bene-dicere significa “decir bien”), sino también apreciarlos, hacerlos el bien y rezar por ellos”. Y el obispo Francesc Conesa decía aún: “No dejemos nunca de bendecir, que no dominen en nosotros actitudes de rechazo y de exclusión; que todas las personas sientan que les amamos y respetamos”.

¿No es eso lo que hace el presbítero al final de la Eucaristía? ¿O bien antes de la bendición final de la misa, el sacerdote habría de decir: Los que estén en una situación irregular que salgan del templo? No. Ninguna persona puede ser excluida de la bendición de Dios. Todos, sea cual sea su situación personal, al final de la misa recibe la bendición del Señor: “Que os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo”. Nadie no puede quedar excluido de la bendición de Dios.

Peor eso hoy, como hace miles de años, y así lo recoge el Antiguo Testamento en el libro de los Números, la bendición que Dios derrama sobre su pueblo está dirigida a todo el mundo: “Que el Señor te bendiga y te guarde. Que te haga ver la luz de su mirada y se apiade de ti. Que fije su mirada sobre ti te conceda la paz” (Nm 6:24-26). Una bendición para todos. Sin exclusiones.

A lo largo de la Biblia encontramos, de una manera abundante, la bendición de Dios: “Dios bendijo a Noé y a sus hijos” (Gn 9:1); “Isaac llamó a Jacob, lo bendijo” (Gn 28:1). También encontramos cuando Jacob bendijo a los hijos de José (Gn 48) y las bendiciones proféticas de Jacob (Gn 49). Y el Deuteronomio también recoge las bendiciones de Dios: “El Señor te amará, te bendecirá y te multiplicará. Bendecirá el fruto de tus entrañas, el fruto de tus tierras, tu trigo, el vino nuevo y el aceite... Recibirás más bendiciones que todos los pueblos” (Dt 7:13-14).

Por lo que respecta al libro de Tobit, encontramos esta bendición: “Que el Señor te llene de la bendición del cielo, a ti, a tu esposa, al padre y a la madre de tu esposa” (Tb 9:6). O cuando Judit, después de matar a Holofernes, es bendecida por Ozías: “Eres bendecida, hija, por el Dios altísimo, más que todas las mujeres de la tierra” (Jdt 13:18). Y el libro del Eclesiástico nos dice: “De obra y de palabra honra a tu padre, a fin que venga encima de ti su bendición” (Ecli 3:8). Y todavía: “El hombre sabio está lleno de bendiciones” (Ecli37:24).

Obispos como los de Córdoba, Orihuela-Alicante u Oviedo han mostrado su recelo (y su oposición) hacia la Declaración *Fiducia supplicans*, un texto que alguien ha calificado como lamentable, hasta el punto que el obispo José Ignacio Munilla, de Orihuela-Alicante, ha afirmado que en situaciones convulsas, esta Declaración puede provocar “confusión y ambigüedad”, ya que según él, el texto, *Fiducia supplicans* es caótico. José Ignacio Munilla ha dicho también que la *Fiducia supplicans* es un error, ya que “abre una práctica contraria a la fe”.

Por el contrario, el sector más abierto de la Iglesia, como el obispo José Antonio Satué, de Teruel-Albarracín, ha dicho que “la bendición es una semilla del Espíritu que hemos de cuidar, no obstaculizar”. Monseñor Jaime Spengler, arzobispo de Porto Alegre y Presidente de la Conferencia Nacional de Obispos del Brasil, ha dicho que “si son personas, merecen nuestro respeto”, en relación a las parejas que pidan esa bendición. El obispo alemán de Passau, Stephan Oster, ha manifestado que “todos sin excepción, necesitan la bendición de Dios”. Y el arzobispo de Puerto Rico, González Nieves, ha dicho que “*Fiducia supplicans* es un instrumento de amor misericordioso de Dios y de gran riqueza pastoral”. Y aun el laico Gabriel M^a Ojalora ha afirmado que “si no podemos desear el bien a parejas homosexuales, ¿cómo cumpliremos el mandamiento de bendecir a los que nos persiguen?”.

También los obispos del País Vasco han apoyado esta Declaración de la Doctrina de la Fe. Así, el obispo Joseba Segura, de Bilbao, ha afirmado que “si la gente quiere sentir que está acompañada por Dios, yo creo que sí se ha de bendecir”. Y el P. Ángel García, fundador de Mensajeros de la Paz, ha dicho que los sacerdotes hemos “nacido para bendecir, no para maldecir”. También el obispo de Mallorca, Sebastià Taltavull ha dicho que “sobre la cuestión de la homosexualidad, cabe partir de la dignidad de cada persona. Si uno es homosexual, tiene dignidad, derechos, y ha de haber una aceptación de la sociedad. No ha de haber exclusión”.

Por lo que se refiere a los obispos del País Valenciano, resulta curioso (hasta este momento), que con un silencio extraño (yo no he sabido ver ninguna declaración a favor o en contra de *Fiducia supplicans*), ningún pastor del País Valenciano ha dicho nada sobre este texto, a excepción del ataque furibundo que ha hecho el obispo Munilla contra esta Declaración de la Doctrina de la Fe.

Con buen humor, a pesar de los ataques que recibe este texto, el Prefecto del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, el cardenal Víctor Manuel Fernández, ha dicho que el hecho que “se bendigan dos personas que están en pareja se ve que provoca urticaria”.

Muchas veces, estando de portero en Montserrat, mientras atendía las llamadas telefónicas o recibía a las personas que venían a visitar a un monje, me he encontrado con gente que ha subido a la portería del monasterio para que le bendijese unos rosarios, unas medallas o a ellos mismos: “Padre, bendígame”. ¿Yo habría de haber preguntado si aquellas personas estaban en situación “irregular” para poder bendecirlas? Nunca he hecho esta pregunta. Solo hemos rezado juntos y he bendecido los objetos que traían o a ellos mismos, sin exigirles un documento de “buena conducta” o su curriculum vitae. Así lo hace también (y recomienda que lo hagan sus sacerdotes), el obispo de San Isidro y Presidente de la Conferencia Nacional Argentina, Óscar Ojea, cuando ha dicho que “cuando alguien me pide una bendición, nunca le pregunto si está casado por la Iglesia o por su condición sexual”. El obispo Ojea añadía aún: “No privemos de esa capacidad de bendición que tiene la Iglesia y sus ministros, para poder regalar como un don, al santo Pueblo de Dios”.

Si bendecimos casas, coches e incluso a los animales, por la fiesta de San Antonio Abad y si (inmoralmente) hemos llegado a bendecir guerras, cruzadas y tanques, ¿cómo no podemos bendecir a personas?

La Iglesia, como ha dicho diversas veces el papa Francisco, no tiene aduanas que impidan el paso a aquellos que están en situación “irregular”. La Iglesia tampoco puede ser un castillo inexpugnable reservado únicamente a los “puros” y “perfectos”. La Iglesia no puede ser el gran inquisidor que excluye de su seno y descarta a los “no perfectos”. La Iglesia ha de ser casa, un hospital de campaña con las puertas abiertas para acoger a todos y para abrazar a todos, sobre todo a los más heridos. Sin excluir nunca a nadie. Por eso el evangelista San Lucas nos recuerda aquellas palabras de Jesús cuando decía: “Benedicid a los que os maldigan... Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados” (Lc 6:28,36).

Por eso la Iglesia ha de ser fuente de bendición para todos. No podemos cerrar las bendiciones en una caja y otorgarlas solo a los “puros”, después de un examen sobre la idoneidad de la persona que puede recibir una bendición.

Sería importante que el capítulo 25 de San Mateo, añadiese también unas palabras de Jesús: “¿Diste la bendición a uno de estos hermanos vuestros que te la pidió o se la negaste?”.

FRENTE AL CINISMO DE ECLESIAÍSTICOS Y LAICOS ULTRACONSERVADORES, YO TAMBIÉN ESTOY CON FRANCISCO

Religión Digital me ha pedido participar en la campaña que ha lanzado en apoyo del papa Francisco, junto con los colaboradores de esta web y los miles de personas, católicos y no católicos, que defienden a este papa que llegó hace una década como una primavera para la Iglesia. Aunque creo que los que necesitan más ser defendidos son los más débiles de este mundo, que nunca serán ni los jerarcas vaticanos ni los de cualquier institución poderosa, me sumo a esta campaña. Y apoyo esta campaña especialmente por haber nacido a raíz del ataque de un grupo de jerarcas y laicos reaccionarios a un texto vaticano que, aunque salido de un Dicasterio romano, había tenido su origen en la respuesta de Francisco a las “dudas” de algunos cardenales con ocasión del último sínodo pretendiendo “favorecer la recepción de la enseñanza del Santo Padre”.

Traigo en primer lugar a estas líneas una anécdota significativa que ya he contado en alguna ocasión. Cuando ya estaba en proceso de edición mi libro *La búsqueda de la armonía en la diversidad*. El diálogo ecuménico e interreligioso desde el Vaticano II, poco tiempo después de ser elegido papa, Francisco hizo unas declaraciones que me obligaron a parar la edición y hacer un pequeño, pero fundamental, cambio en el texto. En el capítulo inicial titulado “El Concilio Vaticano II, un nuevo comienzo para la Iglesia, sin anatemas ni descalificaciones, sino en diálogo con todos los cristianos y las demás religiones”, tras hablar del espíritu dialogal del Concilio, venía el apartado “Un diálogo ralentizado tras el post-concilio: de la primavera al invierno eclesial”, y un subapartado titulado “De la primavera de Juan XXIII al invierno de Juan Pablo II y Benedicto XVI”.

Cuando leí las palabras de Francisco en las entrevistas de dos personas tan diversas como el jesuita A. Spadaro (*Razón y fe*) y el periodista ateo E. Scalfari (*La Repubblica*), concluí inmediatamente que el apartado debía llevar otro título: “De la primavera de Juan XXIII a la primavera de Francisco”, por el radical compromiso para el diálogo del nuevo pontífice. Pocos antes, el papa argentino había escrito que la globalización debía tener “la figura de un poliedro donde todos se integran, pero cada cual mantiene su peculiaridad, que, a su vez, va enriqueciendo a las otras” (*Sobre el cielo y la tierra*, 2010). No podría decir nada mejor sobre el diálogo interreligioso como “armonía en

la diversidad”. Poco tiempo después se lo comenté agradecido a Spadaro en un congreso de teología en Bogotá en el que coincidimos; y me dijo –con grata sorpresa por mi parte– que ya había leído mi libro... y el papa Francisco también.

Pronto vería la luz la encíclica *Laudato si'*, que sería –a mi juicio– la más innovadora escrita jamás por un papa; tuvo de inmediato un impacto mundial al que solo se puede comparar la *Pacem in terris* de Juan XXIII. La encíclica colocó a Francisco en la vanguardia de la apuesta ecologista, no sólo por la denuncia ecológica y las soluciones propuestas, sino también por su innovadora concepción de la Realidad como relación (puede verse al respecto mi último libro *Hacia una ecoteología*, Fragmenta).

A lo largo de esta década pudimos oír sus críticas al orden mundial injusto, excluyente, cada vez más desigual y armado... Y sus constantes llamadas en diversos comunicados, entrevistas, y sobre todo en sus documentos *Evangelium gaudium* y *Fratelli tutti*, a que la Iglesia volviera a sus apuestas evangélicas, y fuera más inclusiva e igualitaria, más radicalmente comprometida con los derechos aplastados de los más pobres, etc. Apuestas que había ido perdiendo esa Iglesia a la largo de los siglos, por sus componendas con el poder establecido, y estar demasiado al lado de los poderosos, en una perspectiva opuesta al proyecto de Jesús de Nazaret, el Cristo. En fin, su valiente denuncia de los abusos de la Iglesia.

Por otro lado, la contrapartida de este pontificado a lo largo de esta década, que la poca evolución en la necesaria transformación interna de la Iglesia; por falta de decisiones en cambios vinculantes canónicos u organizativos para toda ella, y la lentitud de los avances en la modernización, democratización y transparencia de ésta. Un ejemplo de ello es lo referente a los cambios necesarios en el ministerio ordenado, a pasar de cosas que fue diciendo y luego desdiciéndose: ordenación de curas casados, celibato opcional para los curas y recuperación para el trabajo pastoral y docente en la Iglesia de los que han roto con esa norma canónica injusta; así como el acceso a la ordenación sacerdotal de las mujeres.

De hecho, a pesar de los múltiples encuentros que ha tenido con personas y colectivos diferentes del modelo vaticano y aún católico, Francisco nunca ha accedido al encuentro con representantes de colectivos como el MOCEOP (Movimiento por el Celibato Opcional) o la ARCWP (*Association of Roman Catholic Women Priests* / Asociación de Presbíteras Católicas Romanas), a pesar de haberlo solicitado ambos por escrito.

Constantemente se dice que “el Papa hace lo que puede” y tiene mucha gente en contra de algunos cambios que le gustaría hacer. Y seguramente es verdad. Pero seguimos echando en falta más decisión en esos cambios, para que su sucesor no pueda revertir fácilmente todas las buenas intenciones y buenas palabras manifestadas por Francisco; de modo que a esta primavera no le suceda un nuevo invierno, sin pasar por los buenos frutos del verano.

La última polémica a raíz del documento *Fiducia supplicans*, es simplemente penosa. Sin que en el texto se reconozcan claramente los derechos canónicos o simplemente públicos para la unión de las parejas homosexuales, lesbianas o diversas en cualquier forma, pero que basan su relación en el amor y en la fidelidad honesta a su particular identidad, sólo por el hecho de bendecirlas en su búsqueda, porque son hijos e hijas de Dios como el resto de los y las católicos, no católicos o no religiosos/as.

Es demencial ver que un texto escrito con la retórica vaticana, que busca solamente una simple bendición de estos hermanos y hermanas, sin formas rituales, litúrgicas y canónicas, solamente reconociendo que Dios los/las ama como diferentes, en lugar de enviarlas irremisiblemente al infierno eterno... haya tenido un rechazo tal en sectores laicos e institucionales. Hasta el punto de que un prelado como Rogelio Cabrera, presidente del episcopado mexicano, manifestando su adhesión al Magisterio del Papa, tuviera que llegar a decir a sus hermanos en el episcopado algo evidente: “Las personas que estén contra el Papa Francisco se ponen en riesgo de no vivir en comunión eclesial”.

Querido papa Francisco, el Señor está contigo, tanto en tus múltiples aciertos como en tus errores. Sabes que El te ama incondicionalmente, como nos recuerdas constantemente con tus palabras. Sigue siendo valiente, no desfallezcas, sigue adelante sin miedo, si mirar atrás. Y recuerda con tu amado *poverello* de Asís, del que tomaste el nombre, aquellas palabras de otra santa valiente, Teresa de Ávila, que sufrió incomprendiones como él: “La humildad [auténtica] es andar en la verdad” (Las moradas, VI.10.7). Aunque este intentar ser consecuente te suponga críticas y descalificaciones. Sobre todo los más pobres y marginados, los preferidos de Jesús, te lo agradecerán especialmente.

¡CON EL PAPA FRANCISCO SIEMPRE!

La historia se repite más frecuentemente de lo que quisiéramos. Ya sucedió con Jesús y no van a ser menos los testigos fieles de nuestro tiempo. La iglesia está llamada a impregnar de mordiente evangélico el mundo al que hemos sido enviados, pero eso genera rechazos y persecuciones. “Como a mí me han perseguido así os perseguirán a vosotros”. “Ése es el heredero, venid, lo matamos y nos quedamos con la herencia”.

La elección providente del papa Francisco, el trece de marzo del año 2013, generó y sigue generando muchas esperanzas en la iglesia. Sólo la elección de su nombre nos hizo pensar –y no nos hemos equivocado– que una nueva etapa empezaba con él de cambios y transformaciones necesarias en un momento en que la iglesia perdía el ritmo de la actualidad y muchos jóvenes –y también adultos– abandonan las filas católicas sobrados de argumentos, escándalos y decepciones.

El papa Francisco, el renovador, se lanzó a crear espacios de reflexión sinodal para curar heridas y poner torniquetes allí donde los cristianos nos hemos alejado del evangelio de Jesús. Esto, que a muchos nos ha entusiasmado, a otros los ha decepcionado, acostumbrados a mantener sus viejos esquemas legales, cuando no sus privilegios e intereses. Siempre ha sido así. Y se levantado una trinchera anti Francisco que sabíamos que llegaría. ¡Y ya está aquí! Tiene muchos nombres, que incluso se atreven a llamar herejías a los cambios que el papa Francisco quiere proponer, que no imponer, para la reflexión de todos. La historia se repite y los profetas siempre son apedreados o perseguidos por aquellos, curiosamente, a los que los profetas quieren salvar.

Hay por ahí ya nombres –y algunos de cardenales– que suenan en las trincheras del miedo y la mirada atrás: Sarah, Brandmüller, Burke, Juan Sandoval, Zen y en nuestra iglesia más cercana, Rouco, que se jubiló pero no acaba de jubilarse y su discípulo, que tanto tiene que agradecerle, Jesús Sanz. Iremos viendo cómo algunos más van enseñando la oreja en los próximos meses de otros estómagos agradecidos, como Martínez Camino, el jesuita “rescatado” por Rouco de la Compañía.

Pero, digan lo que digan unos y otros, la figura del Papa Francisco se engrandece cada día que pasa por su humanidad y su sentido de iglesia donde todos tienen cabida. ¡Todos! ¡Todos! nos decía recientemente. Y esto no ha gustado a algunos empeñados en señalar, etiquetar y excluir, como en los peores momentos de nuestra historia. Es verdad que aún hay que dar más pasos hacia adelante en nuestra iglesia pero no es menos cierto que los que ha dado el Papa Francisco nos acercan un poco más a la modernidad y le han constituido en el líder mundial indiscutible en este momento.

Su defensa de la sinodalidad, su posición valiente contra estas guerras crueles, la publicación de la Declaración *Fiducia supplicans*, la invitación constante a volver a la pureza del evangelio, producen en algunos sectores sarpullidos de miedo e inseguridad. Porque los que miran atrás es porque en el fondo se sienten inseguros. La intención de volver atrás en algunas diócesis cuando sea posible es evidente.

Pero el Espíritu Santo es quien mantiene y sostiene a la Iglesia y su fuerza es imparable. Al Reino de Dios no hay quien lo pare. Y el Papa Francisco sabe que no es su obra sino la del Espíritu Santo quien la lleva a cabo. Cada día rezo por la salud del Papa Francisco porque así, mayor, enfermo y cuestionado, será capaz de empujar la barca de la iglesia hacia el puerto de una mayor fidelidad al Maestro. Le pese a quien le pese. ¡Con el papa Francisco siempre!

EL BERENJENAL EN QUE NOS VA A DEJAR EL PAPA FRANCISCO

Un amigo mío, presbítero, quien está haciendo su doctorado en España, vino a Colombia para el año nuevo y pudimos hablar de muchas cosas. Y me contó que, casi llegando el final del semestre pasado, llegó a su universidad eclesiástica un clérigo, oficial de la Rota Romana, y que este, palabras más, palabras menos, dijo al auditorio en tono de recomendación y de preocupación: “En este momento de la Iglesia es muy importante estudiar derecho canónico, hay que animar a muchos jóvenes sacerdotes para que conozcan las leyes y esto para que nos ayuden a salir del berenjenal en que nos va a dejar el papa Francisco”. Quiero, en este texto, hacer eco a esas palabras que van en la lógica de otras que he escuchado por aquí en mi Colombia.

El diccionario nos dice que berenjenal, aparte de ser un terreno plantado de berenjenas, ha llegado a significar también “lío”. Gracias al Espíritu Santo, Francisco ha puesto por obra lo que él mismo, muy al inicio de su servicio como obispo de Roma, recomendó a los jóvenes y a todos los seguidores de Jesús: “hagan lío”.

Encuentro en los evangelios que Jesús metió a los suyos en muchos berenjenales. Traigo a colación sólo uno de ellos y es el que se nos describe al inicio del evangelio de Marcos (Mc 2). Jesús, al inicio de su ministerio, se va a Cafarnaúm y allí se hospeda en la casa de Pedro. Al principio, muy seguramente, la familia del pescador estaba encantada con el huésped y hasta muy agradecida porque había sanado a la suegra. Pero, muy pronto, la situación cambió y la casa, que había sido apacible y tranquila, se fue llenando de curiosos que querían conocer a Jesús y que buscaban sanación; ya desde el amanecer tenían que soportar la presencia de muchas personas que preguntaban por él y les robaban intimidad; la puerta estaba siempre atestada de gente y entrar y salir se volvió un problema. El colmo de todo esto fue cuando unos hombres, que traían un enfermo en una camilla, no viendo forma de entrar por el gentío que se apretaba afuera, se montaron al techo y, muy horondos, sin pedir permiso, fueron abriendo un boquete y descargaron por ahí al doliente.

Eso sí que fue un berenjenal. La casa a orillas del lago de Galilea se complicó de un momento a otro; el orden y la tranquilidad quedaron volteados al revés; y, con semejante boquete, la seguridad quedó “patas arriba”. La familia de Pedro se vio a la intemperie, a merced del sol y del agua, con extraños circulando por su hogar, enfermos pidiendo curación. En esa casa, Jesús podía bendecir a todos y a todas.

Creo que esa casa, incluido el berenjenal en que la metió Jesús, era germen de lo que sería después la Iglesia, y que, en ese momento, el maestro preparaba a Pedro para confiarle las llaves y la administración de la misma. La Iglesia no puede vivir para cuidarse sino para cuidar a las personas; sus estructuras pueden ceder cuando se trata del sufrimiento de los seres humanos; si el fin es dar vida a hombres y mujeres, ella voltea al revés el orden y la tranquilidad de sus estructuras; ella no duda en abrir boquetes para poder incluir y recibir a todos; ella prefiere quedarse a la intemperie a dejar afuera a alguno o alguna. Francisco, sucesor de Pedro, bien lo sabe y deja que Jesús realice en ella su misión y que pueda seguir bendiciendo, prodigando su misericordia, anunciando la buena noticia a los pobres; su ministerio ha sido un boquete abierto por el Espíritu Santo en el techo de la Iglesia para que muchos, que se veían impedidos y que encontraban impedimento en la puerta oficial puedan acercarse a Jesús y ser “misericordiosos”: las víctimas de abuso, las mujeres, los fieles laicos, la población lgbtiq+, los divorciados, las parejas con impedimentos para celebrar canónicamente su matrimonio.

Marcos también nos cuenta que después que Jesús sanó al enfermo que habían descolgado por el boquete abierto en el techo, unos expertos de la ley, unos escribas, se pusieron a refunfuñar y lo acusaron de blasfemia. Esto se repite también hoy, los expertos de la ley, como el clérigo oficial de la Rota Romana, quieren orden y tranquilidad, quieren seguridad; como los cardenales y obispos que declaran hereje al Papa. No se dan cuenta que la Iglesia, si es lo que es, tiene que dejarse meter en todos los berenjenales en los que Jesús mismo, no Francisco, la mete. Francisco, como Pedro en su casa de Cafarnaúm, solo es testigo de los boquetes que se abren cuando está Jesús presente. No, no hay que salir del berenjenal, lo que tenemos que hacer es comernos las berenjenas que bien saben y que alimentan. La acepción cristiana de la palabra berenjenal, además de las ya citadas al principio de este artículo, podría ser la de “vidas maravillosamente complicadas”, de las que habla la *Evangelii Gaudium* en el número 270.

Estoy con Pedro, estoy con Francisco.

25
XISKYA VALLADARES

**DICEN QUE ERES HEREJE, IGUAL HICIERON CON JESÚS.
HACES LOS MISMOS GESTOS QUE JESÚS**

El primer Papa latinoamericano y jesuita. Me conquistó desde el primer momento cuando salió al balcón pidiendo que oráramos por él. No lo conocía de nada, pero hablaba mi idioma en todos los sentidos (jesuita y latinoamericano).

Gracias, Papa Francisco, por ser fiel al Espíritu de Jesús. Por luchar contra los pecados de la Iglesia: la corrupción, los abusos de poder, la pederastia y el clericalismo. Por insistirnos en la conversión hacia la sinodalidad, la acogida de todos, todos, todos, y la pobreza evangélica. Por dialogar con los más alejados de la Iglesia, recordarnos siempre a los inmigrantes y llamarnos a construir la paz y la ecología integral en nuestra Casa Común.

Gracias por todo esto. Yo estoy con Pedro, que hoy es Francisco. Rezo cada día por ti.

LA JERARQUÍA FALTA GRAVEMENTE A SU DEBER, AL NO DEFENDER DECIDIDAMENTE EL EVANGELIO Y AL PAPA

El desmadejamiento de la comunión en la comunidad creyente española puede escandalizar y desconcertar en estos momentos por diversas causas y manifestaciones, sobre todo cuando pretenden ampararse en decisiones del papa. Ciertamente no resulta nuevo el desconcierto y el escándalo que produjo Jesús al poner al prójimo por encima de normas y preceptos, de acuerdo con el anuncio de Juan “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo”, aunque los creyentes sabemos que tenemos vida precisamente por esa decisión.

Los ataques actuales al papa Francisco no se deben a más o menos ortodoxia o a la defensa de las tradiciones evangélicas, sino al olvido interesado del Evangelio y a la preponderancia de inconfesados intereses, apoyos económicos y rechazos viscerales, cuyo origen no son del todo claros. No defienden o rechazan papas en cuanto tales sino, de hecho, a causa de opciones económicas, propuestas sociales o sentimientos políticos, poco compatibles con el Evangelio.

La “España por el Papa” de antaño se ha fragmentado en intereses y políticas egoístas, a costa de ignorancias históricas o apoyos económicos transoceánicos. Juan Pablo II les resulta admirable, pero oh casualidad, siguen olvidando su doctrina social, y llegan al atrevimiento de señalar a Jesucristo como burgués porque su padre contaba con una carpintería o porque sus discípulos eran propietarios de algunas barcas, intentando cancelar o manipular así burdamente su persistente y decidida insistencia sobre la fraternidad con los pobres y marginados. Se atreven a escandalizarse hoy por una bendición eclesial, pasando de puntillas sobre las duras palabras de Cristo contra los fariseos, de hecho, tan identificados con ellos.

Olvidan y, de hecho, desprecian la verdadera Tradición y el verdadero planteamiento teológico, al identificarla con costumbres y ritos que han nacido a lo largo de los siglos según el entendimiento y la oportunidad del momento, tal como lo señaló repetidas veces el exegeta y cardenal Martini y siempre la teología. Confunden intereses propios y objetivos demasiado humanos con la potente presencia del Espíritu de Jesús en su Iglesia.

Pecan gravemente quienes desorientan así a la gente sencilla e ignorante como ellos, que no tienen medios para conocer la verdad y no son conscientes de tanto engaño y desvergüenza, tan presentes en páginas web y medios de comunicación actuales, dotadas con ayudas económicas previsibles.

Asombra el silencio de la jerarquía, al menos de aquella con sentido eclesial y evangélico. Puedo comprender su desconcierto y su debilidad, pero faltan gravemente a su deber al no defender decididamente el Evangelio y el Papa. En realidad, se repite en nuestros días el caso del francés Charles Maurras, que cuenta en Madrid con una calle, quien, despreciando abiertamente a Cristo por lo que consideraba miserables palabras de identificación con los pequeños, los pobres y los marginados, apoyaba a la Iglesia institucional francesa, a la que consideraba el único dique de contención frente a los liberales y los ilustrados poderosos del momento, postura a la que se agarró la desconcertada jerarquía francesa.

Pío XI condenó solemnemente a Maurras y despojó de un plumazo de todas sus atribuciones a un cardenal que apoyaba a Maurras y se atrevió a escribir unas pocas líneas sobre la inconveniencia de la intervención pontificia. Hoy podemos repetir con Chesterton: “Lo que se está perdiendo en este mundo, en esta sociedad, no es tanto la religión cuanto la razón”. En realidad, el odio presente en la vida política parece haberse trasladado a nuestra vida religiosa, un sentimiento más fácil que el amor, pero que, a diferencia de éste destruye no tanto al adversario cuanto al mismo sentimiento religioso personal y comunitario.

Sin embargo, a pesar del desconcierto y de una desconcertante desintegración de una parte de los no pocos cristianos existentes, somos conscientes de que contamos en Madrid con una fuerte comunidad creyente, con un sólido y evangélico sentido de Iglesia, que mantiene su adhesión a la palabra de Jesús, junto al obispo de la diócesis y a la roca de Pedro y de su sucesor Francisco.

ABRIRLE AL SER HUMANO LOS OJOS PARA QUE PUEDA COMPRENDER CUÁNTO SE LE AMA ES LO MÁS IMPORTANTE

Gracias, Papa Francisco, por decir con palabras y acciones desde el primer momento de su pontificado: “Me gustaría decir a aquellos que se sienten lejos de Dios y de la Iglesia, a los que son temerosos o a los indiferentes: ¡El Señor también te llama a ser parte de su pueblo y lo hace con gran respeto y amor!” (*Evangelii Gaudium* 113) Gracias por hacerlo en contacto con otras confesiones cristianas y con representantes de otras religiones.

Abrirle al ser humano los ojos para que pueda comprender cuánto se le ama, eso es lo más importante. Cómo cambia entonces todo. Cuánto me alegro de que Ud. “grite” al mundo esta “Buena Nueva”, que muchos oyen y entienden y se alegran mucho. Está bien claro que el Espíritu empuja a anunciar sobre todo esto y que todo lo demás viene en segundo lugar.

Que no le falten fuerzas ni apoyos sinceros ante los grandísimos retos y que, al hacerlo de una forma sinodal, conciliar, pueda acertar mejor y que así este empujón del Espíritu ya no se pierda nunca más. Con todo afecto,

Ana María Schlüter

EL RUMOR DE LOS MIEDOS

Querido Papa Francisco:

San Ignacio de Loyola nos invitaba con frecuencia en sus Ejercicios a hacer “composición de lugar” de los pasajes evangélicos. Es decir, a tratar de situarnos, recurriendo a la imaginación, en el tiempo y el espacio de cada suceso, como si pudiésemos estar presentes. Él lo hacía siempre desde la mirada de un personaje anónimo o secundario, pero con la viveza en el ánimo que suponía escuchar las palabras de Jesús, percibir sus gestos y dejarnos empapar por su aura cercana de salvación.

El ejercicio es todo un reto para la conciencia, pues con esta técnica meditativa ignaciana, practicada con honestidad, uno no sabe bien si estaría entre la multitud que gritaba en favor de Barrabás o junto a la desenvoltura de Pedro al desenvainar la espada o en plena complicidad con sus miedos personales poco antes de que le cantara el gallo. Y queda espacio incluso para vernos, con la imaginación más desencantada, formando parte de aquella masa anónima que transitaba indiferente ante el dolor humano y ante la injusticia flagrante, sintiendo el hueco inerte de un corazón de piedra alojado en el pecho.

Porque tú sabes bien, querido Papa Francisco, que hay momentos en los que se espera de la conciencia de cada uno un firme ejercicio de honradez, de valentía y de compromiso frente a lo injusto, lo inapropiado o lo inadmisibles. Hemos vivido muchos momentos así en la Iglesia y nuestra respuesta no siempre ha sido la más edificante. Un miedo cerval a la modernidad nos hizo perder varias veces el tren de la ciencia; un temor abismal a salir de los soportales del poder nos alió con las monarquías absolutas, entre las que el papado fue una más, con sus jerarquías y sus formas retóricas.

Por fortuna, hubo también destellos de lucidez proverbiales, como los que dejó la predicación de Jesús en la memoria y en la vida de las gentes de Judea, Galilea y Samaria; la estela en el mar de los viajes de Pablo de Tarso,

el testimonio de santidad de tantos hombres y mujeres... El Concilio Vaticano II nos abrió a los nuevos tiempos, nos hizo dóciles a las sendas del Espíritu y logró conjurar algunos de nuestros miedos más inveterados con un nuevo empuje evangélico. Cómo no agradecer, querido Papa Francisco, tu empeño decidido en desarrollar programáticamente las esperanzas del Concilio, que habían quedado por demasiado tiempo adormecidas bajo los pesados ropajes del clericalismo y de la autorreferencialidad. Celebramos y agradecemos tu esfuerzo por reconstruir franciscanamente una Iglesia que amenazaba ruina, tu paciencia al desescombrar los cimientos de una nueva Iglesia de la misericordia que pueda ser imagen de un Dios, que es también Padre y Madre de misericordia, una Iglesia inclusiva, sinodal, llamada a la conversión ecológica y a la promoción de la mujer y en diálogo atento con el mundo.

Aún se oyen, sin embargo, las voces de los temerosos, los nuevos fariseos con sus viejas murmuraciones, sus rancias parafernalias y sus pobres mentes estrechas. Creo que puedes oír desde ahí el rumor de sus miedos. Es un ancla herrumbrosa que trata de frenar los impulsos del Espíritu, de lastrar cualquier iniciativa. Y quizá aún más estrepitoso resulte el silencio cómplice de quienes, debiendo pronunciarse abiertamente en tu favor, no lo hacen, quizá con la esperanza de poder nadar y guardar la ropa o simplemente por aquel mismo miedo que paralizó a Pedro una noche en el patio del sumo sacerdote.

Bien sabes, Papa Francisco, que durante toda su vida pública, Jesús de Nazaret sufrió el acoso de los rigoristas, de los mastines de la ortodoxia, de quienes se creían perfectos, de los que se decían dueños únicos de la única llave de la verdad única. Fueron ellos los que entregaron al Cordero al escarnio y a la muerte. Fueron ellos y sus miedos. Ellos y la cagantina sin fin de sus miedos. El miedo a cuestionar sus propias certezas, a asumir el riesgo de una conversión que nos sacaría de la comodidad de las normas farisaicas, el miedo a que la sencilla rotundidad del amor sea aún más sólida que las columnas del templo, el miedo a que la imagen más perfecta de Dios sea de carne humana y no de madera ni de yeso.

Pensaron que sus miedos los mantendrían a salvo, seguros en su pedestal de poder, pero lo que no sabían aquellos fariseos es que fueron precisamente los espasmos de sus miedos los que rompieron la historia y esparcieron al viento para siempre las semillas del futuro de la Iglesia desde Pentecostés.

Por eso sé que, cuando escuches el rumor agrio de esos miedos farisaicos, simplemente sonreirás argentinamente, porque sabes que detrás de esa disonancia late, infatigable, la paciente alianza de Dios que es capaz de poner luz incluso en nuestras miserias más decepcionantes.

Muchas gracias, Papa Francisco. Reciba nuestro afecto, nuestro apoyo y nuestras oraciones constantes.

UN SOPLO DE AIRE FRESCO PARA VENTILAR VIEJAS ACTITUDES

Desde el Grupo Federal de Cristianos Socialistas PSOE, queremos mostrar nuestro apoyo a Francisco. Somos conscientes de que aún quedan algunas lagunas que superar, la igualdad entre hombres y mujeres en la Iglesia, el celibato opcional, el gran problema de la pederastia o el acogimiento de las personas LGTBI+.

Aún así, Francisco ha supuesto un soplo de aire que trata de ventilar viejas y anacrónicas actitudes de una parte del clero anclado en el pasado pesaroso de perder sus prebendas.

Las reacciones desmesuradas ante la bendición, sin liturgia, de parejas homosexuales o irregulares, dan aún más razón para este apoyo.

Vivimos tiempos convulsos, el máximo representante de Jesús, que pasó por el mundo tratando con prostitutas, es vilipendiado por insistir en el Amor a las periferias.

EL PAPA MERECE TODO NUESTRO APOYO POR SU VALENTÍA Y CORAJE EN REFORMAR UNA IGLESIA ASENTADA EN LA TRADICIÓN

El papa Francisco merece todo nuestro apoyo por su valentía y coraje en reformar una Iglesia asentada en la tradición, proponiendo una Iglesia en salida que salga del actual status y camine hacia la auténtica Iglesia dirigida por el Evangelio y los signos de los tiempos. Eso supone una mutación o un giro copernicano iniciada por Francisco como:

1. Dejar la puerta abierta para caminar hacia la igualdad entre hombres y mujeres en el acceso a todos los grados de la jerarquía. El diaconado debe ser el primer paso, defendido por el Papa, pero no el único, para evitar pensar que se trata de un lavado de cara. La misoginia, defendida por el patriarcado, no tiene cabida en la nueva Iglesia porque ofende a la mujer y a Dios.
2. Aplicar el mandamiento fundamental del cristianismo: “Amaos los unos a los otros” especialmente a los niños, a los enfermos, a los pobres y a los más vulnerables en general.
3. Proclamar la tolerancia cero a la pederastia clerical, que ha campado libremente durante decenios con la condescendencia de los obispos, con juicios y reparaciones económicas a las víctimas.
4. Dejar la puerta abierta para sustituir el celibato obligatorio de la clerecía por el celibato opcional, al afirmar que no es ningún dogma, sino una cuestión disciplinaria.
5. Eliminar la homofobia, ofreciendo los mismos sacramentos y grados jerárquicos a los homosexuales que a los heterosexuales. Para conseguirlo, previamente hay que aceptar que la diversidad sexual forma parte de la naturaleza humana, tal como Dios la creó. “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera”. (Génesis 1.31). También hay que aceptar la Ciencia cuando el 17 de mayo de 1990, la asamblea general

de la Organización Mundial de la Salud (OMS) eliminó la homosexualidad de su lista de enfermedades psiquiátricas.

Los Principios de Yogyakarta también son tajantes en defender: “El derecho al disfrute del más alto nivel posible de salud física y mental sin discriminación por motivos de orientación sexual o identidad de género”. De momento, el papa Francisco ha dado un primer paso, aceptando la bendición de las parejas homosexuales.

6. La publicación de la encíclica *Laudato Si'* en 2015, que se centra en el cuidado del entorno natural y de todas las personas. El subtítulo de la encíclica, ‘El cuidado de nuestra casa común’, refuerza este tema.

Es de esperar que el papa Francisco se plantee otras cuestiones, que ha dejado en el aire, para que la Iglesia en salida sea una realidad. De momento, se ha mostrado inflexible en debatir unos temas considerados inamovibles: “No podemos seguir insistiendo en cuestiones referentes al aborto, al divorcio, al matrimonio homosexual, a la eutanasia o al uso de anticonceptivos”. Creo que son cuestiones que también deberían ser tratadas, especialmente el uso libre de los preservativos para evitar enfermedades y limitar el número de hijos. Francisco dejó una puerta abierta al afirmar que “es una irresponsabilidad tener muchos hijos”. Muy incisiva es la frase de Jesús: “Misericordia quiero, y no sacrificio (Mateo 9:13).

La Iglesia en salida es la que se empeña en desconectar de la tradición y conectar con el Evangelio y los signos de los tiempos. Ese es el propósito del papa Francisco. Para conseguir sus propuestas es imprescindible que reciba el apoyo de todos los cristianos que deseamos una Iglesia evangélica en salida, oponiéndonos a una Iglesia cerrada a cal y canto por la tradición. Es una pugna entre visiones distintas y opuestas. Esa pugna la está sufriendo el papa Francisco por aquellos sectores involucionistas que solo pretenden poner palos a las ruedas del progreso eclesial para obstaculizar que la Iglesia camine hacia adelante, en vez de estancarse en el pasado.

JORGE R. LUGONES, SJ

FRANCISCO, CIRENEO DE LA HUMANIDAD

Queremos agradecer a Francisco, que, como otro Cireneo, alivia la cruz de tantos cristos que siguen cayendo y subiendo el calvario de la pasión y el sufrimiento en el mundo.

Agradecer su valentía, su sabiduría, su palabra. Nos ha pastoreado anunciándonos y proponiéndonos “La alegría del Evangelio” (EG). Como lo fue el Vaticano II, ha contribuido a que este aire fresco ventile nuevamente nuestra casa grande, la Iglesia, con nuevo aire: el Espíritu del Señor que es capaz de hacer “nuevas todas las cosas”. Fue y es luz para nuestros pueblos, en momentos de crisis civilizatoria sin precedentes, única en la historia de la humanidad.

Laudato si y Fratelli tutti se complementaron para marcarnos el camino de una nueva forma de ser y habitar nuestra Casa común. Jesús fue causa de contradicción en su tiempo, fue crucificado porque el pueblo estaba ya crucificado. Su persecución fue a causa del gran amor y misericordia que prodigó a los últimos, los preferidos de su Padre, los más humildes. Hoy el Papa los llama con su nuevo nombre: “los descartados”. Como Él, que comenzó a predicar y cuidar desde la periferia de la “Galilea de los gentiles”, Francisco ha desatado sus correrías apostólicas en las periferias y en los centros de poder de nuestro mundo.

Su “populismo” ha consistido en hacerse cargo de los migrantes, la gente en situación de calle, los desplazados, ha consistido en sentarse a la mesa con ellos y compartir su tiempo. En empoderar la figura de la mujer en la Iglesia y en el mundo sin hacer proselitismo ni caer en feminismos de conveniencia.

Sus gestos simples sin ficción, su cercanía a todos, su buen humor y don de gente nos animan a ser mejores personas compartiendo lo que somos y tenemos. Es mensajero de la paz jugándose por ella y condenando los conflictos armados, la opulencia y la omnipotencia de los traficantes de armas, de drogas y de personas.

Su corazón de “sanador herido” y vilipendiado desde dentro y desde fuera, sigue hablándonos de que tenemos que recibir a todos, de que se abran las puertas para todos...porque nos ha enseñado que nadie puede quedar fuera de la misericordia y el amor del Padre. Antes y ahora habrá personas que se agarren a la ley sin recordar que el sábado fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado. Entender en profundidad la historia de la humanidad como parte de la evolución del inmenso cosmos en el que existimos, nos debe impulsar a abrir el corazón cada día más, siendo conscientes de la pequeñez de nuestra especie en el concierto extraordinario de lo creado.

Su experiencia de los Ejercicios Espirituales ignacianos lo marcaron en el discernimiento de espíritus, tan necesario para la conducción en tiempos de crisis y cambio epocal y despertarnos al discernimiento social de la Iglesia.

Nos ha introducido en un método sencillo como la conversación espiritual para escuchar lo que el Espíritu quiere inspirar hoy a las Iglesias. Percibimos su fruto no solo en las aulas sinodales, sino en nuestras propias diócesis, abriendo asambleas de la escucha y el diálogo en toda la Iglesia.

¡Gracias, Francisco, estamos a tu lado, somos el pueblo de Dios abrazándote con ternura y rezando por vos!

ME UNO A ESTA CAMPAÑA EN FAVOR DE PAPA FRANCISCO CON ALMA, MENTE, PALABRA, ORACIÓN Y CORAZÓN

Solo decir que me uno a esta campaña en favor de Papa Francisco con alma, mente, palabra, oración y corazón. En favor de unas reformas que la Iglesia necesita y que todavía quedan demasiado cortas.

Siento mucho las manifestaciones públicas de algunos Cardenales de nuestra Iglesia, concretamente del Continente africano, en exceso “escandalizados” ante una Bendición de amor humano, que tanto necesita un colectivo homosexual marginado, perseguido y denostado a lo largo de los tiempos. La mujer es otro colectivo subyugado y marginado en las culturas, pero, gracias a Dios, en sociedades avanzadas, va un poco por delante, en derechos y libertades, quedando todavía mucho por hacer.

Estos Cardenales afirman no ir en contra de Papa Francisco (y les creo), aunque sí contra esta disposición reciente, que resulta un pequeño regalo del cielo (aunque insuficiente) para esta realidad humana tan sufrida (pequeños queridos de Dios).

También entiendo que en el Continente Africano, sus culturas poco evolucionadas se mantienen muy atadas y arraigadas a costumbres y tradiciones ancestrales, configurando una cosmovisión endurecida, asociada a la religión, que les cuesta mucho trascender. Se entienden así reacciones tan viscerales, no lo pueden evitar, hace falta mucho trabajo reflexivo, mucho realismo sensato y una investigación antropológica espiritual muy seria para superar prejuicios entrañados, por muy teológicamente que se pretendan justificar. No tienen la menor idea de la nueva ley de Jesús, ley de amor, que todo lo revierte y lo transforma. No la entienden.

La sexualidad atada exclusivamente a la procreación resulta indignamente “animalizada” en el ser humano. Igual que los sentidos en el mundo animal sirven para el mantenimiento y defensa de la vida en un mundo hostil (la vista, el gusto, el tacto, el olfato...), pero en el ser humano, además de ayudar la vida, pueden tocar los mundos de Dios (una música, un paisaje... han convertido y catapultado almas a la eternidad), la sexualidad humana, que

incluye los sentidos, puede tocar los mundos de Dios, independientemente de su papel biológico.

Por tanto, los argumentos que esgrimen estos Cardenales para justificar su postura se mueven en categorías teológicas-antropológicas desfasadas y obsoletas, que les cuesta remontar; dependientes de una escuela y enseñanzas que recibieron y que la Iglesia, como Institución –importantísimo decirlo también–, no ha sabido actualizar, convenientemente, al hilo de los tiempos: mantiene rígidamente un “marco de seguridad doctrinal” (infantil, a pesar de sus complejidades retóricas y mentales: el número de reglas y normativas es inversamente proporcional a la madurez), que troquela y esclaviza a muchos en cómodas estructuras de cumplimiento diametralmente alejadas de Jesucristo, insensibles por completo a su ley de amor.

El Jesús que testimonian, en realidad, vive solo en las hornacinas de sus templos, “honrándolo con los labios, pero completamente alejado y extraño en su corazón”. Deberían aprender de Santa Teresa, que supo tenerlo al lado y relacionarse como Amigo. Él sabría explicarles de amor.

Acabo como comienzo: me uno a esta campaña en favor de Papa Francisco con alma, mente y corazón, palabra y oración (rezo por Papa Francisco, pero sobre todo, por estos Cardenales, que lo necesitan todavía más). En favor de unas reformas que la Iglesia necesita y que todavía se quedan demasiado cortas, pero nos preparan, porque habrán de llegar muchas más, de más hondo calado... hacia el Reino de Dios que Jesucristo inauguró y crece de su mano.

34
M.^a LUISA BERZOSA, FI

¡GRACIAS, HERMANO FRANCISCO, POR INDICAR EL CAMINO A SEGUIR!

Hay momentos especiales en la vida del ser humano propicios para la gratitud, aunque esta actitud mantenida también da un color distinto a la existencia. Vivir desde la petición de lo que nos falta o vivir agradeciendo todo lo que recibimos, nos ofrece una clave distinta.

Personalmente deseo, a través de estas sencillas líneas, expresarte, querido hermano Francisco, mi agradecimiento por tantos regalos a lo largo de tus años de pontificado.

Gracias por:

- Mostrarte de modo natural, espontáneo, con cercanía y sencillez, sin protocolos, dejando transparentar tu humanidad.
- Por tu mensaje de vida desde el evangelio de la misericordia, la acogida y el perdón.
- Por tus documentos que son expresión de la Palabra de Dios proyectada en la vida de nuestro mundo, que iluminan las realidades que nos afectan en este momento de la historia.
- Hay un hilo conductor que sostiene tu mensaje y que ha ido jalonando cada momento de tu pontificado, intentando dar respuesta a los profundos y urgentes desafíos actuales: *Evangelii Gaudium, Fratelli tutti, Laudato Si, Christus vivit, Querida Amazonía, Amoris laetitia, Praedicate evangelium, Laudate Deum...* sin olvidar el campo de la economía ni de la educación.
- Por tu invitación a caminar juntos a través de los diversos sínodos, con invitación universal y con apertura del aula sinodal.
- Por destapar abusos y no pactar con ellos, atendiendo a las víctimas.
- Por atender a los niños y denunciar el descarte de los ancianos.
- Por dar paso a la mujer en puestos de responsabilidad que quieren ser el inicio de un tiempo nuevo.

Agradecer es caminar a tu lado, apoyando tus pasos pero asumiendo la propia corresponsabilidad de bautizados que no podemos ni debemos eludir.

Agradecer es caminar unidos entre luces y sombras, pero siempre volviendo la mirada a Jesús y su evangelio como punto focal que nos impulsa a hacer un mundo más habitable para todo ser humano.

Gracias, querido hermano Francisco, por indicar el camino a seguir. Con ritmos distintos pero deseamos avanzar hacia la misma meta.

¡Muchas gracias! Con mi abrazo de hermana.

APOYEMOS LAS CUATRO CONVERSIONES DE FRANCISCO

A lo largo de diez años de pontificado, las afirmaciones del Papa Francisco, en situaciones informales de respuesta espontánea a preguntas sobre exclusión y discriminación, se han ido multiplicando exponencialmente.

Pueden reunirse esas decenas de afirmaciones en cuatro grupos. Como cabeza de cada grupo destacan las cuatro declaraciones siguientes:

- 1- ¿Quién soy yo para juzgar a esa persona?
- 2- Nadie puede ni debe ser excluido, en la iglesia cabe todo el mundo.
- 3- La vida eclesial discurre por cauces diversos, no solo por el de las normativas canónicas.
- 4- Las doctrinas de la iglesia no son un cuerpo monolítico, sino un poliedro de muchas caras.

Estas cuatro interpelaciones constituyen una llamada a discernir la prudencia pastoral (1 y 2) y una llamada a discernir la evolución y cambio en las doctrinas (3 y 4).

Son, en resumen, una cuádruple llamada a la conversión:

- 1) Conversión de los agentes de pastoral, para pasar de la condenación a la bendición.
- 2) Conversión de las comunidades (locales, parroquiales, diocesanas...) para pasar de la exclusión a la inclusión a todos los niveles de la vida eclesial.
- 3) Conversión del magisterio (comenzada ya por el mismo magisterio pontificio), para que haya cambio y evolución en todas las estructuras eclesíásticas (canónicas, administrativas, litúrgicas, doctrinales) y pueda darse el giro de la exclusión a la inclusión.
- 4) Conversión de las teologías para que no se anquilosen estancadas en los paradigmas de pensamiento medievales, precríticos y preconciliares (pre-Vaticano II) y puedan apoyar así el cambio de paradigma en la práctica de las tres conversiones mencionadas.

Leamos despacio el documento *Ad theologiam promovendam* (2023.11.01) para comprender bien la apuesta de Francisco por la prudencia pastoral y la evolución de las doctrinas.

Y oremos por las cuatro conversiones propuestas por el Papa Francisco y puestas en práctica por él mismo en su vida y enseñanza.

LA TAREA QUE TENEMOS POR DELANTE LOS CRÍTICOS (O NO) DE FRANCISCO

Los amigos de Religión Digital me invitan a escribir unas líneas de apoyo al papa Francisco que, así lo espero, nos ayuden a comprender el sentido de su pontificado y del tiempo que estamos viviendo en la Iglesia católica. Es una invitación que acojo encantado. Y que la acojo, consciente no solo del coraje evangélico (la famosa “parresía”) de este singular Papa, sino también de algunas de las propias limitaciones que tiene como ser humano e histórico que es y que somos todos.

Pero, sobre todo, sabedor de algunas de las muchas zancadillas que le vienen poniendo una minoría de católicos, aunque esa minoría pueda representar a unos cuantos millones de un total de casi 1.400 millones. Ningún Papa lo ha tenido fácil en su responsabilidad de presidir en la unidad de fe y en la comunión eclesial. Y tampoco Francisco.

Tal dificultad –igualmente apreciable en la gestión de los últimos papados, aunque por diferentes motivos– no me impide reconocer la singularidad de las críticas que, desde el principio, le están formulando al “papa venido del fin del mundo”.

Me permito indicar, a vuela pluma y sin afán de sentar cátedra, tan solo la última de ellas; pero podrían ser muchas más.

Desde los primeros momentos de su elección, supimos que este papado quería estar presidido –a diferencia de los dos anteriores– no por “la verdad”, sino por “la misericordia”.

La apuesta de Francisco me pareció, desde el primer momento, además de radicalmente evangélica, más de recibo que la pretensión de gestionar dicha “verdad en abstracto” o, en otras ocasiones, solo “natural”, poniendo a su servicio todo el poder eclesial. Por cierto, un poder que –desde el Vaticano I (1870)– se había concentrado –de

manera unipersonal– en el obispo de Roma y que ni el segundo de los concilios Vaticano (1962-1965) ni su implementación postconciliar habían logrado reconducir a una comprensión y ejercicio colegial del mismo.

A diferencia de lo vivido –y hasta padecido– en los pontificados de sus predecesores, me pareció que con Francisco aparecía, por fin, un Papa que, partidario de “la verdad de la misericordia”, podría, al menos, desacelerar la hemorragia de católicos en las iglesias de la Europa occidental y, de paso, tomar algunas decisiones para que tales iglesias no acabaran perdiendo totalmente el tren de la historia o desapareciendo, tal y como ya había sucedido, para entonces, con la Iglesia holandesa. Además, no solo me satisfizo que vinculara “la misericordia” con “la verdad” primera y definitiva de lo dicho, hecho y encomendado por Jesús de Nazareth y predicado por sus seguidores, sino también que acogiera la “fraternidad” como su anverso o reverso; y con ella, la justicia y la solidaridad.

Por eso, me encantó que su primera salida del Vaticano fuera a Lampedusa, la isla que, a partir de entonces, se convirtió en el símbolo profético de lo que es y significa la “fraternidad” y qué entendemos y vivimos por “justicia” y “solidaridad” la gran mayoría de los católicos y, por extensión, una buena parte de los cristianos y de las personas de buena voluntad.

La atención que prestó –con este viaje a la isla de Lampedusa– a la verdad más radical y definitiva del Evangelio (“al atardecer de la vida te examinarán del amor”) empezó a recolocar la obsesión por la moral sexual, fundada en la llamada verdad o “ley moral natural”, en otro cauce mucho más interesado en acoger y ayudar que en condenar y expulsar de la comunidad en nombre de dicha “verdad” o “ley moral natural”.

En definitiva, comenzó a poner en valor otra razón y verdad mucho más evangélicas.

Y es así como empezamos a percatarnos de la superioridad –cristiana y católica– de la moral samaritana, recolocando, de paso, la verdad o la “ley moral natural” por debajo de ella; algo que no gustó -ni sigue gustando- a los llamados defensores de dicha verdad o ley moral “natural”, partidarios, por ello, de poner el Evangelio debajo de tal “naturalidad”.

Esta fue una de las enseñanzas más importantes de los Sínodos mundiales de obispos de 2014 y 2015 y de la carta postsinodal *Amoris laetitia* (2016) que la minoría sinodal de entonces –formada por una buena parte del episcopado

africano, del europeo oriental y otra, nada desdeñable, del estadounidense– no aceptó; ni, al parecer, sigue sin aceptar.

A la luz de estos datos y argumentos, creo que la falta de “conversión” que parece perceptible en tales colectivos en nombre de lo que entendían –y siguen comprendiendo– por verdad “natural”, se explican las críticas y rechazos de entonces –y de nuestros días– a la bendición de parejas vueltas a casar civilmente (o no) y de las uniones homosexuales.

A Francisco –y a quienes estamos con él en esta “conversión” teológica y espiritual– no nos queda más remedio que armarnos de paciencia sin dejar de seguir exponiendo la consistencia –también racional– de la misericordia de un Dios que nos ha creado por amor “a su imagen y semejanza”; incluidos, por supuesto, los homosexuales; aunque esta última consideración no guste nada a los partidarios únicamente de la verdad o ley llamada “natural”; por cierto, una supuesta “verdad” que, visto cómo se formula y alcanza, no es –desde el punto de vista formal– universal, sino mayoritaria.

También nos queda, por supuesto, seguir acogiendo críticamente los progresos que se vienen alcanzando en distintos saberes sobre lo que es “natural” en todo lo referido al sexo y al género; que es mucho. Y, a partir de tales progresos, seguir argumentando.

La determinación de lo que es verdad “natural”, algo alcanzable por el ejercicio del saber racional en libertad, no es exclusivo de unos pocos. También nosotros –los partidarios de esta decisión tomada por Francisco– somos cuidadosos con “la verdad natural” y la tenemos muy en cuenta, aunque sus resultados más recientes puedan sorprendernos. Y más, si hemos sido educados a machamartillo en una comprensión de “la verdad natural” que, muy circunstancial desde el punto de vista histórico, hoy percibimos, afortunadamente, limitada.

Estoy de acuerdo con quienes se decantan por hacer teología católica teniendo muy en cuenta, los famosos “lugares teológicos” de los que ya habló Melchor Cano en el siglo XVI y que, desde entonces, son objeto de un apasionado debate que no logró cerrar el teólogo J. Ratzinger, por mucho que se esforzó en ello a lo largo de toda su vida, en torno únicamente a un magisterio papal entendido más en términos impositivos que propositivos; un fallido intento, bastante comprensible, vista su concepción unipersonal –y nada colegial o sinodal– del poder y de su ejercicio.

Tales lugares teológicos son, y siguen siendo, en primer lugar, la Escritura y la tradición. Pero, también, la autoridad –siempre histórica– de los concilios; del magisterio de los papas; de los santos padres; de los teólogos y juristas; de la razón no revelada; del pensamiento moderno y del saber histórico.

Y, con ellos, lo que K. Barth llamaba “el periódico” y el Concilio Vaticano II, los “signos de los tiempos”. Casi nada.

A los críticos del Papa Bergoglio no les queda otra, si no buscan llevar la fe y la Iglesia a un callejón sin salida, que “convertirse” y creer en el Evangelio, es decir, en lo dicho, hecho y encomendado por Jesús, hacer teología católica respetando y articulando todos “los lugares teológicos” (no solo algunos) y, en definitiva, colocar lo que entienden por “natural” debajo del Evangelio; no al revés o, en todo caso, en su sitio, que no es ni el primero ni el último.

Me da que tienen por delante bastante tarea.

A nosotros, nos queda seguir argumentando, en positivo, es decir, “a tiempo y a destiempo, con ocasión y sin ella”. Y, a la par, ver si en este diálogo que mantenemos con los críticos del Papa Bergoglio aportan algo nuevo, digno de ser tenido en cuenta por su católica articulación de los “lugares teológicos” desde los que se ha de evaluar en cada momento histórico la consistencia teológica y dogmática de cualquier propuesta; incluidas las recibidas de la tradición.

Tampoco es poca la tarea que nos queda.

ME GUSTA LA SENCILLEZ DE FRANCISCO Y SU PREDICACIÓN EVANGÉLICA

El escritor duda: no sabe si es torero o tancredo, y esa duda le embarazan cuando, de rodillas y en lance con el capote, recibe al toro en el centro de la plaza, al toro salido del chiquero. Que eso es escribir de teologías y bendiciones con citas del Papa Francisco. Y siempre queda la tranquilidad de saber que la Santa Inquisición, tan celosa y de tanta duración, murió de manera definitiva en 1834, durante la Regencia de una “Borbona”. No obstante, se suplica clemencia, a quien sea y por lo que fuere, no soportando los calores de la hoguera inquisitorial y de los procesos por herejías, no pretendiendo orejas o rabo, tampoco golpes de almohadillas blandas, que impactan como ladrillos anónimos.

Y empiezo diciendo lo que no soy: no soy teólogo, luego ante un asunto tan teológico como son las bendiciones, lo aconsejable sería callarse; pero no me da la gana, teniendo en cuenta, además, que las bendiciones, por sacramentales de menudillos, que no sacramentos, son también jurídicas, aunque menos (cánones 1166 y ss). Por cierto, que el número SIETE, el de los sacramentos, es el mismo número de los pecados capitales. No sería aceptable que los teólogos, más vanidosos incluso que los juristas, tuvieran la exclusiva en lo de las bendiciones y, en su contrario, las maldiciones. Y con humildad, para saber más, leo y estudio al teólogo dominico, Antonio Osuna Fernández-Largo, O.P., conventual y fraile, que vive rodeado de las piedras centenarias, casi místicas, del Convento de San Esteban, en Salamanca.

Tampoco soy obispo, presbítero, ni siquiera diácono ocasional; soy casi nada, lo mínimo, un laico, no perteneciente a ningún relevante instituto secular, ni siquiera a la Adoración nocturna. Eso sí, estoy al día en los sacramentos que me afectan, excluidos, por ahora, el de la Unción de los enfermos y el del Orden, e incluido, también lo cumplo, el aburrido sacramento del matrimonio, por ser único y para siempre: *in eternum*, como dicen los sabihondos.

Tampoco soy de papolatrías, habiéndolo casi sido de Benedicto XVI sin duda alguna al leer sus dos excepcionales Encíclicas, *Caritas in veritate* y *Deus Caritas est*, dejando de serlo cuando, sabiendo que en cosa de días iba a renunciar al Vicariato, nombró a su secretario particular, tan preferido, arzobispo, por una parte, y Prefecto de la Casa Pontificia, por otra. Visto lo cual, mi papolatría quedó en nada.

Y del Papa Francisco me disgustó que nombrara a un arzobispo, escogido entre los tres que le presentó el marido de Leticia, Rey, lo cual fue pecado, para mí, contra el Concilio Vaticano II y la Constitución española de 1978. Tampoco me gustó que Francisco “trasladara” a los judíos del Dicasterio para el Diálogo Interreligioso al Dicasterio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, siendo los judíos radicalmente anticristianos, al rechazar que un judío, Cristo, fuera “Dios”. Y ello lo escribo no ignorando ni lo del Antiguo Testamento ni lo del lento proceso de separación del cristianismo respecto del judaísmo, con modelos tan parecidos, según Habermas en *Una historia de la filosofía*, Trotta, 2023, pág.410 y ss.) Y nunca lo dije, diciéndolo ahora: tengo dudas, jurídicas, sobre el Sínodo, en tramitación, de la Sinodalidad.

He de advertir que las papolatrías, teniendo en cuenta lo dispuesto en el canon 331, son naturales, las comprendo, incluso en estos tiempos del cambio continuo. Se pasó de papas que no tenían cuerpo, ángeles sin duda, que morían sin ponerse enfermos, a unos tiempos en que el Papa moría delante de las cámaras de T.V. (San Juan Pablo II); ahora los papas, por tenerlos, enferman de los intestinos. Tiempos estos, no de Papa rico, vestido no con polainas blancas, sino de Papa pobre, con baratos pantalones negros y con pectoral de alpaca. ¿Quién habrá heredado la preciosa colección de pectorales de oro y brillantes del Papa Benedicto XVI?

Aunque no lo debo decir muy alto, digo que me gusta el Francisco que trató de poner en orden, en parte, sólo en parte, a los lobbys y mafias vaticanas, por los asuntos de dineros y demás abusos, incluidos los sexuales. Me gusta la sencillez de Francisco y su predicación evangélica, haciendo su austeridad más llamativos los lujos de su antecesor, que tan sencillo era (Ratzinger) cuando se paseaba con boina de cura por la Via della Conciliazione y denunciaba el carriereísmo eclesiástico, quizá porque su entonces secretario particular fuese otro, no tan ambicioso como el último, que hasta quiso, idiota, ser más que Francisco. Y llegó Francisco e hizo lo que tenía que hacer. ¡Morrocotudo es Francisco, qué carácter!

Y vamos ya al meollo del cogollo: El Dicasterio para la Doctrina de la FE, siendo Prefecto Víctor Manuel Cardenal Fernández, hizo pública una llamada Declaración *Fiducia supplicans*, compuesta de una Presentación, que

sólo la firmó el prefecto, una Introducción y cuatro apartados o partes, (APROVECHANDO PARA RECOMENDAR SU LECTURA), pues ya lo dijo Baroja: “Redios, aquí, no lee ni Dios”. La introducción y los cuatro apartados o partes están firmados por el indicado Prefecto y también por el Secretario para la Sección Doctrinal del Dicasterio, indicándose finalmente: “*Ex Audientia Die* 18 diciembre 2023. Francisco”. Ya en la Presentación, el Prefecto lo dice: La aprobó el Santo Padre con su firma.

En esa Presentación, firmada, pues, por el Cardenal Prefecto, varias ideas nucleares e importantes se destacan, siendo la posterior introducción y las demás partes de la Declaración, un desarrollo de lo anunciado en la Presentación:

- Firmeza en la doctrina tradicional de la Iglesia sobre el matrimonio, no permitiendo ningún tipo de rito litúrgico o bendición similar a un rito litúrgico que pueda causar confusión.
- Contribución específica e innovadora al significado pastoral de las bendiciones, que permite ampliar y enriquecer la comprensión clásica de las bendiciones estrechamente vinculada a una perspectiva litúrgica.
- Consecuencia de la visión pastoral del Papa Francisco.
- En ese contexto, se puede entender la posibilidad de bendecir (a) a las parejas en situaciones irregulares y (b) a las parejas del mismo sexo, sin convalidar oficialmente su status ni alterar en modo alguno la enseñanza perenne de la Iglesia sobre el Matrimonio. Eso mismo, idéntico, “parejas en situaciones irregulares” y “parejas del mismo sexo” lo repite el apartado III de la Declaración. Pudiera ser que haber escrito lo de bendecir parejas en situaciones irregulares o del mismo sexo asustase e hiciera pensar a muchos en un exceso, teniendo en cuenta las normas y exigencias “De los sacramentales”, regulados, reitero, en los cánones 1166 y siguientes, estando en ello el escándalo, y debiendo diferenciarse, como se hace en otras materias (número 5 y 41), entre una clase y otra de “parejas”.

En el apartado I (números 4, 5, 6) se declara que la Iglesia se mantiene firme en la doctrina tradicional, calificada de perenne sobre el matrimonio católico, o “unión exclusiva, estable e indisoluble entre varón y una mujer”, procurándose evitar confusiones sobre la realidad sacramental del matrimonio, el genuino y único matrimonio cristiano. En el apartado II (números 7 a 30), comienza señalando la naturaleza de las bendiciones, consideradas, correctamente, como sacramentales, mencionándose (número 8) los que pueden ser sus destinatarios, y distinguiéndose entre el sentido litúrgico de las bendiciones (bendiciones ritualizadas), que aquello que se bendice ha de ser conforme a la voluntad de Dios, del “enfoque mayormente pastoral”, bendiciones no ritualizadas, que son recurso pastoral, o actos de devoción que “encuentran su lugar propio fuera de la celebración de la Eucaristía

y de los otros sacramentos”, y se añade: “Hay que evitar añadir modos propios de la celebración litúrgica a los ejercicios de piedad, que deben conservar su estilo, su simplicidad y su lenguaje característico”.

Interesa señalar que en el apartado III (números 31 a 41 inclusive), acerca de las bendiciones no ritualizadas, interesantes desde un punto de vista pastoral, se recomienda efectuarlas en visita a santuarios, el encuentro con un sacerdote, la oración recitada en un grupo o durante una peregrinación. Y es importante lo que dice a los ministros ordenados: tratándose parejas del mismo sexo, “no cabe esperar otras respuestas sobre cómo regular los detalles o los aspectos prácticos relativos a este tipo de bendiciones”. ¿Y respecto a las otras parejas, en situación irregular qué, cabe esperar?

Finalmente, en el apartado IV se recuerda que la “Iglesia es el sacramento del amor infinito de Dios”, que conlleva las exigencias de bendecir. Se concluye con el recordatorio por el Dicasterio, antes el del Santo Oficio: “Este mundo necesita bendición y nosotros podemos dar la bendición y recibir la bendición”.

El teólogo P. Osuna definió la bendición así: “La bendición es una fórmula religiosa por la que pedimos a Dios el don de la paz y la salvación para cualquier persona y lo hacemos como un deseo propio del sacerdocio cristiano de la Iglesia, implorando a Dios estos dones que siempre vienen de él, que es lo mejor que podemos desearnos unos a otros y que solo Dios puede concedernos. Es una obra de caridad espiritual para el prójimo y de fe en que todo don de Dios es un bien para los seres humanos y para el resto de las criaturas o cosas usadas por ellos”.

Siendo la “Bendición” lo que dice el Padre Osuna que es, no veo pecado en el lío que armaron Francisco y su Prefecto; más aún lo aplaudo, teniendo en cuenta la raíz de la predicación evangélica y que soy o estoy, como dije al principio, cercano a la nada, pues ni soy clérigo ni consumí mi vida con la pretensión de cumplir los llamados “consejos evangélicos”. Comprendo que los últimos piensen otra cosa y pataleen. Quizá haya que profundizar en las diferencias entre las parejas de sexos diferentes en situaciones irregulares y las parejas del mismo sexo, pues las diferencias entre unas y otras son totales. Nada que ver lo antinatural de un tipo de pareja, que acaso esté en la indisolubilidad misma, matrimonial y cristiana, con lo antinatural de las parejas del mismo sexo, que hasta pueden causar desgarros musculares.

Dejar cuestiones de tanta sutileza, caso de diferenciar bendiciones rituales de las no rituales, en manos de clérigos, que tantas crisis arrastran, es un serio problema, y siempre ¡cómo no! está la sombra de Lutero, en estos tiempos

tan contrarios al Concilio de Trento. Eso ya lo explicó Manuel Fraijó en *Semblanzas de grandes pensadores*, Trotta 2020, págs. 49 y siguientes.

Y con todas las reservas por lo de peronista, si es que lo fuera: Estoy con Francisco; yo también estoy con la confianza (*fiducia*). Y una cosa es *supplicans* y otra *supplicium*.

¡NO PODEMOS DEJAR DE OPTAR POR LA ESPERANZA Y EL PROFETISMO QUE FRANCISCO NOS TRAE!

Como Familia Vedrúna en Europa manifestamos nuestro agradecimiento y apoyo renovado al Papa Francisco, resueltas a seguir en ese itinerario de apertura que nos va proponiendo. ¡No podemos dejar de optar por la esperanza y el profetismo que Francisco nos trae!

En primer lugar, le agradecemos que está siendo un verdadero Pastor que “huele a oveja”, que escucha y atiende a todas. Acoge, escucha, bendice, ofrece su palabra, levanta su voz para todas, protege... Francisco usa su cayado de pastor, su pontificado, para hacernos descansar en verdes pastos, guiarnos a arroyos de tranquilas aguas, darnos nuevas fuerzas y llevarnos por caminos rectos (Sl 23,2). Fijando su mirada y su corazón especialmente en aquellas que se encuentran en los márgenes y son descartadas. Y nombrando sin tapujos las causas, personales y colectivas de nuestros extravíos del evangelio. Porque no busca complacer sino conducir, como pastor de la Iglesia, hacia el evangelio de Jesús a todas y todos sin excepción. Es el Papa de todas. El suyo es un pontificado de servicio, no de poder: por los caminos del evangelio. Él mismo sabe a evangelio. Y nos está alentando a salir de nuestra zona de confort hacia Jesús y su Buena Noticia, hacia la fraternidad humana.

Con ese modo de hacer, y conociendo nuestra naturaleza humana, no nos extraña que exista una oposición intransigente que, en lugar del diálogo, usa la descalificación de su doctrina y acción pastoral. Dentro de la Iglesia, mediante unos análisis aferrados al pasado, y un clericalismo revestido de sinrazones teológicas, espirituales o de fidelidad a la tradición, abogando por la inmovilidad en un mundo en constante movimiento que clama por una más grande humanidad.

Percibiendo los cambios para *aggiornarla* Iglesia a los signos de los tiempos como detonantes de una crisis que nos puede llevar al caos. Y tampoco nos sorprende que haya sido reprobado fuera de la Iglesia por algunos que ven en peligro intereses económicos u otros intereses espúrios. Se repite en él la incomprensión y el rechazo que sufrió el mismo Jesús y tantos auténticos profetas en la historia.

Su servicio en el pontificado está siendo profético y está avivando la esperanza de quienes formamos parte de la Iglesia y también de otras personas antes alejadas. Está dando una esperanza viva dentro y fuera de la Iglesia. El Papa Francisco encarna la esperanza del Concilio Vaticano II, de una Iglesia abierta, samaritana y misericordiosa.

Agradecemos su estilo sencillo y compasivo, con sus expresiones tan populares y claras, tan agudas usando, como Jesús, la referencia a las cosas cotidianas con hondura, ternura y firmeza. Su pasión por la inclusión, su caridad por encima de la ortodoxia, de la rigidez o del control. Su renuncia a algunos privilegios atávicos. Su tesón por el esclarecimiento de la verdad respecto a los abusos de poder de todo tipo para erradicarlos y acompañar a las víctimas. Su renovación de estructuras en la Iglesia. Su vivo diálogo con otras confesiones, religiones y convicciones. Su empeño en que la Iglesia escuche el grito de los pobres y de la Tierra. Su afán por reunir a la Iglesia, tan plural para hacer un camino sinodal, caminar juntas. Su grano de arena para iniciar la visibilización del rostro femenino de Dios en la Iglesia, en algunos lugares de decisión, como nunca vimos. Y sobre todo su espiritualidad integral que nutre todo ese hacer: esa amorosa conciencia de no estar desconectados de las demás criaturas, de formar con los demás seres del universo una preciosa comunión universal, (...) porque todo y todos, la humanidad, y el suelo, el agua, las montañas, todo es caricia de Dios” (cf. LS 220 y 84).

Podemos decirle a Francisco parafraseando el final de una poesía: sigue adelante siendo señal de fe y de amor. Siembra esperanza en una Iglesia que necesita tu corazón, lleno de Dios. A la vez que en nuestra Familia Vedruna velamos para encarnar con nuestra vida este viento fresco de vida abundante que nos trae Francisco.

APOYAMOS SU OPCIÓN POR LOS MÁS POBRES Y POR LA HUMANIDAD SUFRIENTE

El Comité Óscar Romero de Murcia se une al clamor universal en apoyo al papa Francisco frente a las críticas de algunos sectores eclesiales. Apoyamos su opción por los más pobres y por la humanidad sufriendo, sobre todo por las víctimas de las guerras, los hambrientos, los migrantes y refugiados. Nos identificamos con él en la defensa y cuidado de la Naturaleza, nuestra casa común.

Francisco desea una Iglesia sencilla, al estilo de Jesús, servidora del Reino de Dios, y para ello busca que abandone toda alianza con el poder y la riqueza para ser acogedora, llena de misericordia, comprensiva y compasiva. Quiere una Iglesia samaritana, una Iglesia liberadora y profética, voz de los sin voz, que proclama con la palabra y el testimonio el mensaje de Jesús y denuncia con valentía a los ídolos de la muerte que imperan en este mundo neoliberal.

Reconocemos y damos gracias a Dios por el gran aporte que Francisco está haciendo a la Iglesia y al mundo con sus exhortaciones apostólicas y encíclicas, como la *Evangelii Gaudium*, *Laudato si*, *Fratelli tutti*...

Apoyamos el proceso sinodal para que la Iglesia responda a los desafíos del Evangelio desde la realidad histórica en que se encuentran los pueblos de la tierra. Una Iglesia participativa, toda ella ministerial, con una jerarquía de servicio, no de poder.

Lamentamos que una pequeña minoría eclesial integrada por algunos cardenales, obispos, sacerdotes y laicos, se resistan a la apertura que propone el Papa Francisco. Estas actitudes nos recuerdan a los fariseos del tiempo de Jesús, quienes se enfrentaron a él.

Nos duele que en estos meses hayan aumentado las críticas al Papa tras la publicación del documento *Fiducia supplicans* sobre las bendiciones a los homosexuales o a los que viven en una situación irregular. Para Francisco la

misericordia está por encima de normas y ritos vacíos de amor. “Cristo quiere que la Iglesia sea una casa con la puerta siempre abierta, recibiendo a todos sin exclusión de nadie”, señala Francisco. Y siempre, una Iglesia abierta al Espíritu, con conciencia de ser levadura de una nueva humanidad, que sea signo y anticipo de la presencia del reino de Dios en la historia.

ÁNIMO, SANTO PADRE, LE NECESITAMOS PARA PODER VOLVER A UNA IGLESIA DE LA QUE NOS VIMOS APARTADOS

Santo Padre Francisco, estamos con Su Santidad. Las reformas en la Iglesia católica deben ser profundas, porque se juegan la supervivencia de nuestra religión. Todos los que se oponen a lo que Su Santidad hace no pueden tener cabida en la Iglesia, además las Iglesias vacías y la falta de vocaciones son la prueba de a dónde conduce la negación de la realidad por parte de estos señores.

Los escándalos sexuales nos insultan a las víctimas, nos llaman mentirosos y dicen que buscamos dañar a la Iglesia, lo que no puede ser ni más falso ni retorcido. Las víctimas ya no podemos más, cientos de miles, puede que millones en todo el planeta: es algo completamente inaceptable. No obedecen sus directrices y causan a la Iglesia un daño irreparable... además del profundo dolor que nos causan a las víctimas.

Por si esto fuera poco, se dedican a criminalizarnos en lugar de intentar “reparar el daño”, algo que en mi caso es imposible, porque el perjuicio que se me causó es enorme y se extiende en el tiempo desde mis 12 años hasta los 58 que voy a cumplir.

Tengo que decir que Su Santidad me parece un gran hombre, pero se enfrenta a serios enemigos dentro de la Iglesia que con su negación e inmovilismo cierran la puerta a una posible reconciliación de nosotros, las víctimas, con la Iglesia, algo que en mi caso personal me rompe el corazón, porque mi fe resultó quebrada por la traición de aquellos que nos debían haber cuidado y que cobraban por un mes de Colegio más de lo que mi padre ganaba trabajando.

Mientras las víctimas estamos perdidos en un mar de confusión, nuestros verdugos viven buenos retiros con las pensiones pagadas por el sudor de nuestras familias. En mi caso, una muy humilde de clase obrera: mi madre también trabajaba cosiendo hasta las tantas de la madrugada y mis abuelos en la emigración, pagando así los ocho años que pasé en los maristas de Lugo, del 72 al 80, de donde salí destrozado, camino al fracaso escolar y

convertido en carne de psiquiatra, en cuyo sillón estaba perdido ocho años después, hecho polvo por el consumo de alcohol y drogas que tomé desde 1980 hasta el 99 en que las dejé definitivamente. Consumía para olvidar la cara y la sonrisa de mi agresor mientras abusaba de nosotros, así que me causan un profundo dolor los ataques hacia Su Santidad promovidos por el sector más rancio de la Iglesia católica española. Su Santidad es un gran hombre lleno de bondad y compasión por los más desfavorecidos, por los enfermos, por las víctimas de “esos hombres malos” y por aquellos que son diferentes—.

Ahora sigo luchando por recuperar la fe que me fue robada por alguien que no tenía principios, pero que era el Hermano Administrador Primitivo Castellanos. Un señor que abusó de cientos de criaturas, puede que más de mil él solito, de las que agredió sexualmente con absoluta impunidad y con conocimiento de sus jefes que no movieron ni un dedo para salvar ni siquiera a una víctima, incluyendo entre sus encubridores a directores y otros Hermanos que sabían perfectamente lo que este señor nos hacía...

Repito, no movieron nada para protegernos, todo por proteger lo que era una perfecta maquinaria de hacer dinero. Pagamos un triple precio: lo que cobraban, lo que nos sacaron de la piel y las secuelas que padecemos, y que me han destrozado la vida que debería tener y que no logré por los execrables actos que tuvieron lugar allí, y que me dejaron dañado irreparable para toda mi vida.

Así que apoyaré pública y privadamente en todo lo que Su Santidad emprenda. Muchas gracias Santo Padre por todo lo que lucha por la Humanidad y la verdad, no haga caso alguno a sus detractores, personas que odian todo lo que no sea de “su cosecha” y que no lograrán sus fines, porque la verdad y lo correcto siempre se impondrán a estos malhechores sin escrúpulos.

No permita que esto hechos se vuelvan a repetir en siglos... Nada más, solo pedirle que rece por todos nosotros y luche contra aquellos que conspiran para imponer sus ideas, cuyo resultado se ve en la poca gente que sigue yendo a la Iglesia.

Ánimo y fuerza Santo Padre, le necesitamos como guía en estos tiempos de violencia extrema y para poder volver a una Iglesia de la que nos vimos apartados. Es Su Santidad un gran hombre, porque lo ha demostrado y lo sigue siendo con su constante esfuerzo. Muchas gracias por todo y que Dios bendiga y guarde por siempre a Su Santidad. Gracias.

44
JOSÉ LUIS FERRANDO

UN PAPA PARA UNA IGLESIA VIVA Y PLURAL, A PESAR DE ALGUNOS

Vivimos en la Iglesia en estos momentos “tiempos recios” como diría nuestra Santa Teresa. También los suyos fueron probablemente así. La Iglesia se está confrontando internamente a fuerzas destructoras, aliadas y compañeras de viaje de muchos intereses de todo tipo, fundamentalmente políticos y económicos. La universalidad de la Iglesia difumina muchas veces estos ataques, ya que en muchos lugares son significativos para esas élites generalmente ultraconservadoras, pero en otros pasan absolutamente desapercibidos o son ignorados.

Y la mayoría de los fieles se encuentran al margen de ese cotarro de comadres. Desde este punto de vista la transversalidad continental que esos indeseables desearían se diluye, a pesar de tener un fuerte apoyo económico y mediático. Claman y predicán a diestro y siniestro el Cisma. Pero son ellos los que con esos ataques fundamentalmente al Papa Francisco se sitúan al margen De la Iglesia. Es verdad que son batallas dolorosas de aquellos que no han transitado por el Concilio Vaticano II o lo han interpretado de manera estética y no quirúrgica.

Un antídoto contra estas maledicencias, propias de personajes que solo buscan notoriedad y traicionaron su juramento de obediencia al Papa es revisar a fondo la Eclesiología en la nota de la Unicidad. ¿Colisionan la Unicidad y el Pluralismo? ¿No habría que estudiar a fondo en qué podemos sentirnos todos unidos y en que podemos discrepar sin romper la comunión en lo esencial? ¿Hablamos de inculturación de la Fe y no respetamos los procesos culturales e históricos de las distintas Iglesias? ¿No existe una teología asiática, africana, latinoamericana... algo tendrán que decir? Y muchos interrogantes más.

Una Iglesia más plural respondería a la realidad, aunque al final la posibilidad de tomar decisiones en aspectos no esenciales, ni dogmáticos estuviese mediatizada y discernida conjuntamente por Roma. Probablemente esta perspectiva asuste a muchos, pero la Sinodalidad debería caminar también por estas vías tan aparentemente vidriosas, pero que avalaría que la Iglesia se toma en serio el “*sensus populi*”.

Ante estos planteamientos estos personajes siniestros se encontrarán con dificultades para seguir repartiendo sus opiniones venenosas, ya que esas mismas Iglesias rechazarían a esos mercachifles de pacotilla. Esta es una asignatura pendiente de la Iglesia, independientemente de esto último.

Los ataques externos o de fuera a la Iglesia han sido y serán una constante en la historia. Los embates contra la barca de Pedro no la han llevado a hundirse, ya no solo por razones teológicas, sino también sociológicas. El problema es que muchas veces la Iglesia ha escogido para defenderse el camino equivocado utilizando los mismos métodos que los atacantes. Pero no olvidemos que estos ataques han servido muchas veces han servido para resituarse, replantearse la transmisión del mensaje o finalmente ponerse en el sitio que le corresponde. Y, por supuesto, para pasar de la prepotencia a la humildad.

Estamos en un momento complejo, pero apasionante. Los que sueñan cada día con parar la primavera de Francisco se equivocan, porque el Papa es el instrumento que el Señor ha elegido para guiarnos en estos momentos de la historia de la Iglesia. También Moisés tuvo rebeliones y contestaciones. Francisco de Asís cuando presentó en San Juan de Letrán la primera Regla de 1209, los cardenales poco más o menos se rieron de él, porque eran retazos de los evangelios, sufrió y aguantó los embates de dentro la Iglesia hasta salirse con la suya. También, Francisco, a pesar de las tarascadas sigue con fuerza y dinamismo animando a una Iglesia, que estaba cansada y desanimada.

42
FERNANDO REDONDO

CUANDO LEO LAS CRÍTICAS AL PAPA, ME PREGUNTO QUÉ EVANGELIO ES EL QUE LEEN Y MEDITAN ESAS PERSONAS

Con mucho gusto y de corazón me uno a esta campaña en apoyo al Papa Francisco porque percibo que sus gestos, escritos y enseñanzas emanan de una vivencia profunda y genuina del Evangelio. Porque estos gestos y enseñanzas nos recuerdan que la Iglesia debe tener siempre como único guía y modelo a Jesús, que no vino a condenar, sino a salvar y a revelarnos el rostro misericordioso del Padre, que Él hacía visible acogiendo a los pecadores, a los últimos, a los pequeños y marginados.

También apoyo esta campaña para contrarrestar tantas críticas, descalificaciones e incluso insultos que está recibiendo de algunos miembros de la iglesia, provenientes de los diferentes estamentos de la misma.

Cuando escucho o leo estas críticas y descalificaciones me pregunto: qué Evangelio es el que leen y meditan estas personas, más aún, llego a pensar que para nada el Evangelio es para ellos fuente de inspiración.

Estoy convencido que el Espíritu Santo, que guía siempre a su Iglesia, ha puesto al frente de la misma al papa que estábamos necesitando para volver a abrir tantas puertas y ventanas, que se empezaron a abrir con el Concilio Vaticano II y que paulatinamente se fueron cerrando.

Gracias, Papa Francisco por tus palabras, tus gestos y acciones que me transmiten esperanza y me animan a seguir siendo discípulo-misionero de Jesucristo intentando vivir y proclamar cada día su Evangelio con alegría.

43
LUCIANO A. TRONCOSO

QUERIDO HERMANO FRANCISCO: EN ESTE SIGLO CONVULSO, MÁS QUE NUNCA, ESTOY CON USTED

Querido obispo de Roma, hermano Francisco:

En estas líneas no quiero ser extenso ni tampoco elaborar un documento. Quiero manifestarle, desde lo más hondo de mi corazón que estoy con usted. Que en este siglo convulso, más que nunca, estoy con usted. No porque sea un defensor de las estructuras vaticanas, ni por algún mandamiento que ciertos magisterios hayan pronunciado.

Mis palabras nacen, en primer lugar, porque soy un seguidor de Jesús, que ha visto las luces y sombras de una comunidad eclesial a la cual, como don y tarea, ha sido usted llamado a presidir en el amor. Porque creo que nuestra llamada es a ser Buena Noticia para hombres y mujeres, en especial las y los empobrecidos y descartados de este mundo. Siento que usted ha logrado sintonizar profundamente con eso, a pesar de que hay discrepancias como en todo. Usted no es Jesús, yo tampoco; basta que ambos, de una u otra manera, nos pongamos a andar, y vaya que lo has hecho y hartó.

En segundo lugar, porque este pontificado ha buscado hacer a la Iglesia menos romana y más católica. Creo profundamente, y lo manifiesto más de una vez en los escritos que elaboro, que ser “romana” y ser “católica” es una contradicción mortal. Sin embargo, has caminado en la universalidad del mensaje de Jesús, has sido un verdadero amigo de Jesús y has queridos que todas y todos, sin excepción, sin trabas ni aduanas, puedan sentir la ternura de la presencia del Nazareno.

Has querido que todos fraternicemos/sororicemos en torno a la mesa del pan alimento de vida y del vino de fiesta y alegría. Siempre la Iglesia debió ser así, no ser agente de conquista cultural de una manera absolutista de ver el mundo, la sociedad y a Dios. Pero nunca es tarde, siempre estará ese tiempo acontecimental/kairós. Y hoy lo encarnas.

Porque no has querido convertirte en una especie de figura central, has querido que todas y todos seamos protagonistas de la Buena Nueva. Jesús es para todas, para todos, y eso estás sembrando; porque un día partirás a la presencia del Galileo, y quienes creemos en Él seguiremos profundizando los caminos que estás andando, con esfuerzo y decisión.

Porque los defensores del statu quo (la muerte es el statu quo, decía un amigo a quien le hiciste justicia, Ernesto Cardenal) están enloquecidos, violentos, inflamados de un visceral odio, porque hoy se han convertido en los fariseos y escribas de antaño, que están más atentos a la letra (que mata, cuando se le absolutiza) que al espíritu (que da la vida).

Me entristece, me indigna ver tanto odio que sale de gente que se autoproclama cristiana, católica, “tradicional”... Qué más tradicional, si se permite la palabra, que el amor sin barreras y sin condiciones de Jesús... A tal punto que hasta para esta gente está abierto el camino que haces. A mí me cuesta, a ti no tanto. Por eso te admiro.

No me alargo más. Le envió mi abrazo lleno de afecto, mi hombro por si quiere llorar (somos humanos y algunas veces la carga se nos hace insoportable), mis manos y pies para actuar, mi co-razón para seguir pensando una Iglesia-Otra, esa que estás moviendo o, más bien, que a nosotras y nosotros nos pides que movamos.

Bendiciones, Francisco, rezo por ti. Hazlo por mí, por favor, y por mi familia.

Afectuosamente, con un abrazo nazareno.

CON EL NUEVO ESTILO QUE FRANCISCO INCORPORA, EN LA IGLESIA CABEMOS TODOS

Vivimos unos días convulsos en la Iglesia tras la reacción que ha suscitado la declaración *Fiducia Supplicans*. Tanto es así que se está generando una reacción habitual frente a los ataques que sufre una determinada persona, y que no es otra que la de responder con la misma arma: Si unos hacen una campaña de críticas, otros hacen una campaña de apoyos; si unos escriben correos de repulsa, otros escriben correos de reconocimiento.

Es una reacción habitual: si alguien agrede a quien entiendo que no ha de ser agredido, salgo en su defensa con uñas y dientes. No sé si puede ser de otra manera, pero a mí me suena poco acorde con lo que imagino que diría Francisco.

Anoche me imaginaba a mí mismo preguntándole si quería que escribiese algo en su defensa. Y no tengo muy claro que me dijese que sí. Pero lo que sí que siempre cabe es decir qué ha supuesto en la vida de un cura de barrio el estilo y las palabras de un Papa como Francisco. Eso no puede alentar la discordia porque a fin de cuentas no es sino el sentir de alguien que nunca ha contado mucho y que en esto, posiblemente, tampoco cuente. Mi experiencia de 32 años de cura, más ocho de seminario, siempre me colocó en los márgenes de una sociedad con excedentes humanos de los que quedan fuera de nuestros patrones marcados como correctos. Vivir el ministerio y la Iglesia en esos contextos nunca resultó fácil.

Yo me había formado en una Iglesia que me invitaba a salir hacia afuera, a ser fermento en medio de la masa para testimoniar la presencia de un Dios cariñoso, todo amor, que no ponía condiciones a quien vivía el infierno en su propia vida, sino que era capaz de bajar hasta ese mismo infierno para aliviar la quemazón de tantísimo dolor.

Me encontré en un contexto en el que el dolor se había hecho costumbre, en el que la indecencia de una sociedad bastante satisfecha consigo misma no dudaba en seguir lacerando vidas que no computan en las estadísticas del progreso social.

Y en medio de ese contexto empecé a notar que la Iglesia giraba con otros ejes que se separaban de los dolores con los que yo me estaba acostumbrando a vivir. Sus preocupaciones empezaban a ser otras.

Los temas de conversación del clero se iban cerrando sobre sí mismos. Los seminaristas iban encapsulándose en un proceso de formación que les alejaba de la realidad que a mí me tocaba vivir y los auto referenciaba a un ambiente clerical centrado en sí mismo donde la norma de lo que se vivía era siempre más importante que el fondo de lo que necesitábamos vivir.

Recuerdo que me comunicaron que había sido denunciado por alguien anónimo por mi manera de celebrar la eucaristía: no porque no intentase vivir lo que se expresa en el sacramento, sino porque me remangaba en misa. Cada vez percibía una mayor distancia.

Nuestras parroquias cerraban puertas a todo tipo de realidad que no fuera propia: los grupos de Apoyo y Seguimiento tenían que buscar otros espacios para reunirse o para hacer actividades porque no eran confesionales; no era conveniente hacer nada en la parroquia que no respondiese a un cierto ideal de identidad cristiana; hasta los Alcohólicos Anónimos que estaban en muchas de nuestras parroquias tuvieron que marcharse.

Y los que salíamos con ellos a esos otros espacios éramos tachados de vivir con vergüenza nuestra identidad: Cáritas vergonzante, nos llamaban. Fueron años, muchos años, en los que uno siente que a curas como yo no se nos quería mucho en la Iglesia. No éramos referente de nada ni de nadie. No hubo por ejemplo, una sola llamada de espacios como el seminario para mostrar un modo de ser cura en Madrid.

Aunque también debo decir, porque es cierto, que al menos a mí se me toleraba casi todo. Jamás sufrí una reprensión por lo que hacía o lo que decía, si bien es cierto que en determinados espacios se prescindía de todo lo que yo pudiera aportar y se vetó que me pudieran solicitar charlas o conferencias en algunos ámbitos. Y aun así, se nos toleraba.

Era una sensación como de que ahí no se nos quería, pero se nos toleraba porque, en el fondo, todo el mundo sabía que éramos “gente maja” aunque estuviésemos tan equivocados. Pero en esas circunstancias se sufre. Hubo compañeros que se colocaron a la defensiva y adoptaron posturas más beligerantes. Yo opté por hacer mi trabajo (ser fiel a mi ministerio, que se diría en lenguaje clerical), lo que pudiera, sin más.

Aquellos tiempos buscaban una uniformidad que nos ahogaba. En todo: en el modo de vestir, en cómo poner las manos durante las celebraciones litúrgicas, en el modo de pensar, en la catequesis que teníamos de dar, en nuestra manera de hacernos presentes en la sociedad.

Recuerdo una visita pastoral en la que se comenzó afirmando: “No he venido a que vosotros me contéis, sino a deciros lo que se espera de vosotros”. Yo creo que esto lo resume bien.

Y de repente un día hicieron Papa a un tal Bergoglio, un argentino que lo primero que hizo fue pedirnos que rezásemos por él. Sonó a raro. Al menos a mí. Sus primeros pasos me mantenían en el recelo. Se valoraba que había ido a pagar al hotel en el que había estado hospedado antes del cónclave. No acertaba yo a ver por qué eso era tan importante. Lo normal es que uno pague el hotel si ha estado ahí. Y no por ser Papa habría que dejar de pagar...

Dicen que se preocupó por un soldado de la Guardia Suiza que había estado de pie muchas horas junto a su puerta y que le sacó una silla. Vamos, lo normal a poca empatía que uno tenga. Comentaban con asombro que iba por el Vaticano apagando luces, es decir, como cualquier otro cura en su parroquia... Cualquier otro cura. Yo creo que fue en ese momento cuando empecé a pensar que había habido un cambio de verdad.

Estábamos acostumbrados a que los Papas y los obispos proviniesen del mundo de la intelectualidad. Y este era cura, un cura como los demás curas, que sabemos lo difícil que es llegar a fin de mes y que nos pasamos la vida diciendo a todo el mundo que por favor apaguen las luces del baño cuando salgan.

Alrededor se despertaba un cierto aire de confianza por la espontaneidad de sus gestos. Un Papa cercano y asequible. Pero fue su primer escrito, creo, el de *Evangelii Gaudium* que me llamó poderosamente la atención. Recuerdo que para muchos la cuestión era el vocabulario que empleaba. Palabras como primerear de repente parecía que eran el centro de lo que escribió, pero a mí me llamó la atención el número 32 de ese documento donde yo percibía que el Papa nos estaba llamando a la responsabilidad de dar una respuesta al mundo en función de la realidad que teníamos delante.

Es decir, la centralización que habíamos vivido no sólo no ayudaba, sino que complicaba la evangelización. Esto sí sonaba a nuevo. Porque además, frente a lo que pudiera sonar como una patente de corso para que cada cual pudiese hacer lo que le viniese en gana, el Papa nos llamaba a la responsabilidad pero al mismo tiempo fiándose de que cada cual hará lo que ha de hacer con la responsabilidad de hacerlo bien. Confianza en la responsabilidad. ¡¡Esto sí sonaba nuevo!!

Tuve la sensación de que este aspecto pasaba casi desapercibido pero ciertamente empezaban a surgir voces en contra y a favor del Papa. Muchas personas de las que habían sentido una cierta discriminación anteriormente empezaban a tener la sensación de que habían cambiado las tornas y que ahora era posible corregir los abusos de quienes habían hecho retroceder los intentos del Concilio Vaticano II por acercarnos al mundo.

Y eso me hacía sentirme incómodo. No veía ni como acierto ni como camino fiable el hacer con otros lo que había sentido que se hacía con nosotros. Si me había pasado toda mi vida reivindicando un espacio, no iba a ser yo ahora quien quisiera que los que no me lo concedían pudiesen carecer de él. Yo no quería jugar ese partido. Y, sinceramente, imagino que Francisco tampoco.

Durante muchos años mucha de la gente con la que convivo y a la que quiero con locura, no cabía en la Iglesia. Ahora, con el nuevo estilo que Francisco incorpora, caben. Pero me parecería un error que cupiesen a costa de que otros no. Quizás la gran diferencia de la situación actual es que ahora no tenemos por qué no decir lo que pensamos: todos.

También los que no estén de acuerdo con Francisco. También los que piensen que soy un cura muy secularizado y que he perdido las raíces de mi ministerio. Esos también caben. Porque si ellos no caben, seguimos en lo mismo. Y ya hemos sufrido, todos, demasiado.

Para mí hay muchas cuestiones que no son ni antropológicas, ni teológicas, ni filosóficas. No es una cuestión de doctrina. Es cuestión de mirar a la otra persona a la cara y reconocer su dolor en sus ojos. Eso es lo que hacía Jesús. A la pregunta de dónde vive no da una respuesta teórica: venid y lo veréis. Jesús no define el Reino, lo muestra. No pide nada a cambio de su cariño, de su estar. Va a casa de los pecadores y come con ellos.

A mí lo de Francisco me recuerda a eso. Hay problemas en la Iglesia que yo los afrontaría desde el sufrimiento que han causado. Porque todo lo que genera sufrimiento NO es de Dios, NO proviene de Dios. Por eso, con mi obispo, yo también afirmo con contundencia que lo que esté en mi mano para aliviar el sufrimiento de tantos que han sufrido tanto, lo haré. Y que bendeciré, que no maldeciré. Y que seguiré creyendo en una Iglesia que Dios, en Cristo, ha puesto al servicio de todos y todas. También de quienes no estén de acuerdo.

MEDITACIÓN EN TIEMPOS DE BENDICIONES

En mi propio nombre, en nombre de Encrucillada, revista gallega de pensamiento cristiano, ofrezco esta breve meditación sobre el asunto de las posibles bendiciones a parejas homosexuales o a personas que unidas en su día sacramentalmente, luego de una ruptura de ese vínculo, conviven ahora con otra pareja. Reconozco que era reacio a asumir esta encomienda, pero hoy mismo, 8 de febrero, haciendo oración con el texto de Mc 7, 24-30, me he sentido animado a compartir lo que el Espíritu, pienso yo, ha suscitado en mí.

Transcribo en castellano el texto de la Biblia en gallego, con pequeñas modificaciones de lenguaje inclusiva, y también substituyendo por “mujer” la palabra “mulleriña” (mujercita, pobre mujer!) como indebida traducción del original griego “guiné” o del latín “mulier”; palabra esa “mulleriña”, que envuelta en el sentido cariñoso que en gallego le damos al sufijo “iña/iño, no deja de ofrecernos una imagen de mujer como digna de lástima por débil, pobre mujer!, cuando lo cierto es que en este pasaje evangélico nos encontramos ante una mujer humilde si, pero clara y firme en lo que contesta.

Dice entonces el texto:

“24 Y fue (Jesús) a tierras de Tiro. Allí se metió en una casa, porque no quería que nadie lo reconociese. Pero le fue imposible pasar inadvertido. 25 Pues en seguida llegó una mujer que tenía una hija poseída por un espíritu malo y se le echó a los pies. 26 Esta mujer era pagana, una sirio-fenicia, y le pedía que librase a su hija del espíritu malo.

27 Pero el le dijo:

–Deja que primero se harten los hijos e hijas, pues no es bueno quitarles su pan para echárselo a los perros.

28 Ella le contestó:

–Non es, Señor, non es; pero también los perros apañan debajo de la mesa las migajas que dejan caer los hijos e hijas.

29 Entonces el le dijo:

...Vete, que por lo que acabas de decir ya el demonio ha salido de tu hija.

30 E así fue: cuando llegó a su casa, encontró a la hija acostada en su cama, libre del demonio”.

Jesús se siente incómodo en tierras de Tiro. No quiere ser reconocido, se guarda, quizás intuyendo ya que podría pasar lo que lo luego pasó. En el fondo parece que subyacía en él, a pesar de toda su fortísima maduración espiritual, que una cosa era Israel, el pueblo de Dios, y otra muy distinta la gente de fuera, máxime si con ella se encontraba en su territorio. El texto paralelo de Mateo 15, 21-28 introduce una intervención de los discípulos rogándole que la despida –¿atendiéndola en lo que pide?–, y Jesús responde taxativamente: “No he sido enviado más que a las ovejas extraviadas de la casa de Israel” (v.24). Quién sabe si estamos ante una interpolación que responde a debates del primer movimiento cristiano!

Parece que en la intención de Jesús estaba compartir su Buena Nueva, la gran Bendición de Dios, únicamente con las personas que formaban parte del pueblo judío, el pueblo de Dios, poniéndose a sí mismo, de momento por lo menos, una barrera, un límite, aunque en su mente no estuviese ausente el convencimiento de que toda la gran Bendición de Dios era algo universal. Barrera y límite que sí saltaba sin reparo en sus encuentros con otras personas que, siendo de fe judía, no respetaban en determinados aspectos las prácticas religiosas dictadas por el pensamiento, por la doctrina oficial. (Y de esto también podríamos aprender mucho para el caso al que nos estamos refiriendo. ¡Cuánta gente “irregular” entró en la órbita amorosa y servicial de Jesús, cuánta! Buena parte de los evangelios está dedicada a narrarnos estos encuentros con gente irregular, a los que Jesús no se negaba, y en los que Jesús daba todo lo que era y representaba.)

Veo una correspondencia clara entre esta postura primera de Jesús ante la mujer de Tiro y la postura de quien hoy en la Iglesia niega la legitimidad evangélica, la conveniencia de ofrecer la bendición –una parte muy pequeña de la gran Bendición, una migaja pues– a personas unidas en pareja con formas que se consideran irregulares para la doctrina oficial. En esto se parecen al primer Jesús del relato evangélico que comentamos: solamente he sido enviado para estos, solamente estos pueden recibir algo de las caricias de Dios.

Pero he aquí la maravilla que Jesús, sin quererlo, suscita. ¡La contestación de la mujer pagana, sirio-fenicia es muchos más evangélica que su misma postura y razonamiento! Y Jesús tiene la humildad, la valentía de reconocerlo y de darle la razón. Pienso que, igualmente, en la disposición del Dicasterio para la Doctrina de la Fe,

permitiendo que se bendiga a quien está en situación de pareja “irregular” –así sea en la forma excesivamente recortada ofrecida– hay mucho más sentido evangélico que en las posturas negativas de quien recela ser espléndido como Dios es espléndido, según lo que el mismo Jesús afirmaba en otro lugar: “Entonces sed personas perfectas como perfecto es vuestro Padre celestial”(Mt 5,48), perfección referida al amor sin límites, o “sed personas compasivas como vuestro Padre es compasivo”(Lc 7,36).

Bendecir, pues, significa abrir puertas, aceptar a la persona en el presente concreto que está viviendo, sin ningún tipo de censuras por delante. Todas, todos tenemos nuestra historia personal, con frecuencia una historia compleja, que nadie o muy pocas personas conocen; a veces incluso ni la propia persona que la vive, goza o sufre es consciente del mundo interior que la mueve, que la conmueve. ¿Quién somos nosotros para meternos en ese pequeño espacio de mundo sagrado y excluir en principio a nadie? ¿Por ser homosexual y desenvolverse en todo como tal, por estar casada nuevamente con un hombre, con una mujer con la que al final parece haber encontrado su espacio amoroso soñado? Bendecir, abrir las puertas, crear vínculos de amistad, empezar a sentirte parte y a dejar que la otra persona se empiece a sentir parte de ti, de la Iglesia también en este caso, y echar a andar un recorrido de bendición que posiblemente tendrá una maduración positiva hacia la propia persona y circunstancias, incluso igual también hacia su inclusión eclesial. ¿Por que le tememos a esto?

Por otra parte me llama mucho la atención que siempre se nos afilan los dientes cuando aparece por medio algo relativo a la sexualidad. ¿Por qué esta obsesión con el tema de la sexualidad, de la mano muchas veces –no sólo ni siempre– de una clerecía célibe? ¿Por qué, como decía hace unos días el Papa, nos irritamos ante una bendición a una pareja homosexual, y no dudamos, por ejemplo, en bendecir los locales de un empresario de quien conocemos sus prácticas empresariales abusivas? ¿Por que hilamos tan fino en este tema y tenemos coladores de amplios agujeros cuando relacionamos el evangelio con el dinero, el poder, el boato, con políticas que degradan la Casa Común y la suerte de la gente más marginal etc.? Es muy sabido que de siempre, de casi siempre, la moral católica ha estado obsesionada por el sexo, por la sexualidad, tema en el que, así se decía, nunca había parvedad de materia. Una simple masturbación bastaba para mandarte eternamente al infierno.

Entiendo que en el tema de las bendiciones todos, todas quedamos incluidas. Hay personas, cardenales, obispos, sacerdotes, seglares hombre y mujeres que no aceptan la posibilidad de ejercer tales bendiciones, cerrando puertas, excluyendo. Pero otras personas, sin rito de bendición por el medio, podemos ser igualmente excluyentes, aunque se nos llene la boca renegando de la exclusión. Con la exclusión todos, todas tenemos un trabajo grande que

hacer, pienso yo. Y mira por dónde, la sinodalidad –eso de hacer camino juntos, juntas, escuchándonos, acogiéndonos, comprendiéndonos, abriéndonos mutuamente el corazón– puede ser un buen instrumento de cura y conversión.

Me parece muy bien el ofrecimiento de las bendiciones que comentamos, incluso me parecen algo mínimo, raquíto. Como me parecen bien muchas otras medidas e iniciativas del Papa Francisco, aunque nos quede mucho, mucho por hacer. A él y a nosotros. Me gusta mucho su criterio teológico, aunque él no sea teólogo de oficio; eso de entender la teología como una legítima posibilidad de ir desarrollando la riqueza de la tradición teniendo en cuenta las realidades culturales con las que nos vamos encontrando. Me gusta su intención, su praxis, de incluir a las mujeres en el organigrama eclesial de forma completa, sintiendo que no se acaben de dar los pasos que entiendo se deberían dar. El Papa Francisco ha sido, está siendo una bendición para la Iglesia, para todo el mundo sin exclusión, por más que haya quien reniegue de él. Su propuesta de evangelización presentada en *Evangelii gaudium, Laudato si, Fratelli Tutti...*, a mi modo de ver, es una referencia muy acertada para los tiempos que vivimos.

Desde estas páginas, pues, permitidme que os bendiga, sobre todo a las parejas homosexuales y a esas otras parejas irregulares; y permitidme que a cuantas personas esto leáis os pida vuestra bendición, sin exclusiones, por mucho que estéis en disonancia conmigo y con este escrito mío.

Y concluyo compartiendo con todas, con todos vosotros esta plegaria relativa al pasaje evangélico que en este día, 8 de febrero, nos ofrece la liturgia:

Como un perrito, Dios querido,
como un perrito, no más,
recogiendo de debajo de tu mesa
las migajas de tu abundancia
esparcidas aquí y allá por todo el mundo.
Recogiéndolas de ti sin reparos
y, sin reparos también, sin exclusiones,
compartiéndolas con mis hermanos y hermanas,
sean del país y de la religión que sean.

Porque tú, mi Dios,
eres, sin distinción,
sin exclusión,
padre y madre de todo el mundo
fuente de vida para todo el universo.
Gracias, Dios mío.
Me coges de la mano
para introducirme en tu mundo único,
sencillamente deslumbrante,
infinitamente humano.
Gracias de corazón.

A LOS SECTORES ULTRAMONTANOS DE ESTA NUESTRA IGLESIA SE LES VE EL PLUMERO

Aviso: este artículo no es un ataque contra la iglesia, no es un ataque a seminarios y conventos, no es un ataque a la institución episcopal, ni al sacerdocio, ni a la vida regular. Por último, este artículo tampoco es una exaltación de la homosexualidad, como tampoco lo es de los días soleados.

Nacido en 1966, gran año, también a mí me tocó reciclarme y reeducarme en la comprensión del fenómeno LGTBIQ+ (que, como dijo Buenafuente, parece la contraseña de la wifi) y, en general, en la lucha que ha conllevado el reconocimiento y consideración de todas las personas, sin tener en cuenta su raza, su religión, su cultura o su identidad. Nuestra educación en igualdad ha ido las más de las veces a remolque de una sociedad que se abría primero a la “tolerancia” y después a la aceptación verdadera de la diversidad y el respeto, a veces cargada de prejuicios y aprendizajes previos, a veces autodidacta. Nuestros hijos, muchísimo más abiertos y rodados, menos condicionados por la tradición moral decimonónica, franquista y posfranquista y por la sociología que la acompañaba, están, en esto, a años luz de nosotros y de sus abuelos, nuestros padres. Afortunadamente.

En cuanto a mí, como cristiano laico que soy, he asistido desde dentro del seno de la iglesia a todo un proceso de cambio social y he podido observar una evolución sorprendente, incluso en aquellos que se empeñaban y se empeñan en mantener unos postulados ideológicos y doctrinales que basculan permanentemente entre los conceptos de virtud y pecado, sin medias tintas.

Y, por afinar un poco más, no podemos sino señalar que, en lo específicamente relativo a la doctrina moral de cintura para abajo, es indudable que en los últimos cincuenta años yo he cambiado, la sociedad ha cambiado, la iglesia ha cambiado y la postura del papa también ha cambiado, muy a pesar de algunos que, desde una visión supuestamente tradicionalista pero profundamente ideológica y reaccionaria, se empeñan en lo contrario. La pregunta es por qué.

No hace falta leer a Frédéric Martel para entenderlo. Basta con unir los puntos para que el dibujo se haga evidente.

No es ningún secreto que, en un pasado no muy lejano, en medio de esa sociología moralista y constrictora de la que participaba la iglesia de manera protagonista, las personas homosexuales eran objeto de burla, rechazo y escarnio público. Eran apedreadas sistemáticamente, de manera real o figurada. Eran destruidas. No es extraño que buscasen el disimulo y la doble vida. Los armarios. No es extraño que los hombres buscasen escondites en supuestos ámbitos de virilidad o, en el caso de las mujeres, espacios femeninos escondidos y vedados a los hombres; no es extraño que se negaran a sí mismos y a sí mismas; no es extraño que sufrieran profundas heridas interiores.

Hay que decir de entrada, que es cuando menos ominoso el hecho de que haya sectores de la iglesia tradicionalista actual, tan favorable al examen de conciencia y tan divisora y activa contra el papa últimamente, que no se paren a pensar en el tremendo dolor causado por esas actitudes de objetiva intransigencia. Algún día, no obstante, supongo que se arrepentirán. Porque si hay pecado, eso es pecado.

Pero volvamos a los armarios. Esos lugares en los que la complicidad iba más allá de las palabras o circulaba por circuitos alternativos a las palabras, ejem, ejem. Espacios en los que se guardaba silencio, pero que mantenían durísimos discursos normativos que actuaban como parte del camuflaje. Discursos que se incardinaban de tal manera en las personas que, llevasen éstas una vida virtuosa según los estándares o no la llevasen en absoluto, sabían que, mientras no se reconociesen las cosas de forma explícita, la libertad era grande de puertas adentro y el prestigio social, de puertas afuera, alto. Pensemos en seminarios y conventos. Y pensemos de paso, en la utilización salvífica, instrumental y sistemática del sacramento del perdón, cuando este se reduce al detergente que “lava más blanco”.

Pensemos en el altísimo ascendente social de un sacerdote en un pueblo en, por ejemplo, los años cincuenta del siglo XX (“este niño se llamará Nicodemo, como el santo que hoy celebramos”) frente al escarnio con que las personas “especiales” de ese mismo pueblo eran tratadas: el tonto, el gitano, el maricón... Pensemos en los chistes de mariquitas, en los alardes de testosterona, en las collejas y las burlas permanentes...

Pensemos ahora en la ventaja que suponía para cualquier persona homosexual entrar a formarse en un seminario o en un convento. Todo un mundo de complicidades. La mayor fábrica de aceite, con perdón de todo lo demás. Solo había un par de condiciones: no airear públicamente las propias vergüenzas y mostrarse inflexible ante las pulsiones públicas del resto de las personas con idéntica condición, pero reconocida.

Había una derivada más, y sigue habiéndola: la de quienes suponían y suponen que existe una cierta posibilidad de curación a través de la negación de la identidad homosexual y de la propia sexualidad, ayudados por las mal llamadas terapias de conversión sexual y la utilización, mal entendida y con mayor o menor éxito, de los conceptos de castidad y celibato, teóricamente muy fundamentados, pero, en último caso -y en muchos casos-, con un desarrollo práctico semejante a la herramienta del anestésico: “Durmamos a este paciente”. Pero oye, que si todo lo anterior no funciona, contra el cargo de conciencia ya hemos dicho: “Lava más blanco”.

¿Cuántos casos? No está claro, pero –a tenor de las escandalosas cifras sobre abusos sexuales en el seno de la iglesia que aparecen en los informes públicos de distintos países, parcialmente reconocidos por la propia iglesia, consecuencia de lo insano de todo lo anterior y que no reflejan otra cosa que la enorme represión sexual autoinfligida– muchos, demasiados casos.

¿Tiene la iglesia la culpa de todo esto? La iglesia es culpable y víctima. La iglesia es corresponsable en tanto en cuanto fue capaz de configurar, durante siglos y junto a otros agentes coyunturales, una determinada estructura moral de la sociedad. Pero la iglesia es a la vez víctima de esa configuración secular y no sale indemne, porque las personas en su seno son responsables del uso que hacen de su libertad, de su exposición pública y del alcance de la misma, del daño que infligen a los demás o del que se hacen a ellos mismos cuando no son capaces de asumir una homofilia, entendida como homosexualidad célibe, de manera equilibrada, de manera pública; cuando no son capaces de vivir la castidad y el celibato de manera ordenada y coherente y cuando descargan su frustración en personas inocentes que no hacen más que soportar, desde hace siglos, las frustraciones personales de quienes no han tenido la valentía suficiente para reconocerse ante el espejo en su particular identidad.

En tamaño maremágnum, la Declaración Fiducia supplicans del Dicasterio para la Doctrina de la Fe es solo un paso: enorme si se mira con cierta perspectiva; pequeño si solo tenemos en cuenta las legítimas aspiraciones del colectivo LGTBIQ+ que no aceptan que se les considere católicos de segunda, ni mucho menos personas de vida “desordenada”. Y tienen toda la razón. Pero es un paso valiente y necesario. Y, como todo lo valiente de esta vida, muy contestado.

Es terrible que gran parte de la oposición a *Fiducia supplicans* –no toda, por supuesto– provenga de personas cuya auto represión sexual, virtuosa o fracasada, según su particular concepción de lo que es virtud y de lo que es pecado, homófilos célibes u homosexuales activos con terribles sentimientos de culpa, sean en muchos casos y por hablar claro, los que hayan dejado y estén dejando, con su actitud antievangélica, un rastro de dolor tan agudo e insoportable.

Los traumas, los padecimientos y, en último extremo, los suicidios provocados por estas posturas intraeclesiales (pero antievangélicas) están todavía por reconocer; no hacerlo es, sencillamente, mirar para otro lado. Y de estos pecados, ante los que paliceden las chorradas que algunos nos quieren vender como tales, son hoy responsables quienes todavía manejan conceptos de culpa obsoletos, desproporcionados, al margen de la sociedad y del signo de los tiempos.

Sí, el porno está muy mal; es un horror, ciertamente. Y la prostitución. Y muchas más cosas. Pero los pecados de cintura para abajo son un clásico que, vistas las pulsiones humanas, no tienen relación con la capacidad del ser humano para destrozarse vidas. No queremos nosotros, por tanto, entrar en eso, que es como matar moscas a cañonazos, pero es curioso observar lo siguiente: la negación de la homosexualidad y su equiparación a una enfermedad ha casi desaparecido de las declaraciones eclesísticas con la condena y clausura de las terapias de conversión sexual, en las que obispos actuales como José Ignacio Munilla y otros, o ex obispos como Xavier Novell (que, por cierto, eran amigos, mira tú) se han empeñado tanto y de una manera tan personal en un pasado reciente (participando incluso activamente en algunas de ellas, como se ha publicado) y actualmente, se acepta a regañadientes, por estos mismos pastores y probablemente porque no les quede más remedio, la existencia de la condición homosexual. Pero se ataca ahora y con especial virulencia, ya no tanto el hecho en sí –la condición– como las conductas sexuales “desordenadas” que supuestamente se derivarían de ella (¿y solo de ella?) o la equiparación, de carácter conceptual, del matrimonio entre dos personas de un mismo sexo al matrimonio tradicional entre un hombre y una mujer. Bueno, pues nada: más madera.

El otro día, estuve viendo con interés uno de los vídeos que monseñor Munilla ha colgado recientemente en Youtube desde su plataforma digital “En ti confío”. Allí, hablando a pelo y calzón quitado, en un despacho que era de ver (que ni quita, ni pone, pero que como marco resultaba perfecto), sin asesores, ni filtros, en una charleta medio improvisada en la que venía a poner los puntos sobre las íes hablando de la oportunidad de la publicación de *Fiducia supplicans* –ya que “muchos le habían preguntado” (solo le faltaba el clásico “me alegro de que me haga

usted esta pregunta”)– nos decía monseñor que, como Pablo le corrigió a Pedro a propósito de un tema de comidas judías o cristianas que tenían entonces y que al parecer era muy determinante (y hoy al parecer, pues no), así hoy, al sucesor de Pedro, nada menos que al papa Francisco, le puede corregir él mismo, Munilla, en el tema de las bendiciones a parejas homosexuales, iluminado como un nuevo Pablo redivivo y, por lo tanto, en posesión de la verdad. Porque él y no el Dicasterio para la Doctrina de la Fe, ni nadie en el Vaticano, ni el propio papa, está en posesión de la verdad. Solo él, Munilla, que no quede duda de esto; si no, de qué iba a salir él, de mamporrero, a la palestra.

Por cierto, visto lo visto, que a mí Munilla me alerte de los peligros de crearme una “iglesia a mi medida”, me parece una cosa tan tierna como inalicable.

Otra cosa divertida y que nos aclara monseñor es que nos dice lo que nos dice, pero ojo, sin ánimo de dividir, que dividir a la iglesia, nos recuerda de pasada, impasible el ademán, es el gran riesgo, pecado mortal. Lo hace como si no fuese con él, como disimulando, como el que lanza una piedra y esconde la mano. Parece advertirnos de que dividir a la iglesia fuera un riesgo en el que incurriríamos nosotros, los laicos, si ahondásemos en su argumentario y no él. Es como si manejase material inflamable y tuviera miedo de que se le fuese de las manos.

No cuestionemos la autoridad del papa. Dejémosles a ellos, que para algo son obispos y saben manejarse. Y así, anda pisando huevos: el papa no es un hereje, conviene aclarar, nos dice con permiso del cardenal Robert Sarah (que no lo tiene tan claro, al parecer) aunque esté, ciertamente, entrando en una postura un tanto caótica, sí, y por eso y porque Munilla es catequista y pedagogo, nos hace un juego de palabras muy gracioso: “Fiducia supplicans no es herética, es caótica”, ja ja ja. Pero cuidado, que esto no es cuestionar al papa, ni dividir a la iglesia; esto es labor profética. Desde la verdad. Porque ¿qué es la verdad? Atención de nuevo con hacerse aquí cada uno “una iglesia a su medida”, bla, bla, bla. La verdad revelada es lo que nos enseñan Munilla & Co. Se lo dijo un ángel, en sueños. Para evitar el riesgo y no morir en el infierno, les hacemos caso a ellos, que son pastores y saben mucho. ¿Y al papa? Al papa, bueno, ya, tal.

Profetas mofeta, eso es lo que son. Y en sus críticas al papa son también outsiders, quede claro: out-si-ders. Se han quedado fuera. A mí me parece que estas personas no solo se están exponiendo mucho, últimamente, que ellos sabrán, sino, lo que es peor, están exponiendo mucho a la iglesia, extendiendo un aroma pesado y carpetovetónico, triste, desolador, como de amargura permanente y, de paso, están haciendo un ridículo llamativo

incluso puertas adentro de esa misma iglesia que les ha reído las gracias toda la vida. Por qué no se callarán, me pregunto. En lo que a mí respecta, han conseguido ya, de momento, lo que consideraba la cuadratura del círculo, opinión de un laico irrelevante, no se altere el patio de butacas: que un obispo me parezca un mamarracho.

Porque a mí, simple laico de a pie en un mundo francamente mejorable, todo lo que sea acoger, escuchar y bendecir, me parece ya, de saque, algo evangélicamente extraordinario o extraordinariamente evangélico y, en consecuencia, estoy a favor de la *Fiducia supplicans* y de todo lo que suponga incorporar a todas las personas a la mesa de Jesús. Y lo digo desde la sencillez e imperfección de mi corazón de pecador, lascivo, egoísta, sátiro y maleducado.

No obstante, diré que yo lo que sí veo realmente mal es mentir, humillar, acusar a la gente sin pruebas y la soberbia, eso sí que es un desastre, la soberbia. Y la hipocresía. La hipocresía es, qué horror, tan pesada de llevar... la doble moral y eso, quiero decir, la vida a escondidas... y en cuanto al pecado y la categoría del pecado pues, en fin, no nos pongamos tan estupendos, señores, que a los fariseos también les bendecimos, que aquí no se salva nadie, que en la iglesia hace ya dos mil años que no nos rasgamos las vestiduras por acoger a gentuza declarada. Como debe de ser. A ver si ahora resulta que lo caótico es bendecir a personas que aman a quien quieren amar y se comprometen con quien quieren comprometerse, como Dios manda. Y de paso practican sexo. Y lo disfrutan. Y si tú no lo haces, pues oye, suerte en la vida. O a lo mejor es que tenemos que volver a matarlos a machetazos. La hoguera, la hoguera...

Y mientras tanto, nada más que como laico, iletrado en moral pero intuitivo en la vida –gran mecanismo de defensa este de la intuición– a mí me parece que a los sectores ultramontanos de esta nuestra Iglesia, lo que se les ve es el plumero. Así que esto es lo que tenemos, una iglesia *sancta et meretrix*, santa y puta a la vez, de la que forman parte ellos y también nosotros. Un mercado de abastos fascinante en el que, apartando el género podrido, te encuentras maravillas inenarrables y gozosas: la liturgia, el dogma y la doctrina, los carismas, las comunidades de fe y los hermanos Marianistas. Y el libre albedrío. El evangelio de Jesús y la capacidad de decidir.

Señor, dame criterio y dame, sobre todo, esperanza y caridad y dame, por fin, si no te importa ya a estas alturas, un poquito de eso que llaman fe. Gracias, Señor, y buenas tardes.

¿MISERICORDIA SIN VERDAD? / ¿VERDAD SIN MISERICORDIA?

Quisiera detenerme brevemente en el Papa Francisco y en su estilo de reformar la Iglesia que ya se ha puesto de manifiesto en muchas y muy diversas ocasiones. El Papa no es un revolucionario empeñado en cambiar la doctrina de la Iglesia. He escuchado a quienes le conocen bien desde hace décadas que no es un progresista teológico; más bien, es misericordioso. La misericordia es la clave para entender su personalidad y su reforma.

Este Papa no cambia las normas escritas, ni derriba las estructuras externas; sin embargo, transforma la praxis y la vida. No cambia la Iglesia desde fuera. Más bien, la transforma mucho más profundamente: espiritualmente, desde dentro. La transforma mediante el espíritu del Evangelio; es una revolución de la misericordia. En su caso, estas palabras no son meras expresiones piadosas vacías. Por lo tanto, su reforma tiene el potencial de cambiar la Iglesia y devolverla al corazón del mensaje de Jesús más profundamente que muchas reformas pasadas.

Para contrarrestar a Francisco, apareció en la escena católica hace ya años un panfleto con la sugerente pregunta: ¿Misericordia sin verdad? Yo, que no soy muy inteligente, me hice esta contra-pregunta: ¿Verdad sin misericordia?

El énfasis en la creencia de que cambiar el comportamiento es más que cambiar la letra de la ley y las estructuras inspiró a la Iglesia primitiva. Por ejemplo, en la Carta a Filemón leemos una historia paradigmática. El Apóstol San Pablo se hizo cargo del esclavo fugitivo Onésimo, lo bautizó y lo devolvió a su amo cristiano, Filemón, con el añadido de que el esclavo seguiría a su servicio. Sin embargo, Filemón debía recordar que Onésimo era su hermano en Cristo.

El cristianismo no recomendaba entonces derrocamiento revolucionario violento del sistema de la esclavitud como fue, por ejemplo, la rebelión de Espartaco. Más bien abogaba por la creación de un clima moral de fraternidad humana y respeto mutuo por el valor de cada ser humano, en el que el sistema de esclavitud debiera finalmente exhalar su último suspiro. Sin embargo, hay que añadir que la Iglesia no siempre ha hecho lo suficiente

por adoptar esta postura sobre la esclavitud en su historia posterior. Este énfasis será evocado insistentemente una y otra vez por figuras proféticas como Bartolomé de las Casas y otros.

La mentalidad de un cierto tipo de 'catolicismo sin cristianismo' realmente me recuerda a los escribas y fariseos de la época de Jesús. ¿Cómo se puede vivir con este peso de la historia de la Iglesia, mantener el respeto a la Iglesia, sentir el cum Ecclesia y la fidelidad al Evangelio, y sacar fuerzas de la promesa de Dios de darnos un “futuro lleno de esperanza”?

El Papa Francisco no cambia los dogmas, ni cuestiona aquellas secciones de los documentos de la Iglesia que son, esperemos que todos lo sepan, 'productos' caducados desde hace tiempo. Del mismo modo, el Concilio Vaticano II tampoco anuló oficialmente, por ejemplo, los anatemas del Papa Pío IX sobre la libertad de conciencia, de prensa y de religión (por ejemplo el Syllabus de los errores). Al contrario, publicó un documento vinculante –la constitución Gaudium et spes– que transformó estos valores, hasta entonces rechazados por la Iglesia, en parte integrante de su doctrina. Sin embargo, los cambios en el estilo de comportamiento y en el enfoque pastoral –el Concilio Vaticano II pretendía ser un “concilio pastoral”– condujeron a muchas estructuras y formulaciones oficiales simplemente, tarde o temprano, a su declive.

Con su ejemplo personal de valentía cristiana, el Papa Francisco nos inspira a no dejarnos intimidar ni desanimar por ciertos acontecimientos en la Iglesia. Al contrario, nos invita a actuar como hijos libres de Dios, viviendo responsablemente la libertad con la que Cristo nos ha liberado, y a no dejar que se nos imponga de nuevo el yugo de la esclavitud de la religión de la ley, como nos amonesta el Apóstol San Pablo en su Carta a los Gálatas.

“¡No pasa nada, todo seguirá como antes!”, gritan los exagerados agoreros apocalípticos de iglesias, los seguidores de una religión muerta. Sí, en realidad no hay nada que pueda atrapar al Papa Francisco o apedrearlo como la gente de Nazaret quería hacer con Jesús. Francisco no es un hereje, como tampoco lo son quienes han aceptado su invitación a la renovación espiritual de la Iglesia. Es necesario continuar en este espíritu, confiando en el poder revolucionario de la misericordia de Dios que es el Alfa y la Omega de la teología de Francisco.

Al comienzo del Año de la Misericordia, algunos de nosotros teníamos ciertas dudas teológicas de que la noción de misericordia no interpretara demasiado el amor de Dios “desde arriba”. Sin embargo, quedó claro por qué el Papa nos llama a la misericordia, a través de la cual invitamos a Dios a entrar en las complejas y dolorosas

relaciones humanas, no como garante de principios inmutables, sino como un poder amable, bondadoso, generoso, comprensivo, perdonador y sanador, capaz de transformar a los seres humanos, a la Iglesia y a la sociedad.

La línea horizontal de la “fraternidad humana” de la que hablaba el Papa en su Encíclica *Fratelli tutti* necesita de la línea vertical del amor como misericordia infinita que trasciende todo límite humanamente concebible; es el amor sin fronteras hacia el que sólo podemos dirigirnos como una meta que no se realizará plenamente hasta que seamos acogidos en los brazos de Dios. Este ideal no debe convertirse en una "ley", según la mayoría de las palabras de Jesús. Más bien, debe seguir siendo un impulso constantemente provocador y proféticamente inspirador.

Al principio de la pandemia, algunos cristianos intentaron de nuevo jugar su carta de un dios malvado y vengativo con el que podían asustar a los que ya se habían desvinculado de la influencia de la Iglesia. El miedo siempre ha sido terreno fértil para los ‘empresarios’ de una religión falsa. Todo dolor humano se les presta como supuesta prueba de sus visiones apocalípticas. Como San Juan Pablo II, el Papa Francisco repitió las palabras de Jesús llenas de esperanza y fuerza: ¡No tengáis miedo! ¡No os dejéis intimidar!

Tengo que admitir que, incluso en los días en los que el coronavirus estaba matando a muchas personas, personalmente no podía evitar preocuparme por otra pandemia, la del fundamentalismo y el fanatismo. Es la pandemia que me sigue preocupando y ocupando aún. Mirando ese fundamentalismo católico, aún hoy sigo luchando contra la fuerte tentación del escepticismo que se está alojando en mi mente y en mi corazón: “¿Es todavía posible el diálogo ecuménico en el seno de la Iglesia católica?”.

Me parece que el diálogo interreligioso, en particular con personas cultas y reflexivas fuera de la Iglesia, es mucho más fácil que cualquier comunicación con personas que mezclan la religión con esfuerzos y postulados fundamentalistas. Durante muchos años he vivido el gran sueño de creer y apostar por la unión de todos los que creen en Cristo. Hoy, para mí, este sueño se ha ido como esfumando. Hay diferencias que considero insalvables, y estas diferencias no son entre las Iglesias, sino en medio de la misma Iglesia Católica.

Realmente no me encuentro a gusto caminando bajo la misma bandera con personas que afirman con confianza dogmática pasmosa saber que Dios creó el mundo en seis días; que Moisés es el autor de los Cinco Libros de

Moisés (incluidos los pasajes sobre su muerte); que los hallazgos del Arca de Noé fueron recuperados en el Monte Ararat; con aquellos que se oponen a la ordenación de mujeres alegando que Jesús no eligió a ninguna mujer como su apóstol (después de todo, no eligió a ninguno de nosotros, ni siquiera a los gentiles incircuncisos... Siguiendo esta lógica, no podemos ordenar a ningún no judío...). Por poner solamente unos pocos ejemplos.

La reciente polémica del ya famoso cartel de la Semana Santa sevillana del año 2024 me da qué pensar en una España en el que se ha producido o se está produciendo actualmente uno de los procesos de secularización más rápidos y profundos de Europa... Me da qué pensar el hecho de algunos católicos apoyen, a veces con poca visión de futuro, ciertas protestas y agresiones en una sociedad que, incluidas especialmente las generaciones más jóvenes, se aleja más lejos, quizá definitivamente, de la Iglesia. Aquella “España católica” –como la “Polonia católica” o la “Irlanda católica” –acabará siendo historia.

Es una sensación, lo sé, pero para un gran número de cristianos de hoy el contenido positivo de la fe se ha vaciado. Y, por lo tanto, sienten la necesidad de basar su “identidad cristiana” en las “guerras culturales” contra los preservativos, el aborto, el matrimonio entre personas del mismo sexo, las bendiciones de personas gay o de personas en situación no regular, etc. El Papa Francisco tuvo la valentía de referirse a este catolicismo reducido y definido negativamente como “obsesión neurótica”.

No tengo absolutamente ninguna intención de abandonar la Iglesia, donde seguiré encontrándome con personas con tales puntos de vista y convicciones morales en la única mesa eucarística. Soy muy consciente de que yo también soy un ser humano falible y propenso al error. Además, soy intelectualmente muy corto e ignorante. Sin embargo, me asalta una gran duda: ¿no es hora de dejar atrás el objetivo del ecumenismo de “todos los cristianos” y centrar en cambio todas las energías en profundizar en un ecumenismo fructífero (compartir, sinergia y enriquecimiento mutuo) entre personas con razón, tanto creyentes como no creyentes? ¿Debemos seguir malgastando tiempo y energía en vanos intentos de diálogo con personas exageradas y extremistas que se ponen a la defensiva cuando se utiliza la palabra ‘diálogo’ incluso aunque quizá podamos entender la motivación subjetiva de su postura?

Hoy en día, personas con una muy determinada mentalidad fundamentalista encuentran el apoyo de cierta parte de la jerarquía eclesiástica también de modo tácito, por su estruendoso silencio, y esto es para mí también fuente de preocupación.

Sí, recitamos el mismo Padrenuestro y el mismo Credo junto con esta gente. No niego que haya gente buena y honesta entre ellos. Hemos recibido el mismo sacramento del bautismo y acudimos a la misma mesa de la Palabra y del Cuerpo y Sangre de Cristo. Sin embargo, me temo que vivimos en universos paralelos que no pueden conectarse.

Escuchando ciertos discursos apocalípticos sobre el mundo depravado que no contiene la más mínima chispa del Evangelio, de fe, de amor y de esperanza, y cuyos autores no podrían ser excusados precisamente por su simplicidad de inteligencia, voy perdiendo la convicción de estar verdaderamente conectado a través de la misma religión con personas de tal mentalidad, aunque formalmente pertenezcamos a la misma Iglesia Católica.

Coincido plenamente con las palabras adjudicadas a uno de los más grandes líderes cristianos del siglo XX, el Cardenal Martini: No me asusta la gente que no tiene fe; lo que me molesta es la gente que no piensa. Sin embargo, me di cuenta de que la línea divisoria entre las personas que piensan y las que no piensan no es en absoluto la misma que la diferencia entre las personas educadas y las que no lo son; mi llamamiento no es a una “religión elitista de intelectuales”. La diferencia es mucho más profunda: en el “corazón” de las personas.

Me siento al mismo nivel que las personas que siguen los conocimientos científicos en todos los campos en los que la ciencia es competente, al tiempo que se plantean profundas cuestiones éticas y espirituales.

El camino entre el fundamentalismo religioso de un número considerable de cristianos católicos y el fundamentalismo científicista igualmente arrogante de los ateos militantes es a menudo estrecho y exigente. No sé si ese es el camino para seguir a Cristo hoy.

Tal vez aún podríamos evitar un cisma pensando en una especie de “Concilio Apostólico de Jerusalén” del que hablan los Hechos de los Apóstoles, dividiendo las tareas: unos atenderían las necesidades de los creyentes que aspiran a las certezas del pasado, mientras que otros escucharían las llamadas de Dios manifestadas en los “signos de los tiempos”.

A menudo reflexiono sobre si hoy podemos encontrarnos en una situación similar a la del Apóstol San Pablo, que dejó que los Santos Santiago, Pedro y los demás venerables Apóstoles continuaran su ministerio entre los cristianos judíos -que es, por cierto, la expresión de una Iglesia que pronto llegó a su fin, y condujo al joven y

valiente cristianismo fuera del limitado espacio del judaísmo de entonces hacia la ecumene —a un contexto cultural completamente distinto—. La misión de San Pablo dio origen al fenómeno que hoy llamamos cristianismo; un fenómeno que muy probablemente conoció el horizonte arriesgado y valiente de la universalidad precisamente porque cruzó las fronteras conocidas y estrechas, ¿o cabría decir asfixiantes?, del judaísmo y del judeo-cristianismo.

Hoy, el Papa Francisco nos muestra quizá tal comprensión del Evangelio y tal actitud hacia la creación y los seres humanos, especialmente los marginados, que apunta proféticamente a lo que podemos llamar el cristianismo del mañana. La identidad cristiana no está firmemente enraizada cuando se arraiga en el inmovilismo, sino en el movimiento del Espíritu que actúa en la historia para conducir a los discípulos de Jesús cada vez más profundamente hacia la plenitud de la verdad. No estoy abogando por un culto a-crítico de la personalidad y los puntos de vista del Papa Francisco. Más bien, lo que pido en voz alta es una cultura de un verdadero y profundo discernimiento espiritual, la promoción de aquellos valores que conducen al corazón más sencillo y simple del Evangelio, y a una respuesta valiente, creativa, imaginativa a los “signos de los tiempos”.

FRANCISCO, RESTAURA MI IGLESIA

En mis “octoctogenarios” años de vivencia papal, he conocido a varios Pontífices, paralelamente a mi desarrollo personal y eclesial: En mi niñez, reinaba Pío XI, el papa del “Estado Vaticano”, de quien no tuve la más mínima idea por ser todavía un angelote. En mis años de infancia y juventud, descubrí una Iglesia enquistada con el reservado y taciturno Pío XII con su austeridad y rigidez tridentina. Posteriormente, en mis años de estudios de Teología en Salamanca, asistí a la primavera de la Iglesia con la apertura de Juan XXIII con aquel “abramos las ventanas de la Iglesia”, y Pablo VI con el Concilio Vaticano II que llenó de entusiasmo y optimismo nuestros jóvenes espíritus recién ordenados.

Parecía que la Iglesia dejaba atrás cientos de años de cerrazón y oscurantismo; que se abría al mundo en esperanzada aurora; que dejaba de lado el servilismo dogmático y la condena, para salvaguardar la libertad de conciencia y de pensamiento. Efímero resultó el mandato de Juan Pablo I, potencial continuador de la apertura eclesial. Lamenté con el resto de la Iglesia su imprevisible y repentina muerte. Tras su fallecimiento, en mi edad adulta y ya durante mi actividad pastoral, ocuparon el solio pontificio Juan Pablo II y Benedicto XVI, uno para el otro y el otro para el uno. Pienso que Juan Pablo II y Benito XVI inmovilizaron la Iglesia, pero no solamente la estancaron en un invierno confuso y riguroso, sino que cerraron puertas y ventanas y las cegaron con persianas para que el mundo no viera de la podredumbre de su interior. Doctrinalmente, había que entrar por el aro: “Fuera de la Iglesia no hay salvación”, y “¡la Iglesia soy yo!”. Se oficializó el pensamiento único en la Iglesia. Nada podía discutírsele al Papa.

Quitó poder a los sínodos de obispos, despreciando gravemente la democracia que se respiraba desde el Vaticano II. De puertas afuera, en sus aparatosos viajes por el mundo, fue considerado un paladín del diálogo, de las libertades, de la tolerancia, de la paz y el perdón; pero de ventanas adentro acalló el derecho de expresión, prohibió el diálogo, pecó de misógino y consagró, al alimón con Benedicto XVI, una teología fundamentalista, condenas incluidas.

Ya en mi añosa edad, el Espíritu Santo nos ha regalado un papa “venido del fin del mundo”. Adoptó el nombre de Francisco. Lo que no sabíamos era que, al elegir el nombre de Francisco, iba a descubrirnos algo más, mucho más que un nombre. Como dice Boff, “Francisco no es un nombre sino un proyecto de Iglesia”. También él ha escuchado el susurro del Espíritu: “Francisco, restaura mi iglesia en ruinas”. Y se propuso volver a abrir puertas y ventanas.

Medio siglo después, el espíritu de “ventanas abiertas” que trajo el Concilio Vaticano II parece verse multiplicado en la figura de Francisco, tras cincuenta años de crudo invierno. Su Pontificado está representando una novedad permanente. Él encarna en la actualidad la nueva promesa de renovación para una Iglesia demasiado aquejada de tanto clericalismo, restricciones y exclusión.

Felizmente de nuevo soplan vientos de renovación en la Iglesia, aunque parece que esta súbita corriente de aire fresco ha provocado estrepitosos estornudos en un buen número de defensores de la ortodoxia poco dados a ventilar. Francisco ha comenzado por “erradicar”, por “remover” y, sobre todo, por “recuperar” el proyecto evangélico: “una Iglesia pobre y para los pobres” y ha restaurado la “corresponsabilidad en una Iglesia humilde, servidora, sencilla y samaritana”.

Francisco es un temerario rompedor de protocolos y ha inaugurando un talante más cercano, más entrañable, más evangélico. No ha cedido a las tentaciones del poder, ni a honores y dignidades ni a títulos santificadores ni prerrogativas exclusivas ni excluyentes. Se ha hecho reflector de la fe y de la unidad; no foco de latría. No ha empuñado ni se ha apoyado en el báculo de la autoridad, sino en el del servicio. No se ha afianzado en la cátedra de Pedro para imponer doctrinas y cargas insostenibles, sino para acoger sin dogmatismos, acercar sin reprobaciones, perdonar sin reproches.

Francisco, al comienzo de su pontificado, en su exhortación *Evangelii gaudium*, nos urge a vivir “Una Iglesia en salida”, expresión que encierra una velada crítica al modelo anterior de Iglesia que era una Iglesia “sin salida”. Una Iglesia en salida es una Iglesia de puertas abiertas para acoger y recibir, escuchar y comprender, proponer y acompañar, y al mismo tiempo, para salir a buscar. Por eso, “remueve” el clericalismo, el funcionariado de lo sagrado, una stirpe acomodada en la fastuosidad, en la ostentación, en el lucimiento; instalada con frecuencia en la hipocresía; inclinada más a la condena que a la comprensión y la tolerancia; que busca el poder para trepar... El Papa recuerda a curas, obispos y cardenales que “no deben considerarse propietarios de poderes especiales, dueños de la Iglesia, sino ponerse al servicio de la comunidad”.

Pocos nacidos de mujer han conseguido aguantar como lo está haciendo Francisco las incesantes y brutales embestidas recibidas dentro de la Iglesia. Y, aunque la procesión se lleva por dentro, lo ha hecho sin perder la compostura ni el espíritu evangélico, con valentía y generosidad. Existen personas que propugnan fanáticamente un rigorismo dogmático al que llaman fe. Pero es una fe en el Derecho Canónico, no en el Evangelio. El Papa destroza sus rígidos esquemas ideológicos y les recuerda que “hoy también hay fariseos y doctores de la ley que intentan hacer caer a Jesús”; fariseos hipócritas que “pagan el diezmo de la menta y del comino y descuidan lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia. (Mt. 23,23).

La historia actual de la Iglesia necesitaba un papa, dirigido por el Espíritu, capaz de “derruir” el mastodónico edificio eclesial y “edificar” la verdadera “casa de Dios”. Francisco está desplegando nuevas perspectivas y, sobre todo, alentando nuevas esperanzas. ¿Asistiremos pronto a decisiones de gran calado?

Yo también estoy con Francisco.

49
NICOLÁS CASTELLANOS

COMO TODOS LOS PROFETAS, TÚ, FRANCISCO, PADECES LAS HUELLAS MARTIRIALES POR ANUNCIAR LA IGLESIA

Como Jesús de Nazaret, como todos los profetas, tú, el obispo de Roma, Francisco, padeces las huellas martiriales, por anunciar la Iglesia, Misterio y Pueblo de Dios en comunión fraterna y en misión, que nos diseña el Evangelio, superando el esquema de la Iglesia inspirada en la religión.

Te apoyamos, rezamos y confiamos en el Espíritu Santo, que es el que te da la fuerza, la luz, la parresia y la inspiración para anunciar el Reino de Dios.

Nicolás Castellanos Franco osa
Obispo emérito de Palencia

LUIS CABRERA HERRERA, OFM

LOS QUE DESPRESTIGIAN AL PAPA SE COMPROMETIERON A OBEDECER Y A TRABAJAR EN COMUNIÓN CON ÉL

Como es de nuestro conocimiento, varios grupos fuera o dentro de la Iglesia se han dedicado a la triste labor de desprestigiar, perseguir y condenar al Papa Francisco, aduciendo que son los verdaderos defensores de su doctrina y disciplina. Lo que, quizá, más llama la atención e incluso produce escándalo es que sean algunos miembros de la vida consagrada y unos cuantos pastores que se comprometieron a obedecer y a trabajar en comunión con el Papa Francisco y sus sucesores. ¿Por qué entonces se han constituido en jueces implacables, autodenominándose defensores de la fe y las costumbres?

Quizás lo que más nos sorprende, y a algunos les duela, es la humildad, la serenidad y hasta el buen humor con que el Papa Francisco vive estas adversidades. En más de una ocasión, ha manifestado que la oposición e incluso la persecución son parte de su ministerio Petrino. Por este motivo, confiando en el Señor, continúa trabajando por la unidad y la diversidad de vocaciones, carismas y servicios de la Iglesia.

No se trata, nos dice el Papa Francisco, de ser conservadores o progresistas, sino de vivir enamorados del evangelio o acostumbrarnos a una vida monótona, llena de formalismos que, muchas veces, poco nada tienen que ver con la Palabra de Dios y con el auténtico Magisterio de la Iglesia. (Cfr. Discurso del Santo padre Francisco a la Curia Romana con motivo de las felicitaciones navideñas, 21 de diciembre de 2023).

Nuestro compromiso, por lo tanto, es mantener la comunión con el Papa Francisco; y seguir orando por aquellos hermanos y hermanas para que, abandonando su prepotencia, se pongan a anunciar el evangelio de Jesucristo a todas las naciones, recordando que Jesús confió a Pedro y a sus sucesores la misión de apacentar a sus ovejas.

COMITÉS ÓSCAR ROMERO DE EUROPA

TE ANIMAMOS A SEGUIR CAMINANDO. ESTAMOS CONTIGO

Querido Papa Francisco:

Nosotros, miembros de los Comités Óscar Romero, inspirados en Jesús de Nazaret y en la espiritualidad del santo Arzobispo salvadoreño, intentamos ponernos del lado de los que más sufren. Por ello queremos trasladarte nuestro apoyo y cariño. En cierto modo, nos recuerdas a Monseñor Romero, quien inspira nuestra organización y nuestras vidas, que se dejó tocar por la realidad de su pueblo, convertido por él, y acabó siendo perseguido por los poderosos de su país y despreciado por algunos de sus compañeros de báculo y finalmente asesinado, como Jesús. Él fue reconocido como santo en la Iglesia, gracias a ti, aunque desde su martirio el pueblo salvadoreño y todos nosotros y nosotras ya lo habíamos reconocido como santo.

Sabemos que a lo largo de tu misión pastoral como Papa, has tenido que enfrentarte a muchas fuerzas oscuras que han dificultado tus propósitos y acciones para actualizar, dignificar, humanizar y mejorar una institución tan compleja como la Iglesia, como reflejaste en la *Evangelii Gaudium* y en los documentos sinodales. Has optado por una Iglesia pobre al servicio de los pobres, cercana a las personas migrantes. Y nos has hecho tomar conciencia sobre el cuidado y defensa de la Naturaleza (*Laudato si*).

Asimismo, has mostrado cercanía con las personas homosexuales, que la Iglesia jamás antes ha mostrado. Entre nosotras y nosotros hay personas homosexuales que han tenido que sufrir el desprecio de la Iglesia; convivimos con ellas como hermanas. Éste es uno de los motivos por los que la Iglesia se ha ido alejando cada vez más de la sociedad.

Tu presencia nos conforta, porque pones humanidad en un mundo deshumanizado. Tus palabras hablan de migrantes, neoliberalismo, sistemas opresores de la humanidad, guerras, justicia... Hablas de cosas que nos preocupan y ocupan, pero sobre todo, alertas del desastre al que caminamos si proseguimos teniendo una visión

cortoplacista de la vida en la Tierra y su sostenibilidad. Creemos que tu corazón sufre por todo ello. Recibe este mensaje como un abrazo cargado de ternura.

Cuando recibes a personajes y dirigentes mundiales insistes en la responsabilidad de contribuir a la paz que nace de la justicia, del respeto a la diversidad y del diálogo como vía de resolución de conflictos y que los recursos que se invierten en armas se destinen al desarrollo de los pueblos.

Te ofrecemos nuestro cariño, respeto y reconocimiento por la frescura que has puesto durante estos años en la Iglesia; eso nos ayuda a seguir trabajando por un mundo donde el amor supere el odio y vivamos la fraternidad universal (*Fratelli tutti*).

Somos personas que tratamos de vivir en la organización de las esperanzas en torno a los mensajes liberadores de Jesús, iluminadas por las referencias concretas de San Óscar Romero y de tantas personas que entregaron su vida y otras que la entregan cada día en favor del Reino.

Nos une la ilusión de seguir caminando, acompañando los procesos de los pueblos latinoamericanos. Te necesitamos porque vivimos en un mundo cada vez más escorado hacia la alianza de los poderosos que manipulan el concepto de Dios en favor de sus intereses, ya sea desde el mundo político, económico, eclesial o cultural. Nos duele la situación de opresión y represión que vive en pueblo palestino por los que utilizan el nombre de Dios para matar.

Te admiramos, te sentimos nuestro. Necesitamos tus gestos, tus palabras. Te animamos a seguir caminando y levantar tu voz en favor de las personas más olvidadas, de los que más sufren, encarnados hoy en las niñas y niños palestinos. Muchas gracias. Estamos contigo. Deseamos que estés con nosotras y nosotros. Un fuerte abrazo.

INTERNOS DE LA CÁRCEL DE NAVALCARNERO (MADRID)

GRACIAS POR LA NUEVA CARA DE IGLESIA QUE NOS ESTÁ MOSTRANDO

Somos un grupo de internos de la cárcel de Navalcarnero en Madrid, y queríamos desde aquí unirnos al papa Francisco con nuestro apoyo y cariño. Un apoyo y cariño que él también siempre nos manifiesta, somos conscientes de la preocupación que él tiene por todos nosotros.

La vida en la cárcel es dura y con mucho sufrimiento, y la verdad es que las palabras del papa Francisco siempre nos son alentadoras. Tenemos la suerte de poder contar con él muy frecuentemente porque nuestro capellán lo visita a menudo y está en comunicación con él, y siempre lo que nos transmite de su parte es su cariño y apoyo. Nosotros somos conscientes del mal y el sufrimiento que hemos originado, y el papa también desde luego; pero junto a eso siempre, y desde el Evangelio, nos anima a seguir adelante, a pedir perdón a todos y a continuar hacia adelante.

Nos ha grabado varios vídeos de apoyo a nuestras personas, no a lo que hemos hecho, y eso nos anima siempre. En el fondo es lo que hacía Jesús y que leemos en el Evangelio: Jesús muestra siempre su apoyo a la persona y habla del perdón para todos, condena el delito pero no a la persona, y siempre está con los brazos abiertos a todos, como lo hace el papa. Nos pide siempre, eso sí, que recemos por él, y así lo hacemos en las Eucaristías de cada sábado donde él está siempre muy presente.

Le escribimos cartas y contesta una a una, llama por teléfono incluso a algunas de nuestras familias, y sobre todo percibimos su cariño evangélico hacia nosotros. Por eso queremos decirle que estamos unidos a él, que la Iglesia que nos está mostrando es la auténtica iglesia acorde con el Evangelio de Jesús. Una Iglesia misericordiosa, acogedora y donde todos podemos estar, pensemos como pensemos, hagamos lo que hagamos y tengamos la condición sexual que tengamos. El papa nos ha hecho ver que todos somos iguales, que Dios nos bendice a todos por ser sus hijos, y en nuestro caso nos invita a cambiar de vida.

Nosotros nos reunimos en la Eucaristía todas las semanas con nuestro capellán y los voluntarios que nos visitan. Hemos creado una auténtica familia que nos ayuda en nuestro proceso de reinserción y de cambio. Por eso nos sorprende que algunas personas, incluso desde dentro de la Iglesia, esto no lo vean. Es verdad que algunos nos siguen viendo a nosotros como lo peor de la sociedad, los presos hemos hecho mucho mal y no nos merecemos el perdón, pero cuando leemos el evangelio y lo meditamos en las misas y en los grupos, vemos que Jesús es todo lo contrario, nos llega a decir que somos “sus preferidos”, como también nos llama el papa Francisco. Quizás todavía pensamos que hay mucho “creído por bueno” dentro de la Iglesia que piensa que los demás no tenemos derecho a cambiar. Y es precisamente a ellos a los que vemos que Jesús critica en el evangelio, a los fariseos, a los que llama “sepulcros blanqueados”.

Gracias papa Francisco, gracias hermano Francisco, rezamos por usted, como sabemos que usted lo hace por nosotros. Gracias por la nueva cara de Iglesia que nos está mostrando. Gracias por su cercanía y cariño. Desde la cárcel de Navalcarnero le apoyamos cada día y somos conscientes de su difícil tarea. Estamos unidos en lo mismo, en querer hacer la vida más feliz Y más agradable a todos, como lo hacía Jesús. Seguimos en contacto a través de nuestro capellán y de las cartas que le escribimos. Cuente con nuestro cariño y admiración, de estos presos conscientes del daño que han hecho, pero también intentado cambiar cada día.

Un abrazo de hermanos

Internos cárcel de Navalcarnero, voluntarios de la capellanía y capellán.

Gracias por todo
Jesús Antonio Acevedo.

William Trampal. Angelov

JAVIER SÁNCHEZ

GRACIAS, PAPA FRANCISCO: POR SU VIDA, POR SUS ABRAZOS, POR LA NUEVA IGLESIA A LA QUE NOS CONVOCA

Soy Javier Sánchez, cura, capellán de la cárcel de Navalcarnero desde hace 18 años, y tengo que decir que el papa es un hombre muy especial, que cree profundamente en el Dios de Jesús, que su vida, con todo lo que hace y dice transmite Evangelio. En contraposición a otros que han ocupado su mismo cargo, desde el comienzo de su pontificado, comenzó invitándonos a rezar por él, y es lo que sigue haciendo cada vez que habla o te comunicas con él.

La fuerza de su palabra está en su vida y está allá donde nadie quiere estar, como Jesús. No se atreve a condenar en nombre de Dios, primero porque es consciente de que él no es Dios (como algunos obispos y curas piensan que son) y segundo porque el Dios de Jesús jamás condena a nadie. Jesús solo bendice a todos, sin distinción, por eso nos invita siempre a que bendigamos en nombre de Dios. Está haciendo de la iglesia una “casa común” de misericordia y acogida para todos. Está haciendo realidad el mensaje central del evangelio: lavar los pies. Es un hombre que lava los pies porque es el gesto fundamental del cristiano, así lo hace cada jueves santo en las cárceles, pero además lo hace con sus palabras y con todas sus acciones.

Los que entienden el poder como mando o como pura jerarquía no lo entienden, los clericales de nuestro país tampoco y algunos obispos y curas que piensan “son dioses” tampoco. Es realmente bochornoso y perdón por lo duro de la expresión “de sinvergüenzas” (aunque me saldría otra más gorda), que precisamente algunos curas que no son modelo evangélico critiquen la acción del papa. Solo condenan los que no aceptan su propia vida.

El papa Francisco nos está demostrando que otra iglesia es posible. Varias veces he tenido la suerte de poder visitarlo desde abajo, desde la cercanía, como un cura más, sin protocolos, sino desde la sencillez de un hermano que recibe a otro hermano, intentando aprender juntos del evangelio, porque es consciente de que él, aunque sea el papa, no posee en plenitud el evangelio ni a Dios.

Siempre apoya la labor que hacemos en la cárcel, siempre apoya a los presos porque dice “son los preferidos de Jesús”. Hace unos meses tuvo la gallardía de llamar a una de las madres de la cárcel de Navalcarnero, su hijo le pidió que lo hiciera, le envió una carta y desde su sencillez evangélica, la llamó.

Al hablar de Francisco no se trata solo de defenderlo a él, sino de defender el evangelio que él predica, se trata de descubrir que detrás de él esta esa otra iglesia a la que muchos aspiramos. Para Francisco no hay dones, ni besos de manos, ni falsos ritos, hay vida, hay vida entregada al pueblo como la del mismo Jesús, y la de tantos obispos, como Pedro Casaldáliga o Monseñor Romero.

Termino: el papa es un hombre creyente en el Dios que nos hace felices cuando nos damos a los demás, y esa felicidad no está restringida a nadie ni por su país, ni por su pensamiento, ni por su condición sexual... Dios en Jesús se manifiesta a todos, que celebrábamos hace unos días en la fiesta de la Epifanía, no solo “a los obispos y curas que farisaicamente dicen ser buenos”.

El Dios de Jesús es para todos y para todas, y especialmente para los más marginados de nuestro pueblo. Jesús no pide que han hecho a Zaqueo, a la mujer adúltera, al buen ladrón... cómo lo es hoy para los presos, los inmigrantes, los de condición sexual diferente, los enfermos, los drogadictos... Los falsos obispos y curas “buenos” esto no lo entienden, porque en ellos se cumplen las palabras del Génesis “si comes serás como Dios”, ellos han comido del poder (que les ha venido dado a veces por caminos un poco diferentes a los del Espíritu) y ahora se creen dioses.

Gracias Papa Francisco, gracias por su vida, gracias por sus abrazos, gracias por la nueva Iglesia a la que nos convoca. Hoy sábado tuvimos las dos misas en la cárcel de Navalcarnero y como usted siempre me dice, rezamos por usted y dimos gracias por su vida.

Un abrazo desde la cárcel y desde los presos y sus familias, que Jesús le acompañe y la Virgen Santa le cuide.

NADA DE PAPOLATRÍAS, UN PAPA REFORMISTA

La verdad es que no soy nada papista y nunca he querido serlo, precisamente porque soy cristiano católico. Aprendí muy pronto en mis estudios teológicos que el papa era Obispo de Roma, primus inter pares y de ninguna manera era el monarca absoluto y autoritario de una Iglesia estructurada de manera supervertical. Antes y después del Concilio Vaticano II se trabajó bastante en la teología católica sobre esta figura del Papa que volvía a situarse dentro del Pueblo de Dios en una igualdad radical con todos por el bautismo y sin atisbo de mando absoluto. El autoritarismo cedía el paso a la primacía eclesial basada en la autoridad moral.

Por eso, cuando Francisco I fue elegido y salió al balcón a saludar a todos los fieles reunidos en la plaza de San Pedro y les pidió (a ellos) una bendición y que rogaran por él, intuimos que otra manera de ser Papa se entronizaba en la Iglesia. Un Papa, como también ha habido otros, que era consciente de su finitud, de su fragilidad, de que no era el Gran Jefe de la Iglesia católica, sino más sencillamente el Obispo de Roma. “Todo aquel que ejerza un cargo en la Iglesia, que sea vuestro servidor...”. Y no para repetirlo sin cesar como si fuera un papagayo, sino para practicarlo de verdad, para ejercerlo sin cesar.

Pronto se vio que Francisco quería realizar reformas en la Iglesia y además de calado. Venía del Sur, del Sur mundial y del Sur eclesial. Y comenzó a realizar cambios y a plantear alternativas doctrinales y de organización. Ecclesia semper reformanda, la Iglesia siempre en proceso de reforma, esto lo tenemos muchos católicos en el ADN de nuestras convicciones religiosas.

La Iglesia ha cambiado siempre a lo largo de las diferentes épocas de su existencia y lo seguirá haciendo si quiere ser fiel a sí misma y a los hombres y mujeres de cada coyuntura histórica. La fe hay que practicarla en la diversidad de las situaciones históricas y culturales y no hay más remedio que pensarla en cada actualidad para no repetirla como un corpus ideológico inmutable. Algunos piensan que la doctrina cristiana es inmutable, de la misma manera que en nuestros tiempos mozos los autoritarios y franquistas pontificaban con gran aspaviento que los

principios del Movimiento Nacional eran inmutables. De auténtica risa. Los principios del Movimiento inmutables, una contradicción evidente a todas luces. *Ecclesia semper reformanda*.

A mi modo de ver la incidencia de Francisco se ha manifestado de muchas maneras en todo el tiempo que lleva, pero yo lo voy a concretar fundamentalmente en tres puntos.

La Iglesia debe trabajar por la fraternidad humana, por la justicia social en el mundo. Debe ser voz de los hombres y de las mujeres empobrecidos y explotados, voz de los pobres sin más. Ese será su timbre de gloria, su distintivo más claro. Ese es un punto clave que proviene, mal que le pese a quien le pese, de los esfuerzos y planteamientos de la teología de la liberación. Quien persiguió a este movimiento, sabe que ni lo dobló ni lo tumbó. Sigue adelante, como movimiento creativo que es. Sin mucho ruido, pero sin descanso. Francisco lo avala. Gustavo Gutiérrez es reconocido. Francisco lo abraza. Y también Leonardo Boff y otros teólogos conocidos son rehabilitados.

Francisco insiste también en que la Iglesia salga de sus estructurados (y a veces estrechos) límites para abrirse a las fronteras. Y las fronteras son los lugares donde los cristianos debemos estar atentos a otras voces humanas para escuchar sus propuestas y sus palpaciones. Son las voces de la ciencia que no podemos ignorar. Ahí también se muestra la inteligencia y el empeño humano para conocer nuestro mundo y para construir adecuadamente nuestro hábitat. Y además sabemos que ahí se muestra el espíritu y el aliento Dios. Y son las voces de las reivindicaciones feministas que pugnan por una igualdad real de mujeres y de hombres superando concepciones y prácticas patriarcales muy enraizadas. Y acercarse a las fronteras de otras iglesias cristianas y de otras religiones, para abrimos a perspectivas y prácticas que pueden ser comunes o convergentes con nuestra fe. El Espíritu de Dios sopla donde quiere...

Y Francisco anhela una Iglesia participativa, sinodal, en la que todos los bautizados, más allá de nuestras funciones, vivamos una igualdad radical que se concrete en las estructuras de participación y de estructuración de la vida eclesial y del poder ejercido en ella.

Los conservadores suelen decir (sin sentido por otra parte, son poco demócratas) que la Iglesia no es una democracia. Yo acostumbro responder a esta afirmación falaz que la Iglesia es más que una democracia, es una fraternidad que se debe plasmar en sus estructuras. Nadie va a defender que la Iglesia se vuelva atea por los votos

de sus miembros, pero sí se debe estructurar el poder en la Iglesia de manera que se rompa el clericalismo y el jerarquismo vertical.

¿Acaso no eligen las órdenes religiosas de manera democrática a sus dirigentes? ¿Acaso no se elige a cristianos para ocupar determinados cargos y funciones en la Iglesia? ¿Acaso no hay un proceso de consulta popular para aspirantes a sacerdotes que deben cumplir determinados requisitos para poder ordenarse? ¿Acaso no son los cardenales los que eligen al Papa y se dice entonces que ha sido elegido por el Espíritu? Yo creo que Francisco diría conmigo: Bienvenidos los votos, las elecciones, las consultas; malditos los oscurantismos, los carrerismos, los amiguismos...

Por eso hay que seguir fomentando un pluralismo eclesial, que permita el que diferentes voces puedan expresarse en la Iglesia para poder responder con mayor sentido a los retos que la fe cristiana tiene en nuestra actualidad.

Los conservadores y tradicionalistas no suelen ser muy dados al pluralismo eclesial. Les molesta mucho que no se les obedezca cuando están en el poder y fácilmente acusan de desvío doctrinal o eclesial y hasta de legitimidad todo intento de novedad en lo doctrinal, en lo organizativo o en lo moral. Ellos son el cauce de la ortodoxia verdadera. En lugar de escuchar y valorar, para acertar en la misión que debemos cumplir, se saca el bulldozer para arrasar y liquidar todo lo que se mueve.

Existen movimientos y jerarcas de este tipo en la Iglesia católica que amenazan las lógicas planteadas por Francisco. Y además con poder, influencias y... dinero. No hay que dejarles campar a sus anchas, de manera que monopolicen la doctrina y el poder. Todo a la vez. Atención, porque nos estamos jugando la credibilidad global y la significatividad de nuestra Iglesia. Y con esto no se juega.

Por todo ello, me encuentro bastante identificado con estas palabras del director de cine Marco Bellochio que leí hace poco. Y además tienen un sentido mayor ya que proceden de un hombre que no se declara cristiano: “El Papa Francisco tiene una mente muy abierta. Dice siempre que hay que construir puentes y no muros. Es muy sensible al mantenimiento de la paz. Está tratando de hacer todo lo posible para contribuir al final del conflicto en Ucrania. Es una voz muy progresista, hasta el punto de que los políticos italianos se refieren al Papa en lugar de a otros líderes de la izquierda. Parece que los socialistas ya no existieran. Ni los marxistas. No existe una arquitectura ideológica en nuestro país y el Papa es el más izquierdista de todos ellos. Es el único en la sociedad

italiana que habla a favor de la acogida de los inmigrantes. Es tan abierto que ahora incluso habla a favor de la homosexualidad y del divorcio, personas que ya no están excomulgadas como antes”.

El desafío al que se enfrentan la fe cristiana y la iglesia es de una gran envergadura. Revitalizar la fe y hacerla significativa para la vida y la existencia de las mujeres y los hombres de nuestro tiempo es un reto acuciante y perentorio. A esto nos llama el Papa. A desplegar la solidaridad y la esperanza. Sin esperanza no hay futuro. Nos perdemos en las glorias del ayer y no activamos nuestra praxis cristiana fraterna. Y esto es poco cristiano. Por ello los cristianos debemos ser audaces. Y el Papa también. Lo esperamos como el agua del cielo. *Audaces fortuna iuvat*. Solo a los audaces les ayuda la suerte (o la providencia). Tenemos que ser la esperanza de los hombres y mujeres sin esperanza.

VÍCTOR RICARDO MORENO HOLGUÍN

GRACIAS A FRANCISCO, HAY UN OASIS DE ESPIRITUALIDAD PARA EL SIGLO XXI EN LA ESCUELA .S.A.L.M.O.S.

Las aguas refrescantes del Espíritu que anuncia el Evangelio han fecundado la tierra árida de la religiosidad sosa, para convertirse en huerto fecundo, por la palabra del papa Francisco. Solo bastó que la Carta *Laudato Si* fuera publicada, para generar inmediatamente la construcción de la sede el proyecto de Espiritualidad Integral de la Escuela de Contemplación .S.A.L.M.O.S. en Latinoamérica.

Sí. Las palabras de Francisco han tenido tanto poder como para comunicar el Espíritu de Jesucristo en muchos rincones del Continente de la Esperanza; aquí donde el Sopro Divino está despertando las conciencias de los creyentes que se habían adormecido, atrapados en el dogmatismo, el ritualismo y el clericalismo.

.S.A.L.M.O.S. nació en el pontificado de Benedicto, pero ha florecido y dado frutos con Francisco. El desarrollo humano integral, que es el propósito de la actual Fundación Salmos Espiritualidad Integral, ha bebido del diálogo teológico con las búsquedas actuales de la humanidad que ha predicado Francisco; se ha alimentado del diálogo intercultural en el que Francisco se ha posicionado como profeta del siglo XXI; se ha enraizado en la búsqueda del silencio contemplativo de la vía mística que tanto pide el papa Francisco; pero sobre todo, ha abrazado a todos, todos, todos, como lo pide Francisco en Fratelli Tutti, porque no quiere que algunos conviertan la Iglesia de Jesucristo, en una vulgar secta de fanáticos que se creen poseedores de la Verdad.

Las miles de personas que se han beneficiado y se seguirán beneficiando de una espiritualidad para monjes urbanos y místicos para el siglo XXI, se unen a los millones de quienes agradecen en todo el mundo el pontificado de Francisco.

El concurso internacional de Cuentos *Laudato Si*, que ha generado tanta inquietud y expectativa en tantas partes del mundo, y que nos ha dejado el primer libro con los mejores cuentos, ha sido recibido por Francisco con inmensa alegría: “¡Qué buena idea!”, exclamó agradecido el Papa que nos ha hecho soñar con el cuidado de la casa

común, con el trabajo fraterno con los más pobres y con una Iglesia que conoce el alma humana. De hoy en adelante, como continuidad de esta gratitud con Francisco, estaremos publicando nuestras meditaciones, con una perspectiva mística, para cada semana, desde nuestro canal de Youtube:

www.youtube.com/@fundacionsalmos2012

¡GRACIAS, FRANCISCO!

“VER CÓMO LE DEVOLVÍA LA DIMENSIÓN PROFÉTICA A LA IGLESIA AL COMIENZO DEL SIGLO XXI”: ESTE ES EL PORQUÉ DE MI APOYO A FRANCISCO

Es obvio para un cristianocatólico que cree en la Iglesia de Cristo fundada sobre la ‘piedra’=“Pedro”, y siente y vive su pertenencia existencial, en comunión con el Obispo y por él, en comunión con el sucesor de Pedro hoy Papa Francisco, no puede ser indiferente ante esta actitud contra el Vicario de Cristo...

En los primeros momentos de su elección al Pontificado experimenté el gozo de una brisa primaveral para la Iglesia y aunque no hubieron gestos de alegría ni signos de conformidad en la Iglesia Particular a la que pertenezco. En mi parroquia sonaron las campanas, porque era una elección que fortalecía la esperanza y confirmaba que mi modo eclesial de pensar y del accionar, no estaba fuera de camino y me impulsaba a seguir ese ritmo en la actividad pastoral renovada.

Mientras fui párroco, apenas se editó *Evangelii Gaudium*, la estudiamos con la comunidad parroquial, para iluminar con alegría las distintas tareas de la parroquia.

Pero lo que más me impulsa a amar y apoyar al Papa Francisco, es haberlo descubierto, cómo le devolvía la dimensión profética a la Iglesia que peregrina al comienzo del siglo XXI.

Ha hecho y hace el esfuerzo para que la Iglesia sea una Iglesia del “presente”, sin nostalgias del pasado, llevándola a vivir de la Palabra evangélica sin dañar la doctrina, para que camine serena y sin miedo hacia el futuro.

Y eso es justamente lo que la Iglesia y la humanidad actual necesita, Francisco es un “Profeta”, como los de la Antigua Alianza, un exegeta bíblico dice: “La materia prima de la profecía bíblica es la ‘actualidad’”, fueron profetas precisamente porque “supieron ser hombres de su tiempo”, particularmente sensibles al contexto social y religioso. Basta con leer a uno de los profetas Menores, como lo fue el “profeta Amós”, y nos damos cuenta, que

en los 10 años de pontificado, el Papa Francisco, supo ver y leer los ‘signos de los tiempo’ y actuar en consecuencia como “profeta”, lo podemos comprobar por los distintos hermosos documentos escritos, por sus viajes a lugares nada fáciles y por sus gestos cargados misericordia, sin equivocarme, Francisco: “Es un hombre de su tiempo”, de “nuestro tiempo”.

Los ‘instalados’, los ‘adormilados’, no pueden comprender los planes de Dios, y vemos con tristeza ‘alguna jerarquía’ como ‘laicos auto suficientes’ que se sienten grandes defensores de la fe, para atacar a la Cabeza del Cuerpo que es la Iglesia. Son agoreros de calamidades, y piensan que la Barca de Pedro se hunde irremediablemente si sigue este Papa, y se olvidan que Jesús el ‘Predilecto del Padre’ está presente en ella, y yo creo en esa presencia y por eso doy mi APOYO al Papa Francisco.

Ante Jesús Eucaristía, oro para que le dé la fortaleza de asumir ese martirio que le están haciendo vivir, aquellos que no han aceptado desde el comienzo, que un latinoamericano, un argentino, haya llegado a ser “Pastor de la Iglesia Universal”. Aquí podríamos decir que se cumple las palabras del Evangelio, Mt 13,57- Mc 6,4- Lc 4,24: “Todo profeta es despreciado en su pueblo, su familia y su casa”, el Papa Francisco, en su pueblo natal, ¿por cuantos “argentinos” es despreciado?, en su casa y su familia que es la Iglesia, ¿por cuantos “católicos” es despreciado?

Por eso me parece que no basta una oración personal por el Papa, posiblemente para muchos es suficiente hacerlo cuando se lo nombra en la liturgia de la Misa, lo cual indicaría un conformismo una inercia y apatía ante la situación de problemas y polarizaciones que vive la Iglesia.

Cuando la mirada de los cristianos sobre la realidad es sobrenatural, reconoce que toda crisis es oportuna para poder crecer y avanzar, como nos recuerda la *Lumen Gentium* n° 6, la “Iglesia edificación de Dios”, va creciendo sobre fundamento de los Apóstoles y sus Sucesores, en la medida que se vive en comunión, en obediencia, en fraternidad y en santidad.

FRANCISCO ES SOLAMENTE EL PROFETA

Con sólo repasar mentalmente lo que Jesús hizo y que narran los Evangelios, alcanza para descubrir que el Señor está lejos de ser una doctrina pura, una enseñanza rígida, una lista de cosas que cumplir.

Jesús, la persona viva que, siendo Dios se hace ser humano y que con su muerte y resurrección protagonizó el más maravilloso escándalo de amor que resignifica la humanidad toda, sigue vivo, sigue activo, sigue salvando, sigue estando cerca, sigue dando sentido a cada vida, cada persona de cada tiempo; sigue sembrando esperanza y sigue respetando sin límites el ejercicio de la libertad de todos aun cuando se ejerza mal.

Quienes pretendemos ser seguidores de ese Jesús, el Cristo, si algo no podemos, y hasta no tenemos derecho, es a escandalizarnos cuando se trata de considerar a las personas como centro de su amor y de su misión. Precisamente porque somos seguidores del gran escandalizador.

Jesús nos dejó en la Iglesia el instrumento de salvación, de camino a la felicidad, a través de su Palabra, de la Tradición que interpreta a este Jesús vivo y del Magisterio que actualiza la obra redentora en el hoy y ahora de cada tiempo. La historia y quienes la protagonizaron se encargaron de ir re-girando, deformando esa imagen de Iglesia hasta convertirla en juez y parte de cada historia humana.

Quizás esa pretensión de totalitarismo de la verdad haya hecho que hoy debamos lamentar que en su nombre se hayan producido abusos de poder, de conciencia, sexuales y otros más por parte de autoerigidos intérpretes de esa doctrina, olvidando –o quizás no tanto– que el modelo a mirar es Jesús, el que está vivo, siempre obrando y no el propio e inexistente poder. Dios permite todo para el bien. Quizás no estemos dándonos cuenta que permite lo que permite, estas crisis, para que levantemos la mirada, amansemos la soberbia del puro conocimiento y veamos más allá... es decir, más acá... es decir a las personas concretas.

Como decía un gran cura, santo y sufrido por vivir para la gente: “Dios nos dejó los sacramentos, pero sería necio pensar que para salvarnos se haya atado las manos con ellos”.

Esta mirada práctica y sobre todo cristiana, desafiante y realista nos conecta con el Dios vivo y cercano que salva más allá de la estructura. Y seguirlo es estar dispuesto a dejarse sorprender por Él. Porque si la estructura pasa a ser más importante que las personas para la que fue instituida, algo hemos entendido mal. Y en la historia sagrada han sido los profetas los encargados de hacer enojar, provocar, denunciar y sufrir las consecuencias de la tiranía en nombre de Dios.

Francisco es un profeta. Y se lo acepta o se lo combate. Nunca un profeta pasa inadvertido. Francisco – Bergoglio– siempre entendió su consagración no como una tarea de obediencia debida, sino como un estar atento a las necesidades concretas de las personas. Y de todas las personas, no solamente los “de Iglesia adentro”.

Somos misión, dice siempre que puede parafraseando a algún antecesor. Somos misión, lo que hacemos en favor de los demás según la elección que hemos hecho. No somos la medida de todas las cosas. No somos maestros en el sentido de los escribas y fariseos. No enseñamos doctrina teórica. Enseñamos, o mejor, anunciamos Evangelio, buena noticia viva. Y de manera concreta a personas concretas con gestos concretos.

Eso sí, para escuchar a un profeta, que más de una vez dirá lo que no queremos ni nos gusta escuchar, hace falta humildad. Pero de la verdadera. La que nos hace partir de lo que somos, no de lo que creemos ser.

Muchos que pensábamos esta Iglesia, que nos atrevíamos a soñarla, estábamos convencidos que no la veríamos. Y apareció Francisco. Que no se fija en sus pros y contras, que no cuida su “imagen” ni mide las consecuencias políticamente. Sino que hace lo que dice el Evangelio, durante tantos siglos manipulado a conveniencia por tantas personas “de Iglesia” que se arrogaron y se arrogan ser los verdaderos y únicos intérpretes del hijo de inmigrantes que hace su aparición desde una región postergada e infravalorada... Y no hablo de Bergoglio. Hablo de Jesús, hijo de una joven que resultó embarazada y de un carpintero, que decidieron instalarse en Nazareth.

Francisco es humano porque es un profeta. Es cercano y cotidiano porque es un profeta. Es práctico y habla al corazón de todos porque es un profeta. Defiende a los postergados, pobres y vilipendiados porque es un profeta. Y habla superando el miedo y el temor porque es un profeta. Y un profeta nunca es bien recibido en su tierra... es decir, tampoco en la Iglesia. ¡¡¡Basta!!!

Señores cardenales de cauda magna, de mirada intelectual y palabras soberbias en nombre de la teología; arzobispos con rostros adustos de enojo sobreactuado, algunos hijos de San Francisco de Asís a quien están haciendo quedar muy mal; obispos mediocres y tibios que prefieren callar en nombre de la prudencia cuando en realidad es cobardía; curas, consagradas y consagrados instalados en comodidades materiales que no permiten que les muevan las brasas de la fogata; cristianos que sabiendo bien qué hacer, se escudan en los de arriba...

Estamos en tiempos de Evangelio. De Jesusismo puro, de cristianismo jugado y valiente. Tan encarnado como siempre. O a favor o en contra. Pero no de Francisco, sino de Aquel a quien anuncia. Nunca pensamos que lo de Iglesia hospital de campaña y herida pudiera llegar a tanto... Menos mal, gracias a Dios que llega a tanto. Y ojalá que falte mucho más por entender. Francisco, devoto innegociable de la Virgen y de San José, es hombre de Eucaristía, de contemplación, de discernimiento, hombre de los hombres y de Cristo y a Él anuncia.

Optemos por Cristo, el verdadero, el de los Evangelios. Como si amar a Dios y al prójimo fuera un único mandamiento.

ESA ACTITUD TORCIDA... ESA FE PRIVATIZADA

Si de algo no se puede acusar a nuestro amado Papa Francisco es de dejarse gobernar por el “miedo”. El primero entre los obispos de todo el mundo ha demostrado, una y otra vez, el valor que anima al que pone la obediencia a la fe en Dios como principio rector de sus actos, cuesten lo que cuesten. De él podemos decir, parafraseando a Isaías, que es hermoso ver por los montes los pasos del que trae la buena nueva de la Paz y la obediencia al Reino de Dios.

Resulta curioso, sin embargo, los muchos ataques que escucho a la experiencia de nuestra Iglesia sinodal pregonada por Francisco, en la que se mira la fe en su relación esencial del amor al prójimo, de la convivencia entre los diversos, de la paz entre los unos y los otros. Esa fe en la que para que quepa uno, tienen que caber todos. Esa fe que nos requiere a todos a mirar con amor a cada uno.

No es que Francisco esté haciendo algo nuevo, pero sí lo está haciendo con una intensidad que me hace recordar a cuando Juan XXIII estremeció al mundo creyente con la convocatoria al Concilio Vaticano Segundo. Este Papa no pone en tela de juicio los fundamentos de la fe, pero nos requiere que revisemos la forma en que decimos cumplir con la fe en nuestra relación con el mundo que tenemos hoy. La velocidad con la que avanza hacia el porvenir nos hace correr hasta el agotamiento, pero él no se cansa.

¿Por qué tanto ataque? ¿Por qué escucho decir que el Papa Francisco trastoca tal o cual asunto sobre el que no debería haber discusión? ¿Por qué tantos que critican que la Iglesia no tome posiciones de denuncia de lo injusto y de defensa de los marginados guardan silencio cómplice con los que quieren que la iglesia bendiga las opresiones?

Llevamos demasiado tiempo acostumbrados a la “privatización de la fe”. Son muchos los que pretenden que los seres humanos que abrazan la fe se lancen al vacío para que los ángeles los protejan, que oren y pidan a Dios, pero ni siquiera pongan en duda los “consejos del demonio”.

En alguna medida, esa actitud torcida tiene que ver con la noción, compartida por muchos, de que el ámbito de la fe es privado de cada persona. Eso nos ha ido empujando a una apariencia de fe en Dios que, en realidad, es una colección de supersticiones y una paganización de los rituales que pretenden vendernos la salvación como asuntos mágicos extraterrenales. Por supuesto, tratar de convertir la fe y la salvación en bienes de consumo individual es abrir las puertas a los comerciantes. Poco a poco, convertimos la casa de oración en una “cueva de ladrones”. Es curioso cómo estamos en tiempos en que hay tanto mercader en el negocio de vender la salvación como si fuera un producto de mercado, mientras a la vez las leyes fraudulentas del mercado promueven tanta matanza y destrucción a través del mundo.

Los fundamentos de la fe, según promovidos por el Papa Francisco nos invitan a pensar que para la salvación es necesaria la convivencia y la misericordia en el amor que genera comunión. Nos llevan a pensar que detrás de cada pecado de pensamiento, palabra, obra y omisión, siempre hay otro ser humano pagando nuestra falta de acción verdaderamente guiada por la fe, es decir, nuestra falta de valentía.

“La salvación es individual”, dicen los promotores de esa “falsa fe privatizada”, mientras Cristo nos requiere “dos o más reunidos en mi nombre”. Nos convoca siempre a la COMUNIÓN de VIDA. ¡¡¡Somos comunidad!!!

PRIMERO CON EL PAPA FRANCISCO LOS PROCESOS PARA EL FUTURO PASTORAL DE LA IGLESIA

Apoyamos al sucesor de Pedro porque sigue evangélicamente los pasos de su misión: construir puentes. El Papa Francisco no se posiciona como un mesías autorreferencial o eclesialístico, y sí como un seguidor de los pasos de Jesús y dispuesto a construir las bases del Evangelio. A la construcción de este puente la llamó una Iglesia “en salida”, siempre contenta y dispuesta al encuentro. Por tanto, vivimos en un tiempo privilegiado para que la Iglesia dialogue con las cuestiones y demandas humanas, sin miedos ni condenas.

Las críticas a su pontificado son expresiones contrarias al Evangelio y al cierre cómodo, que no sana y se distancia de la gente. Esta distancia con la frágil envoltura de vestimentas clericales, cánones, velos, repeticiones doctrinales tridentinas que ocultan las fugas reservadas a la confesión y personas manipuladas. Lamentablemente, el clericalismo se perpetúa por la necesidad comercial y de la “auto-salvación”, que obstaculiza tanto a los buenos sacerdotes como a los fieles. Subrayo que para ellos hay obstáculos, ya que el miedo o el desconocimiento de las letras del Evangelio les impiden construir nuevos caminos.

¡Por eso apoyo al Papa Francisco! Nos invita a la audacia y a la valentía del Evangelio para salir en dirección las periferias reales y existenciales, permitiendo la opción de encontrarnos, escucharnos y inclinarnos. Esta elección motiva a construir puentes sólidos, diferentemente de remendar la Iglesia. Su coraje al ser criticado por hacer puentes es la construcción en el tiempo y no en las estériles discusiones del espacio.

Con Francisco apoyamos este momento favorable. Este tiempo favorable se llama *Evangelii Gaudium*, pues esta exhortación apostólica del Papa Francisco ha sido una brújula para la Iglesia en este tiempo de acelerado cambio de época (LS 101). Su norte es una Iglesia alegre y misionera que no pretende permanecer cerrada, enfermando y convirtiéndose en rehén de sus mezquinos intereses. Tal mezquindad alimenta la vida clerical y a los agresores político-religiosos, porque con sus intereses creados necesitan atacar para sobrevivir.

El escrito papal trae el remedio y el enfoque para la Iglesia, que se materializa en relaciones de cercanía, escucha, discernimiento, reflexión y salir se sí mismo. El Evangelio de la alegría (*Evangelii Gaudium*) presenta el itinerario pastoral teológico para que la Iglesia se renueve misionalmente. La propuesta de la Iglesia “en salida” acerca y da credibilidad al diálogo con la humanidad, como la cuestión de las migraciones, el cambio climático, el cese de las guerras, las causas de la pobreza y el respeto a las particularidades humanas.

Desde el inicio de su pontificado, el Papa Francisco ha construido puentes dentro y fuera de la Iglesia. El Sínodo sobre la sinodalidad ha sido el encuentro de varios puentes que dialogan sobre las diversas cuestiones que surgen en la evangelización. Los pasos dados en este proceso sinodal comenzaron a darse con la claridad de llevar la periferia al centro de la Iglesia, de perder el miedo, de arriesgarse en la evangelización, de hablar de los diferentes temas de la humanidad, del encuentro con las religiones, de la pobreza para que la Iglesia esté con los pobres, la centralidad de la palabra de Dios y la lucha contra el clericalismo. Lo que la Iglesia ha procesado en esta década estaba anteriormente oculto y era objeto de controversias controladoras.

Con Francisco apoyamos y primereamos esos procesos. Iniciar procesos es el camino hacia la renovación eclesial, que permita construir pautas necesarias para la misión y la humanización. La práctica de rebajar realidades para involucrarse en los problemas requerirá escuchar a quienes sufren el dolor del descarte. Un ejemplo de esta sinodalidad pastoral fue la *Fiducia Supplicans* y el intento de investigar la pastoral de calle del padre Júlío Lancelotti en la Arquidiócesis de São Paulo. Estos dos hechos denuncian la hipocresía religiosa y política y, al mismo tiempo, como piensan clérigos y creyentes, las diversas manifestaciones sacan a la luz a los moralistas-estafadores y a los implicados en los problemas tratados.

Muchas Iglesias en el proceso sinodal y los obispos discuten cómo acoger a las parejas homosexuales y a los recién casados (ya presentes en *Amoris Laetitia*). Los Sínodos de los Obispos celebrados durante el pontificado de la Iglesia “en salida” permitieron a partidarios y críticos expresarse en estas situaciones, que exigen una posición pastoral de la Iglesia. Escribo una posición pastoral, ya que en diferentes comunidades e iglesias particulares existieron muchas iniciativas y prácticas pastorales que acogen y acompañan a los homosexuales y a las nuevas uniones. Sin embargo, este kairós eclesiológico propone que los pastores y los teólogos contribuyan y proporcionen fundamentos y reflexiones, para la Iglesia cuidar de los heridos y descartados. Por tanto, la rica contribución de estas situaciones pastorales llevadas a un Sínodo con clérigos y laicos indica que los procesos sinodales iniciados permiten renovar nuevos caminos.

En los “pontificados de cajón” se ocultaron o silenciaron los temas que requerían diálogo y escucha abierta. Los problemas de pedofilia, abuso y homosexualidad entre el clero se resolvieron con el corporativismo clerical. Lo más extraño es que clérigos homosexuales o promiscuos se conviertan en los grandes jueces aduaneros y no bendigan a los homosexuales, personas en nuevas nupcias y son aliados con políticas conservadoras. Quitar estas aduanas significa crear procesos de escucha y participación basados en la verdadera doctrina católica: los Evangelios. El teólogo von Balthasar describe en su obra “Católico” que Jesús fue el mayor católico de la historia, pues supo romper fronteras e incluir a personas despreciadas por el sistema político y religioso de los legalistas de la Ley.

Incluir a todos abre los ojos, el corazón y las manos a personas concretas, haciendo posible ver que hay muchas personas necesitadas de nuestra misión evangélica, y no quedar sujetos a la tensión de los polarizadores. Estas tensiones nos quitan alcance de la misión samaritana, de la unidad y del todo.

Por lo tanto, apoyo al Papa Francisco que da testimonio de que construimos este puente seguro y necesario para la Iglesia. Enfermarse y permanecer encerrado en las confrontaciones no ayudará a superar los conflictos, sin embargo, ponerse “en salida” involucrándose en los temas de las ovejas.

FRANCISCO Y EL ESCÁNDALO DE LA MISERICORDIA

Recuerdo al cardenal Bergoglio, hoy Papa Francisco, que en cada ordenación sacerdotal decía en su homilía a los ordenandos: “No se cansen de ser misericordiosos”. Con el pasar del tiempo pude comprender y sigo comprendiendo la hondura de estas palabras. Todo su ministerio sacerdotal estuvo marcado por la misericordia, por eso, desde el inicio de su pontificado Francisco dirigió la mirada de la Iglesia a la misericordia de Dios. Su magisterio pontificio puede comprenderse desde y por la misericordia de Dios, siendo él mismo quien se dejó misericordiar por el Señor.

Hoy, cuando recibe fuertes críticas por ser misericordioso, se me vienen a la mente algunos versículos evangélicos como estos: “¿Este come y bebe con cobradores de impuestos y con pecadores?” (Mc 2, 16); “Al ver esto, el fariseo que lo había invitado pensó: ‘Si este hombre fuera profeta, sabría quién es la mujer que lo toca y lo que ella es: ¡una pecadora!’” (Lc 7, 39); “Los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: ‘Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos’” (Lc 15,1).

Los fariseos y escribas de ayer y de hoy parecen escandalizarse de la misericordia. Una última muestra de esto fueron algunas reacciones ante la Declaración *Fiducia Supplicans* donde la posibilidad de una simple bendición pastoral y de auxilio a quienes la solicitasen generó ríos de tinta en diversos ámbitos de la Iglesia manifestando su disenso.

Me llamó la atención por parte de algunos de sus detractores, la falta de reflexión sobre la teología de la bendición. Vale recordar lo que el Papa Francisco señalaba en *Gaudete et Exsultate*: “Quiero recordar que en la Iglesia conviven lícitamente distintas maneras de interpretar muchos aspectos de la doctrina y de la vida cristiana que, en su variedad, ‘ayudan a explicitar mejor el riquísimo tesoro de la Palabra’. Es verdad que ‘a quienes sueñan con una doctrina monolítica defendida por todos sin matices, esto puede parecerles una imperfecta dispersión’” (Nro. 43).

Hay quienes interpretan la bendición solo en un contexto litúrgico y sacramental o como una acción que tiende a convalidar una determinada situación como las parejas en situación irregular, pero en su reflexión teológica olvidan que la bendición es una invocación a la grandeza de Dios y su misericordia. Por lo cual lejos de convalidar, como sucede en la bendición del matrimonio, la bendición puede ser invocada como un pedido de auxilio a Dios que ayuda a acrecentar la Fe y la confianza.

Me pregunto si esta mirada teológica no responde a una “mentalidad pelagiana o semipelagiana, aunque hablen de la gracia de Dios con discursos edulcorados ‘en el fondo solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico’” (*Gaudete et Exsultate*, Nro. 49).

La declaración del Dicasterio para la Doctrina de la Fe aclaraba que estas bendiciones no son más que un simple gesto que expresa la maternidad de la Iglesia y son un auxilio a los fieles para crecer en la confianza en el amor misericordioso de Dios Padre (Nro. 36; 39 y 40).

La misericordia solo escandaliza a quienes entienden con rigidez la doctrina siempre perenne de la Iglesia. Vale recordar que si bien no hay evolución en el magisterio si existe un crecimiento en la profundización y comprensión de la verdad (Lc 16,13).

Sin misericordia se estaría diluyendo la verdad del Evangelio, vale recordar en este punto las palabras de apertura del Concilio Vaticano II del Papa Juan XXIII: “Una cosa es la substancia de la antigua doctrina, del *‘depositum fidei’*, y otra la manera de formular su expresión; y de ello ha de tenerse gran cuenta –con paciencia, si necesario fuese– ateniéndose a las normas y exigencias de un magisterio de carácter predominantemente pastoral”.

Quizás es bueno recordar cuánto escándalo causó que el Papa Juan XXIII dijera que “la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad” que para nada diluye la verdad cuyo centro es la misericordia.

Ojalá como Iglesia no nos cansemos nunca de ser misericordiosos.

SEÑORES OBISPOS ESPAÑOLES, MENOS HUMOS Y MÁS HUMUS

Cuanto más me acerco, leyendo, al pensamiento y a las actitudes de algunos obispos españoles y al grupito de cardenales que, ya sin careta, declaran públicamente la guerra al Papa Francisco, calificándole de hereje, tanto mayor es mi asombro. Felizmente, ni unos ni otros me escandalizan, porque tengo mi forma de pensar y he combatido en muchos frentes, por lo que mi piel, y sobre todo mi conciencia, aguantan sin miedo sus disparos y los rasguños de sus diatribas.

Lo triste es que una gran masa de creyentes sencillos van como corderos tras estos lobos con piel de oveja y con cuernos de castrón, quienes, ahítos de poder omnímodo e inmisericorde, intentan someter las conciencias y las mentes del rebaño o grey que presiden (no pastorean), sin admitir más pensamiento que el de su ideología, con la que quieren seguir gobernándonos a todos, no aceptando, (como en tiempos pasados), puntos de vista diferentes y otras formas de convivencia dentro de la comunidad de creyentes.

Resulta llamativo que se pueda bendecir una nueva oficina bancaria, una casa, una iglesia, una nave de trabajo, una residencia..., lugares todos ellos donde se pueden hacer cosas bellas, hermosas, y, por supuesto, también mantener conductas aberrantes, tomar decisiones delictivas, cometer atropellos de todo tipo y gravedad..., pero no se puede bendecir a una pareja de personas (varones o mujeres), que quieren convivir juntos, para ayudarse, para quererse, para apoyarse y liberarse de la soledad que mata...

El día de san Antón se pueden bendecir todo tipo de animales (y mira que algunos hacen –alguna vez– animaladas, hasta matan a sus dueños); pero, pero, pero... no se puede bendecir a parejas del mismo sexo porque pueden dormir juntos, comer juntos, estudiar juntos, trabajar juntos, convivir sanamente...

Señores obispos y compañía, ¿no mantienen alguna de esas conductas todos ustedes? ¿O viven como eremitas o estilitas? ¿No creen ustedes que se están pasando de rosca, en nombre de no sé qué principios o valores? Vamos a

ser más respetuosos todos..., ustedes, autoridades, los primeros, y dejen de meterse en las conciencias de cada uno de sus fieles: sean orientadores sensatos, no insensatos inquisidores, pues saben de lo que saben y desconocen, por lo visto, bastante de muchas cosas.

¡Ah, pero mira que les gusta pontificar! Menos humos y más humus, pisando el mismo polvo del camino que el común. Con esas ínfulas se van a quedar más solos, cada día que pasa y, al último le va a tocar cerrar la puerta de su “palacio”, porque no tiene sucesor. ¡Qué triste! Con la necesidad que tenemos de buenos pastores en estos tiempos de “trashumancia” de creyentes.

Me parece que estos aguerridos monseñores (señores de quién, de qué, para qué, ya está bien de títulos y capisayos del tiempo de los romanos, de Constantino; ya está bien de reverencias y genuflexiones o besamanos. Un tú a tú respetuoso, un caminar juntos (sín-odos), un pensar juntos, sin imponer pensamientos propios. Creo que fue nuestro poeta Antonio Machado el que dijo con sorna o sabiduría, o ambas cosas: “De diez cabezas, nueve embisten y una piensa”. Ustedes, que embisten contra el Papa Francisco, me parecen más irracionales y menos nobles que los toros de Miura. Éstos se mueven por el instinto, ustedes, por afán de poder, por orgullo o por temor a perder su estatus.

Sin acritud y sin perderles el respeto, les digo que me gustaría que usaran la cabeza para pensar y admitir que el pensamiento lleva, puede llevarnos, a conclusiones diferentes, pero no a “quítate tú porque quiero ponerme yo”. Un pastor no es oveja, pero las cuida a todas con cariño y con respeto, sobre todo a las más frágiles, a los corderos, por ejemplo, no dejando que se los como el lobo. Creo que me explico y ustedes, muy inteligentes, me entienden, aunque no pensemos lo mismo.

Cuando era más joven, leyendo unos comentarios de un “monseñor” que calificaba al obispo Casaldáliga de “pobre cura poeta”, me quedé descolocado y, leyendo más, observé que al citado “monseñor” le desagradó mucho que el bueno y sencillo de D. Pedro aceptó como báculo en su consagración episcopal un remo de barquichuela de los indios Tapirapé, tribu perteneciente a la diócesis de Sao Felix do Araguaia. Desde entonces empecé a valorar mucho más al bueno y humilde pastor Casaldáliga que a todos los monseñores y cardenales enojados, con cruces y anillos de oro y plata y con báculos de similares metales, costosísimos, que los distanciaba del real pastoreo evangélico. Ahí lo dejo por hoy. El que quiera entender, que entienda.

HERMANO FRANCISCO, REZO POR USTED Y POR ESTA IGLESIA QUE AÚN NO HA APRENDIDO A SER MADRE

Hermano Francisco. Permítame que le llame así, porque así lo siento. Es la primera vez que siento a alguien tan importante, tan lejano, pero a la vez, tan cercano, como hermano y padre, siempre acogiendo y escuchando a las personas.

Mi nombre es Ana Bou, seguro que de oídas algo le suena, por las veces que me he dirigido a usted, pero esta vez lo hago con un sentimiento de pena, de dolor por lo que está sucediendo en nuestra madre Iglesia. Las madres acogen, perdonan, están pendientes de sus hijos, dan sin esperar nada a cambio, pero a esta Iglesia, aun le queda camino por recorrer para ser madre...

Me duele que esté en el punto de mira a raíz sobre todo del documento *Fiducia Supplicans*. Me duele que aún haya gente que se crea en posesión de la única verdad, y estoy segura, que ni siquiera han hecho el esfuerzo de leerlo con atención y detenidamente, y como resultado, el dolor provocado a su persona y una polémica innecesaria.

Nos encontramos con un auge extremo de personas tradicionalistas con un significativo aumento. Obispos, sacerdotes que aprovechan su “estatus” para extender la polémica, juzgando y condenando, creyéndose poseedores de la verdad y dividiendo a la Iglesia.

Recuerdo su elección como sucesor de Pedro y cómo comenzó invitándonos a rezar por usted... “Se despojó de su rango...” (Filipenses, 2), actitud que usted tomo desde el primer minuto...

La iglesia necesita aprender a ser más humilde, a dejar a un lado las ostentaciones en todos los sentidos, celebraciones y ropajes porque eso no es el Evangelio de Jesús de Nazaret. Él nos invita a estar siempre en salida, a ensuciarnos las sandalias, a tender la mano, acoger, escuchar, a estar junto al que más lo necesita. Eso en la vida religiosa siempre ha sido ejemplar.

Él siempre bendice, no condena, y usted, desde el primer momento, nos ha demostrado que el Evangelio está por encima de los ritos, de las normas... que la persona está por encima del sábado y que de lo que nos van a examinar, será de las veces que hemos tendido la mano, bien claro nos lo dice Mt 25, y no del incienso, de las campanitas y de tantas otras cosas que en pleno S. XXI, ya no tienen sentido...

Usted nos ha demostrado que otra iglesia es posible, desde abajo, desde su cercanía, desde su vida entregada a pesar de su salud.

La oración mueve montañas, así lo creo, y así lo hago. Rezo por usted, por esta Iglesia que aún no ha aprendido a ser madre ni ser un lugar donde todos tengamos cabida, un lugar de misericordia.

Que Jesús de Nazaret y Nuestra Madre sigan sosteniéndole cada día.

EL PAPA FRANCISCO, PIEDRA DE ESCÁNDALO

Lucas, al comienzo de su evangelio, nos presenta esa escena tierna del anciano Simeón cogiendo en brazos al Niño Jesús y entonando el “*Nunc dimittis*” (“Ahora ya puedes, Señor, dejar morir tranquilo a tu siervo...”). Pero el final es trágico: anuncia que ese niño será signo de contradicción en Israel y, como consecuencia, una espada de dolor atravesará el corazón de su madre, María (Lc 2,34-35).

Con toda seguridad, cuando el papa Francisco fue elegido, por el voto de la mayoría de los cardenales en 2013, ni se imaginó que, con el tiempo, iba a ser también él “signo de contradicción”, “piedra de escándalo”, en la Iglesia, comenzando por los cardenales que lo estaban eligiendo para poner en práctica “las recomendaciones que le habían dado”, el renovar la Iglesia, comenzando por la Curia.

Hoy, creo, nadie duda que Francisco se ha convertido en esa piedra de escándalo y seguro que, queriendo o buscando la unidad, está generando la división. Pienso –lo veo así– esa división real, que ya nadie deja de ver, es a causa de su consecuencia, de querer llevar a la práctica las recomendaciones, el pedido que le hace la mayoría antes de entrar al cónclave. (¿Fue su elección debida a su firme postura ante el terrible informe que el papa Benedicto había encargado a tres cardenales? Algunos creemos que sí.) Lo cierto es que nunca, en tiempos recientes, cardenales, obispos, sacerdotes y connotados laicos, se habían atrevido a oponerse tan abiertamente al Papa; nunca nadie, en época reciente y desde dentro de la Iglesia, había afirmado que el Papa era un hereje.

El colmo –por ahora– ha surgido ante el aval del Papa a la declaración *Fiducia Supplicans* del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, que preside el cardenal argentino Víctor Manuel Fernández, y que ha provocado, incluso, que un obispo, en nuestro Perú, haya avalado que sus sacerdotes recojan firmas para que el Papa retire la suya del documento.

Ello, por el lado contrario, ha suscitado cientos de artículos de teólogos y muchos miembros de iglesia pidiendo al

Papa que no dé ni un solo paso atrás, pues sería traicionar a la verdadera Iglesia de Jesucristo. Entre los últimos, está la campaña llevada a cabo por el portal español de Religión Digital llamando a pronunciarse a favor del papa Francisco y todos sus serios intentos de renovación de la Iglesia. Lo han hecho y lo siguen haciendo, consecuentemente, defendiendo –suponemos– no solo ni principalmente a Francisco, sino lo que él significa en nuestro mundo religioso.

Pareciera que el propio Francisco, con una paciencia y un aguante únicos, estaría cargando sobre sus anchas espaldas las críticas y sonriendo ante los apoyos hacia él mostrados, que se afirma en la convicción de que el Señor le ha colocado ahí, siendo ese signo de contradicción. Ningún gesto de irritación o de amargura, ninguna señal de vanagloria o soberbia; pareciera impassible siguiendo lo que cree es su camino.

Somos muchos los que estamos con él, no por sumarnos a uno u otro lado de la polémica, sino porque sentimos que es él el que está mucho más cerca del evangelio, el que promueve una Iglesia mucho más cercana a lo que Jesús quiso para sus seguidores. Sentimos, por el otro lado, la defensa del “siempre se hizo así”, la defensa de principios fríos y “eternos” frente a las personas que sufren, sienten y padecen, la defensa de un Dios lejano y juez y no un Dios cercano y misericordioso...

Vemos en el actuar de Francisco esa Iglesia que él mismo ha definido como “en salida”, “de puertas abiertas”, “samaritana”, hospital de campaña”, “peregrina y en búsqueda”, “que se accidenta por salir”, que “se embarra y se mancha”, frente a esa otra iglesia que se nos quiere imponer como firme y sólida en sus posiciones de siempre, que ya lo sabe todo y segura en sus verdades y certezas, una iglesia encerrada en sus templos y capillas y a la que poco le importan las personas que tocan la puerta buscando “algo” o que se alejan, sin más, una iglesia a la que no le preocupa quedarse vacía con tal de permanecer pura, incontaminada.

Son los defensores de esta concepción de Iglesia los que, según la teóloga laica colombiana Consuelo Vélez ven al diablo por todas partes y lo culpan de que “la Iglesia está como está”. “Lo que es verdad, dice Consuelo, es la falta de coraje para emprender las acciones necesarias para transformar la mediocridad, el atraso y tantas otras realidades que afectan a la iglesia”. No es verdad que la culpa sea del diablo para que “los jóvenes estén cada vez más alejados de ella. Es verdad que nuestros lenguajes, rituales, visiones, mediaciones, explicaciones, narrativas, etc., están tan caducos que los jóvenes no logran entender de qué hablamos y qué queremos decir”.

No es el diablo el que hace que “las mujeres se estén alejando cada vez más de ella. Cuando las jóvenes van a la Iglesia no encuentran una iglesia experta en feminismo, género, derechos para las mujeres, violencia contra la mujer, etc. Y no es verdad que las mujeres se están perdiendo por esas ideologías”. No es que el diablo haya metido el rabo o las patas y “por eso los movimientos sociales rechazan muchas veces el estamento eclesial y ya no son los dóciles líderes que se refugian en las enseñanzas de la Iglesia. Es verdad que los movimientos sociales crecen y conquistan derechos y, muchas veces, defienden más la dignidad de las personas y los pueblos y hablan más del bien común y la solidaridad y los derechos humanos que las instancias eclesiales”.

Por eso en “la Iglesia que muchos soñamos” (título de uno de mis últimos libros) nos seguimos preguntando y con justa razón: “¿Qué estamos haciendo o dejando de hacer nosotros para que se vayan o se alejen?”. “¿Cómo ofrecer espacios donde esas personas se encuentren y se realicen?”. “¿Qué rostro tendrá que mostrar la Iglesia para ser atractiva a esos sectores?”.

Está claro, quienes hoy están enfrentados no son el papa Francisco y unos cuantos que se la tienen jurada y se oponen a todo lo que diga o haga. Están enfrentados distintos modelos de iglesia: por un lado, modelos que consideramos pre-concilio Vaticano II (un modelo clerical y piramidal, junto con otro de Iglesia centrada en sí misma, fin ella) y otros, post-Concilio Vaticano II (Iglesia Pueblo de Dios y al servicio del Reino: medio, no fin en sí misma).

Hay unos que quieren que la Iglesia no cambie nada y que todos la acepten tal cuál, aferrándose a esos modelos preconciliares, y otros que quieren que la Iglesia vuelva a ser mucho más cercana al Dios Misericordioso del Evangelio, no al Dios Juez y Castigador ¿Demasiado simple? Es posible, pero creo así se entiende mejor. Y Francisco, por suerte, es también de los que habla y actúa para que se le entienda. Por eso es fácil atacarlo; por eso exhibe sus flancos por donde lo atacan y él ni se defiende casi; pero ahí estamos muchos para defender no a él sino al modelo de iglesia que a diario nos presenta. A nosotros nos interesa más el que —al vernos y oírnos— y sigan al Señor Jesús que el mantenernos firmes en nuestras posiciones de siempre, el defender “nuestras” verdades.

EN DEFENSA DEL PAPA FRANCISCO, UN PROFETA QUE INCOMODA

Todos los bautizados somos sacerdotes, profetas y reyes; pero en cada uno de nosotros domina alguna de estas funciones. Se entiende por profeta a la persona que dice lo que la divinidad le ha inspirado, al que, llevado por la acción del Espíritu de Dios, analiza la realidad que vive, discierne si está de acuerdo con los planes divinos y clama para que esa realidad cambie y se acomode a la voluntad de Dios. Por obispo (*episkopos*), y el papa es obispo, se entiende al inspector o vigilante de la comunidad. Él predica y enseña, juzga y dirige la Iglesia local o universal.

Normalmente la profecía ha servido para corregir la organización de las instituciones, de las comunidades y los pueblos. Corrección que ha traído consigo el rechazo, la persecución y hasta la muerte. “Ningún profeta es bien recibido en su tierra”. El responsable de una comunidad, iglesia o pueblo, da seguridad, tiende a conservar, es realista. El profeta desestabiliza, siembra dudas, abre caminos nuevos, ama la utopía, anhela lo deseable todavía no existente.

Por regla general, aunque siempre hay excepciones, en los Papas ha dominado más la función de *episkopos* que la de profeta. Su corte, la curia, ayuda a la conservación y a evitar desviaciones. Unos están más preocupados de la ortodoxia (que no haya desviaciones doctrinales), otros de la ortopraxis (que las formas de vida no se desvíen del plan de Dios).

En este Papa, según mi opinión, se da un dominio de la profecía para desconcierto de una parte de la Iglesia que desconfía de todo lo que se mueve. Algunos prefieren el dominio de la profecía, la apertura a formas nuevas de vida y de organización, la escucha de la voluntad de Dios en cada momento de la vida, aunque desestabilice. Otros apuestan más por la conservación, la estabilidad, la inspección o vigilancia de unas esencias que consideran inmutables.

En algunos, muy pocos, la motivación para que nada cambie se basa en la conservación de sus privilegios; pero en la mayoría lo que existe es un “miedo a la libertad”, un temor a lo que se mueve. Por esta razón en las épocas de crisis hay una tendencia mayor a conservar, a mantener la estabilidad, que a la apertura de nuevos caminos. ¡Qué importante es vivir a fondo la libertad de los hijos de Dios!

Creo que, a la luz de estas reflexiones, se entiende el momento actual de filias y fobias en torno a este Papa. Los menos, pero muy poderosos, quieren parar el movimiento porque temen perder privilegios, honores y dinero; los más, nada poderosos, con fobia hacia el Papa, temen perder la pequeña seguridad que los sostiene. ¡Qué importante sería recordar el mensaje evangélico: “No temas, rebañito menudo, que vuestro Padre ha decidido daros el reino” (Lucas 12, 32).

El Espíritu de Dios, que se cuela por cualquier rendija que le dejamos, nos ha regalado este Papa para un momento difícil de la Iglesia. Yo he recibido con alegría este regalo, a pesar de vivir una realidad eclesial no exenta de contradicciones.

Se escribe mucho sobre este Papa a favor y en contra. Sólo he querido dar unas claves para la interpretación. Veamos de dónde vienen las fobias hacia el Papa y, también, las filias. Después, discernamos. ¿Qué nos está diciendo hoy el Espíritu? Escuchemos su voz y abramos la puerta a la irrupción en nuestras vidas.

MUCHAS GRACIAS POR TODO, HERMANO Y PAPA ACOGEDOR

Querido hermano y Papa Francisco:

Me enseñaron desde muy pequeño que “es de bien nacidos ser agradecidos” y quiero mostrar con esta sencilla carta mi agradecimiento a Dios por haberte puesto como Pastor de la Iglesia el 13 de marzo de 2013 y a ti por haberle respondido con tanta generosidad, diligencia y eficacia a lo largo de estos ya casi once años de pontificado.

Recuerdo todavía impresionado cuando, recién elegido Papa, te asomaste al balcón de la Plaza de San Pedro y pediste la bendición a la multitud allí congregada, inclinando la cabeza. Fueron unos instantes de oración intensa y toda una declaración de intenciones. Muchas veces después has insistido y sigues insistiendo en que “recen por mí”.

Pocos días después, en una audiencia con los cerca de seis mil periodistas que cubrían la información del cónclave y tu elección, les contaste por qué habías escogido el nombre de Francisco con mucha espontaneidad: “Durante la elección, yo tenía a mi lado al arzobispo emérito de Sao Paulo y prefecto emérito de la Congregación para el Clero, Claudio Hummes, un gran amigo. Cuando la cosa se ponía peligrosa, él me confortaba... Y cuando salieron los dos tercios de los votos, los cardenales aplaudieron, porque ya había Papa. Hummes me abrazó y me dijo: ‘No te olvides de los pobres’. Y aquello se me grabó... En relación a los pobres, pensé en Francisco de Asís. Francisco, el hombre de la pobreza, de la paz, el hombre que ama todo lo creado... ¡Cómo me gustaría tener una Iglesia pobre y para los pobres!”.

Y, al hablar del papel del sucesor de Pedro, dijiste algo que puede parecer una obviedad, pero que no está de más tenerlo siempre presente: “Cristo es el centro, no el sucesor de Pedro. Cristo es el centro, la referencia fundamental, el corazón de la Iglesia. Sin Él, la Iglesia no existirá, como ha repetido muchas veces Benedicto XVI”.

Quiero darte las gracias, porque aquellos gestos y aquellas palabras iniciales han sido y están siendo una constante en tu pontificado. No fueron unas palabras y unos gestos de cara a la galería, sino auténticas inspiraciones del Espíritu que has hecho y haces realidad cada día con tantas palabras y con tantos gestos que no se pueden resumir en una breve carta. Tu empeño franciscano en construir “una Iglesia pobre y para los pobres”, en tender puentes para una paz tan deseada como lejana, en preocuparte por el cuidado de la Casa Común, etc. es un aldabonazo en la conciencia de la sociedad y de la Iglesia. ¿Te escucharemos y te haremos caso? Quiera Dios que así sea por el bien de la sociedad y de la Iglesia. Es muy de agradecer tu firmeza en la esperanza de la llegada del Reino, en este momento tan complicado de la historia que nos está tocando vivir.

Hay otras muchas cosas por las que quiero expresarte mi agradecimiento: por el dinamismo sinodal en la Iglesia que has reavivado y has puesto en marcha frente al clericalismo, por tu insistencia en que salgamos de la autorreferencialidad y propiciemos una Iglesia en salida hacia las periferias geográficas y existenciales, por tu apuesta por una Iglesia hospital de campaña y samaritana, por tu práctica firme contra la lacra de los abusos sexuales en la Iglesia, por el rostro del Dios misericordioso que nos transmites continuamente con tus palabras y tus gestos y que ha tenido su última expresión en la Declaración *Fiducia supplicans*, etc.

Y, finalmente, como Delegado Episcopal de Pastoral de la Movilidad Humana (Migraciones) de la Diócesis de Madrid, quiero expresarte mi especial agradecimiento por tu sensibilidad y tus gestos ante la realidad de las personas migrantes y refugiadas.

Recuerdo muy bien que tu primer viaje fue a la isla de Lampedusa el día 8 de julio de 2013, pocos días después de que una lancha neumática con más de 500 mujeres, hombres y niños, procedentes de África, se hundiera frente a la costa de la isla. Celebraste la Eucaristía en el altar montado sobre una pequeña barca. “Hemos perdido el sentido de la responsabilidad fraterna –afirmaste en la homilía–. La cultura del bienestar, que nos lleva a pensar en nosotros mismos, nos hace insensibles a los gritos de los demás, porque nos hace vivir en pompas de jabón que son la ilusión de lo fútil, de lo provisional, que lleva a la indiferencia hacia los demás, es más, lleva a la globalización de la indiferencia”.

Y apostabas por la “globalización de la solidaridad frente a la globalización de la indiferencia”, señalando el ejemplo de amor, caridad y acogida de los habitantes de Lampedusa hacia quienes desembarcan en su isla.

En los diferentes mensajes con motivo de la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, has dejado patente esa misma sensibilidad y nos has invitado a “acoger, proteger, promover e integrar”; a caminar “hacia un nosotros cada vez más grande”; “a construir el futuro con los migrantes y refugiados”.

Y todo ello, porque como nos recordaste en la Encíclica *Fratelli tutti*, así escribía San Francisco de Asís “para dirigirse a todos los hermanos y las hermanas, y proponerles una forma de vida con sabor a Evangelio. De esos consejos quiero destacar uno donde invita a un amor que va más allá de las barreras de la geografía y del espacio. Allí declara feliz a quien ame al otro ‘tanto a su hermano cuando está lejos de él como cuando está junto a él’. Con estas pocas y sencillas palabras expresó lo esencial de una fraternidad abierta, que permite reconocer, valorar y amar a cada persona más allá de la cercanía física, más allá del lugar del universo donde haya nacido o donde habite”.

Muchas gracias por todo, hermano y Papa Francisco. Que el Señor te siga bendiciendo, te conceda unos cuantos años más de vida con la misma lucidez y que el Espíritu te siga inspirando para avanzar en la construcción de una Iglesia evangélica, enraizada en el seguimiento de Jesucristo y fiel a la causa del Reino.

JOSÉ LUIS PINILLA MARTÍN, SJ

FRANCISCO, UN AYER QUE ES FUTURO, OLOR FRESCO DEL EVANGELIO

Nuestro papa es un emigrante venido del fin del mundo. Un Papa hijo de emigrantes italianos; de segunda generación, y “retornado a Italia, país de origen de la familia –casi– contra su voluntad”. La huella emigrante la tiene pues en su ADN y desde luego le sale por los poros con un lenguaje y unos signos rotundos y significativos.

Pero también muchos lo han visto como un peligro. Sobre todo, los que no han sabido descubrir en sus gestos y sus palabras, palabras rotundas y gestos sencillos, el olor fresco del evangelio en continuidad con los papas anteriores y con los mejores hijos de la Iglesia.

No quiero hacer un relato pormenorizado de la década del papa que otros lo harán mucho mejor. La sintetizo en dos momentos como homenaje y agradecimiento por su vida que Dios guarde muchos años. Tras la petición cordial que me hace Religión Digital. Uno con el recordatorio público de uno de sus primeros y principales momentos donde se concentraron sus signos y sus palabras. Su visita a la isla de Lampedusa. Y el otro como reliquia personal que guardo de mis encuentros con él mismo.

Desde su primera visita a Lampedusa vi varios signos.

Es el 8 de julio de 2013. Sobre las aguas de la isla de Lampedusa, frente a la “Puerta de Europa”, el monumento en memoria de los migrantes muertos en el mar, en el extremo sur de la isla, el recién elegido Pontífice lanza una guirnalda de flores blancas y amarillas en recuerdo de quienes perdieron la vida en las travesías en busca de un futuro mejor. Esas imágenes dan la vuelta al mundo y permanecen imborrables. Conmovedor fue, poco después, su encuentro en Punta Favaro con los inmigrantes. Recibido con cantos africanos, el Papa los saludó uno a uno e intercambió algunas palabras con algunos de ellos.

Y el imborrable recuerdo del altar de la misa, una patera. La cruz y el cáliz, trozos de las barcazas azules que

llegaron a la isla aquellas tras noches terribles de hundimientos y ahogados. En vez de un lujoso coche oficial, un jeep pequeño, viejo y prestado. Y unas palabras como rendija por donde el Papa colocó sus golpes directos al corazón.

También hubo palabras. Entre otras: “¿Quién de nosotros ha llorado por la muerte de estos hermanos y hermanas, de todos aquellos que viajaban sobre las barcas, por las jóvenes madres que llevaban a sus hijos, por estos hombres que buscaban cualquier cosa para mantener a sus familias? Somos una sociedad que ha olvidado la experiencia del llanto... La ilusión por lo insignificante, por lo provisional, nos lleva hacia la indiferencia hacia los otros, nos lleva a la globalización de la indiferencia”.

Y después de apelar a las conciencias de cada uno, el papa Francisco quiso elevar el tiro. A la hora de elevar la plegaria a Dios, dijo: “Te pedimos ayuda para llorar por nuestra indiferencia, por la crueldad que hay en el mundo, en nosotros y en todos aquellos que desde el anonimato toman decisiones socioeconómicas que abren la vía a dramas como estos. Te pedimos perdón por aquellos que con sus decisiones a nivel mundial han creado situaciones que conducen a estos dramas”.

Y hubo signos y palabras conjugados. Es frecuente la crítica a la Iglesia porque hay demasiados curas que solo hablan de lo divino en sus sermones, asegurándose de no pisar los callos del poder ni molestar demasiado a sus feligreses. No están las iglesias como para espantar al respetable. Pero este argentino vestido de blanco llegó al Vaticano con ganas de llamar la atención. No sobre su persona sino sobre la misión encomendada.

Decidió que su primer viaje oficial fuera a Lampedusa. Y que el blanco de su sotana y solideo fuera sobre todo para vestir de coherencia su discurso sobre la necesidad de que la Iglesia saliera de la autorreferencialidad y buscara las periferias del mundo al estilo machadiano, es decir ligero de equipaje. Pidió los políticos y a los altos prelados presencia sobria y rebajó la seguridad hasta tal punto que quienes quisieron acercarse a él lo pudieron hacer con gusto y facilidad.

Sus dos folios escasos de sermón fueron dinamita pura dijeron las crónicas de entonces. Quede este párrafo: “¿Quién es el responsable de la sangre de estos hermanos? Ninguno. Todos respondemos: yo no he sido, yo no tengo nada que ver, serán otros, pero yo no. Hoy nadie se siente responsable, hemos perdido el sentido de la responsabilidad fraterna, hemos caído en el comportamiento hipócrita (...). Miramos al hermano medio muerto al

borde de la acera y tal vez pensamos: pobrecito, y continuamos nuestro camino, no es asunto nuestro, y así nos sentimos tranquilos. La cultura del bienestar, que nos lleva a pensar solo en nosotros mismos, nos convierte en insensibles al grito de los demás, nos hace vivir en pompas de jabón, que son bonitas, pero son inútiles, no son nada...”.

Desde mi recuerdo personal, rememoro un episodio de 2014.

Mientras esperábamos la audiencia con el papa Francisco en la gigantesca Sala Clementina, giré varias veces la mirada hacia el cuadro inmenso de Cherubino Alberti que representa la barca de Pedro surcando el mar en medio de múltiples dificultades, oleaje y vientos... Ese cuadro disparaba mi recuerdo y mi imaginación a los emigrantes que en cascarones parecidos a los del cuadro en ese momento quizás estuviesen intentado cruzar (o morir en) el Mediterráneo.

Pensaba en ellos, en este caso en los provenientes del Norte de África en los momentos previos al comienzo de sus largos viajes (a pie, en patera, o en buques destartados, escondidos, o abiertamente protegidos por las mafias de turno...). Con miedo, sin tener nada claro los contornos del camino, pero decididos porque quieren caminar hacia la luz.

Quizás hacia la luz de plástico del Norte que desean, o quizás huyendo de los estallidos “luminosos” de las mil bombas actuales (las de la miseria y las otras) que les impiden ver la luna en la noche en sus hogares de origen. Allí estábamos para intentar que en nuestra humilde voz resonara la suya.

La media hora previa a la audiencia me sirvió para retrotraer alguna claves del VII Congreso Mundial de Migraciones en el que junto a 300 participantes de 92 países había una amplia delegación española compuesta por 8 personas con D. Ciriaco Benavente, presidente de la Comisión Episcopal de Migraciones al frente. Había más españoles en otras delegaciones como, Mons. Agrelo, de Tánger, y otros obispos y delegados españoles sirviendo ejemplarmente en Latinoamérica y en Europa.

Recordé la grata acogida de la presentación en el plenario del Congreso de la labor de la Iglesia en España con los emigrantes. Nuestra voz recordó, al lado de imágenes, datos y proyectos que nos sirvieron de apoyo que, justo en las horas previas a que nos concedieran la palabra, ante las puertas del Congreso de diputados en Madrid, se habían

presentado por parte de más de 100 organizaciones civiles y religiosas, como una petición para que no se aprobara la llamada cobertura legal a las devoluciones sumarias o “devoluciones en caliente”. Ojo que estoy hablando de 2014. Dicha petición se había formulado recogiendo entre otras fuentes la de documentos de la comisión episcopal de migraciones en su función de denuncia evangélica, cuando se atenta a la dignidad de los inmigrantes, hijos de Dios y hermanos nuestros.

Silencio. Entra el Papa Francisco. Lo pasado, pasado queda. Es el presente lo que importa ahora. El Papa pide perdón por el retraso y poco a poco va desgranando su discurso. Me quedo con estos párrafos de traducción casera (seguro que la versión completa la verán en miles de sitios):

“La Iglesia trata de ser el lugar de la esperanza: quiere desarrollar programas para crear programas de formación y sensibilización ; levanta su voz en defensa los derechos de los migrantes; proporciona asistencia, incluido la material, sin exclusiones, porque a todo el mundo lo trata como a un hijo de Dios. En el encuentro con los migrantes, es importante hacerlo desde la perspectiva integral, para tratar de mejorar sus potencialidades en lugar de ver sólo un problema a resolver. El emigrante es Cristo. Su presencia es un recordatorio de la necesidad de erradicar la desigualdad, la injusticia y la opresión. De esta manera, los migrantes pueden convertirse cooperadores en la construcción de una identidad más rica para las comunidades que los acogen, así como para las personas que los reciben, estimulando el desarrollo de sociedades inclusivas, creativas y respetuosas con la dignidad de todos”.

Termina su discurso. Saluda a los obispos. Con afecto a nuestro Presidente D. Ciriaco Benavente. Y Monseñor Agrelo le entrega un libro de salmos y fotos de los emigrantes del Estrecho elaborado por la Diócesis de Cádiz-Ceuta con una reproducción en miniatura de una pequeña patera. Eran nuestros gestos para acompañar a las palabras.

Al terminar el Papa, lentamente, nos va saludando. Me presento. “Santidad, soy jesuita y trabajo en la Conferencia Episcopal Española al servicio de los migrantes y la movilidad humana”. A lo que entonces el papa me contestó con su humor porteño: “¿Y quien os metió en este lío?”. A lo que contesté: “El mismo que a Ud. Santidad, La Obediencia”. Entonces su sonrisa franca y espontánea facilitó un breve intercambio de saludos.

Otro encuentro en 2017 con él mismo con unas palabras acompañadas de gestos afectuosos. Cogió su mano con la mía mientras nos saludábamos. Mirándome fijamente, fui desgranando una breve información sobre los

migrantes en España. Le dije que queríamos que la “comuni3n en la reflexi3n y la acci3n significativa fuera nuestra fuerza” como nos haba pedido.

El papa desvel3 con detalles, que a3n hoy me asombran, un gran conocimiento de las situaciones de los migrantes en nuestro pa3s. Hablaba de di3cesis concretas de Espa3a y sus dificultades en estos temas. Deb3 tener buenos informantes.

Habiendo aludido a mi participaci3n en la misi3n com3n como jesuita y dici3ndole como la Iglesia en Espa3a ora por 3l y le apoya, segu3 mir3ndome: “Rece por m3”, apostillaba. El apret3n ahora era m3s afectuoso. O al menos as3 me lo pareci3.

Siempre con su mirada fija en la m3a he guardado los ecos de sus palabras: el impagable servicio m3s a los vulnerables, a los emigrantes y refugiados, a las v3ctimas de la trata como si sus palabras formales quisiera fijarlas con su mirada cruz3ndose con la m3a. Y permanece el eco de lo que tambi3n entonces dec3a sobre Iglesias particulares en Europa, donde percib3 a veces desconcierto frente a la llegada masiva de inmigrantes y refugiados. Desconcierto marcado por la crisis econ3mica, y sus heridas profundas y por los l3mites del proceso de unificaci3n europea. Y malestar incluso aumentado por una falta sustancial de preparaci3n de las sociedades de acogida y de pol3ticas nacionales y comunitarias a menudo inadecuadas... O por los obst3culos con los que se deber3a medir la aplicaci3n real de la universalidad de los derechos humanos, de los muros contra los que se estrella el humanismo integral, que constitu3a y constituye uno de los frutos m3s hermosos de la civilizaci3n europea.

Esto es importante: “Para los cristianos todo esto debe interpretarse, m3s all3 del inmanentismo laicista, en la l3gica de la centralidad de la persona humana creada por Dios, 3nica e irrepetible”.

Habl3ndome con su mirada y con palabras. El signo: la mirada y las palabras: las justas. Las que desvelaban su cari3n por los que sufren en Espa3a, sobre la necesaria y contante presencia de la Iglesia en las zonas de Espa3a que tienen migrantes heridos y descartados (poniendo nombres concretos). Y palabras sobre la necesidad de la oraci3n.

Me marchaba a indicaci3n del ujier de turno. La mano segu3a apretada la m3a como si en cada uno de los cuatro movimientos finales al despedirme con su mano apretada a la m3a quisiera repetirme los cuatro verbos eje de su mensaje de aquellos meses para con los migrantes, acoger, proteger, promover, integrar.

Tuve que volver a mi sitio. El que el protocolo marcaba. Me llevó la mano al corazón. Cuatro latidos repetidos: acoger, proteger, promover, integrar. Musitaba estas palabras para mis adentros. El corazón repicaba. No sé cómo, pero en ese momento, me parecía que se movía al mismo ritmo que el suyo.

Este papa desde el primer día habla de futuro. En gestos y palabras. Por eso, para seguir al pastor todos debemos darnos prisa, ¡todos!

Y que la Iglesia camine con esos impulsos. Veraces y afectuosos. Como los que transmiten la mirada y los gestos de los hombres y mujeres buenos que buscan la verdad y la justicia del Evangelio. Como Francisco. El de la profunda mirada y el gran corazón.

Sentado miré de nuevo sus zapatos. Los de siempre. Otro signo. Gastados. Como su vida.

Me uno así a la gran corriente de estos días a la hora de destacar dimensiones del Papa Francisco. A mí me alegra como habéis visto hacerlo desde mi pasión por los migrantes, “oportunidad y gracia para el fortalecimiento de nuestras comunidades” como les gusta decir a la Iglesia española.

Y para terminar: un “anteayer” que se identifica con el hoy y el futuro de este gran papa. Porque no es este año solo el del recordatorio de un pasado: los diez años transcurridos del pontificado del papa. Son los diez años o más para seguir y perseguir también como futuro. Que para volver al pasado y para estancarse en él ya hay otras mil voces o más, que quieren dar marcha atrás sin darse cuenta que son inútiles estatuas de sal si el pasado no impulsa al futuro.

Traigo, pues, unos textos y unos signos de antes de ser nombrado papa.

Antes de ser Papa, la primera misa que ofreció Bergoglio para los emigrantes y las víctimas de la trata y los que luchan contra la mafia la presidió en la Iglesia de los Migrantes en el barrio de La Boca. Fue en 2008 desde su cargo de cardenal y arzobispo de la Ciudad de Buenos Aires, respaldando el trabajo de todos los que luchan contra la trata con fines de explotación laboral, sexual y la esclavitud en todas sus formas como la exclusión. Y donde advirtió sobre las formas modernas de esclavitud y explotación, en una emotiva Misa para inmigrantes indocumentados, “para los sin papeles”, como decimos por aquí.

El lema de aquel año en Argentina fue ‘Con esperanza, denuncia y compromiso por una sociedad sin esclavos ni excluidos’. La celebración fue convocada por el Arzobispado de Buenos Aires, junto a la Cooperativa La Alameda y el Movimiento de Trabajadores Excluidos, organizaciones que denunciaron casos de explotación y trata de personas en talleres textiles clandestinos y prostíbulos.

Bastantes veces más había presidido la misa con motivo del aniversario de la Convención Internacional de los Derechos de los Trabajadores Migrantes, que en el año 2009 continuó en las mismas claves del año anterior añadiendo más retos: “Con esperanza, denuncia y compromiso por una sociedad... con justicia, libertad y dignidad para todos y todas”. La del 2010 la hizo dentro del hall de la estación Constitución y en el 2011 y 2012 realizó la misa en plena Plaza de Constitución donde denunció a las mafias que esclavizan y que trafican personas para los prostíbulos, talleres clandestinos, etc.

Y las palabras: a la ciudad de Buenos Aires y a la Iglesia misma le ha gustado llamarla “la ciudad, la Iglesia de los mil rostros”, tal y como hizo en la misa con motivo del Día del Migrante, del 2003. Ahí señaló que la presencia de los migrantes en la capital argentina “la transforma en “una ciudad con mil rostros”.

En su carta pastoral para ese día, el entonces Cardenal Bergoglio S.J. aseguró que “acá en Buenos Aires, en la gran ciudad, en esta ciudad cada día más avanzada, también hay hermanos nuestros migrantes que los tienen trabajando 20 horas por día, 18 horas por día, les pagan una miseria y un sándwich de mortadela; que aquí también no le importa a estos egipcios modernos –no tengo nada contra los egipcios de ahora, a estos que hacen el papel de los egipcios de aquella época– estos tratantes modernos, no les importa que se mueran los chicos: pensemos los que se murieron en Caballito quemados en ese taller clandestino porque estaban enrejados”. Esta misa la celebró en la puerta de un taller textil clandestino donde murieron seis personas en el barrio de Caballito.

En el año 2011 subrayó la presencia Jesús entre ellos, “que viene aquí ; y no viene a proponer una teoría de la libertad o a decir cómo hacer las cosas sino que viene a decir que está con estos hermanos y hermanas nuestros que en esta ciudad de Buenos Aires viven esclavizados. Ustedes me podrán decir: “Pero Padre, usted siempre dice lo mismo” ... ¡Y sí, mientras en Buenos Aires haya esclavos voy a decir lo mismo! En el colegio nos enseñaron que la esclavitud estaba abolida, pero ¿saben que es eso? ¡Un cuento chino! Porque en esta ciudad de Buenos Aires la esclavitud no está abolida; en esta ciudad la esclavitud está a la orden del día bajo diversas formas; en esta ciudad se explota a trabajadores en talleres clandestinos y si son inmigrantes se les priva de la posibilidad de salir de ahí...”.

Y en el 2012 se oyó su grito al respecto: “Hoy en esta Ciudad queremos que se oiga el grito, la pregunta de Dios: ¿Dónde está tu hermano? Que esa pregunta de Dios recorra todos los barrios de la Ciudad, recorra nuestro corazón y sobre todo que entre también en el corazón de los ‘caínes’ modernos. Quizá alguno pregunte: ¿dónde está tu hermano esclavo? El que estás matando todos los días en el taller clandestino, en la red de prostitución, en las ranchadas de los chicos que usas para la mendicidad, como “campana” de distribución de drogas. ¿Dónde está tu hermano el que tiene que trabajar casi de escondidas de cartonero porque todavía no ha sido regularizado ¿Dónde está tu hermano...? ¿Dónde está tu hermano?”.

¿No os recuerdan estas últimas palabras a las del papa Francisco en su primera visita a Lampedusa? Un ayer que es futuro. Gracias, Papa Francisco.

APOYO AL PAPA FRANCISCO, SUS REFORMAS Y EL MODELO DE IGLESIA QUE TRAE CONSIGO

El Papa Francisco lleva 10 años y pico intentando que en la Iglesia católica prevalezca el modelo de religión ético-profética frente al modelo ontológico-cultural. Con gestos, acciones y palabras vive y predica la misericordia de una Iglesia abierta y dialogante, que respete a la sociedad actual y que, como instó el Concilio Vaticano II, detecte y conecte con los ‘signos de los tiempos’. Y yo le apoyo absolutamente en esa difícil labor, en mi humilde condición de bautizado. Por desgracia, son muchos y variados los obstáculos a los que se enfrenta.

La consecuencia de su forma de ser y de actuar es que el mundo entero reconoce su labor y le proclama como la máxima autoridad moral del planeta. A la Iglesia, siempre reacia a los cambios, le cuesta más asumir sus reformas, pero la inmensa mayoría las acepta y las trata de implementar en un proceso sinodal inédito en la historia de la institución, que culminará este año 2024.

Pero una pequeña minoría eclesial, integrada fundamentalmente por los rigoristas de todo tipo y condición, se la tiene jurada. Son los grandes defensores, en el seno del cristianismo, del modelo ontológico-cultural, que les permite aplicar en el catolicismo el modelo farisaico de interpretación y práctica de la Ley. Una religión basada en prácticas formales y rituales que enmascaran ideologías ultraconservadoras que pretenden patrimonializar el catolicismo, avalando el poder histórico acumulado por determinados sectores de la sociedad y marginando a los principales destinatarios de la buena noticia del Evangelio: los pobres, los marginados, los excluidos y la gente sencilla que quiere trabajar y vivir en paz.

Primero pusieron el grito en el cielo por el nombramiento mismo del nuevo prefecto, el cardenal argentino Víctor Manuel Fernández, teólogo reputado, amigo del Papa, desde los tiempos de la Conferencia de Aparecida y que, en estos meses al frente del dicasterio, ha aclarado más cuestiones doctrinales que el anterior prefecto, cardenal Ladaria, en muchos años.

El Papa quiso cambiar la dinámica seguida durante siglos por el Dicasterio para la Doctrina de la Fe (DDF), con el fin de que intente condenar menos y adecuar la doctrina a la pastoral eclesial. Los ataques al Papa se han vuelto mucho más virulentos, si cabe, tras la publicación por la DDF de la declaración *Fiducia supplicans*, en la que se pide a obispos y curas que no prohíban las bendiciones (no sacramentales ni rituales) a los homosexuales o los que vivan en situaciones irregulares. Una mera cuestión de misericordia, que no afecta en nada a la doctrina y menos al dogma, pero que los rigoristas están convirtiendo en un auténtico ‘casus belli’ y casi en un principio de cisma. Con el objetivo encubierto (y, a veces, absolutamente explícito) de echar al cardenal Fernández y, de esta forma, dejar al Papa más solo todavía en medio de la Curia romana y de las asechanzas de sus enemigos.

Ante esta situación de polarización eclesial provocada por unos cuantos, usando todos los medios (lícitos e ilícitos) a su alcance, sólo pretendemos que se oiga otra voz eclesial. Somos much@s los obispos, curas, religiosos, religiosas y fieles laicos que apoyamos al Papa Francisco. Sería una desgracia para el Evangelio de Jesús de Nazaret el triunfo de los sectores que han encumbrado a políticos como Trump, Bolsonaro o Milei. La ultraderecha defiende una religión de boquilla, radicalmente contraria al espíritu evangélico, al llevar al límite los postulados mercantilistas de la derecha neoliberal, al difundir la criminalización y marginación de los actuales “samaritanos” (extranjeros pobres), al negar las consecuencias del cambio climático para la vida en este planeta y al defender el sometimiento de la mujer frente al varón. Su ética religiosa es rígida, anacrónica e hipócrita, con pretensiones de pensamiento único.

Apoyo al Papa Francisco, sus reformas y el modelo de Iglesia que trae consigo: una Iglesia abierta, cercana y transformadora.

DANIEL SÁNCHEZ BARBERO

¡YO TAMBIÉN ESTOY CON FRANCISCO!

El mismo día de la elección del nuevo Papa escuché la noticia por a radio mientras iba al Instituto Superior de Pastoral, a una Asamblea de Pastoral, donde ya se comentaba la noticia. Yo por mi parte hice el siguiente comentario ante las dudas de algunos:

“Seguro que este Papa va a traer a Roma la experiencia de Iglesia que se está viviendo en América Latina según Medellín que ha actualizado el Concilio Vaticano II, según Puebla, Santo Domingo y Aparecida”.

Yo acababa de llegar de El Salvador como misionero diocesano donde había estado desde 1983, en una situación difícil de guerra civil, pero de una vivencia eclesial muy esperanzadora en las comunidades eclesiales de base, en las que se vivía a fe de una forma evangélica comprometida, de ahí el florecimiento de tantos mártires, que daban un nuevo rostro a la Iglesia.

El Papa Francisco no nos ha decepcionado, sino que ha ido haciendo realidad con su ejemplo y cercanía el nuevo paradigma de la Iglesia “*semper reformanda*” que decía el Concilio. Con su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* nos ha trazado la hoja de ruta de la nueva primavera que quiere para la Iglesia y nos invita a una nueva etapa evangelizadora. Con *Laudato Si* y *Laudate Deum* nos dice que la nueva evangelización tiene que llegar también al cuidado del planeta con una ecología integral. Con la *Fratelli Tutti* nos invita a trabajar por la paz y la fraternidad, en contra de todas las guerras.

Con la propuesta del Sínodo de la Sinodalidad (2021-2024) nos invita también a participar en el proceso sinodal que se está llevando a cabo en toda la Iglesia, pues nos dice que “la voluntad de Dios en este tercer milenio es que caminemos como Iglesia sinodal”. Esto no viene a ser tan fácil de entender si no se vive en la práctica participando como bautizados en la nueva forma de vivir en la comunidad cristiana, sintiéndonos discípulos misioneros y responsables de llevar el Evangelio en la realidad donde vivimos construyendo el Reino de Dios.

Esto no es tan fácil porque supone mucha humildad y una conversión pastoral, personal y de estructuras, que choca con la pasividad, la falta de formación de los laicos y el clericalismo, tan denunciado por Francisco. Yo creo que muchas de las críticas al Papa Francisco vienen de la dificultad de cambiar que todos tenemos y de no querer perder el poder clerical y la seguridad de la Iglesia tradicional, del “siempre se ha hecho así”.

Yo quiero dar gracias por el don de Dios que es Francisco para toda la Iglesia en este momento, pues se ve en él la fuerza del Espíritu que guía a la Iglesia y nos anima para seguir adelante participando con esperanza en una Iglesia sinodal.

QUERIDO FRANCISCO, NO TE MUEVAS UN MILÍMETRO DE TUS DECISIONES, QUE SUENAN A EVANGELIO Y HUELEN A OVEJA

Ciertamente como dijo Jesús “correréis la misma suerte que el Maestro”. Pero “bienaventurados cuando os insulten, os persigan y calumnien por mi nombre, vuestra recompensa será grande en el cielo”. Son infinidad de textos que nos vaticinan, que al seguidor fiel ese es el camino que le espera.

El Papa Francisco desde el comienzo de su tarea como sucesor de Pedro y Obispo de Roma, se propuso ser fiel a Jesús y al evangelio, por encima de normas, doctrinas, curias y tradiciones y rituales.

Lógicamente se encontró con lo previsto: correr la misma suerte y pasar por donde pasó El Jesús. Las Curias bien montadas, los príncipes De la Iglesia con su prestigio y su poder, su economía resuelta viendo peligrar su seguridad, viviendo entre alfombras... estos señores le han hecho desde el principio la vida imposible a un Papa que venia de los confines del mundo, latino, que no quiso vivir en palacio, que habló de iglesia “en salida” y “hospital de campaña”, que no es aduana sino acogedora y perdonadora... y que entre otras muchas cosas le dice “al clero” que tenemos buena parte de culpa de lo que esta pasando porque hemos clericalizado a la iglesia y nos resistimos a trabajar codo con codo con los hermanos seculares... esa Iglesia de bondad y misericordia espejo del evangelio de Jesus y que el Papa Francisco tan proféticamente ha representado, solo puede esperar que los grandes incluso hermanos de báculo, mitra y mesa le estén calumniando.

Ya pasó con otros. Y lo hacen por una razón muy sencilla: no quieren perder el poder, ni el prestigio. Están más a gusto en “campamentos de invierno” viéndolas venir, apoyando una iglesia de mantenimiento y jerarquizada y echándole la culpa a los de siempre: el pueblo que no quiere avanzar en una sociedad secularizada y materializada. Y para colmo este papa quiere incorporar a los seculares, sean del signo que sean, y a las mujeres y organizando un Sínodo ¿donde vamos a llegar? un Sínodo...poniendo decisiones consensuadas y pensando juntos lo que Dios quiere. ¡Que peligro!

Querido Francisco, no te muevas un milímetro de tus decisiones, que suenan a evangelio y huelen a oveja. Dios esta de tu parte y tu vida tiene sabor a Espíritu De Dios. La religión bien organizada no quiere tu mensaje ni tu estilo, solo quiere manejar la situación, las tradiciones obsoletas, Sus ritos y ceremoniales. Pero tú muy bien sabes que Jesús estuvo de parte de los pobres, que llamó hipócritas a muchos, descubrió sus falacias, como ahora y por eso ni le quisieron a Él, ni te quieren a ti. Pero tú y yo sabemos que ese es el camino, aunque acaba mal.

EL “PAPA PACO”, UN PAPA POSMODERNO

¿Cuántas veces nos ha advertido Francisco que vivimos no tanto una época de cambios como un verdadero cambio de época? Para creyentes y no creyentes estos son los nuevos tiempos en los que estamos todos inmersos, y esta interpretación y análisis de la realidad debemos también trasladarlos a la Iglesia.

Las matrices donde se fragua el sentido social y personal deben ser también discernidas espiritual y pastoralmente, ya que la fe –como afirma J. María Mardones– es siempre una opción existencial situada. La ruptura entre evangelio y cultura es el drama de nuestro tiempo, decía Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*. ¿Y cómo se llama este cambio de época en el que los cristianos también estamos inmersos? Se lo conoce como “Posmodernidad”.

Ya san Juan nos dejó escrito de forma indeleble que «Dios es amor» (Jn 4, 8), y san Pablo clarificó y esclareció qué connotaciones conlleva hablar de amor, hablar de Dios (1 Cor 13, 1–13). Hemos de percatarnos de que cuando con nuestras palabras y obras traducimos “Dios” por “Amor”, los universos de comprensión de los interlocutores se conectan.

Este lenguaje, bien comprendido, es todavía hoy (en la posmodernidad) universal y bien aceptado. Es la nueva koiné que brilla de un modo especial y con luz propia en nuestra era porque el amor tiene la capacidad de interpretarlo todo. Por ello, lo que en principio pudiera parecer debilidad (en su sentido más negativo), se convierte, potencialmente para los creyentes, en una preciosa oportunidad.

¿Por qué renegar de la posmodernidad, de esta época en la que nos ha tocado vivir y dar respuesta como fieles creyentes? ¿Por qué querer encontrarnos con tiempos pasados, si tampoco fueron ejemplares? Es una obligación de toda la Iglesia saber leer los signos de los tiempos y, sin traicionar la esencia del mensaje de Jesús, traducirlo adecuadamente a los oídos, las mentes y los corazones de las personas que habitan nuestro mundo. ¿O es que acaso el mensaje de Dios ya hoy no tiene la misma validez?

Me gustaría explicar por qué Francisco es –en este primer (y no único sentido)– un Papa posmoderno, ya que no pastorea a la comunidad eclesial trillando los mismos e idénticos caminos (muchos de ellos caducos) sino que abre nuevos senderos para responder al cambio de mentalidad, al cambio de etapa que supone la posmodernidad. Y como toda etapa histórica (y también como toda persona) posee aspectos positivos indudables pero también negativos y deshumanizantes a los que hay que responder dando razones de nuestra fe: con el evangelio en la mano pero de un modo actualizado y comprensivo.

El evangelio de siempre pero no como siempre porque Jesús y la Buena Noticia de su mensaje se incultura y encarna en un contexto determinado e histórico. Estoy de acuerdo en que el mensaje no se debe licuar, rebajar ni tergiversar. El texto, el relato, en su contexto y debidamente interpretado.

Este primer aspecto, el de la inculturación, por ejemplo, es típicamente posmoderno, pero el segundo (licuar y descafeinar el mensaje) también. ¿Cómo actuar pues evangélicamente en una época ambivalente como la posmoderna sin querer huir de la realidad? Aquí es donde aparece Francisco reconociendo el estatus de este cambio de época y discerniendo con toda la comunidad eclesial los nuevos aires que soplan en esta etapa de la historia.

Pocos nacidos de mujer han conseguido aguantar –como lo ha hecho Francisco– las incesantes y brutales embestidas recibidas dentro y fuera de la Iglesia. Y, aunque la procesión se lleva por dentro, lo ha hecho, hasta ahora, sin perder la compostura ni el espíritu evangélico, con valentía y generosidad. Rezo, pues, para que ante tantísimas presiones no acabe cediendo y, en consecuencia, aflojando los tornillos de la nueva edificación eclesial que aún está construyendo.

Como dijo Gianfranco Ravasi, quien fuera hasta hace no mucho presidente del Consejo Pontificio de Cultura del papa Francisco, “la posmodernidad ha invitado a eliminar o a poner en crisis los grandes sistemas ideológicos: el marxismo, el liberalismo, la teoría capitalista... También ha puesto en crisis a las religiones, pero lo ha hecho poniendo por encima de los sistemas ideológicos la cuestión de la persona. Y eso es claramente positivo porque retornar a la persona, a la dignidad de la persona, a los valores de la libertad, la vida, la justicia es muy bueno”.

El mensaje de cercanía, sencillez y austeridad del papa Francisco –continúa Ravasi– ha ayudado a mantener un diálogo transparente y sincero con la cultura actual. Francisco ha sabido llegar no sólo a los creyentes, sino a todas

las personas, porque ha sabido retornar a la raíz de las preguntas del género humano. Esta actitud no es la de siempre, es posmoderna, como lo fue también el Concilio Vaticano II cuando el Espíritu Santo anunció a través de Juan XXIII: “Abramos las ventanas de la Iglesia. Quiero abrir ampliamente las ventanas de la Iglesia, con la finalidad de que podamos ver lo que pasa al exterior, y que el mundo pueda ver lo que pasa al interior de la Iglesia”.

La Iglesia de Dios y el mundo no acaba siendo una disyunción excluyente; el mundo y la cultura no son nuestros enemigos, más bien el terreno de pre comprensión, realización y evangelización.

Es, en este sentido, afirma Francisco Serrano, donde hay que plantearse la cuestión de si el Papa Francisco necesita intérpretes, más allá de sí mismo, de lo que dice y de lo que hace. El Pontificado del Papa Francisco está representando una novedad permanente. Lo que hace y dice el Papa, en estricta coherencia, no tiene desperdicio. Y así, la coherencia se convierte en uno de los criterios preferentes. “Volvamos pues, siguiendo el grito de Husserl, a los hechos mismos. Vayamos al Papa mismo”. Este es el camino de la fenomenología también teológica y eclesial. La novedad y la transparencia de Evangelio, la autenticidad del Papa Francisco, en su contenido y en sus formas, son de por sí mismas interpretativas del Evangelio y de la Iglesia.

Hace tan solo unos días nuestro Papa hizo una declaración en contra del mal espíritu que también corre y atraviesa la posmodernidad. Me gustaría contextualizar sus palabras porque ni todo lo que se cuece en la posmodernidad es, por supuesto, constructivo ni tampoco destructivo. No me sorprende para nada sus palabras porque está claro que hace referencia a los aspectos más negativos del término. ¿Y quién siendo consciente de la realidad no va a estar de acuerdo con lo que dice Francisco?

Lo más curioso de este asunto es que a Francisco lo critican, precisamente, de posmoderno, por el hecho de haber abierto las puertas a una nueva etapa más comprensiva, concreta y cercana en la Iglesia del Dios de Jesús, que no vino a condenarnos sino a ofrecernos la salvación comunitaria a través de la revolución del Amor y la praxis de la justicia, el cuidado del otro y de la Tierra como únicas doctrinas merecedoras de seguimiento y fe.

Los grupos ultras de la Iglesia católica lo tachan de herético, de ser nada dogmático y tradicionalista, de romper con el Magisterio, con el relato y el orden establecido, de ser demasiado blando y débil –diríamos– para ser “el capitán del barco”... , un barco que muchos anuncian que va día a día yéndose a pique, hundiéndose porque no

mantiene la gloria de tiempos pasados sino que se ha hecho, en un corto tiempo de vida, más pequeño y vulnerable, menos fuerte, una comunidad más humana y sincera.

Pues bien, si ser posmoderno es todo esto que dicen de Francisco, entonces Jesús de Nazaret era –o es– posmoderno. ¡Qué se lo pregunten a los fariseos y a los maestros de la ley que llegaron a acusarlo de blasfemo, incluso de endemoniado. Aquel que destruiría el templo y lo reconstruiría en tres días... mientras a los propios judíos les había costado 46 años recomponerlo! Y si esto han dicho de Jesús, ¿qué no dirán y harán con Francisco...? No quiero hacer spoiler, pero ya conocéis el final de la historia: el resucitado es primero el crucificado.

El viernes pasado Francisco, en el encuentro promovido por la Asociación de Jóvenes Profesionales Toniolo (que desde el 2016 reúne a jóvenes becados en las representaciones del Vaticano ante organismos internacionales), afirmó que hay que salir de los aspectos menos edificantes de la posmodernidad, como el drama que existe al presenciar la mirada tan corta que hoy día muchos jóvenes tienen, ya que se ciegan ante la presión de la inmediatez y el excesivo culto al individualismo. Todo ello acarrea un ensimismamiento y egoísmo que atrofia toda donación gratuita y compromiso social hacia los demás. Pero estas actitudes no representan el espíritu posmoderno en su totalidad, solo una parte.

En otros momentos Francisco ha puesto en valor las grandes oportunidades que nos brinda dicha pre-comprensión del mundo en esta nueva etapa de la historia. No obligar, respetar, incluir, sumar, perdonar, la cooperación, la lucha ecológica y el cuidado de nuestra madre tierra, entre otros muchos... Son también rasgos posmodernos y creo que en su más genuino sentido, cristianos.

Pero en la posmodernidad también se dan los fake news, la superficialidad, el culto al cuerpo, el vivir para la imagen, el individualismo, la debilidad espiritual y social, la depresión y pérdida de sentido, el consumismo, y la esclavitud virtual. Contra todo esto se dirige Francisco pero el término en su globalidad ciertamente nos alcanza y, lo peor, confunde.

En concreto, el Papa Francisco exhortó a los jóvenes a “escapar de la adicción a lo virtual, del mundo hipnótico de las redes sociales que anestesia el alma”. No se trata de no usar las redes, ni dejar de comunicarnos por internet. Somos hijos de nuestra época... El mismo Papa, a través de sus ayudantes, usa las redes sociales porque sabe que los cristianos no podemos vivir a espaldas de los medios de comunicación humana. ¿Esto tiene también

su contrapartida? Por supuesto que sí, podemos acabar, nunca mejor dicho, enredados, atrapados y esclavizados en las redes. Entonces Jesús nos acabará diciendo: “Deja tus redes...”, pero la Iglesia ha vivido demasiado tiempo de forma contracultural y esto es inaceptable.

Por esta razón no ha llegado ni llega a muchos ambientes y espacios sociales y culturales. Si algo le preocupa a Francisco es “oír hablar de jóvenes atrincherados detrás de una pantalla, cuyos ojos reflejan luces artificiales en lugar de dejar brillar su creatividad”. ¡Ciertamente cuánto ha ayudado la tecnología y, al mismo tiempo, cuánto daño produce cuando nos dejamos aprisionar, absorber por ella! Como algunos han llegado a afirmar, hoy día, en la nueva caverna de Platón los prisioneros ven series y escriben en Instagram...

Para Francisco, “ser joven no es pensar en tener el mundo en las manos, sino ensuciarse las manos por el mundo; es tener una vida por delante para gastar, no para preservar o archivar”. Así, alertó que hoy se difunde en el mundo el pensamiento breve “formado por unos pocos caracteres, que arde inmediatamente; un pensamiento que no mira hacia arriba y hacia adelante, sino sólo aquí y ahora, fruto de las necesidades del momento”.

Este es “un pensamiento que se mueve por instinto y se mide en instantes”. No hay más que ver a los chavales jóvenes cómo consumen audiovisuales, vídeos y leen la información en internet a una velocidad vertiginosa para hacer un buen análisis de la realidad y un correcto aprendizaje. Picoteamos de todo pero no conocemos en profundidad casi nada. El concepto que se tiene es el de un *carpe diem* que pretende rellenar los huecos de nuestra vida con ocupaciones, confundiendo así las llamadas con los deseos más inmediatos y, muchas veces, más oscuros...

Como dice José Francisco Serrano, “la cuestión del relato es clave en la posmodernidad”. El Papa Francisco ha recuperado el relato con una personal narración y con la forma de lo micro. Con su forma de micromagisterio, y con el hecho mismo de la continuidad de su palabra –las homilias diarias en Santa Marta– está convirtiendo el relato en vida y está consiguiendo que lo que hace remita a lo que dice y viceversa.

El Papa Francisco es, en sí, hoy, relato de Evangelio y narrativa para toda la Iglesia. Cuando hablamos de relato estamos hablando de sentido. Sin relato no hay comprensión ni esperanza. La novedad que representa esta forma coherente y personal, de absoluta cercanía del Papa Francisco, está generando una corriente positiva de expectativas, que son claves para crear una atmósfera adecuada para la recepción del relato.

Igual que el sueño de la razón produce monstruos, la posmodernidad, si no se comprende, conlleva la indiferencia y la superficialidad y borra los horizontes utópicos para vivir la continua provisionalidad de lo inmediato. Francisco utiliza en este encuentro con los jóvenes de la asociación Toniolo una de las significaciones del término posmoderno, concretamente la que analiza Zygmunt Bauman cuando habla de “sociedad líquida”: una sociedad y una juventud que meramente se adapta a los tiempos que corren y que poco más puede hacer, ya que no pueden construir buenos cimientos puesto que en los líquidos con mucha dificultad se pueden forjar estructuras sólidas. Ante los continuos cambios que surgen en nuestra vida no hay posible adaptación. Son tan rápidos que, ante un problema, cuando ya hemos reflexionado y pensado la solución, ésta ya no vale. Así, la provisionalidad es el mecanismo de defensa, el visado que muchos jóvenes tienen para sobrevivir en un mundo inhóspito y cambiante. De ahí que J. María Rguez. Olaizola haya titulado uno de sus libros *Hoy es ahora: gente sólida para tiempos líquidos*.

Cuando trato estos temas con mis alumnos hago alusión también a Richard Sennett. Este, en cierto modo, coincide también en su análisis con Bauman y observa que en los tiempos que corren, con nuestra vida trepidante y en continuo cambio (de pareja, de trabajo, de ciudad, de afición, de estudios...) no nos da tiempo a forjar un carácter, una personalidad. El carácter es nuestro sello personal, el modo que tenemos de relacionarnos con nosotros mismos y con el mundo y este es un valor a largo plazo que requiere tiempo.

Esto, entre otras consecuencias, afecta a la fuerza con la que nos enfrentamos a nuestros retos. ¿Por qué ha aumentado la depresión y el suicidio especialmente en los jóvenes? Por el estrés y la pérdida de sentido. Esto, lógicamente, también le preocupa mucho a Francisco. Es el pan nuestro de cada día, aquello con lo que tienen que contar los profesionales o voluntarios que trabajan en el sector de la educación, de lo social y lo emocional.

También Lipovetsky ofrece una visión, en cierto modo, complementaria a lo presentado por estos autores, y Francisco de modo indirecto lo tiene presente. Vivimos –afirma el francés– bajo el imperio de las modas, de las olas, de lo que toca (esto es lo que cambia dentro de lo mismo de cada día). Buscamos tener una vida sin sobresaltos pero ello genera en nosotros una especie de vacío, una vida sin inquietudes. Incluso estamos aprendiendo a quitarle importancia a los problemas y a reírnos de todo pero hay cosas muy graves por las que hay que luchar seriamente. Quizá, como advierte Pascal Bruckner, también los adultos vivamos hoy tentados continuamente por el infantilismo, por una falsa inocencia. Ante todos los problemas, las responsabilidades que conlleva nuestra libertad (el ser adulto), quizá prefiramos vivir como niños, mimados por la sociedad (de consumo) sin asumir nuestra responsabilidad social. El infantilismo es para este, en nuestra sociedad, una auténtica epidemia entre los adultos.

Francisco, en todos sus planteamientos, discursos, escritos y homilías intenta despertarnos del sueño de vivir ensimismados, adormecidos o drogados, sin fuerza para responder a los muchos retos que como personas y como creyentes nos propone la sociedad del siglo XXI.

Pero sería muy injusto quedarnos exclusivamente con esta idea negativa de los tiempos que corren. No podemos obviar que en la posmodernidad también cobra un sentido diferente (un nuevo horizonte de significación) la utopía. No se trata, como en otros tiempos se entendía, de hacer algo muy bello pero imposible de realizar porque si es imposible –diríamos hoy–, ¿para qué ponerse a ello, para qué esforzarse? Hoy, a pesar de las diferentes crisis sociales y económicas que manchan el horizonte de los jóvenes y su futuro, pervive la utopía. Esta consiste en hacer realidad lo posible. Por ello, para diferenciar a esta de las “utopías fuertes” (aquellas que han dejado en la cuneta de la historia tantísimos cadáveres) me gusta adjetivarla como “utopía débil”.

La lucha continúa; se ha desplazado de lo macro a lo micro, de las grandes ideologías y un pensamiento colonialista-imperialista (que todavía impera en la globalización económica) a lo pequeño, al desarrollo comunitario sostenible; de una Iglesia piramidal a una más pequeña y circular, pues ya no se cree en los grandes relatos absolutistas, aquellos que en nombre de la razón y de Dios han eliminado, desintegrado, abusado, rebajado y supeditado al individuo en favor del colectivo, por razón de Estado, para preservar la institución o mantener la ideología al coste que sea.

Vivimos un cambio de época que pasa por lo virtual y la fugacidad, pero para nosotros (para los herederos de Gianni Vattimo) el “pensamiento débil” no es un débil pensamiento, sino más bien un pensamiento crítico a favor de los débiles, un pensamiento comprometido con el mundo, con sus problemas, un pensamiento creativo, hermenéutico. No es un pensamiento dogmático pero tampoco relativista; es una filosofía de militancia no agresiva a favor de los más pequeños, aquellos por los que Francisco, Jesús de Nazaret y una larga cola de cristianos comprometidos han dado su vida a lo largo de la historia.

No da igual lo que cada uno haga con su vida porque nuestras actitudes conllevan unas consecuencias para los demás, ni busca anestesiar el alma porque, como decía Pablo, “cuando soy débil, entonces soy fuerte”. Es más bien una actitud que busca aminorar el dolor, debilitar las injusticias, rebajar los poderes de este mundo, ya sean religiosos, políticos o económicos, para que verdaderamente sirvan al hombre y no se sirvan de él. ¿O es que Gandhi, Jesús de Nazaret, Luther King... no fueron –perdonen el oxímoron– “fuertemente débiles”? ¿Virtud o defecto? Por sus frutos los conoceréis.

Creo que hoy día se sigue pensando “posmodernidad” desde unas claves exclusivamente negativas y ello supone contaminar y pre-comprender el término, como poco, de forma errónea e injusta, o, al menos, confusa e incompleta. De manera similar ocurre con el concepto “pensamiento débil”.

Hay dos entendimientos al respecto, dos sentidos e interpretaciones: una, la que la comprende de una forma negativa porque lo asume como un pensamiento light, relativista, inconcluso, voluble, anémico y heredero de la falta de horizontes bajo la ausencia de relatos que marquen y den sentido personal e histórico, que es la que –con la mejor voluntad del mundo– ha seguido Francisco en sus matizaciones y consejos en el encuentro con la Asociación de Jóvenes Profesionales Toniolo, y la otra, la que los seguidores de Gianni Vattimo (maestro y padre del pensamiento débil), a partir de un conocimiento y estudio profundo de su obra hemos logrado comprender. Hay que leer mucho, adentrarse en Vattimo sin prejuicios y tener cierta capacidad crítica para descubrir la verdadera diferencia entre pensamiento débil y debilidad de pensamiento.

Vivimos en un mundo poliédrico bastante más complicado de lo que nos venden... Mientras tanto, una sociedad y un tiempo complejo nos reta; una juventud multicultural y multiétnica aguarda una respuesta –humanamente cristiana– basada en la el debilitamiento de toda forma de violencia, la inclusión y la justicia.

Mientras tanto el mundo espera una respuesta adecuada para su tiempo.

Nota: Si en su momento llamó Bergoglio por teléfono a Vattimo y habló con él de la necesidad de que la teología se sumerja en el pensamiento heideggeriano no fue por casualidad ni para regañarle...

UN TANTO ANÁRQUICO Y ÁCRATA Y, SIN EMBARGO... ME QUITO EL SOMBRERO ANTE MI PAPANACO

Los seguidores de este blog saben muy bien cómo me las gasto en temas de autoridad debido a que el “poder jurídico” se me pierde, por lo normal, en la lejanía o en una especie de nebulosa ilocalizable, mientras que adoro, venero y me postro complacido ante la hermosa autoridad que brota del ejemplo. Viene aquí muy bien a cuento aquello de “haced lo que os dicen, pero no hagáis lo que hacen”, o lo de “una cosa es predicar y otra dar trigo”. Y, la verdad, no puedo hacerle trampas al pensamiento porque en el frontispicio de mi “ser cristiano” se lee muy claro lo de: “ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y sígueme”.

Pues bien, hoy me veo forzado a salir de nuevo a la palestra debido a la campaña de acoso y derribo que ciertos sectores, la mayoría de las veces por intereses inconfesables, están llevando a cabo contra el papa Francisco, mi entrañable pPaco, desde casi los inicios de su pontificado, recrudescida ahora sobremana al intentar taponar un poco con las bendiciones a parejas irregulares (?) uno de los mayores socavones de la Iglesia católica, como es la comprensión de lo que es y significa la sexualidad humana y el papel que la misma juega no ya en el acontecer social, sino también en lo que debería ser una sana y sólida doctrina cristiana, y que incluso se adentra en la mística para explicarnos con visos de similitud la tremenda fuerza que brota de toda “unión con Dios”. Es un tema en el que queda muchísima tela por cortar, tela de la se deberían sacar hermosos trajes para el ordinario vestir y preciosos ornamentos para el culto que debemos tributar a nuestro Dios, que es, en definitiva, quien nos ha hecho como somos.

Ciertamente, los valientes e incluso audaces pasos que mi pPaco va dando en tantos órdenes de la vida cristiana a mí, en particular, me parecen muy pequeños y cortos, pero, vista la jauría que se mueve en torno suyo, justo es reconocer que está llevando a efecto una labor impresionante de reajuste que, por ser tal, terminará ahormando la teología y, con el tiempo, aunque ahora nos cueste mucho verlo, hará que pase a la historia de la Iglesia como uno de los papas reformadores más audaces y uno de los teólogos que más nos ha enseñado sobre cómo es el rostro de Dios y cómo actúa. En mi oración de cada día doy gracias al cielo por todos aquellos que me ayudan a

entender cómo es Dios, pues ellos me muestran en su conducta el verdadero rostro de Dios. Pues bien, pPaco es uno de ellos sin la menor duda. ¿A quién no puede complacer y llenar del todo el Dios en quien cree nuestro papa Francisco?

Sí, ya sé que ahí está como irresoluto el problema de la igualdad absoluta, verdad de cajón e incontrovertible, entre hombres y mujeres, que debe ser implantada, con todas sus consecuencias, también en cuanto piensa y hace la Iglesia. Y ahí está el “pernicioso celibato sacerdotal” como requerimiento sine qua non para acceder al presbiterado de la Iglesia católica occidental, celibato que algunos han pretendido elevar a la categoría de “dogma intocable” cuando, a todas luces, solo razones muy egoístas, referentes al manejo y a la movilidad de los sacerdotes, lo mantienen en pie.

El sacerdocio no es nada santo de suyo (“santo” solo es Dios y, por gracia suya, lo son también los seguidores que cumplen sus mandamientos). El sacerdocio santifica solo cuando se ejerce como es debido. No es el status sino la conducta lo que santifica. No hace falta que recordemos aquí a los “sacerdotes pederastas”, cuya conducta de por sí y por no ser denunciada como era debido por las autoridades pertinentes ha hecho tantísimo daño a la mente de quienes no saben o no quieren distinguir que tales conductas horrendas son imputables solo a sus autores.

Mucha tarea por delante, santísimo Padre, papa Francisco, pero ni Roma ni Zamora se hicieron en una hora. Mi gran profesor, el dominico que me enseñó lo que son los valores realmente, hablando de la mejora que afortunadamente siempre se nos presenta por delante (los valores son siempre mejoras reales de la conducta), dice que la mejora de nuestra forma de vida (la económica, la social, la ética, etc.) requiere “paciencia infinita”, pues tales cambios de las conductas son forzosamente muy lentos. Puede que, con la edad, el camino se haga más cuesta arriba a medida que disminuyen las fuerzas. Entiendo muy bien el reto a que usted está sometido, pues también yo estoy ya muy entrado en los ochenta. ¡Ojalá que mis palabras, y sobre todo mi oración de cada día, pidiendo al cielo fuerzas para que usted no se amilane y cumpla su hermosa misión, puedan llegarle de algún modo y le sean de utilidad!

Le aseguro, pues, querido amigo pPaco, mi reconocimiento, pero no por ser el papa de la Iglesia católica, sino por ser el hombre que es, por ser ejemplo vivo de donación, por estar vendiendo cuanto tiene para dárselo a los pobres.

BERGOGLIO, EL PAPA QUE VIAJABA EN METRO

El mismo día en que resultó elegido Jorge Bergoglio nuevo Papa me daban el alta en el Hospital Clínico de Valencia de un infarto de miocardio. Una fecha y un acontecimiento que no se me olvidará jamás. Le pedí al director del periódico en el que colaboraba, Ferrán Belda, un excelente profesional, poder escribir un artículo sobre el aún por estrenar Papa Francisco. Mi director se asombró por cómo era tan atrevido de méteme de nuevo ante las prisas y los nervios muchas veces causantes de este tipo de siniestros de la salud, pero me dejó hacer.

Sabía poco de Bergoglio, arzobispo de una ciudad de un país, Argentina, que está junto con Chile en el culo del mundo, pero los detalles predicados de él que habían llegado hasta el Occidente europeo eran expresivos, claros, concretos, muy descriptivos de quien llegaba a la cumbre de la Iglesia. Uno de ellos, el que más me llamó la atención, y lo comenté, hice exégesis y hermenéutica de él, fue el que Jorge Bergoglio, siendo cardenal arzobispo de Buenos Aires, el P. Jorge, gustaba de viajar en Metro, y hablar con la gente. Ponerse al mismo nivel de los demás. Estaba todo dicho. Llegaba un Papa distinto y distante de los que utilizaban la imperial y faraónica silla gestatoria.

Siempre me impresiona viajar en los abigarrados vagones del Metro. Montones de personas con sus caras serias, con sus problemas a cuestas con sus desesperanzas e interrogantes, yendo de un sitio para otro, todos sin hablarse, sin comunicarse, sin apenas mirarse, reservándose sus dramas y preocupaciones, sobreviviendo en la quemazón del asfalto, conglomerado de cuerpos con almas inanimadas, sin que nadie les ofrezca en las estaciones o trayectos unas palabras de afecto, de humanidad. El Metro, escaparate y contenedor de miles de vidas coexistiendo, sin ninguna poesía, sin mensajes de esperanza, sin ningún abrazo solidario reanimador.

Fue un análisis a bote pronto, sobre la marcha, que me urgía subrayar. Iban a cambiar las cosas mucho en la Iglesia en la medida que le dejaran hacer, sin que él se cambiara los viejos zapatos mil veces remendados traído de su Argentina querida, reciclados, aprovechados, como muchos de los zapatos que llevan quienes van en Metro.

Decía Paul Claudel que no importa como llamemos a Dios, si lo ponemos a nuestra altura. Y a Bergoglio no ha sido necesario ponerlo a nuestra altura. Él mismo se ha puesto en muchos momentos, casos, situaciones y conflictos a nuestra altura. Todos los días llama al abandonado y acosado párroco de la comunidad cristiana de Gaza a ver cómo anda la cosa para enterarse sin intermediarios del problema, para tomar nota de las cosas más urgentes que necesita. Se pone a la altura, al mismo nivel. Es cercano. Se sube al mismo vagón del Metro.

Hay curas y obispos que afirman que este Papa no dice más que tonterías. Que lleva el gobierno de la Iglesia Universal como si de una diócesis argentina se tratara. Intentan desprestigiarle. Buscan deponerle. Son rigoristas que claramente alimentan el Cisma y atentan la Eucaristía cuando *–ex contradictionem quodlibet–* en Misa de boquilla falsamente piden por la unidad en la Iglesia, que ellos mismos provocan su resquebrajamiento. “Te pedimos humildemente que el Espíritu Santo congrege en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Acuérdate, Señor, de tu Iglesia extendida por toda la tierra; y con el Papa N., con nuestro Obispo N. y todos los pastores que cuidan de tu pueblo, llévala a su perfección por la caridad”.

Los alentadores contra Francisco, laicos, religiosos, curas, obispos o cardenales no sólo se ciscan en la liturgia del propio Misal romano, sino también en la Carta de Pablo a los Efesios capítulos 4, 5 y 12, cuando descontextualizan palabras o gestos de Bergoglio de su entorno real, el drama de la calle, el infierno del mundo. Jean Paul Sartre habla de que el infierno son los demás, no tan lejos.

Es en el Metro, en la calle, donde están los destinatarios de la Palabra de Dios, los que necesitan escucharla, recibir su mensaje de esperanza y su tierno bálsamo. Y ahí está Bergoglio, con la mayoría sufriente y necesitada, ejerciendo de profeta, cumpliendo con la misión encomendada. Sabiendo que la tarea es dura y puede acabar mal, muy mal, como todos los profetas de la Biblia, quienes acabaron rematadamente mal, pero que en su debilidad y desastre, en su drama y tragedia, Dios se realizó, se sigue realizando.

Bergoglio, profeta de Dios en los tiempos actuales, sabe que le va a pasar lo mismo que a los demás profetas, pero son cosas de Dios quien intenta que la Iglesia en la tierra avance, conecte con la gente, con los más necesitados de Él en todos los órdenes y sentidos. Le está costando, porque hay que ver qué vasijas de barro tiene para ello, lo tercos y duros que son muchos de sus ministros, el personal a sus órdenes en tierra, que no dejan a veces ni revolotear libremente al Espíritu.

Asombroso Dios que respeta tanto la libertad humana que ni siquiera impide a los carreristas clericales y a los fundamentalistas enfanguen, atenten, acosen e intenten el derribo de su profeta en este tiempo Bergoglio, quien ahí está firme ante el peligro.